
Tal vez
esta vez
MARISA SEFRA

TAL VEZ ESTA VEZ

MARISA SEFRA



©2025, Marisa Sefra

Ilustraciones: Adela Aragón

1.ª edición: noviembre 2025

Este libro está protegido por las leyes de propiedad intelectual. No se permite la reproducción total o parcial, la distribución, la comunicación pública ni cualquier uso no autorizado de su contenido por ningún medio sin el permiso expreso y por escrito de la autora. Cualquier vulneración de estos derechos podrá dar lugar a acciones legales.

Gracias por apoyar a los autores autopublicados. Cada lectura, cada compra y cada recomendación hacen posible que sigamos escribiendo y publicando nuevas historias.

Esta obra es completamente ficticia. Los personajes, lugares y acontecimientos surgen de la imaginación de la autora; cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

ÍNDICE

1. Huir de algo
2. Vivir en piloto automático
3. No es real
4. Un poco de perdón
5. Como si estuvieras en tu casa
6. Mi persona favorita
7. Pásamelo todo
8. La peor disculpa de la historia
9. Un superpoder
10. No me dejes solo
11. El funeral
12. Donde quiero estar
13. Explícamelo
14. El quinto Andújar
15. No te hagas ilusiones
16. ¿Qué acaba de pasar?
17. Sentimientos negativos
18. Mala madre
19. Un terreno peligroso
20. La noche de la piscina
21. Lo que no hicimos
22. La cena de hermanos
23. Rumbo a Río
24. Una chica perfecta
25. Ni un mensaje
26. El más pijo de Río
27. Ser normal
28. No tenía intención de pararlo
29. Te lo prometo
30. Empezar de cero
31. Tarde para arrepentirse
32. Una princesa en un cuchitril
33. Oír tu voz

34. Una conversación pendiente
35. Vivir sin estar enamorado
36. Hasta donde quieras
37. Una mierda cara
38. La inauguración
39. Bueno para mi ego
40. Si necesitas hablar
41. Noche de guardia
42. Una nueva realidad
43. Una metáfora perfecta
44. Una canción desafinada

Un epílogo para nostálgicas
El epílogo de Joel
El epílogo de Manu

Acerca de la autora
Otras Obras de Marisa Sefra

CAPÍTULO 1

HUIR DE ALGO



JOEL

Correr de madrugada por París puede parecer el modo perfecto de empezar el día. Y, no te voy a engañar, muchas veces lo es. En el caso concreto de hoy, no tengo muy claro si lo hago porque pretendo arrancar con un chute extra de energía, si es ya costumbre o si se debe, como muchos otros días, a mi necesidad de escapar. ¿Escapar de qué? De muchas cosas y de nada a la vez: del chico que he dejado dormido en mi cama, de sus más que probables preguntas del día siguiente, de este sentimiento de culpa que me acompaña con frecuencia, de lo que quise dejar atrás hace diez años con un éxito más que dudoso… De todo eso huyo, y de unas cuantas cosas más. O lo pretendo, vaya, porque lo de conseguirlo está por ver.

Deben de ser las siete en punto, porque el conserje abre la puerta del parque de Buttes Chaumont justo cuando estoy llegando. Los golpes secos de mis zapatillas sobre el asfalto son sustituidos por el sonido de la gravilla y las hojas secas que crujen bajo mis pies en cuanto atravieso la entrada. Mis zancadas, lejos de bajar de intensidad, aumentan. Porque las rampas y escaleras de este parque me motivan a dar lo mejor de mí.

Al principio me costó acostumbrarme a las dificultades que presenta este jardín parisino, pero, una vez lo haces, no hay nada mejor. Los primeros años de mi residencia en esta ciudad, vivía a las afueras y corría unos ocho kilómetros al día para poder llegar hasta la Torre Eiffel. Un cliché, lo sé, pero yo también fui nuevo aquí. Una década después, ya me siento parte de la fauna urbana autóctona. Desde que conseguí un apartamento en Montmartre, soy un artista parisino más. O eso intento decirme a mí mismo, aunque lo cierto es que un pedacito de mí se quedó a mil quinientos kilómetros de aquí. Y parte de lo que intenté dejar atrás se vino conmigo; y no creo que nunca me abandone del todo.

Me cruzo casi con las mismas caras a diario, los intrépidos madrugadores que arrancamos el día huyendo. No conozco sus motivos, pero estoy seguro de que todos corren para huir de algo, aunque sea de un futuro de mala salud.

Cuando los pinchazos en las piernas comienzan a ser insoportables y mi corazón amenaza con colapsar, decido volver a casa. Debería acostumbrarme a tomar esta decisión unos minutos antes de sentirme al límite, o me temo que algún día quizá colapse en serio… Al fin y al cabo, me acerco peligrosamente a los treinta.



Mi apartamento es diminuto, pero tiene una luz impresionante, que a un pintor, como es mi caso, es lo que más le importa. Se entra directamente a la única estancia del piso, lo que para cualquiera sería la cocina y el salón, pero que yo utilizo de estudio. Paso por delante del cuadro que estaba pintando ayer y recojo el pincel del suelo. Está seco, otro que se va a la basura. No es la primera vez que me pasa, pero cuando te asalta la pasión en pleno proceso creativo, no vas a detener el momento para decirle al chico: «espera, voy a limpiar el pincel para que no se estropee». Aparte de lo absolutamemte antisexi que es el olor del disolvente, la verdad. Cojo una botella de agua de la nevera y vuelvo a pasar por delante del desastre de ayer. Contemplo durante un momento el cuadro sin

terminar y me pregunto si valió la pena dejarlo inacabado a cambio de un polvo, con el agravante de que ahora el chico deberá volver para terminarlo. O quizá no, puede que nunca lo termine. Es mediocre. Muy mediocre. Recojo la paleta que cayó también al suelo con los colores a medio secar y la estampo con fuerza contra el lienzo. Antes de retirarla, la restriego un poco, para que no exista la más mínima tentación de salvar esta porquería.

Junto a la empinada escalera que conduce al dormitorio (es un altillo en realidad, pero llamarlo «dormitorio» me hace sentir que no vivo en una caja de zapatos), descansan perfectamente empaquetados mis mejores cuadros, los que expondré dentro de unas semanas en el Atelier Lumière Noire. Por fin. Me ilusiona y me aterra a partes iguales. ¿Y si las críticas no son buenas? ¿Y si, lejos de impulsar mi carrera, esta exposición la hunde? Son mis mejores obras, las más personales, las que ha visto muy poca gente, pero no necesito opinión externa para saber que son buenas. O quizá solo me remueven por dentro a mí por todo lo que significan…

Deslizo los dedos por el papel que las cubre y siento como si estas pinturas consiguieran salir de su envoltorio y estrujarme un poquito el corazón. Las abriría ahora mismo solo para poder verlas de nuevo, pero es lo último que debo hacer, porque creo que sería capaz de destruirlas y me presentaría a la exposición con un puñado de lienzos de lo más anodinos. Retiro la mano con un gesto brusco y subo las escaleras. Paso por delante de la cama para llegar al baño, es inevitable. El contraste del pelo rojo de Claude sobre mis sábanas blancas bañadas por los primeros rayos de sol de la mañana me hace querer bajar a por el cuadro de ayer y continuarlo, pero, como lo acabo de destruir, eso que me ahorro.

Ya en el cuarto de baño, me quito el brazalete donde llevo el móvil y lo dejo sobre el lavabo. Cuando el agua de la ducha comienza a salir caliente, me desnudo y me meto dentro. Apenas unos segundos después, el pelirrojo descorre la cortina y me mira con los ojos entrecerrados por el sueño.

—¿Acabas de llegar? —pregunta en su francés nativo.

—He salido a correr —aclaro en el mío, con fuerte acento español. Controlo el idioma a la perfección, pero no tanto la

pronunciación.

Se mete en la ducha conmigo, lleva desnudo desde anoche, así que no ha necesitado preparación para hacerlo.

—¿Puedo?

—¿Para qué preguntas si ya estás dentro? —Sonrío.

Él lo hace también justo antes de pegar su cuerpo al mío y recorrerme con sus manos. Se me escapa un gemido y busco su boca bajo el agua. Nuestras lenguas y dientes se enredan con necesidad y sus mordiscos se desplazan a mi mandíbula. Luego comienzan a recorrerme el cuello y siguen descendiendo por mi pecho. Mi móvil comienza a sonar en ese momento, pero lo ignoro y le pido en un murmullo que él también lo haga. Claude parece dudar un instante, pero, en cuanto el teléfono se calla, él vuelve a lo suyo. Sigue bajando y el sonido infernal nos interrumpe de nuevo. Pongo una mano en su cabeza para indicarle que siga con lo que estaba a punto de hacer, pero él se incorpora y me pide que conteste. Salgo de la ducha a regañadientes y, sin perder tiempo en coger una toalla ni nada, alcanzo el brazalete dentro del cual está todavía mi móvil. El nombre de mi hermana, Gemma, parpadea en la pantalla. Ya le vale. No me da tiempo a sacarlo de la funda antes de que se vuelva a callar y a empezar de nuevo. Es como una pequeña tortura, pero finalmente logro liberarlo y responder a la llamada.

—¿Qué pasa, Gemma? —No quiero sonar borde porque ella no sabe lo que acaba de interrumpir, pero sí sabe que me molesta la insistencia y que prefiero que me llamen una sola vez y devolver yo la llamada cuando tenga tiempo. Los artistas somos así, gestionamos el tiempo y las relaciones sociales a nuestro modo.

—Joel —murmura. Su voz suena rara, no es la de siempre.

—¿Te pasa algo?

—Es mamá.

—¿Le pasa algo a mamá?

—Un infarto.

Un escalofrío me recorre entero y no tiene nada que ver con que me encuentre desnudo y mojado.

—¿Está bien? ¿Estáis en el hospital?

—No, Joel. —Solloza—. Ha muerto.

CAPÍTULO 2

VIVIR EN PILOTO AUTOMÁTICO



MANU

—A veces fantaseo con la idea de vender la farmacia. —Lo digo en voz alta por primera vez en mi vida y Carolina, mi terapeuta, solo asiente.

Y yo que pensé que cuando por fin fuera capaz de verbalizarlo, el cielo se abriría sobre mi cabeza y los dioses descargarían su furia sobre mí… Qué va, es coña, pero sí que es cierto que era algo que, por lo que sea, me daba miedo confesar. Y ya lo he hecho. Respiro hondo ante su falta de respuesta.

—Cuando dices «fantasear» ¿es porque es algo que consideras irrealizable? ¿O porque es algo que en realidad no quieres y solo llamas a la idea de vez en cuando como si se tratara de un juego?… —Hace un gesto con la mano para invitarme a continuar.

—No sé, supongo que no lo pienso muy en serio… No es una fantasía en plan «oh, cómo me gustaría vender la farmacia, qué perfecta sería mi vida…».

—Ninguna vida es perfecta, lo importante es si crees que sería mejor.

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. No puedo saberlo.

—¿Lo consideras una carga de la que te gustaría liberarte?

—No, qué va, es mi fuente de ingresos. Es lo que me da estabilidad económica y el nivel de vida que llevo…

—¿Fantaseas con llevar otro tipo de vida menos estable o monótona y quizá más «emocionante», como tus hermanos?

—¿Qué? ¡No! Para nada. Los respeto y admiro, pero no es lo que yo haría con mi vida. No quiero ser un personaje público. Mucho me parece que a veces me confundan con alguno de ellos…

—Y ¿qué harías con tu vida si vendieras la farmacia? ¿Qué es lo que quieres?

—Soy padre y madre a la vez… —Me paso una mano por la cara —. Da igual lo que yo quiera, pensar en mí mismo es un lujo que no me puedo permitir.

—Siempre hay que pensar en uno mismo para poder estar sano mentalmente para otras personas, incluso para las que dependen de ti —sigue ella—. Eso no quiere decir que solo pienses en ti y no tengas en cuenta a tu hija, pero ella no debe ser todo tu mundo. Tienes que aprender a cuidar de ti para poder cuidar de ella.

—Pero es tan pequeña… —Suspiro—. Apenas tiene cuatro años… Ya tendré tiempo de pensar en mí, ahora mi prioridad es ella.

—Lo sé, y es lógico ese sentimiento de protección, pero no puedes anular por completo tu vida para compensar que su madre os abandonara. Estás ahí para ella y haces el papel de padre y de madre, pero también tienes que ser Manu, no lo olvides.

—Entiendo lo que dices —le aseguro—, y no creas que no lo hago… Últimamente he tenido «citas», por decirlo de alguna manera.

—Y ¿qué tal fueron?

—Fatal. —Me río mientras lo digo—. A ver, no *fatal* de 'me quiero hacer el harakiri sobre las *gyozas* porque prefiero la muerte a seguir hablando con esta tía', más de 'tierra, trágame, esta chica está esperando que le dé un beso y es lo último que me apetece'.

—¿Quieres que hablemos de eso?

—¿Crees que es importante? —pregunto en serio.

—¿Que si creo que los únicos momentos que te has concedido en los últimos meses a ti mismo y a tu propia felicidad deberían analizarse? Sí, Manu, creo que es importante —dice ella con ese

tono suyo tan neutro, como si no le estuviera abriendo mi corazón—. Sobre todo porque parece que no los has disfrutado.

—No es que no los haya disfrutado… —Suspiro y niego con la cabeza—. Bueno, sí. No los he disfrutado, la verdad.

—¿Y eso por qué crees que es?

—Porque no tengo la cabeza para eso, ni para nada en realidad. Porque estoy demasiado cansado. Porque, cada vez que salgo con alguien, me siento como si lo que ocurre no me estuviera pasando a mí. Es como si estuviese viendo una película y yo fuera un personaje más. A veces —me río ante la idea de contarle estas tonterías a alguien—, pienso que en cualquier momento se va a levantar uno de los figurantes que está fingiendo cenar en otra mesa y va a gritar: «¡Eh, ese tío no quiere estar aquí!». —Me vuelvo a reír y me masajeo un poco la nuca—. Puede que simplemente la idea de meter a alguien en mi vida me dé más vértigo que ilusión.

—¿Sientes que no hay espacio para nadie más en tu vida?

—Puede que lo haya, pero yo no lo quiera.

—¿Y si te permitieras quererlo?

—No lo sé. —Guardo silencio unos segundos y pienso en ello—. A ver, tampoco es que sea un ermitaño, ¿eh? Salgo, quedo con amigos, con mis hermanos, me río, me lo paso bien… Pero en cuestión de citas, no he conseguido conectar con nadie desde Paola.

—¿Crees que es por miedo?

—¿Miedo a qué?

—A sentir. A perder. A volver a empezar.

Suspiro y me dejo caer contra el respaldo del sillón.

—No quiero volver a empezar. Ni con la farmacia ni con mi vida. Estoy demasiado cansado. He alcanzado una estabilidad cómoda, con mi trabajo, mi familia y mi hija. Las cosas están bien como están.

—Si eso fuera así, no estarías aquí… ¿Por qué vienes a terapia entonces?

—No sé. Supongo que porque a veces pienso que me falta algo… Porque tengo que estar emocionalmente sano para mi hija, pero la verdad es que las cosas están bien como están.

—No pareces estar disfrutando mucho de la vida.

—Pero todo va bien, no espectacular, pero sí bastante bien… Si mi único problema es no establecer conexiones emocionales con chicas a las que apenas conozco y no haber tenido relaciones sexuales desde que mi mujer se marchó, creo que puedo soportarlo. No me parece tan grave, no es el fin del mundo.

—¿Y crees que vivir en piloto automático es una mejor opción?

No respondo enseguida. La miro y espero que me lo resuelva ella, o al menos que me dé alguna pista. Pero no lo hace. Se me queda mirando con esa actitud suya impasible y paciente. Parece que esté esperando a que sea yo quien lo entienda.

Y lo entiendo. O empiezo a entenderlo. Eso creo, al menos.

—No sé si es miedo o simplemente pereza emocional —murmuro —. Igual soy yo, que no valgo para esto.

—¿Para qué?

—Para conectar así con alguien. Para lanzarme sin más. Para irme a la cama con una chica a la que acabo de conocer. Hay gente que parece que lo tiene tan fácil…

—¿Y tú sientes que no lo tienes fácil porque necesitas más tiempo para sentir esa conexión?

Me quedo en silencio. No es exactamente así, pero tampoco es justo lo contrario. No me aclaro ni yo.

—Puede ser —admito—. O puede que no haya encontrado a la persona adecuada. Yo no pierdo la cabeza por una chica nada más conocerla, no me ha pasado nunca. Toda la vida he visto a mis hermanos, me refiero a los gemelos, ligar con un montón de chicas, cada noche con una, y es algo que no me ha atraído nunca. Y tampoco me veo capaz de eso. No me excita la idea de intimar con una desconocida, la verdad. No sé, igual soy un pringado, pero empecé con Paola a los diecisiete años y hasta la fecha solo me he enamorado de ella, solo he estado con ella. No sé si es una cuestión de tiempo, igual solo tengo que esperar a que sea mi momento.

—¿Sigues enamorado de ella?

—¡No! —Elevo mucho la voz para que no dude de mi rotundidad —. Imposible. No solo porque hace mucho tiempo que se fue, es que, en el momento que la detuvieron, me di cuenta de que no la conocía. La mujer con la que me había casado y había tenido una

hija era una total desconocida para mí. Puede que me haya dejado jodido y por su culpa me cueste confiar en alguien, pero enamorado de Paola te aseguro que hace mucho que no estoy.

Ella asiente con la cabeza, como si estuviera hilando algo en su mente.

—Cuando estuviste con ella, ¿sentiste en algún momento atracción hacia otra persona?

—No.

—Y desde entonces no has estado con nadie más, ¿correcto?

—Eso es.

—Ni has fantaseado con estarlo.

—Tampoco.

—¿Sabes? Hay gente que solo experimenta deseo sexual después de establecer un vínculo emocional fuerte con una persona, ¿crees que ese podría ser tu caso? ¿Crees que encaja eso contigo?

Frunzo el ceño.

—Mmm… Pues igual sí.

—A lo largo de tu vida, ¿solo has sentido atracción o deseo hacia Paola?

—Prácticamente sí.

—¿Prácticamente? ¿Quieres explicarte?

—Prefiero que no. No tuve una adolescencia muy normal en ese sentido. Era prácticamente asexual… Pero no me parece importante para mi presente, la verdad. Vamos a centrarnos en mi situación actual, por favor.

—Como quieras, pero quizá haya algo en tu pasado que pueda explicar por qué sientes que las citas te resultan pesadas, incómodas y forzadas. Tal vez intentas responder a una expectativa que está muy arraigada en la sociedad, pero que no responde a tus intereses. Asumes que debe ser así y no te planteas más opciones.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Para empezar, no te fuerces a intentar vivir tu sexualidad como lo hacen los demás. Explora lo que te hace sentir cómodo, sin presiones. Solo te debes explicaciones a ti mismo.

Respiro hondo y dejo reposar la idea un momento. No tenía intención de hablar de mi vida sexual, o de la ausencia de ella, más

bien. Se me escapa un suspiro. Lo último que quería era hablar de sexo. Es algo que hace mucho tiempo que no va conmigo.

Desde que se fue Paola, concretamente. Hace ya casi cuatro años.

CAPÍTULO 3

NO ES REAL



JOEL

El taxi me deja en la puerta del tanatorio, y lo cierto es que no tengo muy claro lo que ha pasado entre el momento en que le colgué el teléfono a mi hermana y ahora. Recuerdo meter ropa en una bolsa, que ahora mismo llevo colgada del hombro, pero no soy capaz de acordarme de qué es lo que hay dentro. Tengo la cabeza como ida. Recuerdo dar vueltas por el aeropuerto de París esperando que hubiera un vuelo. Del avión no me acuerdo, y eso que no debe de hacer ni una hora que he aterrizado en Valencia.

No quiero entrar. Porque mientras no entre, no es real. Mientras no cruce esa puerta, ella sigue viva y yo no soy un mal hijo que decidió irse lejos para huir de un amor platónico no correspondido en lugar de quedarse cerca de su madre. Mientras permanezca aquí fuera, nada ha pasado, ella está bien y las últimas palabras que le dije no fueron: «me pillas mal, mamá, luego te llamo».

—Joel, cariño, cuánto tiempo sin verte. —Una amiga de mi madre de la que no recuerdo el nombre me pilla a traición y me abraza—. Soy Merche, ¿te acuerdas de mí? —Asiento con la cabeza porque no me sale ni la voz—. Qué pena más grande lo de tu madre, cariño.

¿Cómo estás? ¿Has venido desde París? Yo llevo llorando desde ayer. ¿Cómo está tu hermana? Vamos dentro.

Y la sigo por inercia, porque no me siento capaz de detenerla ni mis pies parecen estar por la labor de mantenerse firmes, así que simplemente cruzo la puerta y, en el panel que hay a la entrada del *hall* con los nombres de los difuntos y el número de sala de cada uno, leo claramente el de mi madre.

Ya es real.

Ya ha ocurrido.

Mi madre realmente ha muerto y yo todavía no he podido ni llorar.

Una sucesión de caras que me suenan, pero que no termino de ubicar, me saludan y me dan el pésame. Gemma me abraza, luego me lleva aparte y me pregunta si quiero verla. ¿Quiero verla? Joder, no, no quiero verla.

—Siempre decía que quería ataúd cerrado, ¿te acuerdas? No le gustaba la idea de estar en un escaparate, pero si quieres le puedo pedir al de la funeraria que lo abra y la ves. Por si te quieres despedir de ella…

—No, no quiero. —Se me atraganta la voz. La idea de que el último recuerdo de ver a mi madre sea con el de la funeraria abriendo el ataúd me da pánico. Eso me podría perseguir toda la vida. Mi último recuerdo de ella fue el abrazo que nos dimos en el aeropuerto la última vez que vine a verla y luego me marché. Me quedo con ese, es un buen último recuerdo.

Gemma me lleva de aquí para allá y me obliga a saludar a gente. Yo esbozo una mueca extraña, supongo que me sale algo a medio camino entre una sonrisa triste y un gesto de estreñimiento. Es todo tan raro y tan confuso…

Luego su marido se queda atendiendo a la gente un rato y mi hermana me arrastra hasta una sala donde nos espera el de la funeraria. Nos habla del entierro de mañana, de la misa, de blablabla y se marcha para traer unos papeles que por lo visto tenemos que firmar. Mientras aguardamos, Gemma alcanza una de las revistas que hay sobre la mesa para la gente que espera.

—¿Los has avisado? —me pregunta mientras me muestra la portada, con una fotografía de Nicolás Andújar a toda página.

Niego con la cabeza, pero no digo nada.

—¿En serio? ¿Ni siquiera a Manu?

Vuelvo a negar con la cabeza. Me encantaría que dejara el tema, pero eso no parece algo muy propio de Gemma.

—Claro, si es que has venido directo. ¿Quieres que los llame yo? No sé si tengo el teléfono de Manu, el de Nico seguro que no…

—No, déjalo, ya lo haré yo —consigo decir por fin.

—Vale, Joel, pero díselo, que mamá los quería mucho. Y ellos a ella también, seguro. Hace mil que no los veo. Bueno, a Nico sí, claro, en la tele y en los carteles de la calle y eso…

El de la funeraria vuelve y yo agradezco que el casi monólogo de mi hermana termine. Firmamos donde nos indica y volvemos con la gente.

Tras un buen rato que perfectamente podrían ser cinco minutos o seis horas, todo el mundo termina por marcharse y nos quedamos solos mi hermana, mi cuñado y yo. Nos indican que van a cerrar la sala y que volvamos mañana a las ocho de la mañana.

—¿Te vas a casa de mamá? —me pregunta Gemma cuando ya estamos en la calle.

—No, no me apetece nada pasar la noche allí, la verdad.

—¿Quieres venirte a casa con nosotros?

—No, tampoco, nos vemos mañana.

—Y ¿dónde vas a pasar la noche, Joel?

—Déjalo, seguro que tiene plan, ¿eh, canalla? —Óscar, mi cuñado, hace honor a su parentesco con ese comentario y el codazo con el que lo acompaña. También con el empleo de la palabra *canalla* usada en segunda persona y en voz alta. Estoy convencido de que cuando en la RAE acuñaron el término *cuñado*, lo hicieron pensando en él.

—Óscar, por favor, no es el día de hacer bromas —gruñe mi hermana.

—Vale, perdona, gatita —le dice él y le pasa una mano por la nuca como para tranquilizarla.

Me debato entre soltar una carcajada o vomitar ante el apelativo con el que se dirige a ella. Definitivamente, pasar la noche con ellos es lo último que me apetece.

—Chicos, hago marcha, mañana a las ocho estoy aquí —aseguro.

—Vale, Joel, ¿llevas el móvil?

—Sí —asiento y doy un par de golpes sobre el bolsillo de mi chaqueta para indicarle dónde.

—Genial, pues cógelo si te llamo, aunque sea por una vez.

—Vale, Gemma, hasta mañana. Nos vemos, Óscar.

Y me marcho de allí todo lo deprisa que puedo. No tengo muy claro dónde ir, pero sí dónde no ir.

CAPÍTULO 4
UN POCO DE PERDÓN



MANU

Nunca tuve muy claro que acabaría aquí. Cuando eres joven, los planes de futuro no parece que vayan a ser tan firmes como suelen acabar siendo. Quiero decir, si alguien me hubiera preguntado hace años cómo me veía a los treinta, bueno, a los casi veintinueve, seguramente no habría descrito esto: tras el mostrador de la farmacia familiar, con una rutina que se repite en bucle, atrapado entre cajas de paracetamol y recetas mal escritas. No es que odie mi trabajo, ni mucho menos, pero no tengo del todo claro si elegí esta vida o si simplemente me llegó así y me limité a no oponer resistencia.

Cuando todo se vino abajo y me quedé solo con Ali, la farmacia y ella se convirtieron en mi refugio. Me aferré a la rutina como quien se agarra a un salvavidas en un naufragio. Aquí todo tiene lógica: las dosis son exactas, los prospectos te dicen qué hacer, los remedios vienen empaquetados y con indicaciones. En la vida no pasa eso. No hay instrucciones para cuando la madre de tu hija es acusada de estafa, malversación, prevaricación y un montón de cosas más y decide huir del país para eludir la justicia. No hay prospecto que explique qué le debes decir a tu hija cuando pregunta por su madre.

No hay posología para compensar la ausencia que ha dejado la que estuvo más preocupada por salvar su propio culo que por lo que dejaba atrás. Y no hay fórmula magistral que garantice que lo estoy haciendo bien, aunque me esfuerce cada día en serlo todo para Ali.

A veces pienso en cómo han sido las cosas para mis hermanos y cómo han sido para mí. Mis padres tuvieron cuatro hijos en tiempo récord, un año y medio, con una sensatez y una planificación más propias de un adolescente haciendo un *challenge* de *Los Sims* que de un matrimonio adulto. Pero lo cierto es que me alegro de que lo hicieran así, porque no cambiaría nada de lo que ha sido y es mi vida con ellos. Crecimos juntos, casi como una camada. Dani y Guille, los gemelos, siempre fueron los que iban a toda velocidad, como si la vida fuera una fiesta a la que tenían que llegar los primeros y arrasar con todo. Y Nico, que podría haber sido el más sensato, terminó siguiendo su propio camino con la misma intensidad, pero en otra dirección. Es *top model* y actor, famoso en el mundo entero, lleva una vida completamente distinta a la del resto de los mortales. Yo soy el pequeño, la última oportunidad de que se hicieran las cosas que se suponía que se tenían que hacer. No es que no quisiera la farmacia de mi padre, fue algo que asumí porque pensé que alguien tenía que hacerlo, y lo de tomar decisiones no me gusta demasiado, así que cogí esa, que estaba ahí y era lo más fácil. Yo no quería ser *influencer* como los gemelos ni modelo o actor como Nico. Yo solo quería una vida sencilla con mi mujer, mi hija y mi farmacia. No necesitaba más y, desde que Paola desapareció, me pregunto si quizá tampoco la necesitaba a ella. Con lo que tengo, he alcanzado una estabilidad cómoda y una rutina reconfortante que hasta ahora me han salvado de hundirme en un pozo. Pero el tiempo pasa y a veces me da por pensar que quizá ya no sea suficiente. No necesito una vida de aventuras como mis hermanos, pero quizá sí algo más que solo esto. ¿Soy un mal padre por darle vueltas a esta idea y permitirme pensar en mí mismo cuando hay una persona para la que soy todo su mundo?

Un ruido en la trastienda me trae de vuelta al presente. Sin duda, es esa persona para la que soy todo su mundo, que está haciendo de las suyas.

—Oh, oh, *sa caío* —chapurrea mi hija desde allí y me río entre dientes, a saber qué habrá tirado esta vez.

—¡Ali, ve recogiendo todo, que nos vamos ahora mismo! —grito justo antes de abrir la caja registradora para hacer el cierre del día.

—¡Vale, papi! —contesta desde la trastienda con su voz cantarina y sonrío de modo inconsciente.

—¡¿Qué quieres cenar?!

—¡*Pescaíto*!

Resoplo por lo cansado que estoy (los días que tengo terapia acabo mentalmente derrotado) y me avergüenza un poco reconocer que preferiría que en noches como esta mi hija eligiera *pizza*, *nuggets* o cualquier otra marranada rápida. Pero no, ella es así. Que también le gustan las otras cosas, como a casi cualquier niño, pero parece que escoja mis días de mayor agotamiento para pedir cenas más elaboradas. Culpa mía por preguntarle, la verdad.

Estoy contando el dinero cuando mi visión periférica me indica que alguien se ha colado por la persiana medio bajada. Me tenso durante apenas un segundo hasta que un simple «hola» me tranquiliza. Y no es porque me suene la voz, que también, es sobre todo porque la experiencia me ha demostrado que los ladrones no suelen saludar.

—Estamos cerrados —digo sin levantar la vista y sigo contando, pero no engaño a nadie, porque si viene alguien a por una medicina para un enfermo, está claro que se la voy a dar aunque ya esté cerrando caja.

Como no obtengo respuesta, alzo la mirada y el mundo parece detenerse de golpe, porque no tengo muy claro si estoy viendo visiones. Porque esos ojos que me están mirando los conozco bien. Y el tío al que pertenecen se parece demasiado a alguien a quien hace diez años que no veo. Me quedo mudo y decido ni moverme, por si el más mínimo cambio hace que esta ilusión se desvanezca. Pestañeo un par de veces para asegurarme de que es real lo que ven mis ojos.

—Ya he visto que estabais cerrados —suelta por fin—. Pero es que me han dicho que en esta farmacia tienen el mejor remedio

para el dolor. Y esta noche lo necesito de verdad, aunque sé que es muy tarde…

—Sí, es la hostia de tarde —asiento cuando consigo reaccionar—. ¿Qué tipo de dolor?

—El de cuando se te muere una madre y te pilla a mil quinientos kilómetros de distancia. Y no tienes a tu mejor amigo para hablar con él porque fuiste un gilipollas y cortaste el contacto diez años antes.

Se me empañan los ojos al momento al asimilar sus palabras. Intento recordar la última vez que vi a Begoña, pero ahora mismo me asaltan tantas emociones que no soy capaz de pensar con claridad. ¿El día que él se marchó a París? No, ni de coña, a su madre la vi varias veces por el barrio…

—¿Qué necesitas? —Trato de que mi voz suene firme, pero la noto temblar.

—Un poco de perdón. ¿Tienes algo de eso por ahí? —Me regala una sonrisa triste con la pregunta. Desde aquí puedo notar lo tenso que está.

—Lo tendría que mirar… ¿Tienes la receta?

—No, solo una disculpa, pero la tengo desde hace ya casi una década y no sé si habrá caducado…

Vuelvo a dejar el dinero en el cajón y lo cierro.

—Aquí eso no caduca, no guardamos rencor. ¿Has traído una explicación con la disculpa? —Rodeo el mostrador y él se gira hacia mí.

—No. —Me mira a los ojos al decirlo—. Solo traigo la disculpa.

Me detengo cuando estoy justo frente a él y respiro hondo.

—¿No tienes una explicación?

—No la tengo. ¿La necesitas?

—Sabes que no. —Doy una última zancada y lo abrazo con fuerza. Su cuerpo en tensión se relaja de pronto y rompe a llorar.

—Lo siento, Manu. —Se aferra a mí con ambas manos.

—Shhhh… Ya está, Joel. Bienvenido de vuelta. Siento mucho lo de tu madre.

—Papi, ¿nos vamos? —interrumpe Ali y Joel suelta el abrazo para mirarla.

—Ali, él es mi amigo Joel. —Mi hija le sonríe y agita la mano. Me dirijo a él al añadir—: Mi hija, Alicia.

—Hola. —Noto su esfuerzo por sonreír a pesar del día que imagino que habrá pasado. Luego se gira hacia mí—: Eres padre… Qué fuerte. Es igual que tú.

—Lo sé. El gen Andújar, ya sabes que lo eclipsa todo…

—Sí —suspira—. Lo sé.

No me da tiempo a preguntar por ese suspiro porque Ali interrumpe de nuevo y desvía la conversación:

—¿Vienes con *nosotos* a cenar *pescaíto*?

—¿Tienes algo que hacer o quieres venir a casa? —Me sumo a la invitación de mi hija.

Él respira hondo y me mira a los ojos.

—¿Crees que podría pasar la noche en tu sofá? No me veo capaz de ir a casa de mi madre y no quiero estar solo en un hotel, es deprimente. Lo único más deprimente sería ir a casa de mi hermana…

—Sabes que eso no has necesitado preguntarlo ni cuando vivía en casa de mis padres… —Le paso un brazo por la espalda para reconfortarlo—. Vamos.

CAPÍTULO 5

COMO SI ESTUVIERAS EN TU CASA



JOEL

Apenas hemos hablado en el camino hacia su casa, pero no se ha notado, porque su hija no se ha callado ni un segundo. La mitad de las cosas que dice no las entiendo, entre la voz tan aguda y la lengua de trapo, pero parece que su padre sí, porque le contesta a todo sin problema.

—Como si estuvieras en tu casa —me dice en cuanto entramos —. Me toca ahora un rato de rutina de padre, pero enseguida estoy contigo.

—Claro, tranquilo, a lo tuyo…

Él va directo a la cocina y lo veo desde el salón trastear en el frigorífico. Da la impresión de que saca algo y lo deja en la encimera para que se descongele. Yo, en lugar de sentirme como en casa, como me ha pedido, me quedo plantado sin saber muy bien qué hacer, así que lo observo a él. Era mi actividad preferida antes de marcharme, y parece que estos años fuera no me han anulado la maestría. Siempre me ha resultado hipnótico mirarlo, supongo que hay cosas que no cambian. Por suerte, creo que él nunca se ha dado cuenta.

Saca su teléfono y hace una llamada sin dejar lo que está preparando.

—Mamá, ¿puedes pasarte mañana a llevar a Ali al cole? Voy de entierro… Begoña, la madre de Joel… Sí, está aquí… Claro… Vale, ¿lo llamas tú?… Genial, mamá, gracias.

Me acerco un poco, hasta el marco de la puerta de la cocina.

—No hace falta que vengas mañana, Manu —aseguro, porque me sabe fatal que esté preocupado por mí cuando no lo merezco.

Levanta la vista de lo que está haciendo y me mira.

—Yo quería mucho a tu madre. Y ya fui al de tu padre. Voy a ir, quieras o no, y mi madre también viene.

—No es que no quiera, es que me sabe mal, tienes una hija, tienes responsabilidades…

—Nada de lo que no se pueda ocupar otro. —Se encoge de hombros—. Esta niña tiene un montón de gente que se ocupa de ella. Mi madre va a llamar a mi tío Loui para que venga a llevarla al cole. ¿Te acuerdas de él?

—Me acuerdo —asiento.

—Pues eso, pero que si él al final no puede, tenemos mil opciones, no te preocupes. —Deja lo que está haciendo y se acerca a mí. Me pone las manos en los hombros—. No te voy a dejar solo. No en un momento así.

—Gracias —murmuro.

Cuando se me empaña la vista, me da la vuelta y me empuja fuera de la cocina.

—¡Ali, ¿cómo vas?! —grita cuando vuelve a lo que sea que estuviera haciendo.

—¡Ya casi! —contesta su hija desde su habitación. Tiene la puerta abierta y puedo ver que está jugando con unos bloques de construcción. De hecho, desde donde estoy, puedo verlos a los dos, cada uno en una habitación.

—¡¿Casi?! Como hayas sacado juguetes en vez de coger el pijama, ¡te vas a enterar! —Me mira de reojo y sonríe.

La niña da un respingo y empieza a meter las piezas en una caja a toda velocidad. No puedo evitar que se me escape la risa. Y eso hace que se me olvide por un momento que mañana entierro a mi

madre, que estoy en casa de Manu, que no merezco estar aquí y que él está a la altura de las circunstancias, como ha estado siempre, y que no se puede tener un amigo mejor. Y yo fui un imbécil. Me lo voy a repetir varias veces más porque es lo que fui, lo que soy.

—¡¿Aaaaaaaaali?! —La niña se pone más nerviosa y termina de guardar los juguetes a toda velocidad. Luego corre hasta la cama y saca lo que intuyo que es el pijama de debajo de la almohada.

Justo a tiempo, porque su padre sale de la cocina y se asoma a su habitación. La encuentra abrazada a la prenda y con una sonrisa de dibujo animado en la cara.

—¡Estabas jugando! —la acusa. Ella se tapa la boca y empieza a reírse—. Tira para el baño, que ahora voy yo. —Señala una puerta al otro lado del salón y la niña va directa hacia allí. Luego me hace un gesto a mí para que lo siga.

Me abre la última puerta que queda, la que claramente es su habitación.

—Quédate aquí, yo dormiré con Ali.

—No, me quedo en el sofá —aseguro—. No te preocupes, de verdad, con el sofá me apaño.

—No voy a discutir, Joel. Necesitas estar descansado para el día que te espera mañana. Aquí dentro tienes baño, usa lo que quieras, y si necesitas algo del armario: pijama, ropa, lo que sea… Como si estuvieras en tu casa, ya lo sab…

—Manu —lo interrumpo.

—¿Qué?

—Gracias.

Respira hondo y me mira un instante. Luego me abraza fuerte y susurra:

—Joder, Joel, cómo te he echado de menos.

—Lo siento mucho, de verdad.

Entonces me quita a traición la goma del pelo y me revuelve la melena. Se aparta de mí con su trofeo en la mano y se ríe.

—Por primera vez en nuestra vida, tienes el pelo más largo que yo —me dice con diversión en la voz.

Me río y niego con la cabeza.

—Bueno, si estiras los rizos igual no.

—Ya no tengo los rizos tan cerrados. —Tira de un mechón para demostrarlo y, efectivamente, es más corto que el mío—. Ahora eres tú el melenas.

Se acerca a la cama y coge su propio pijama.

—Bueno, voy a bañar a Ali, ponte cómodo, date una ducha, lo que quieras. En el armario tienes sábanas, toallas, lo que necesites… En media horita cenamos, ¿te parece?

—Me parece perfecto. Gracias, Manu.

Sale de su cuarto y me deja solo. Me doy una ducha para hacer tiempo mientras él se ocupa de su hija y para ver si así consigo no pensar en todo lo que tengo en la cabeza ahora mismo. En la noticia que recibí la última vez que me di una ducha, o sea, ayer, y en el hecho de que estoy en el dormitorio de Manu.

Al volver a la habitación, busco en mi bolsa para comprobar que no he traído pijama. Apenas los uso, la verdad. Acostumbro a dormir desnudo o en ropa interior, pero no voy a hacer eso en casa ajena, por mucho que sea la de Manu. Así que le tomo la palabra y busco en su armario hasta dar con uno, algo que me parece mucho más apropiado para cenar con él y con su hija.

Me acerco a la cómoda que tiene en el dormitorio para curiosear las fotografías enmarcadas que descansan sobre ella. La más grande es de los hermanos Andújar. Los cuatro tan guapos, tan divertidos y tan iguales. Suspiro, porque definitivamente de los Andújar no se sale. Puede que esta imagen sea de su boda, porque van todos muy elegantes. Pero no está Paola. Echo un vistazo al resto de fotos y ella solo aparece en una muy pequeña en la que ambos son adolescentes. El resto son de sus hermanos, sus padres, su hija… Y de pronto me sorprende encontrarme conmigo mismo. Una foto en la que tendremos unos dieciséis años: Manu, Nico y yo sentados en unas escaleras. Manu y yo nos reímos y Nico parece estar diciéndole algo a quien hace la foto. El pinchazo de nostalgia duele, no lo voy a negar. Y el saber que yo hice todo lo posible para borrarlo de mi vida, pero que él todavía conserva una imagen mía en su dormitorio y la ve a diario, más todavía.

Este es uno de esos momentos en los que desearía volver atrás en el tiempo. Pero no sé si querría revivirlo todo de nuevo y arreglar lo que hice mal, o si preferiría que a los seis años me hubieran sentado con otro niño y que toda mi vida hubiera sido diferente. Menos divertida, pero también menos dolorosa.

CAPÍTULO 6

MI PERSONA FAVORITA



JOEL (6 AÑOS)

Cambiar de colegio con el curso ya empezado es como llegar al cine a mitad de la película. Así me sentía yo, como si ya no fuera a ser capaz de enterarme de nada. Podría haber sido mucho más difícil, pero la profesora tuvo la intuición necesaria para hacer ese proceso lo más sencillo posible.

—Chicos, este es Joel, es nuevo y no conoce a nadie, portaos bien con él —anunció en voz alta mientras yo notaba esos veinte pares de ojos clavados en mí que estaban haciendo que mi cara se tiñera de colorado. Luego añadió—: Lucas, vete al fondo, que Joel se siente con Manu.

Un niño se levantó, cogió sus cosas y se cambió de pupitre; y yo, por indicaciones de la profesora, me dirigí al que acababa de quedar libre. Me senté en silencio mientras ella daba una explicación de lo que teníamos que hacer y repartía unas fichas. Ni siquiera me atreví a mirar al que tenía al lado.

—¿Está todo claro? ¿Tenéis alguna duda? ¿No? Pues ya podéis empezar.

Y el niño que había junto a mí pareció entender que esa era la señal para empezar a hablar en lugar de para ponerse a trabajar.

—Hola, me llamo Manu. Si alguna vez me llamas *Manuel*, ya no podremos ser amigos nunca más.

Me giré hacia él y me dedicó una enorme sonrisa sin incisivos. Pero lo que más me impresionó fue su pelo, era lo más chulo que había visto nunca. Tenía el color del mismísimo sol y unos enormes rizos disparados en todas direcciones. Era como si cada mechón sacara una idea directamente de su cabeza y la dejara volar libre hacia donde quisiera. Esos ojos gigantes y azules me miraban divertidos. La combinación de colores era alucinante y me entraron muchísimas ganas de dibujarlo en ese preciso momento. Pero me limité a responder a su comentario.

—Vale. Manu, hola. Yo soy Joel.

Su sonrisa se ensanchó.

—Hola, Joel —dijo, y luego añadió—: ¿Te gustan las cosas que no sirven para nada o eres de los que prefieren las invisibles?

Lo miré sin saber de qué me estaba hablando.

—A ver, por ejemplo, el lápiz blanco de una caja de colores. O las llaves que te encuentras en un cajón y ya nadie sabe qué abren. O los números romanos. A mí me encantan. Mi madre dice que eso es porque tengo una mirada especial. Pero yo tengo dos ojos, como todo el mundo. —Se encogió de hombros.

No supe qué responder, pero sentí que, por primera vez, no necesitaba hacerlo.

—Casi todos prefieren las cosas invisibles, como el amor, la paz y todo eso. Que a mí también me gustan, ¿eh? Pero casi nadie quiere las que no sirven para nada. Yo me las quedaría todas y haría un museo para ir a verlo todo el tiempo.

—Manuel Andújar —interrumpió la profesora—. Deja de hablar y ponte a trabajar.

—¿Ves? «Manuel». Por eso la seño Teresa y yo nunca podremos ser amigos. —Negó con la cabeza con un suspiro y yo aguanté la risa para que no me llamaran la atención a mí también—. No me gusta esta profesora —añadió en un susurro—. No deberían dejarte ser profe si tienes cara de lunes. La seño Aixa, la que le ha tocado a Nico, tiene cara de fin de semana, esa sí que mola.

—¿Quién es Nico? —interrumpí.

—Mi hermano, va a primero B.

—¿Tienes un hermano en primero B? ¿Sois gemelos o ha repetido?

—Nada de eso, cada uno tiene su cumpleaños, pero él en enero y yo en octubre. A nadie más le pasa eso, ya lo sé, mamá dice que somos especiales.

—Sois casi gemelos —insistí.

—No, también tengo unos hermanos que son gemelos, pero van a segundo, son mayores. Luego en el recreo los verás a todos. Si quieres…

—Claro —aseguré. Me fascinaba la idea de que alguien tuviera tantos hermanos y de edades tan cercanas a la suya.

—¿Tú no tienes hermanos?

—Solo una hermana, Gemma, pero es supermayor, tiene dieciséis años, va al instituto.

—Claro —asintió muy serio, como si yo le estuviera contando un problema de proporciones épicas.

Sonó en ese momento el timbre que indicaba el cambio de clase y él dio un respingo y se apresuró a meter el dedo en un agujero de su pupitre. Me fijé con atención para tratar de entenderlo. A uno de los tubos de aluminio que formaban las patas y la bandeja que había bajo el tablero le faltaba la tapa que lo cerraba y parecía hecho adrede para esconder algo.

—¿Qué buscas? —me atreví a preguntar.

—No busco nada, pero si metes el dedo aquí justo cuando suena el timbre, puedes hacer que alguien en otra clase se tire un pedo sin querer. Ojalá sea Dani, es mi hermano mayor —aclaró.

Ahí se me escapó la risa sin darme cuenta. La profe levantó la cabeza hacia mí, pero, en lugar de regañarme, como había hecho con él, solo sonrió. Viéndolo ahora con la distancia que dan los años, quizá se alegró de notar que me estaba integrando. Supongo que me puso junto a Manu porque ella sabía que con él la transición sería mucho más fácil. Todo el mundo tenía que saber por fuerza que Manu era un niño muy especial. A mí me lo pareció desde ese primer momento, y solo tenía seis años, no podía ser el único en haberlo notado.

Ya estaba bastante avanzada la clase de matemáticas cuando Manu se dejó caer sobre la hoja de sumas con los ojos cerrados y la boca abierta. El lápiz se deslizó por el pupitre hasta acabar estrellándose contra el suelo.

—¿Manu? —susurré.

No respondió.

—¿Estás bien?

Abrió un ojo.

—Estoy fingiendo que me he muerto de aburrimiento. A veces funciona. O a la seño le da risa y nos deja descansar. Una vez lo hice en el suelo y me dibujaron con tiza como la policía a los asesinados. Fue divertido. Hoy solo quiero que nos quiten las sumas.

Y volvió a cerrar los ojos.

Y yo deseé que no me cambiaran nunca de sitio ni de clase, quería estar al lado de ese niño todo el tiempo que estuviera en el colegio. Y parte del que no estuviera allí también.



Me cogió la mano en la fila que hicimos para salir al recreo, y ese simple gesto me reconfortó ante la incertidumbre de socializar con un montón de niños a los que no conocía. Tiró de mí en cuanto nos dejaron libres y corrí tras él hasta donde quiso llevarme, porque ya aquel primer día hubiera ido hasta el fin del mundo si me lo hubiera pedido. Nos sentamos en el extremo más alejado del patio y me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Te gusta jugar al fútbol? —preguntó.

—No mucho. Prefiero otras cosas.

—¿Las canicas?

—Las canicas me gustan más, sí. Pero no las he traído, no sabía si se podía.

—Sí se puede —aseguró.

Luego me rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza en mi hombro. La situación me resultó un poco rara, porque era más alto que yo,

pero, por otro lado, me tranquilizó la manera en la que parecía haberme aceptado en su mundo.

—Vas a ser mi mejor amigo. Mañana trae las canicas. Yo las traeré también.

—Vale.

—Hola —nos interrumpió un niño casi igual que él—. ¿Quién eres?

—Es Joel, es nuevo y va a ser mi mejor amigo. Él es mi hermano Nico.

—Que se venga un día a casa y jugamos todos.

—Vale —aceptó Manu—. Se lo decimos a mamá.

Llegaron entonces otros dos niños idénticos entre ellos y muy parecidos a los dos que estaban conmigo. Estos sí llevaban una pelota, pero era de baloncesto.

—Estos son Guille y Dani, mis hermanos mayores, los gemelos —me explicó.

—Hoy es el día de la fruta y mamá se ha vuelto a olvidar —protestó Nico.

—¿Tu madre es de las que se olvidan de esas cosas o de las que se acuerdan? —me preguntó Manu.

—No lo sé, en mi otro cole no había día de la fruta…

—Aquí es los miércoles.

—Mejor que se olvide, yo prefiero bocadillo —dijo uno de los gemelos.

—Dani —preguntó Manu—. ¿Esta mañana en clase te has tirado un pedo sin querer?

—Claro.

—¿Ves? —me susurró Manu—. He sido yo.

Los cuatro comenzaron a jugar, a reírse y a hablar de cosas que yo no sabía ni de qué iban, pero en ningún momento me sentí fuera de lugar. Creo que los miré embobado durante mucho rato. Su aspecto tan similar hacía que tuvieras que esforzarte mucho en distinguirlos. Era como si alguien hubiera hecho un niño y le hubiera salido tan bien que lo hubiera repetido tres veces más. Los cuatro eran igualitos, pero solo Manu parecía brillar con su propia luz. Creo

que ese primer día se convirtió en mi persona favorita del mundo. Y pese a todos mis esfuerzos, ya nunca dejó de serlo.



CAPÍTULO 7

PÁSAMELO TODO



JOEL

—¡Joel, ya está la cena! —me grita Manu desde el salón, con una naturalidad tal que parece que ayer mismo hubiera empleado esa frase conmigo—. ¡Sin prisa, cuando quieras!

Pero salgo, porque solo estaba curioseando sus cosas. Los encuentro a los dos poniendo la mesa, aunque la aportación de la niña es más bien simbólica, claro. Ayudo con lo que queda y nos sentamos los tres a cenar. Manu ha preparado un pescado en salsa que tiene muy buena pinta.

—¿Esto lo has cocinado ahora?

—Sí, bueno, más o menos… El pescado sí, la salsa la tenía como a medias. En fin, siempre tengo cosas preparadas que con un par de ajustes me salvan una cena. —Se rasca la cabeza—. Recursos de padre, supongo. —Se ríe, parece algo nervioso.

—Siento haberos invadido así, no lo he planeado, ha sido como un impulso —digo en apenas un murmullo, porque de repente me siento algo avergonzado por haber vuelto de golpe y haberme colado en su vida familiar sin avisar y casi sin darle opción a rechazarme.

—Me encanta ese impulso —asegura Manu con una expresión a medio camino entre la gravedad y la sonrisa. Estira su largo brazo hasta mí y me da un rápido apretón en el hombro antes de volver a prestar atención a su comida, pero el recuerdo de su mano se queda conmigo un poco más.

—Ese pijama es de mi papá —interrumpe Ali.

He elegido uno gris neutro de algodón suave, el más discreto de los que había en su cajón, todos los demás eran de dibujitos. Al ver el que lleva puesto, uno exactamente igual que el de su hija, todo tiene sentido. El pantalón es blanco con manchas negras, el típico estampado de vaca, y en la camiseta se ve el dibujo de la cara del animal y la frase «te quiero muuuuuuuuuuuucho». Sonrío porque es imposible no hacerlo al ver la familia que forman. La niña es igualita a él: mismos rizos rubios descontrolados, mismos ojos azules cargados de preguntas, misma sonrisa de estar pensando más de lo que dice… Hasta comparte hoyuelos con su padre. Me pregunto qué habrá heredado de su madre. A simple vista, parece que nada, pero seguro que algo sí. Lo cierto es que a Paola no llegué a conocerla tanto, no quise hacerlo.

—Has cogido el aburrido —sigue la niña y rompe mi divagación mental.

—¿El aburrido?

—El de dormir fuera de casa… —Baja la voz hasta lo que pretende ser un susurro que logra a medias al añadir—: El de parecer serios.

Su cara adquiere una expresión severa y asiente con convicción. Mira a su padre de reojo y él imita el gesto.

—Ah, sí —confirmo—, sois muy serios.

Ali se echa a reír y Manu sonríe al verla.

—Que nooooo —sigue riéndose la pequeña—, que era de mentiras. En *verdá* somos *muuuuuuu* payasos. —Estira su camiseta a la vez para dejar clara la onomatopeya.

Manu suelta una risa aislada, pero es suficiente para removerme algo por dentro, como me ha pasado siempre. Su risa me ha provocado toda la vida un cosquilleo en el estómago, como si mi

cuerpo actuara por su cuenta y se empeñara en dejarle claro a mi cabeza que me gustaba más de lo que debía.

Sé que es imposible, pero estoy seguro de que puede adivinar lo que acabo de sentir. Me rasco la cabeza, me muerdo el labio, miro hacia todas partes con indiferencia. Pero es mentira, lo último que siento es indiferencia. Me tiembla el pulso. Vuelvo a ser el mismo adolescente de hace diez años, joder. Lo tengo al lado. Después de diez años, de nuevo lo tengo al lado. Lo tengo al lado y me habla como antes. Y se ríe y mi cabeza vuelve a todas esas veces en las que esa risa me salvó de mí mismo. O me condenó a quererlo en silencio, como se quiere y se desea algo que sabes que nunca tendrás, con esa nostalgia preventiva de lo que nunca ha sido y nunca será.

Lo miro sin querer mirarlo, como el condenado masoquista que he sido siempre con él. Manu. Otra vez Manu. Y yo con la guardia más hecha polvo que nunca y el corazón pidiendo un amnisticio. No debí venir a verlo, diez años no han sido suficientes, voy a necesitar otros diez. Y puede que ni entonces.

—¿Estás bien? —pregunta y esas dos palabras son suficientes para decidir que lo quiero de nuevo en mi vida. Aunque duela, aunque sangre, aunque rabie… Me quedo. Lo necesito en mi vida de nuevo, dolorosamente presente.

Asiento ante su pregunta, pero la mentira es tan intensa que me arde la garganta. Porque no estoy bien. Porque puede que nunca hubiera estado peor. Porque él es mi lugar seguro al que siempre quiero volver, pero tan peligroso que necesito huir. Y esa es una línea que no sé cruzar sin desgarrarme por dentro.

Por escapar de él, me alejé también de mamá. Y ahora no está. Las últimas palabras que le dije vuelven a mí para castigarme de nuevo: «me pillas mal, mamá, te llamo luego». La llamada más importante de mi vida es esa que no hice. Mi cabeza me bombardea con imágenes de todo lo que ha pasado en las últimas horas, en los últimos días: las amigas de mi madre en el tanatorio, los comentarios de Óscar fuera de lugar, la cara de Gemma sin saber cómo disculparlo, «me pillas mal, mamá, te llamo luego», el avión, las calles de París de madrugada, el pelo rojo de Claude sobre mi

almohada, «me pillas mal, mamá, te llamo luego», la boca de Claude bajando por mi pecho, el último cuadro que destruí, «me pillas mal, mamá, te llamo luego», las escaleras de mi buhardilla, las vistas de Monmartre desde mi pequeño balcón, «me pillas mal, mamá, te llamo luego»…

Y todo empieza a girar a mi alrededor. Cierro los ojos y me llevo las manos al pecho, como si así pudiera controlar la respiración.

—No estás bien, Joel. —La voz de Manu llega hasta mí amortiguada, pero el sonido de mi nombre se desliza entre sus labios y casi puedo escuchar el momento en el que la lengua roza sus dientes. Tengo los sentidos desatados, creo que podría escuchar un alfiler caer en el edificio de enfrente.

Quiero decirle que estoy bien, que no se preocupe, pero articular esas palabras me parece un esfuerzo del que ahora mismo no me veo capaz.

—¿Qué le pasa? —escucho preguntar a su hija. Tanto su voz como la respuesta de su padre resuenan en mi cabeza con fuerza.

—Joel tiene un superpoder, siente las cosas muy fuerte, más que los demás —le explica Manu.

—Oh, qué chulo, yo también quiero un superpoder…

—Bueno, a veces lo pasa mal y hay que ayudarlo un poco…

El sonido de su silla retumba en la habitación y noto su presencia junto a mí al momento. Gira la mía, o eso es lo que parece. Su tono de voz es suave cuando se dirige a mí, como solo él sabe hacerlo.

—Joel, abre los ojos —dice en apenas un susurro que me hace obedecer.

Está frente a mí, arrodillado en el suelo, con su cara a la altura de la mía. Levanta las manos y las coloca entre ambos, mostrándome las palmas, como ha hecho miles de veces.

—Pásamelo todo, te lo guardo un rato.

—Manu…, somos adultos —murmuro sin dar crédito a que esté haciendo esto de verdad.

Él se encoge de hombros brevemente sin bajar las manos.

—Nada ha cambiado, somos los mismos… Yo sigo aquí —asegura con sus ojos fijos en los míos. Y yo levanto las manos y entrelazo

mis dedos con los suyos. Volvemos a ser unos críos y una vez más me está sacando de un pozo oscuro—. Pásamelo todo —insiste.

Intento recoger toda la culpa que siento por no haber llamado a mi madre, pero la tengo desperdigada por todo el cuerpo y es difícil. Poco a poco, la voy agrupando en una bolita que se va haciendo más y más grande. Antes de que se haga tan enorme que no pueda manejarla, la pongo en movimiento y ella misma va recogiendo los resquicios que encuentra por donde pasa. Se vuelve tan densa que creo que podría quebrarme las costillas. Me sube por el estómago hasta el pecho y siento una fuerte sacudida cuando me atraviesa el corazón. Pero no tarda en llegar a los hombros y se desliza por mis brazos hasta llegar a los de Manu. Siento la liberación en el momento justo que abandona mis manos y pasa a las suyas.

—Ya —farfullo.

Él aprieta más fuerte sus dedos.

—Sé que hay más, pásamelo todo.

Y no puede tener más razón, pero me resisto a pasarle el dolor de lo que siento por él.

Se limita a agitar un poco las manos sin soltarme.

—Joel…

Respiro hondo y lo hago. Condenso el dolor como he hecho con la culpa y lo visualizo viajando hasta él. La sensación de alivio me invade de nuevo en cuanto se lo paso. Pero esta vez es mayor, porque lo he soltado todo, porque el fuego espeso que me ardía por dentro es ahora aire puro y limpio que me refresca y me calma. Él sonríe y me suelta al momento.

—Mío —asegura al ponerse de pie—. Pídemelo cuando lo quieras de vuelta.

—No me puedo creer que hayas hecho eso… —La sonrisa se me escapa sola, porque sigue siendo él, por mucho tiempo que haya pasado.

—¿Ha funcionado?

—Siempre —confirmo con un asentimiento de cabeza.

Tira de mí para que me ponga de pie.

—Vete un rato al sofá —me pide—. Ahora voy yo, en cuanto acueste a la peque.

CAPÍTULO 8

LA PEOR DISCULPA DE LA HISTORIA



MANU

Tras dejar a Ali dormida en su cama, vuelvo al salón y me siento en el sofá junto a Joel. Es la primera vez que estamos solos desde que ha aparecido esta tarde. No termina de parecerme real que esté aquí de verdad.

—Se ha dormido por fin —explico y mi voz suena más cansada de lo que pretendía. Él asiente, pero no dice nada, así que añado—: ¿Estás bien?

Vuelve a quedarse callado y se instala un silencio raro entre los dos, cargado de todas las cosas que ambos estamos pensando y ninguno dice.

—Perdóname —suelta él por fin.

—¿Por qué? —pregunto como si no estuviera claro, pero quiero asegurarme de a qué se refiere.

—Por desaparecer. Por no escribir. Por no dar señales. Por portarme como un imbécil contigo. Después de cómo te portaste siempre tú…

—Eso ya no tiene arreglo, no se puede cambiar —murmuro—. No le des más vueltas.

Se queda mirando sus propias manos durante un rato más largo del que cualquiera dedicaría a algo así.

—No sabía cómo volver —confiesa y alza la vista por fin—. Durante años, quise, pero no supe. Luego llegó un momento en que pensé que ya no tenía derecho.

Me recuesto con cansancio contra el respaldo del sofá y miro al techo, como si allí fuera a encontrar las palabras adecuadas que decirle.

—No necesitabas saber cómo volver, solo tenías que hacerlo.

—¿Es demasiado tarde?

—¿Para qué? —pregunto.

—Para que me perdones.

—No hay plazos para perdonar. Ni para entender.

—No te lo puedo explicar, Manu. Necesito que me perdones, pero no tengo una explicación para lo que hice.

—Es la peor disculpa de la historia. ¿Eres consciente? —Sonrío.

—Lo sé. —Suspira—. Y no merezco que me perdones, pero lo necesito.

Se inclina hacia mí disimuladamente, no sé si cree que no me estoy dando cuenta. Luego apoya la cabeza en mi hombro, como hizo tantas veces en el pasado. Sé que así se siente en paz, y esta noche no me parece momento para quitarle eso. Me limito a sacar el brazo que me ha quedado aprisionado entre su espalda y el sofá y lo paso alrededor de sus hombros. Noto su alivio cuando se da cuenta de lo que he hecho. Y es tan natural estar de nuevo así con él que parece que los últimos diez años fueran apenas diez días. Todo parece haber vuelto al punto en el que estaba justo antes de que se marchara.

—Gracias, Manu. —Solloza. Da la impresión de que va a romper a llorar en cualquier momento—. Por estar siempre para mí…

Me muerdo la lengua en sentido figurado para no explicarle el daño que me hizo, porque estoy seguro de que él ya lo sabe. Y me jode profundamente que ni siquiera sea capaz de darme una explicación, pero no se lo puedo reprochar, no ahora que acaba de volver y tiene que despedirse de su madre. Llevo años pensando que es todo culpa mía, que tiene que haber un motivo para que las

dos personas más importantes de mi vida (él y Paola, mi mejor amigo y mi mujer) me abandonaran, se marcharan lejos de mí. Sé que en el caso de Paola su intención no era tanto huir de mí como de la justicia, pero hizo lo que hizo y sacrificó nuestra vida juntos e incluso a nuestra hija por salvar su culo. Y todo por algo tan miserable como dinero. Por mucho que me esfuerce, no creo que pueda comprenderlo jamás.

—Ya me conoces —digo por fin, porque llevaba demasiado rato callado—. Yo soy así.

—Lo sé. —Guarda silencio un momento—. Eres el mejor amigo que se puede tener.

—¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

Me acerco a su oído antes de murmurar:

—Porque te quiero muuuuuuuuuuucho —canturreo en clara referencia a la frase de mi pijama que estoy seguro que no ha olvidado y estrecho un poco el brazo que tengo sobre sus hombros.

Los dos empezamos a reírnos, pero él no tarda en romper a llorar. Llora como lo hacía el niño que conocí hace tantos años, como el adolescente al que todo le superaba… Y como lo hice yo cuando salió de mi vida sin mirar atrás.

Y lo abrazo con fuerza porque hace veinte años me prometí a mí mismo que yo siempre estaría a su lado cuando me necesitara.

Lástima que él no se hiciera la misma promesa.

CAPÍTULO 9

UN SUPERPODER



MANU (8 AÑOS)

Un par de años después de que Joel llegara al colegio, ya se había convertido en mi indiscutible mejor amigo. Era bastante introvertido y tenía poco interés en socializar. Prefería quedarse solo dibujando antes que ponerse a jugar con niños con los que no tenía confianza. Pero conmigo nunca fue así. Congeniamos desde el primer momento. Y me vio. Me vio como no me había visto nunca nadie.

Cuando tienes tres hermanos mayores, es difícil destacar. Y más si son como los míos. Nico siempre fue el niño más alto de mi curso, con diferencia. Además de que es un poco payaso y bastante divertido. Toda la vida ha tenido un carisma natural que encandila a quien lo conoce. Y a quien no lo conoce también, no por nada es uno de los modelos más cotizados del mundo. Ya era así a los ocho años.

En cuanto a los gemelos, el asunto era más exagerado todavía. Eran los reyes de la escuela. Todo el mundo sabía de ellos. Solo iban a cuarto, pero ya eran los amos de Primaria. Los niños de cualquier curso se apuntaban a sus travesuras y las niñas suspiraban por ellos. Eran bromistas, gamberros, divertidos e imprevisibles, unos líderes natos, los más famosos de todo el colegio.

En lo que respecta a mí, nunca me ha gustado demasiado llamar la atención, soy una persona sencilla. Tengo mi mundo interior como cualquiera y ya entonces tenía mi particular visión de la vida, pero siempre he preferido las cosas discretas y estar en un segundo plano. Mis hermanos tenían nombre propio en la escuela, yo simplemente era «el pequeño de los Andújar», y a mí eso me parecía bien.

Pero llegó Joel y todo cambió. Me convertí en su persona preferida del colegio desde el primer día. Me vio. Por primera vez, alguien conocía a todos mis hermanos y me prefería a mí. Eso era nuevo, y me gustó. Me gustó sobre todo porque no me obligaba a ser como ellos. Joel y yo nos entendíamos con nuestras rarezas y nuestro modo prudente de relacionarnos con los demás. Pasábamos los recreos juntos, siempre. A veces solos, hablando de cosas divertidas, otras con mis hermanos o con más niños, pero siempre pocos, porque Joel se agobiaba fácil. En ocasiones se bloqueaba si había mucha gente o si le decían algo desagradable directamente a él. Yo solía estar pendiente para llevármelo a algún sitio si eso pasaba, porque verlo sufrir es una de las cosas que más he odiado siempre.

Una mañana de febrero, tendríamos unos ocho años, todo cambió. Era uno de esos días fríos en los que los dedos se ponían blancos y podías verte el aliento al hablar. Recuerdo que estaba con Nico, fingiendo que fumábamos, como si el vaho que expulsábamos fuera humo, cuando vi a Joel más bloqueado que nunca.

Estaba solo, quieto, en mitad del patio, con esa forma suya de quedarse como congelado, y no de frío, más como si el mundo hubiera desaparecido a su alrededor y solo le importara lo que estaba viendo. Supe que algo le pasaba, y no algo bueno. Se le notaba en la pose, en la tensión de los hombros, en la forma de morderse el labio con tanta fuerza que se lo dejaba blanco, en cómo miraba al suelo como si se le hubiera roto algo. Me acerqué a él sin pensarlo y fue entonces cuando la vi.

Una paloma muerta, tumbada de lado en medio del patio. No parecía estar herida ni haber sangrado, solo estaba muerta. Tenía las

alas medio desplegadas y la cabeza ladeada, como si simplemente se hubiera dormido ahí.

—¿Está muerta? —pregunté.

Joel asintió sin decir nada.

—¿Te da miedo? —tanteé.

—No. Me da pena. No se merece eso.

Parecía haberles leído el pensamiento a un grupo de niños de un curso superior al nuestro que se acercaban al animal con palos y piedras.

—¿Qué te apuestas a que le abro la cabeza con este rulo? —le propuso uno de los críos a otro.

—¿Está muerta de verdad? —Otro la azuzó con un palo.

—Más muerta que los dinosaurios —confirmó un tercero.

—Que paren —murmuró Joel, y yo lo vi tan afectado que solo quise hacer eso por él.

—¡Eh, parad! —les grité a los niños, que se limitaron a mirarme por encima del hombro y reírse—. ¡¡Eh!! —insistí—. ¡Dejadla en paz!

—¿Qué pasa? —Nico se plantó a mi lado en un momento.

Le conté al oído que quería que dejaran en paz a la paloma porque a Joel le daba pena y no hizo falta más. Porque mis hermanos son así, pueden ser un poco cafres, canallas o gamberros, pero si les pido algo, nunca cuestionan nada, van a muerte conmigo. Siempre.

Nico se metió los dedos en la boca y soltó un silbido que retumbó por todo el patio. Era su forma de llamar a los gemelos. Yo no sabía silbar, y no era por no intentarlo…

Mis otros dos hermanos aparecieron desde algún punto cercano y llegaron hasta nosotros.

—¿Qué pasa? —preguntó Guille.

—Manu quiere que dejen en paz a la paloma —explicó Nico. No dijo nada de Joel ni dio más explicaciones. Pero los gemelos ni siquiera las necesitaban.

—¡Eh, Ferrer! —gritó Dani dirigiéndose por el apellido al que sin duda era el cabecilla del grupo—. Para con eso.

—Pssss, los Andújar… ¿Siempre vais en pandillita? —se burló el tal Ferrer.

—Pues como tú —resopló Guille y dio un paso al frente.

Al momento lo hicieron Dani y Nico, y lo cierto es que mis tres hermanos, cuando se ponen serios, imponen. Los chavales soltaron palos y piedras y salieron corriendo de allí. Y yo sonreí de puro orgullo fraterno.

Los tres me preguntaron si necesitaba algo más y una especie de intuición que no terminaba de comprender me hizo pedirles que me dejaran solo con Joel. Sabía que él pretendía hacer algo y que preferiría que ellos no estuvieran. Mis hermanos se marcharon y yo esperé en silencio su siguiente paso.

Entonces mi amigo se acercó al animal muerto y se agachó. Con un cuidado inusual para un crío de ocho años, puso las manos alrededor del cuerpo de la paloma como si fuera un objeto delicado. Cuando la levantó, lo hizo con una solemnidad más propia de un funeral de Estado que de un juego infantil.

—Ven —me pidió.

Y yo fui, porque siempre iba a donde él me pedía.

Nos escabullimos por el lateral del edificio principal, donde nunca había nadie porque estaba lleno de zarzas, ortigas y alguna que otra avispa. Pero también era un rincón con tierra blanda y mucho frío. Joel dejó al animal en el suelo y buscó un palo entre los arbustos.

—Tú vigila —me pidió—. Yo la entierro.

Me quedé de pie a su lado, para vigilar como me había pedido, mientras él removía la tierra con ese palo raquítico que fingía ser una pala. No hablamos. Solo lo dejé hacer y lo acompañé en silencio. Porque a veces eso era todo lo que Joel necesitaba. Cuando el agujero fue lo bastante grande, volvió a coger al animal y lo puso dentro con mucho cuidado. Luego la tapó con sus propias manos. Y no le dio asco.

Antes de irnos, arrancó un diente de león que crecía por allí y lo colocó sobre la tierra como una especie de flor. Como una ofrenda silenciosa o una señal de cariño y respeto. Yo no me atreví a decir una palabra, me pareció un momento demasiado solemne como para romperlo gratuitamente.

—Ya está —murmuró—. Ahora sí.

Nos quedamos allí, en ese rincón del patio al que nunca iba nadie, sentados con la espalda contra la pared del edificio y mirando el improvisado sepulcro. Yo no dije nada más, pero recuerdo cada detalle: cómo le temblaban todavía un poco los dedos, cómo se mordía la mejilla por dentro para no llorar, cómo respiraba fuerte y sorbía por la nariz…

Y en ese momento, pese a no saber qué le había pasado, sí supe que quería estar a su lado cuando le volviera a pasar. Mi objetivo iba a ser que Joel no sufriera más, porque eso es lo que hacen los amigos. Y nosotros éramos los mejores y más amigos del mundo.



Apenas un par de días después, me llegó la respuesta a la pregunta que no paraba de hacerme sin saberlo. La orientadora, la señorita Noelia, entró en nuestra aula y me llamó delante de todos. Me sacó de clase de mates, cosa que me pareció fenomenal. Me llevó hasta un despacho. Yo nunca había estado allí. Era una salita pequeña con dos sillones grandes, no tenía la típica mesa enorme e intimidante de profesor. Había una alfombra con dibujos de naves espaciales y una lámpara que parecía tener plastilina dentro que flotaba en algún líquido. No daba mucha luz, pero era divertida de mirar.

Me indicó que me sentara en una de las butacas y lo hice. Los pies no me llegaban al suelo y, al agitarlos, golpeaban la madera y hacían un ruido chulo. Seguí haciéndolo casi sin darme cuenta, supongo que en parte por nervios y en parte para llenar el silencio que había en esa salita antes de que ella lo rompiera.

—No estés nervioso —me pidió con una sonrisa—. No estás castigado. Solo quiero hablar contigo de Joel.

Al oír su nombre, se me encogió algo por dentro. Pensé que había hecho algo mal, que se había metido en algún lío.

—Fui yo —aclaré precipitadamente.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Ahí comprendí que quizá debí haber esperado a que ella me explicara primero lo que había hecho mi amigo.

—Lo que ha hecho Joel, fui yo, o fue por mi culpa, que es lo mismo.

Era muy difícil autoinculparse sin saber de qué, y más conociendo a Joel y lo poco probable que era que se hubiera metido en un lío. Ella sonrió abiertamente, aunque no llegó a reírse.

—Joel no ha hecho nada malo, y tú tampoco. Al contrario. He visto cómo estuviste con él el otro día, con lo de la paloma. Y otras veces antes también. Sé que tú… lo cuidas mucho.

No supe bien qué decir. Lo único que me salió fue un encogimiento de hombros y un «normal, es mi amigo». Pero ella me miró como si fuera algo insólito y muy importante.

—Joel es una persona altamente sensible. ¿Sabes lo que significa eso?

Negué con la cabeza. Nunca había oído esas palabras juntas. Y menos referidas a Joel. En especial lo de «altamente», porque era bastante más bajito que yo, por lo que no me terminaba de encajar esa expresión con mi amigo.

—Significa que siente más. Que las cosas le afectan de otra forma. De un modo más profundo. Ya te habrás dado cuenta de que a veces llora sin motivo, o se queda demasiado callado cuando hay mucho ruido, o se enfada si alguien rompe algo, aunque no sea suyo… No es que sea raro. Es que tiene una especie de superpoder…, aunque todavía no sepa manejarlo del todo. Y a veces ese superpoder lo hace sufrir. Mucho. Más que a los demás. Porque él todo lo siente más que los demás.

La escuchaba sin pestañear. Me parecía que me estaba contando un secreto. Algo muy importante.

—Sé que hay niños —continuó— que se ríen de él por eso. O que se cansan porque no lo entienden. Pero tú no. Tú intentas averiguar lo que necesita para poder ayudarlo.

Me sentí un poco orgulloso, pero tampoco demasiado, lo justito. Con esa sensación que se te subía al pecho de niño cuando un adulto te decía que habías hecho algo bien y tú no te habías dado ni cuenta.

—¿Y hay alguna manera de ayudarlo siempre? —pregunté.

La señorita Noelia se inclinó un poco hacia mí.

—Lo que haces ya es ayudarlo. Estar a su lado, escucharlo, no reírte, darle tiempo… Pero si alguna vez lo ves callado, o nervioso, o con la cara rara…, no lo fuerces a hablar. Solo quédate. Con que sepa que estás ahí es suficiente. Para los niños como Joel, eso ya es muchísimo.

—Vaya caca de superpoder si le hace daño, es muy mala suerte que le haya tocado justo ese —protesté.

—No siempre le hace daño —aclaró con una sonrisa amable—. Simplemente lo siente todo más, hasta los sentidos: el olfato, el tacto, el oído… Lo habrás notado, ¿no?

—Sí, le molesta mucho cuando los demás niños gritan… Y a veces puede adivinar lo que hay de comer antes de llegar al comedor. Dice que lo huele.

—¿Y eso no te parece un superpoder?

—Depende. —Me encogí de hombros—. Si hay macarrones sí, pero si hay coliflor… Vaya asco olerla antes y más fuerte…

Ella sonrió antes de volver a hablar.

—Pues igual que le pasa con los sentidos, le pasa con las emociones: la tristeza, la alegría, la culpa, la vergüenza… Todo se hace más grande dentro de él. Y cuando se trata de una emoción positiva la vive con más intensidad y le hace sentir mejor que a nadie, pero cuando es una negativa le ocurre lo mismo y lo pasa mucho peor que cualquiera. Las emociones son las mismas que puedes sentir tú, pero dentro de él son mucho más grandes. Enormes.

Asentí. Me guardé esas palabras como si fueran un valioso tesoro que alguien me hubiera dado solo a mí. Algo que no podía olvidar, era demasiado importante.

Volví a clase como si nada y no le conté a nadie lo que había hablado con la orientadora. Ni siquiera a Joel. Pero ese día tomé la determinación de que si él era de los que sentían mucho…, yo sería de los que se quedaban a su lado para lo que hiciera falta.



Aunque tenía presente lo que me había contado la orientadora, mi actitud hacia Joel no cambió, porque las cosas entre nosotros quería que siguieran igual. Él era el de siempre. Jugábamos y nos divertíamos, pero es cierto que yo me fijaba más en que cuando estaba contento, lo estaba mucho más que nadie, y cuando se ponía triste, también lo hacía más que nadie. Aunque nunca lo había visto tan triste como el día que llegamos a clase y vimos que había muerto Napoleón.

Napoleón era la mascota de la clase, un solitario pez de color naranja con una mancha negra junto al ojo al que nos encargábamos de dar de comer por turnos. Como todos los peces, no era un animal especialmente divertido. Lo mejor era cuando soltaba una caca larga y la llevaba pegada a su ojete de pez durante un rato, pero más allá de eso no es que resultara un compañero apasionante.

Aquella mañana, nuestro Napoleón flotaba bocarriba en su pecera. En ese momento, todos hicimos lo que se hace con esas cosas: decir «puaj», comentar lo asqueroso que iba a ser sacar al animalillo muerto del agua y buscar nuestros asientos para empezar la clase de lengua.

Pero Joel no volvió a su asiento. Se quedó mirando la pecera como si alguien de su propia familia estuviera allí dentro. No lloró en clase. Pero cuando salimos, fue directo al rincón donde en su día enterramos a la paloma, donde nadie nos iba a molestar. Se sentó en el suelo y se abrazó las piernas. Luego murmuró:

—Se van a olvidar. Nadie lo va a recordar. Como si no hubiera estado nunca.

Yo me senté a su lado y me quedé en silencio junto a él. Entonces se puso a llorar.

—¿Te duele? —pregunté.

Él asintió con ímpetu mientras trataba de secarse los ojos con la manga.

—¿Dónde?

—Por dentro —me explicó—. Me da tanta pena que duele.

—¿Es mucha la pena?

—Sí.

—¿Dónde la tienes?

—En todo el cuerpo. Es tanta que lo ocupa todo, no cabe nada más.

Y entonces tuve una idea, porque yo era más alto que él, mi cuerpo era más grande. Dentro de mí, la pena no ocuparía tanto…

—Pásamela, yo te la guardo. —Levanté las manos.

—¿Cómo?

—Dame las manos y pásame la pena, yo te la guardo, que soy más grande. Cuando la quieras, te la devuelvo, o solo un trozo, lo que prefieras.

—¿Eso se puede?

—Claro que se puede. —Le cogí las manos con más convicción de la que sentía, porque tenía que funcionar, porque necesitaba quitarle eso que lo estaba haciendo sufrir tanto. Enredó sus dedos con los míos y me miró a los ojos—. Hazla todo lo pequeña que puedas, hasta que sea una bolita que puedas manejar, o un cometa con cola si todo no cabe en una pelotilla, y entonces la mandas por tu brazo hasta el mío.

—Vale. —Cerró los ojos y se concentró muchísimo.

Noté todo su cuerpo vibrar del esfuerzo, y me concentré yo también un montón para recibirla. Y lo hice. Sentí el momento exacto en el que se libraba de la pena y me la pasaba a mí. Su alivio me lo dejó claro.

Por si acaso, al volver a clase, escribí «Napoleón» en mi libreta y dibujé un pez de color naranja con una mancha negra junto al ojo. Para que no se olvidara. Mis dibujos no eran tan molones como los de Joel, pero tendría que valer.

Después de aquel día, me pasó su pena muchas más veces. Incluso me pasó miedo, vergüenza, enfado… Todo lo que le superaba y se hacía muy grande dentro de él. Y yo recibí con gusto cualquier cosa que él necesitaba pasarme, porque tenía sitio de sobra y porque a mí no me pesaba nada. A mí me pesaba mucho más verlo sufrir con todo lo que no podía manejar.

CAPÍTULO 10

NO ME DEJES SOLO



MANU

Ali y yo estamos desayunando cuando Joel sale de la habitación. Se nota que se acaba de duchar. Va vestido con un pantalón vaquero negro y una camisa gris sobre la que parece que alguien haya dormido tres siestas. Lleva una coleta baja, pero el pelo se le escapa por los lados, como si no tuviera la capacidad ni para poner orden en su propia persona.

—¿Desayunas? —le pregunto para reclamar su atención.

Su mirada me atraviesa, pero no estoy seguro de que me vea. No me quiero ni imaginar por lo que tiene que estar pasando. Eso es duro para cualquiera, pero para Joel siempre es todo mucho peor.

Me levanto y me acerco a él. Me planto justo delante y aun así no tengo claro que sea a mí a quien esté mirando. Le cojo la cara con ambas manos y lo obligo a que me preste toda su atención.

—Joel, estoy aquí. —Sus pupilas se desplazan como tratando de enfocar, pero no parece tener éxito—. Te voy a planchar la camisa, tú mientras desayuna con Ali. Luego te ayudo a recogerte el pelo, ahora soy un profesional de las coletas. Lo del pelo liso va a ser toda una experiencia, estoy demasiado acostumbrado al pelo Andújar…

No obtengo ni una sonrisa a cambio de mi broma. No sé dónde tiene la cabeza, pero desde luego no es aquí. Comienzo a desabrocharle la camisa y él pasea su mirada de mi cara a sus botones, como si no entendiera lo que pasa.

—Te la voy a planchar —insisto—, no quieres que Gemma te diga que llevas la camisa arrugada. Sabes que es algo que te recordaría el resto de tu vida…

Él solo asiente como si por fin entendiera lo que le estoy diciendo.

—Gracias, Manu —murmura.

—Siéntate con Ali y come algo —le pido—. Yo acabo en un momento.

Saco la tabla y la plancha y me pongo al lío. No soy un gran planchador, pero puedo dejarla más decente de lo que estaba, eso seguro.

—Papá, yo también quiero desayunar en tetillas —dice Ali—, como Joel. ¿Me puedo quitar la camiseta?

—No, nada de quitar, que tú ya estás lista para ir al cole, así que ni se te ocurra mancharte.

—Jo —protesta ella—. ¿A dónde vais tan guapos?

—Vamos a… —empieza Joel, que parece haber vuelto a este planeta, al menos parcialmente— a despedir a mi madre. —Se le quiebra un poco la voz, pero menos de lo que cabría esperar.

—¿Dónde se va?

Joel me mira, como pidiéndome permiso para continuar, y yo solo asiento, porque siempre intento decirle la verdad a mi hija, aunque de un modo que ella pueda entender.

—Ya se ha ido —murmura él—. Se ha ido al cielo.

—Ah —responde ella—. Papi, ¿mi mamá también está en el cielo?

—No, la tuya debe de estar más bien en el paraíso —farfullo en voz muy baja casi sin darme cuenta mientras pienso qué contestarle. Joel contiene una sonrisa y yo me alegro de haber conseguido que reaccione de algún modo—. Tu mamá está muy lejos, ya lo sabes. Es un poco desastre y no sabe cómo volver, pero te quiere mucho, te echa muchísimo de menos y vendrá en cuanto pueda…

Suena el timbre de la calle y me salva de seguir hablando de Paola.

—Venga, prepárate, que será el tío Loui, hoy te lleva él al cole.

—¡Bieeeeeeeeeen! —Salta de la silla y se va a recoger la mochila.

Se la está terminando de colocar a la espalda cuando llaman a la puerta de casa. La abro y mi tío me sonríe.

—Gracias, Loui —le digo.

—Cuando lo necesites, ya lo sabes.

Me aparto para que pase y él lo hace, pero deja la puerta abierta.

En realidad no es mi tío, pero es un amigo de mis padres tan cercano que es como si lo fuera. Lo conozco desde que nací. De hecho, su marido es médico y es el que nos trajo a mis hermanos y a mí al mundo. Loui es fotógrafo artístico y es asquerosamente rico por herencia de sus padres, así que dedica todo su tiempo a hacer lo que le da la gana. Y echarme una mano con mi hija es algo que hace a menudo, porque no tiene horarios y se lo puede permitir.

—¡Luigi! —Mi hija lo llama con entusiasmo por el apelativo con el que se dirige a él su marido italiano. Loui se agacha hasta quedar a su altura y se dan un abrazo—. ¿Y Piero? ¿No ha venido? —pregunta al separarse de él, pero no le da tiempo a recibir una respuesta, porque esta llega a través de la puerta que mi tío ha dejado abierta.

—*Ah, il mio amore Ali!* —resuena la voz de Piero, exageradamente engolada para la ocasión, por todo el rellano justo antes de que él se materialice bajo el umbral de la puerta—. ¿Cómo no iba a venir para llevar a mi chica preferida a la escuela?

—¡Piero! —grita mi hija y corre hacia él—. ¿Podemos hacer como ese día que fuimos a ver el mar y llegamos al cole a la hora del recreo?

Miro al italiano, porque esa anécdota lleva su firma, con una ceja más alta que la otra, y él se ruboriza un poco. Lo justo, porque creo que nunca ha llegado a conocer del todo la vergüenza.

—Eso no ha pasado jamás —asegura—. Ni va a volver a pasar.

Le doy a Loui la bolsa con el almuerzo.

—Confío en ti como mente sensata de los tres.

—Sabes que hay cosas que ni yo, después de tantos años, puedo controlar. —Se encoge de hombros—. Pero haré lo que pueda.

Me despido de ellos y de mi hija con besos y abrazos y cierro la puerta cuando se marchan.

Cuando vuelvo al salón, Joel ya se ha puesto la camisa. No le he pedido que saliera al recibidor a saludarlos porque hoy no está en su mejor día.

—¿Estás listo? —pregunto cuando ya lo tengo todo preparado.

—Creo que nunca estaré listo para algo así.

Me acerco a él y me pongo a su lado.

—Vale, no me voy a separar de ti. Dame la mano cuando lo necesites.

Él suelta un bufido que pretende ser una risa, pero se le transforma en llanto antes de terminar de dejarla ir. Yo me limito a abrazarlo para ayudarlo a que lo suelte todo.



El taxi se detiene un momento en doble fila y yo pago la carrera, pero, al ver que Joel no se mueve, le doy al conductor un billete extra y le pido con un gesto silencioso que espere un momento. Supongo que el hecho de haber parado en la puerta de un tanatorio le da pistas de que se trata de un momento delicado. El hombre solo asiente con un movimiento de cabeza y aguarda.

Tras un rato de silencio más largo de lo que resulta cómodo para cualquiera, Joel respira hondo y deja escapar un suspiro.

—¿Vamos? —Le doy una palmada suave en la pierna y él agarra mi mano con fuerza.

—¿Tengo otra opción?

—Sabes que no.

—Ya. —Asiente y vuelve a suspirar.

Salimos del coche por fin y nos quedamos plantados un momento ante las puertas del imponente y triste edificio.

—¿Estás listo? —le pregunto.

—No.

—Vale. No hay prisa. Esperamos.

A Joel no hay que empujarlo, solo acompañarlo y respetar sus tiempos.

—No quiero entrar.

—Me lo imagino, pero tienes que hacerlo.

—No me dejes solo, Manu.

—Nunca lo he hecho.

—Ya lo sé.

Le cojo la mano con fuerza.

—Estoy aquí. Puedes pasarme lo que no consigas soportar, ya lo sabes…

Él me aprieta los dedos tal como hacía de niños cuando algo le resultaba difícil.

—Gracias, Manu.

Cuando por fin accedemos al frío *hall*, Gemma viene como una exhalación a recibirnos. La acompaña ese marido suyo que nunca nos cayó bien ni a Joel ni a mí. Éramos unos críos, quizá lo juzgamos mal. Yo hace diez años que no lo veo, así que ahora mismo no me siento capaz de opinar.

—Ay, creía que no llegabas —le dice a su hermano—. Manu, cuánto tiempo. ¿Ha pasado la noche contigo? Me alegro mucho. Qué fuerte lo mayor que estás. La última vez que te vi eras un adolescente, y ahora me han dicho que eres padre y todo, ¿no?

—Hola, Gemma. —Sonrío con moderación, porque no es un momento bonito—. Siento mucho lo de tu madre. Sí, ha pasado la noche en mi casa y sí, tengo una hija.

—Me alegro mucho por ti… Nosotros llevamos años intentándolo y no hay manera. —Suspira—. Siempre quise darle nietos a mi madre y ahora…, en fin, la vida.

—La muerte —matiza su marido y todos lo miramos un poco sorprendidos por el mal gusto del comentario. Parece que sigue siendo el de siempre.

Un hombre trajeado se acerca a Gemma y le dice algo en voz baja. Ella asiente y se dirige a su hermano:

—Joel, acompáñame, hay que preparar un par de cosas. Óscar y Manu, os vemos dentro. —Me coge un momento la mano y me

susurra—: Ponte en primera fila con nosotros, por favor. Sé que para Joel será más consuelo tenerte a ti que a mí.

—Claro —asiento antes de que se marchen.

Me quedo a solas con el individuo este con el que no sé de qué hablar y, en vista de su único comentario, prefiero el silencio antes de que saque él una conversación de lo más inapropiada. Abre la boca y, en efecto, cumple las expectativas con creces.

—Bueno, chaval —me da una palmada en la espalda—, ¡cuánto tiempo! He oído que pegaste el braguetazo de tu vida con lady Houdini —emplea el apodo con el que la prensa bautizó a Paola cuando huyó de la justicia con su padre—, pero claro, se fugó y todavía no la han trincado, ¿no? Así que lo mismo la jugada no te salió muy allá… ¿O cuando se piró te quedaste tú con la pasta? ¿Cómo funciona eso?

Lo miro atónito porque me parece increíble que alguien a quien apenas conozco y que hace diez años que no veo me acabe de soltar esto. Mi buena educación me impide decir nada, a pesar de que sus palabras me han golpeado con fuerza. Por suerte para mí, y como casi siempre en mi vida, uno de mis ángeles de la guarda no estaba lejos.

—Mide tus palabras al dirigirte a mi hermano, tío. No me parece que ese sea un tema adecuado para sacarle a nadie, y menos en un funeral. Creo que no nos conocemos, soy Dani, encantado. —Le tiende la mano y Óscar se la estrecha sin decir una palabra. Una vez más, el primogénito de los Andújar cuidando del pequeño. Es el mayor de los cuatro, ese ha sido siempre su rol, aunque solo se lleve siete minutos con Guille. Luego se gira hacia mí y me presta toda su atención—. ¿Qué pasa, tete? ¿Cómo estás? ¿Y Joel?

—Ha ido con su hermana a ocuparse de algo —murmuro un poco confuso—. ¿Qué haces aquí?

—He venido con mamá, está saludando a las otras madres. Hubiéramos venido todos, pero Nico y papá están en Londres para un anuncio de no sé qué, y Guille… Ni idea, estaba en Madrid, pero no me he enterado bien por qué, movidas de su otra familia, supongo… —refunfuña un poco.

Últimamente Dani me da un poco de pena. Desde que su gemelo se casó, él está como desubicado en la vida. Finge que no pasa nada y que todo está bien, pero yo sé que la relación que tenían y el modo de vida que llevaban no se olvida de la noche a la mañana. Fueron muchos años de viajes ininterrumpidos buscando el verano, viviendo en una fiesta permanente y haciéndolo todo juntos. Ahora solo viajan de vez en cuando, han diversificado su negocio y ya no se dedican solo a las redes. Por primera vez desde que nacieron, no viven juntos, no lo son todo el uno para el otro. A Guille lo veo feliz, pero Dani parece haber perdido parte de su chispa.

Se abre la puerta de la sala y un empleado del tanatorio nos indica que ya podemos pasar. Le digo a Dani que los veo luego a él y a mamá y me acerco con Óscar a esperar a Joel y Gemma en primera fila.

CAPÍTULO 11

EL FUNERAL



MANU

La sala es enorme y fría. Por muchas cristaleras y flores con las que intenten adornar los tanatorios, siempre es todo aséptico e impersonal, como la misma muerte. Es una de esas estancias que lo mismo emplean en hacer una misa que una ceremonia laica, como va a ser el caso, porque no me imagino ningún escenario en el que se celebre una misa por Begoña.

Desde la primera fila, tengo el féretro a apenas un par de metros. Está cerrado y sobre la tapa han colocado un marco con una foto de ella. Es algo mayor que el recuerdo que guardo suyo en mi memoria, pero supongo que es normal. Gemma y Joel aparecen por una puerta lateral y saludan a unas cuantas personas antes de venir a sentarse con nosotros. Joel me da la mano en silencio y yo la aprieto un poco con la mía con intención de transmitirle algo de tranquilidad, o seguridad, o lo que sea. Como si hubiera consuelo posible para él en este momento…

Un empleado del tanatorio sube al escenario y dice unas palabras acerca de Begoña, a la que evidentemente no conocía. Es, sin duda, un discurso tipo, muy elegante y sentido, que adaptan según el difunto en cuestión. Tras unos minutos, invita a Gemma y Joel a

subir al escenario. Él respira hondo antes de levantarse y yo le doy una palmadita en la pierna para infundirle ánimos.

Los dos hermanos se sitúan frente al micrófono, pero es Gemma la que toma la palabra.

—Muchas gracias a todos por venir a acompañarnos en este día tan triste a darle el último adiós a mamá. Ella ya no está aquí, pero sigue con nosotros de algún modo. Estará entre su colección de vinilos, entre sus libros de poesía o las fotografías de sus viajes. Mamá era una de esas personas capaces de ver lo bello de la vida en cualquier circunstancia. Recordadla con esa sonrisa que parecía no abandonarla nunca. Aunque nosotros, como hijos suyos, le vimos perderla más de una vez… —Se le escapa una media sonrisa y a Joel también. A continuación, ambos se limpian una lágrima—. No me voy a extender más, porque los que la conocisteis ya la lleváis con vosotros para siempre, no me cabe duda. —Cierra los ojos un momento y, cuando los vuelve a abrir, dirige su mirada hacia el techo—. Mamá, gracias por convertir el mundo en un lugar mágico para nosotros. Quiero acabar con una frase de Mario Benedetti, uno de sus poetas preferidos, que dice así: «Después de todo, la muerte es sólo un síntoma de que hubo vida». Gracias, mamá, por la vida.

Gemma apoya un momento la mano en el hombro de su hermano y él respira hondo. Luego se acerca a un piano, en el que yo no me había fijado, que hay en un lateral del escenario. Se sienta ante él y enfoca el micrófono hacia su boca. Está de perfil a nosotros, y se queda en esa pose, sin mirarnos, cuando empieza a hablar.

—Voy a tocar la canción preferida de mi madre. Como muchos sabréis, mamá tenía devoción, por decirlo de forma suave y no emplear el término «obsesión enfermiza», por Billy Joel. Sí, me puso de nombre de pila el apellido de su cantante favorito. Suerte que no era Bowie o Mercury, la verdad. —No puedo evitar sonreír por el comentario, al igual que muchos otros de los presentes—. «Piano man», esa era la canción, supongo que es normal que fuera la preferida de una profesora de piano. No sé cuántas veces me hizo tocarla de niño… Hoy voy a interpretar la versión en castellano, porque no tengo la cabeza para pensar en inglés, supongo que lo

entendéis. En fin, mamá, por última vez, esta canción es para ti, aunque ya siempre será nuestra.

Coloca las manos en posición, pero no arranca.

—Ay, no, Joel, dale —murmura Gemma a mi lado. Estaba tan pendiente de él que no me he dado cuenta de cuándo se ha sentado ella aquí.

Ver a mi amigo frente al piano me trae recuerdos de las tardes en su casa, después del colegio, sentados los dos en el que tenían en el comedor e interpretando esa canción, o la que fuera que se le ocurriera a Begoña en cada momento. Me enseñó a tocar el acompañamiento de muchas, aunque de eso puede hacer tranquilamente quince o veinte años.

Lo noto temblar desde aquí, y no termina de animarse a comenzar, así que, sin pensarlo demasiado, me levanto y voy hasta él. Me siento a su lado en la banqueta y, sin decir ni una palabra, toco el primer acorde del acompañamiento. Me parece increíble haberme acordado, pero me ha salido sin dudar. Él me mira durante apenas un segundo antes de cerrar los ojos y empezar a tocar.

Sus dedos vibran con cierta inseguridad, pero la melodía arranca por fin. Y yo lo sigo. Al principio con la torpeza de quien hace años que no toca, pero no desentona para nada con la inseguridad que muestra él. El temblor de Joel se va convirtiendo en fuerza a medida que avanza. Canta con la voz rota y los ojos cerrados. Cada palabra parece desgarrarle por dentro, y a mí con él, porque fueron demasiados años acompañándolo en su dolor, en cada sensación. Y hoy estamos aquí, después de tanto tiempo sin vernos, compartiendo un momento tan extraño como natural. El silencio de la sala es ensordecedor y está cargado de algo que combina duelo, amor, despedida… y vida.

La amplificada voz de Joel rebota en cada rincón de esta fría sala y la sensación que trae de vuelta me eriza toda la piel. Los asistentes escuchan en silencio. Muchos de ellos con lágrimas contenidas. Otros, con la mirada fija en la caja que alberga lo que en otro tiempo fue la madre de mi amigo.

Cuando termina la canción, el acorde final se queda flotando en el aire, como si ese último gesto hacia su madre no quisiera terminar

de irse. Nadie parece atreverse ni a respirar para no romper este momento. Es Joel quien lo quiebra con un sonoro sollozo. Le paso un brazo sobre los hombros y él esconde la cara en el hueco de mi cuello y rompe a llorar del todo. Su cuerpo se agita con el llanto y yo sufro con él porque no sé cómo ayudarlo.

—Manu —solloza tan bajito que no creo que nadie haya podido oírlo.

Gemma se levanta y se acerca al micrófono para dar por concluida la ceremonia y decirles a todos los presentes que los verá fuera. La sala se va vaciando, pero Joel no se mueve. Y yo me quedo con él. El murmullo de la gente se va atenuando conforme salen. Joel permanece inmóvil y su hermana me indica con un gesto que nos esperan fuera.

Cuando la estancia se vacía por completo y nos quedamos solos, lo sostengo durante un rato, hasta que noto que comienza a calmarse.

—¿Quieres que salgamos ya? —le pregunto en un murmullo.

—Un minuto más —me pide.

—Los que necesites —le aseguro—. Aunque vas a tener que salir a recibir el pésame de la gente que ha venido. Será un rato chungo, pero pasará antes de que te des cuenta. Y yo estoy aquí para lo que quieras.

El silencio nos envuelve tras mis palabras y él se incorpora y gira sobre la banqueta del piano hasta quedar de frente al féretro. Yo hago lo mismo por el otro extremo.

—Está ahí dentro —murmura en un tono apenas audible—. En una puta caja.

—No está ahí —respondo igual de bajito y llevo una mano a su pecho—. Ahora está aquí, contigo.

Me mira de reojo y esboza una media sonrisa, la primera desde que nos vimos ayer. Y ese gesto me resulta tan familiar que algo se me retuerce por dentro. No sé si nostalgia, ilusión o algún sentimiento parecido al que no sabría poner nombre, pero que no quiero perder. Quiero congelar su expresión en este momento y que nunca deje de sonreír.

—¿En serio? —Su sonrisa se ensancha apenas y engola un poco la voz antes de seguir—: Hoy tenemos con nosotros al gurú Manuel Andújar con su charla motivacional «El poder para sanar está en tu interior y otras formas de superar el duelo».

Y yo soltaría una carcajada si no se me hubiera quedado el corazón encogido por verlo sonreír y bromear.

—Te lo voy a pasar porque es uno de los peores días de tu vida, pero la próxima vez que me llames *Manuel* será la última que lo hagas… —Sonrío yo también.

—-¿Y si nos escapamos por la puerta trasera? —Señala con la cabeza la que queda a nuestra derecha, detrás del escenario, altar o lo que sea esto.

—Te arrepentirías —aseguro—. Y Gemma te martirizaría por algo así por los siglos de los siglos…

—Amén. —Vuelve a sonreír y a mí me da un bote el corazón de pura empatía.

Le doy una palmada en la pierna antes de ponerme en pie. Luego le tiendo la mano para invitarlo a hacer lo mismo.

—Te prometo que pasará pronto.

Coge mi mano y se levanta. Camina junto a mí hacia la salida, pero se ralentiza al pasar junto al ataúd. Desliza una mano sobre la pulida superficie y murmura un «te quiero, mamá» tan sentido que me eriza la piel.



La recepción es en una sala más pequeña, donde alguien se ha ocupado de servir café, refrescos y algo de picar que nadie parece tener intención de probar. Y lo entiendo, yo tengo el estómago cerrado. La gente se va a acercando a mi amigo a darle el pésame. Todos hablan bajo y se mueven despacio, como si temieran llamar la atención más de la cuenta.

Me mantengo a una distancia prudente de Joel, lo bastante lejos como para dejarle intimidad, pero lo suficientemente cerca como para que sepa que estoy aquí. Él parece responder en piloto

automático, forzando sonrisas que no siente y recibiendo abrazos que no ha pedido.

—Joel. —Una voz masculina, bastante grave, reclama nuestra atención—. Manu, también estás aquí, cuántos años sin verte…

Lucas Gil, un compañero del colegio. Fue novio de mi hermano Nico durante el Bachillerato. Me saluda con un apretón de manos que le devuelvo, por supuesto. Luego se gira hacia Joel y se funde con él en un abrazo. Y yo me quedo parado sin saber muy bien cómo reaccionar. Hablan en voz muy baja, apenas puedo oírlos. La voz de ultratumba de Lucas está en una frecuencia que me permite captar palabras sueltas tipo «¿cómo estás?», «haberme llamado» y tal. Las respuestas de Joel no llego a entenderlas. En realidad, no entiendo demasiado de nada. En el instituto no eran tan amigos, que yo sepa. ¿Su amistad ha crecido en estos años? ¿En estos años en los que no pudo quedar conmigo ni una sola vez? ¿Conmigo no y con Lucas sí?

—¿Dónde te quedas? ¿Quieres venir a mi piso?

—No, esta noche quiero pasarla en la casa de mi madre, no te preocupes.

—¿Seguro? Bueno, si cambias de idea, ya sabes dónde estoy. —Le pone la mano en la nuca y lo mira a los ojos.

Sí, no hay duda de que se han visto y han tenido trato en estos años. Y la familiaridad de ellos dos me escuece, no lo voy a negar, porque no tuvo ocasión en todo este tiempo para quedar conmigo ni una vez, o para llamarme, y sí lo tuvo para él. Me repito a mí mismo que no es momento de pedir explicaciones, pero alguna vez tendrá que serlo. Un grupo de caras conocidas se acerca a ellos, son más compañeros de la época del colegio. Lucas se aparta para dejarles paso y se queda a mi lado.

—¿Qué tal, Manu? ¿Cómo te va?

—Muy bien. —Sonrío con moderación, porque cualquiera del instituto que supiera quién era mi novia y vea las noticias sabe que «muy bien» en este caso es sinónimo de «una puta mierda».

—Oí que te casast… —Corta la frase de golpe cuando su cerebro procesa toda la información que recibió en su día—. Tienes un hijo, ¿no?

—Una hija —matizo.

—Qué guay. ¿Y qué tal le va a tu hermano? Imagino que genial, no paro de verlo en revistas y vallas publicitarias. ¿Está con Lázaro Sosa todavía?

—Sí —asiento.

—¿Está contento? ¿Les va bien?

—Sí, la verdad —confirmo.

—Qué bien. Me alegro mucho por él, se lo merece. Bueno, dale recuerdos. Yo me voy ya, me he alegrado de verte. —Luego se dirige a Joel—: Me marcho, pero, lo dicho, para lo que necesites. Llámame antes de volver a París y nos tomamos aunque sea un café.

—Claro —asiente Joel y Lucas se marcha.

Saludo al resto de compañeros del instituto con una charla cordial y rápida y no tardan en marcharse también.

—¿Estás bien, hijo? —La voz de mi madre, a la que nunca se le escapa nada, reclama mi atención.

—Claro, mamá —respondo, aunque creo que no suena nada convincente—. Dadas las circunstancias…

Dani aparece tras ella, con un café en la mano y esa sonrisa suya que siempre es un soplo de aire fresco hasta en lugares donde el ambiente es tan denso que se puede masticar.

—No había terminado de servirme el café y ya me han acosado tres señoras para decirme que tenía que probar las pastas. —Hace un gesto con la cabeza hacia la mesa de los dulces y baja la voz—: Lo juro, estos pastelillos tienen más éxito que las novelas de mamá en el Salón Erótico de Barcelona.

—Y dale. —Mi madre pone los ojos en blanco—. Que no son porno…

—Por eso he dicho el Salón Erótico y no el Festival de cine X…

—Mira, no lo voy ni a comentar. —Resopla con fuerza y se acerca a Joel. Le da uno de esos abrazos suyos que todo lo curan—. ¿Cómo estás, Joel, cielo? Qué pena más grande, cómo la vamos a echar de menos…

—Gracias, Estrella —murmura mi amigo.

—¿Quieres venir a casa a comer?

—Muchas gracias, Estrella, pero otro día. Hoy voy a comer con mi hermana.

—Claro, cielo, cuando quieras —acepta mamá con esa voz suya tan dulce que amansa a cualquiera.

—¿Vienes luego a casa? —le pregunto. Aunque estoy un poco molesto por lo de Lucas, no voy a dejar que eso me afecte, porque el rencor es algo que no va conmigo y perjudica más al que lo siente que al que lo recibe.

—No, voy a intentar dormir en casa de mi madre…

—Claro, como quieras. —Me meto la mano en el bolsillo y saco el juego de llaves extra que he cogido por si acaso—. Toma, unas llaves de mi casa. Puedes venir a la hora que quieras, si lo necesitas. En serio, no hace falta ni que avises.

—Gracias, Manu. —Me da un abrazo apretado y lo oigo suspirar fuerte—. Por todo. Siempre.

Me separo de él y es mi hermano quien se acerca a despedirse. Le da un abrazo rápido y una palmada en la espalda.

—Mucho ánimo, tío —dice con un tono inusualmente serio para él—. Cuando te apetezca desconectar un poco, no tienes más que decirlo. Te puedes venir al próximo plan de hermanos… Los Andújar no siempre somos buena compañía, pero siempre siempre tenemos cerveza fría.

Mamá le suelta una colleja y a Joel se le escapa una risa que a mí me calienta el pecho. Y con esa sensación salgo del tanatorio con mi madre y mi hermano mayor.

CAPÍTULO 12

DONDE QUIERO ESTAR



JOEL

La llave gira en la cerradura ajena al hecho de que las cosas son muy diferentes a la última vez que hice este mismo gesto. La puerta se abre en silencio y respiro hondo antes de entrar. Todo está como siempre, pero a la vez lo noto distinto. Supongo que es esa sensación en el ambiente que deja alguien que se ha marchado para siempre. La luz del atardecer le da un aspecto cálido a toda la casa que contrasta con la frialdad que me provoca la ausencia que grita en cada rincón.

Paseo de una habitación a otra y en todas me embarga el mismo sentimiento. Me detengo ante la puerta del dormitorio de mamá y dudo si abrirla. Finalmente lo hago con la esperanza infantil de que esté ahí y los últimos días hayan sido una broma, un error, una pesadilla… Pero no, por supuesto que no.

«Me pillas mal, mamá, te llamo luego».

Asumo que esa última frase que le dije me va a perseguir toda la vida. Por un momento, parece faltarme el aire, así que cierro la puerta y me dirijo a mi cuarto. Todo está tal cual lo dejé cuando me marché a estudiar a París hace diez años. Si cada rincón de esta casa guarda momentos que pasé con mamá, cada centímetro de

esta habitación me lleva a un recuerdo especial con Manu. Casi puedo escucharlo reírse a carcajadas tumbado en mi cama el día que nos devolvieron un trabajo de Literatura en el que le habían puesto un diez y el profesor no le había hecho ningún comentario al respecto de una de sus afirmaciones: «El Quijote está considerada la primera novela moderna. No obstante, aunque con menos éxito, Cervantes también escribió obras teatrales y entremeses. Se rumorea que incluso varias listas de la compra, aunque de estas no hay constancia documental, pues ninguna de ellas se ha conservado hasta nuestros días». Se me escapa la risa al recordar cómo se reía él. Era feliz. En aquellos días, yo también era terriblemente feliz, aunque no fuera consciente de serlo.

Cierro los ojos con fuerza y, al volver a abrirlos, es como si nos viera de nuevo con ocho años, cuando nos podíamos pasar la tarde entera leyendo cómics o jugando a lo que fuera. O con diez, cuando mis padres compraron la cama nido para las noches que Manu se quedaba a dormir. O con doce, cuando murió papá y Manu se tiró aquí conmigo una semana. O con quince, cuando empecé a notar que Manu me gustaba más de lo que debería. O con diecisiete, cuando, como un imbécil, llegué a pensar que quizá no todo era platónico. Que quizá había una posibilidad de que él sintiera lo mismo. O unos meses después, cuando vino eufórico a contarme que había besado a Paola y que estaba enamorado… O con dieciocho, cuando decidí marcharme a otro país sin mirar atrás.

Me dejo caer sobre la cama sin molestarme en cambiarme de ropa. No me siento lo bastante cómodo para hacerlo. El silencio de la casa azota mis oídos. Alguno de los grifos gotea, mi superpoder de hipersensibilidad me lo chiva. Y casi lo agradezco, porque, aunque es un ruido monótono y molesto, es mejor que el silencio. En algún lugar de la calle, un perro ladra. Hay muebles que crujen sin que nadie los toque. Por encima de todo eso, el zumbido del silencio, aunque no sea tal, lo cubre todo. Una opresión en el pecho parece empujarme contra el colchón y siento que mi propio dormitorio infantil se me va a caer encima.

Saco el móvil del bolsillo y los numeritos de la pantalla me informan de que es medianoche. Me he olvidado de cenar y llevo

demasiado rato aquí tumbado, aunque estoy seguro de que no voy a poder dormir. Busco el contacto de Lucas y mi dedo se queda congelado en el aire mientras mi cabeza decide si lo pulsa o no. Seguro que no le importa que lo llame a estas horas y me invita a ir a su casa, pero no es donde me apetece estar, no es con quien quiero estar. Saco del bolsillo las llaves que me ha dado Manu y las sopeso con la otra mano. ¿Sería mejor para mi bienestar emocional ir a casa de Lucas? Sin duda. ¿Volver a casa de Manu terminará abriendo viejas heridas y me hará sangrar por dentro como cuando era un adolescente? Por supuesto. ¿Volveré a sufrir y estos últimos diez años no habrán servido de nada? Es una certeza. Pero masoca se nace, y viene de serie con mi persona. Será el Joel del futuro el que tenga que preocuparse por eso. Ahora mismo necesito esa sensación de hogar que ayer me dio Manu. Jamás voy a tener algo parecido en casa de Lucas. Lo que me daría él no es lo que necesito esta noche.

Me guardo el teléfono y las llaves de vuelta en los bolsillos y salgo hacia casa de Manu. Es muy tarde para llamar a alguien que tiene una niña pequeña, y seguro que está dormido, así que decido tomarle la palabra y presentarme sin avisar con las llaves que me ha dado.



Trato de hacer el menor ruido posible al girar la llave en la cerradura. Está muy nueva y me ayuda a ser silencioso. Asumo que ambos estarán acostados ya y mi intención es irme directo al sofá, pero está invadido por el metro noventa de mi amigo. Tiene cara de sueño, pero sonríe al verme y solo por ver cómo se le ha iluminado la cara, ya me ha valido la pena. Él solo se incorpora y da unas palmaditas en el asiento para indicarme que me ha hecho sitio. Como si no le sorprendiera que hubiera aparecido a medianoche en su casa sin avisar. Como si esto fuera lo más normal del mundo.

—Pensé que estarías durmiendo —murmuro al sentarme a su lado.

—Pensaste mal. —Sonríe.

—¿Qué ves? —pregunto al fijarme que en el televisor se emite algo que no me suena de nada.

—*Las chicas Gilmore*. ¿No la has visto?

—No, ¿de qué va?

—De una madre soltera con su hija.

—¿Te sientes identificado con ella? —Lo miro de reojo.

—No. —Se ríe—. Su hija es adolescente y tienen más relación de amigas que de madre-hija. Nada que ver… Por desgracia para mí, me siento más identificado con un personaje al que no soporto, pero al que abandona su mujer y lo deja solo con una niña pequeña… Ahí sí me veo.

—¿Y lo odias? Si está en tu misma situación… Qué poca empatía, Andújar. —Sonrío.

—¿Qué puedo decir? La vida me ha vuelto un tipo duro y despiadado, Briz, ándate con ojo. —Coge una taza que descansa sobre la mesa auxiliar y da un trago.

—¿Qué bebes, tipo duro? ¿*Bourbon*?

—Colacao. —Se le escapa una risa—. Lo del *bourbon* es una leyenda urbana, los tipos duros de verdad bebemos leche con colacao…

—Y veis series de una madre con su hija.

—Por supuesto. —Coge el mando y sale al menú para poner el primer capítulo—. Te voy a convertir en un tipo duro, Joel, pero no me voy a levantar a prepararte un vaso de leche, compartimos el mío si quieres…

—Vale. —Se lo quito y le doy un trago. Me calienta por dentro y me provoca sensación de infancia, de hogar.

Él pulsa el botón y comienza a reproducirse la música de arranque del primer capítulo.

—¿Preparado? Estás a punto de conocer a Lorelai Gilmore, tu vida no volverá a ser la misma —me dice sin apartar la vista de la pantalla.

Yo dejo la taza en la mesilla y me acomodo en el sofá.

—Listo —confirmo—. Vamos allá.

—¿Sabes? Los tipos duros a veces también se sienten solos o tristes cuando están en una situación jodida, y pueden apoyarse en un amigo si les hace sentir mejor —comenta en voz muy baja.

Sonrío y me dejo caer hacia él. Acomodo la cabeza en su hombro y él me rodea con un brazo.

—Gracias, Manu —murmuro.

—Shhhh, que ya empieza.

CAPÍTULO 13

EXPLÍCAMELO



JOEL

Unos días después, no me he marchado de casa de Manu. Él insistió en que me quedara y yo dejé de resistirme. Me siento cómodo con ellos. Gemma me pidió que la avisara cuando me sintiera preparado para comenzar a vaciar el piso de mi madre. Todavía no ha llegado ese momento. He pasado las últimas mañanas descansando y las tardes con Manu y con Ali acompañándolos en su rutina. Y me aterra lo fácil que me resultaría acostumbrarme a esto, adaptarme a la pequeña familia que forman, aunque mi vida en París no puede ser más diferente a la que llevan ellos aquí. Y amo con locura mi vida en París, que quede claro. Pero lo quiero más a él. Siempre, en cualquier circunstancia y da igual con quién o con qué lo compare: lo quiero más a él.

Esta noche les he hecho *crepes*. Me ofrecí a prepararles la cena y Manu sugirió que hiciera algo típico francés. Tampoco es que esté yo muy puesto en la gastronomía francesa ni que sea demasiado cocinillas, pero los *crepes* son algo con lo que me defiendo de un modo bastante decente.

—*Sabogéalo*, *quegida* Ali —Manu imita el acento francés—, que hoy tenemos *cgepes* de *Pagí* de la *Frans*…

A su hija y a mí nos da la risa, porque además lo acompaña con un movimiento de la mano en el que junta todos los dedos menos el meñique.

—Yo quiero ir a *Pagí* de la *Frans* —dice Ali con entusiasmo.

—¿Sabes que Joel vive allí?

—¡¿En serio?! —me pregunta la pequeña.

—Sí. —Acompaño mi asentimiento con un cabeceo.

—¿Y desde tu casa ves el castillo de las princesas?

Mi cara debe de reflejar la confusión que siento, porque su padre se apresura a aclarármelo.

—Disney.

—Ah, claro. —Me río—. No, no vivo tan cerca de Disney como para que se vea desde mi casa, aunque en tren, por lo visto, se llega enseguida. Pero no he ido nunca, la verdad. Igual podríais venir alguna vez a verme y aprovechamos para ir… ¿No?

—¡¡¡¡¡Síííííííííí!!!!! —chilla Ali y su padre se muere de risa.

—Eso lo tenía planeado para cuando fuera un poco más mayor, pero claro, será divertido —dice Manu.

—Y si no vas a Disney, ¿para qué vives en París?

—Pues… —Me rasco la frente—. Porque estudié allí, tengo mi casa allí, tengo mi trabajo allí y tengo amigos allí…

—¿Y tienes novia? —pregunta la niña.

Miro de reojo a Manu, que parece observarme con atención.

—No, yo… —le contesto a la niña y trago saliva ante la idea de confesar delante de Manu una de las cosas que nunca me atreví a contarle, pero supongo que ya toca—. Yo soy gay. Como tu tío Nico. Me gustan los chicos.

—¡¿Qué?! —Manu me mira con una sorpresa más que evidente —. ¿Estás de coña? ¿Cómo que eres gay? ¿Desde cuándo eres gay?

—No sé, desde siempre, supongo.

—Y ¿por qué yo no sabía nada? ¿Por qué no me lo has contado nunca? ¿Desde cuándo lo sabes?

—No lo sé, Manu. —Resoplo algo agobiado—. No es algo que digas: «mira, desde el 14 de octubre soy gay».

—Ali, es hora de dormir. —Coge a la niña en brazos sin dejar de mirarme—. Ahora vuelvo, porque esta conversación no ha

terminado. —Acompaña su amenaza señalándome con el dedo de la mano que tiene libre.

Aprovecho para recoger la mesa y la cocina mientras él se ocupa de su hija. Lo espero en el sofá; le doy vueltas a la cabeza y pienso qué decirle, hasta dónde contarle.

Cuando vuelve, parece cabreado. En lugar de sentarse a mi lado en el sofá, lo hace en la butaca que hay enfrente. Me mira muy serio, puede que más de lo que lo he visto nunca.

—¿Por qué te has enfadado? ¿Qué más te da? —le pregunto.

—Pues claro que me da —masculla sin apenas abrir la boca—. Es que siento que no te conozco. Creo que no sabes lo importante que eras para mí cuando te fuiste. Que entendí que estudiar arte en París era tu gran oportunidad, y me alegré por ti, pero eso no justificaba que me apartaras de tu vida de esa manera. Que dejaras de devolverme las llamadas y que no tuvieras tiempo para vernos en diez años. Y ahora me entero de esto, que ya lo sabías entonces, ¿no? Y que no me lo contaste. Pienso que igual no éramos tan amigos como yo creía, no sé. —Se pone de pie, se lleva las manos al pelo y comienza a pasearse por la alfombra.

—Sí que lo éramos. —Se me quiebra un poco la voz por todo lo que me provocan sus palabras.

—Y entonces, ¿por qué no me contaste algo tan importante para ti? ¿No confiabas en mí? Yo te conté todo lo que me pasaba, ¡siempre! Y me daba vergüenza, claro que sí, pero confiaba en ti. Mis taras sexuales… No se lo conté a nadie más, solo a ti… ¿Pensabas que cambiaría mi actitud hacia ti si me decías que eras gay? ¿Que no lo entendería? ¿Que sería un heteroflipado que pensaría que te ibas a enamorar de mí? —Se gira a mirarme como si acabara de tener una revelación—. ¿Fue por lo de la noche de la piscina? ¿Pensaste que me rayaría por eso?

—Claro que no. —La sola mención a aquello de lo que nunca hemos hablado en voz alta, pero que ahora sé que recuerda, hace que me suba la sangre a la cara y que algo me agite por dentro.

—Pues explícamelo, porque no lo entiendo…

—No te lo puedo explicar, Manu. Ni yo mismo lo sé —miento, porque no me queda otra.

—No te lo crees ni tú, Joel. Empiezo a estar un poco harto de que no puedas explicarme nada.

Tiene toda la razón del mundo, pero no sé ni qué decirle.

—¿Lucas lo sabía? —me pregunta de pronto.

—¿Qué? ¿De qué me hablas?

—De Lucas Gil, que yo no sabía que erais tan amigos, pero el otro día, en el tanatorio, me dio la impresión de que os habíais visto hacía poco. ¿Con él sí mantuviste el contacto?

—No mantuve el contacto… Nos encontramos por casualidad.

—¿Dónde?

—En un bar… gay.

—¿Estás liado con él?

—¿Qué? ¡No! Bueno, ha pasado alguna vez, pero no tenemos nada.

—¿Te has acostado con él? ¿Después de lo que le hizo a Nico?

—A Nico no le hizo nada —aseguro con tono calmado, porque él sigue más alterado de lo que toca—. Solo rompió con él a los dieciocho, como millones de parejas. Y Nico estaba siempre viajando y ya se estaba convirtiendo en un modelo internacional, la cosa iba a ir a más. Apenas se veían.

—Le rompió el corazón.

—A todos nos lo han roto en algún momento.

—Supongo. —Respira hondo y se calma un poco—. ¿Quién te lo ha roto a ti, Joel? Nunca me has contado nada…

—El mío lo rompí yo mismo.

Se deja caer en el sofá a mi lado y me pasa un brazo sobre los hombros. Apoya la cara en mi pelo y se queda así un rato.

—Necesito alguna explicación, Joel. Necesito entenderte, porque ahora mismo me siento como un imbécil.

—Te quiero, Manu —confieso en apenas un murmullo, y él, como el anti-heteroflipado que es, lo interpreta como nos lo hemos dicho en otras ocasiones.

—Tus actos dicen lo contrario…

A mí se me escapa una lágrima y un sollozo porque no sé ni qué decirle.

—Te quiero, Manu —repito con la voz rota y él me aprieta más fuerte.

—Necesito que me prometas una cosa —me pide muy serio.

—¿Qué?

—Prométeme que nunca tendrás hijos con Lucas Gil. Sería cruel para esos niños tener de apellidos Gil Briz o Briz Gil… Horrible, marcados para toda su vida.

Se me escapa una risa más alta de lo que esperaba.

—En ningún momento me he planteado siquiera una relación romántica con Lucas, hijos ya ni por asomo.

—Mejor. —Me aprieta contra él y susurra—: Lo siento si me he pasado un poco antes. No quería hacerte daño.

Sé que tiene motivos para estar enfadado conmigo y para ponerse así, me lo merezco, pero eso no quiere decir que me guste.

—Manu.

—Dime.

—Ya que estamos hablando de esto… ¿Por qué tienes un libro sobre orientación sexual en la mesilla de noche?

—Cosas de mi psicóloga. —Suspira.

—¿Vas a la psicóloga?

—Debería haber ido a los dieciséis cuando todos os pasabais el día empalmados menos yo, pero más vale tarde. —Vuelve a suspirar —. A ver, mi mujer era alguien que llevaba una doble vida de la que yo no tenía ni idea. Me abandonó y me dejó solo con nuestra hija que tenía cuatro meses en aquel momento. Me vi solo, abandonado y con una responsabilidad que no sabía cómo gestionar… Al margen de lo complicado que he sentido siempre el tema de mi sexualidad, creo que tengo motivos más que suficientes para ir a terapia.

—Claro, lo entiendo, pero ¿qué tiene que ver lo de Paola con tu orientación sexual? ¿Tienes una orientación sexual que desconozco?

—No lo sé, estamos trabajando en ello. Dice mi psicóloga que puede que encaje en la demisexualidad. Yo qué sé. La realidad es que Paola es la única con la que he estado, y que solo empecé a sentir atracción hacia ella cuando ya teníamos una relación fuerte.

«Más fuerte era la nuestra», pienso, pero no me atrevo a decirlo.

—Bueno, tendría sentido —lo animo.

—¿Sí? Yo qué sé, no tengo ni idea. Tampoco necesito ponerme una etiqueta, la verdad… Solo me gustaría que las cosas fueran más sencillas. He quedado con chicas este último año y les he tenido que hacer una cobra a las que han intentado besarme, porque de verdad que solo quería que se abriera la tierra y se me tragara. ¿Tú te has tirado a muchos franceses?

—Unos cuantos —admito.

—Qué cabrón. —Lo noto sonreír aunque no lo vea.

—¿Tú solo has estado con Paola?

—Sí, ya sabes que siempre he funcionado diferente. Ella ha sido mi única relación y la única por la que he sentido en algún momento atracción sexual, es así de triste…

Pero a mí no me parece triste. En contra de lo que me dicta mi sentido común, lo que me ha contado abre un atisbo de esperanza para mí, y eso es peligroso. Porque mi mente vuelve a aquella noche del verano de los diecisiete que nunca he olvidado. Y ahora sé que él tampoco. Y quizá no sea solo Paola la que ha conseguido excitarlo alguna vez. Quizá aquella gamberrada entre colegas fue en realidad algo más, al fin y al cabo, conmigo también tenía un vínculo fuerte… Mi corazón quiere aferrarse a ese resquicio de ilusión y esperanza, y ahora mismo hasta le pondría un piso a su psicóloga por haberle sugerido esa posibilidad.

Su móvil comienza a sonar y yo me incorporo para que pueda cogerlo cómodamente.

—Videollamada de mis hermanos —aclara—. Voy a contestar, ¿vale?

—Claro —asiento.

La pantalla de su teléfono se divide en cuatro y aparecen Nico y uno de los gemelos. En otra de las partes está Manu y queda una en negro.

—¿Qué tal, Manu? ¿Qué te cuentas?

—¿Y Guille? —protesta Dani—. ¿Por qué no se ha conectado?

En ese momento, se enciende el que quedaba y aparece su gemelo.

—Perdón, perdón, me he liado —se disculpa—. ¿Qué tal?

—Esperándote —se queja Dani.

—Ya será menos, exagerado, que no he tardado tanto…

—Chicos, está aquí Joel —dice Manu y gira un poco el teléfono para que salga yo también en pantalla.

—¡Ey, Joel! ¿Qué tal? —dice Guille—. ¡Cuántos años! Eres adulto…

—Joel, sentí mucho lo de tu madre —dice Nico—, pero me pilló fuera. A ver si nos vemos…

—Claro —sonrío.

—Hablando de vernos —dice Dani—, sacad las agendas que cuadremos un día.

Manu se levanta y va hacia la cocina. Se queda plantado delante de la nevera mirando el calendario que tiene ahí colgado. Sigue hablando con sus hermanos y los oigo reírse y hacer bromas. Están intentando encontrar un día en el que los cuatro estén en Valencia y puedan verse. Y sus voces y esa forma de comunicarse me trae recuerdos de cuando Manu y yo teníamos trece, catorce o quince años y me iba hasta de viaje con ellos.

En aquel momento, hubiera dado lo que fuera por ser el quinto Andújar. Pero no tardé en darme cuenta de que en realidad lo que yo quería era otra cosa.

CAPÍTULO 14

EL QUINTO ANDÚJAR



JOEL (15 AÑOS)

No puedo decir un día o un momento exacto en el que me di cuenta de que era gay y estaba enamorado de Manu, pero supongo que podría acotarlo más o menos a un verano y a un viaje concretos.

Siempre me había gustado pasar tiempo con los Andújar, como a cualquiera que los conociera, supongo. Ese verano, me invitaron a ir de vacaciones con ellos, una semana en un *camping* de los Pirineos, ese era el plan. Los gemelos habían cumplido dieciséis años; Nico y yo, quince y Manu los iba a cumplir en octubre. Me pareció genial, porque ir a cualquier lado con los Andújar siempre lo era. Ya solo el trayecto en su furgoneta de ocho plazas era toda una aventura.

Estrella conducía, con esa serenidad que solo ella podía mantener en momentos de absoluto caos. Samu, el Andújar primigenio y padre de las criaturas, hacía las veces de copiloto. Puede que fuera el más ruidoso de los cinco rubios que abarrotaban el vehículo. Con el brazo estirado y el Google Maps abierto en su móvil, parecía querer competir con el propio navegador del coche.

—Derecha en novecientos metros —sentenció.

—Esto dice que es esta salida ya. —Su mujer señaló la pantalla del salpicadero.

—Ni caso, que ese siempre falla —insistió—. Fíate de mí.

—Vale —suspiró su mujer.

—Uy, era por ahí. No eran novecientos metros, eran nueve.

—¿En serio, Samu? ¿Has confundido un novecientos con un nueve? ¿En los dos navegadores ponía lo mismo y me has hecho pasarme la salida?

—Lo siento, fallo mío —se disculpó él, aunque en realidad parecía que le daba bastante igual—. Chicos, paciencia, que nos hemos pasado la salida, hay que recalcular.

—Llevamos todo el viaje «recalculando» —se quejó su mujer.

—Joder, papá, qué inútil —protestó uno de los gemelos desde el fondo.

—Eh, un respeto a tu viejo —dijo su padre desde delante—. Venga, os dejo escoger la siguiente canción. Cuando decidáis cuál queréis, me lo decís.

Nico y los gemelos se enzarzaron entonces en una discusión para elegir el próximo tema que querían que sonara, pero no se ponían de acuerdo. Ninguno de los tres parecía dispuesto a ceder. Manu, a mi lado, entre Nico y yo, se limitaba a sonreír.

—¿Tú no propones ninguna? —le pregunté.

Él se inclinó hacia mí y me habló casi al oído.

—Jamás se han puesto de acuerdo en una. Yo creo que es una estrategia de mi padre para hacerlos discutir entre ellos y que dejen de protestar por si falta mucho o si nos hemos equivocado de ruta. Pero mis hermanos no se han dado cuenta todavía.

Sonreí yo también, y más al darme cuenta de que Samu se reía. Su mujer hizo lo mismo.

—No entiendo cómo te sigue funcionando —murmuró para que solo lo oyera él, pero yo iba sentado justo detrás de ella y lo escuché también. Él soltó una carcajada antes de girarse hacia mí.

—¿Qué tal, Joel? ¿Sobrevives?

Yo asentí con una sonrisa, porque, aunque es cierto que viajar con los Andújar era como hacerlo con un circo ambulante, a mí me encantaba formar parte de eso.



Llegamos al *camping* casi dos horas después de lo previsto, pero eso no desbarató los planes en absoluto, porque las previsiones de los Andújar rara vez se cumplían. Salimos de la furgo en estampida, como el tsunami humano que provocaban cuando estaban todos juntos. Nos estiramos con pereza para desentumecer los músculos y Nico, como era habitual en él, fue un paso más allá y se puso a hacer volteretas y mortales. Estaba en un equipo de gimnasia artística y aprovechaba cualquier momento para entrenar. Ahí todavía no lo sabía, pero apenas le quedaba un año como gimnasta. En cuanto empezó su carrera de modelo, le hicieron dejarlo.

—¡Tú, saltimbanqui! —le gritó su padre—. Primero montamos las tiendas, luego ya puedes dedicarte a hacer el mono todo lo que quieras.

Nico se rio y se acercó a recoger la nuestra, en la que íbamos a dormir él, Manu y yo. Los gemelos montaron la suya en tiempo récord y Manu ayudó a su padre a montar la tercera. Yo le eché una mano a Estrella para organizar todo lo demás.

Estábamos a punto de terminar cuando los gemelos salieron de su tienda ya en bañador.

—Vamos al río —dijo uno de ellos.

—¿A qué? —preguntó su padre con desconfianza—. ¿A pescar cangrejos?

—No, chic… —Un codazo de Dani hizo a Guille dejar la frase a la mitad.

—A bañarnos, que hace calor —dijo el otro.

—Venid aquí, que os diga unas cosas sobre las chicas —siguió su padre.

Dani fulminó a Guille con la mirada antes de protestar.

—Venga ya, papá, nos has dicho lo mismo mil veces: que sí, que responsabilidad afectiva, que *no* es *no* y solo *sí* es *sí*. —Dani puso los ojos en blanco antes de seguir—: que el sexo se basa en intimidad, amor y respeto, que nos lo sabemos de memoria ya, tío, no seas brasas…

—No soy tu tío, soy tu padre.

—Soy tu padre —bromeó Nico imitando la voz de Darth Vader.

—Tú, menos coñas —lo señaló Samu—. Que eso también va por ti, vale igual para chicas que para chicos.

—Que sí, papá. —Nico imitó el gesto de Dani de hacía un momento y puso también los ojos en blanco. Luego comenzó a hacer el pino y a caminar con las manos y dio por terminada la conversación.

—Pues venga, largo, no quiero ni veros. —Samu señaló a los gemelos, que salieron corriendo de allí.

No tardamos en unirnos a los mayores en el río. Dani y Guille estaban rondando a un grupo de chicas como si nada, pero sus intenciones eran muy obvias. Nosotros nos fuimos directos al agua, que estaba bastante más fría de lo que yo pensaba. Nunca me había bañado en un río, quizá por eso sentí esa conexión con la naturaleza al instante. Mis pies tanteaban los cantos rodados del suelo con sumo cuidado y yo ponía todo mi empeño en no resbalarme. Manu emergió a apenas medio metro de mí. Sacudió la cabeza para despojar a sus rizos del exceso de agua y me cayó toda a mí.

—Ups. —Sonrió con guasa, porque era evidente que lo había hecho adrede.

No me dio tiempo a fingir que me enfadaba, porque en ese momento los gemelos se lanzaron desde lo alto de un árbol, como si estuvieran dentro de un anuncio de Coca-Cola donde cada actor compite por que parezca que es el que mejor se lo pasa, y uno de ellos aterrizó sobre su hermano pequeño.

—¿Qué haces, gilipollas? —gruñó Manu en cuanto volvió a salir del agua y acompañó su pregunta con un puñetazo a Dani—. Me has hecho daño, imbécil.

—Ay, joder, que ha sido sin querer, canijo. —Su hermano le dio un empujón y Manu, en venganza, lo agarró del pelo.

—Canijo mis cojones —farfulló tirando con fuerza, lo que hizo que Dani tuviera que agacharse para evitar el dolor.

—Vale, tetes, parad. —Guille intentó soltar la mano de mi amigo del pelo de su gemelo, pero este último había empezado a lanzarle patadas por debajo del agua.

—Yo paso de esto —dijo Nico—. Ya os apañaréis…

Y se alejó de allí nadando. Yo dudé por un momento si intervenir o no, pero opté por quedarme al margen, porque estas broncas de hermanos se les pasaban rápido y yo no quería ponerme de mal rollo con ninguno de ellos. Ocurría pocas veces que Manu se mostrara cabreado o incluso agresivo, solo cuando se estaba cometiendo alguna flagrante injusticia o por una bronca con alguno de sus hermanos, normalmente uno de los gemelos. Pero el caso era que, cuando se enfadaba, lo hacía a lo grande.

—Venga, Manolito, no te mosquees —bromeó Dani con toda su mala leche y ahí supe que acababa de prender la mecha de mi amigo.

Manu le tiró tan fuerte del pelo que su hermano soltó un aullido y se encorvó hasta casi meter la cabeza en el agua.

—A ver si les gustas tanto a las chicas cuando seas calvo…

—Vale, Manu, para, que te estás pasando. —Guille lo cogió con fuerza por debajo de los hombros y lo inmovilizó durante un momento antes de tirar de él y obligarlo a soltar a su gemelo.

—Tú eres otro gilipollas —le dijo a Guille cuando consiguió zafarse de él y le pegó un empujón. La voz le temblaba un poco y sus ojos brillaban. Era evidente que estaba conteniendo las ganas de llorar—. Siempre te pones de su parte. Eres como la sombra de Dani. Una mala copia de tu gemelo… A ver cuándo empiezas a pensar por ti mismo.

Y no esperó a ver cómo sus palabras habían herido a Guille, pero yo sí lo vi. Manu salió del río en pocas zancadas y comenzó a caminar por la orilla con pasos tan rápidos y firmes como si alguien lo persiguiera. Pero nadie lo hacía, salvo yo, que salí a toda prisa y casi corrí tras él para poder alcanzarlo. No dije nada cuando llegué a su lado, solo acompasé mi paso al suyo y recorrí el camino junto a él en el silencio que mi amigo parecía necesitar.

—Es una putada ser el pequeño —farfulló por fin sin dejar de caminar.

—Sí —confirmé.

—Pero tú tienes solo una hermana, que aparte de que es chica, es adulta. No tienes a tres subnormales de casi tu misma edad que

se creen muy mayores…

—Eso a veces es una putada, te entiendo. Pero otras mola mucho… La mayoría de las veces tener esos tres hermanos es guay, ¿no?

—Pfff —soltó con indiferencia, como si no viera claro lo que yo decía, pero en el fondo sabía que era cierto, que la relación que tenía con sus hermanos era de las mejores que se podían tener, que ya la quisieran muchas familias. Aunque era inevitable que hubiera roces y peleas de vez en cuando. Al fin y al cabo, eran cuatro adolescentes, cada uno con su carácter.

Cuando nos habíamos alejado lo suficiente como para que ya no se escucharan las voces de los bañistas y yo comenzaba a notar la piel demasiado seca bajo el sol, Manu se detuvo y se metió de nuevo en el agua. Yo fui tras él. Esa vez no me tiró agua ni parecía tener ganas de jugar. Estaba serio, casi triste.

—¿Qué pasa, Manu?

Él cerró los ojos y una lágrima le resbaló por la mejilla. Me asusté, porque parecía que había algo grave detrás de lo sucedido.

—No sé. Estoy triste. Y no tengo música…

—¿Música? ¿Cómo que música? —La curiosidad era real, porque sus palabras me habían descolocado por completo.

—Es una tontería. —Sonrió sin ganas—. Pero a veces, cuando me siento triste, me pongo música para llorar. Busco las canciones más tristes y lloro. Y me sienta bien, luego me encuentro mejor… No sé. Es como cuando te rascas con ganas hasta hacerte herida. A veces tengo ganas de llorar y no puedo, así que busco canciones que me rompan un poquito por dentro. Luego ya es fácil, como abrir las compuertas de una presa. Sé que parece una estupidez, y que no tiene sentido, porque vivo en una casa llena de gente, pero a veces me siento solo. Y triste. Y eso que mi familia es divertidísima, si lo sé, y más de uno daría lo que fuera por estar en mi situación, pero no puedo evitar sentirme así.

No dije nada durante un instante. El sentimiento que me sobrevino en ese momento no se parecía a nada que me resultara conocido, era como si se me hubiera desgarrado algo por dentro del pecho sin que nadie lo tocara.

—Estás mal de la cabeza, tío —bromeé. Pero hice que sonara más a comprensión que a burla.

—Ya lo sé. —Se encogió de hombros—. Pero a mí me funciona. Con eso basta, ¿no?

—Cada uno siente lo que siente. Y yo no soy quién para juzgar los sentimientos de nadie… —sugerí para animarlo. Luego le cogí la mano y entrelacé mis dedos con los suyos—. Pásame ahora tú a mí lo que te duele, aunque sea por una vez…

—Ni de coña. —Sonrió y me soltó la mano rápidamente, como si por tenerla cogida realmente me pudiera trasladar algo de manera involuntaria—. Solo te falta a ti cargar con mis mierdas. Ya tienes bastante con lo tuyo… ¿Vamos fuera? El agua está helada…

Nos alejamos un poco de la orilla para alcanzar una zona de hierba. Nos habíamos dejado las toallas en nuestro primer emplazamiento y no parecía nada agradable recostarnos en la tierra, la maleza o las piedras de la orilla. Nos tumbamos al sol y él cerró los ojos y respiró hondo. Estábamos a mediados de agosto y, lejos de ponerse moreno, le habían salido pecas diminutas en la zona de la nariz y las mejillas, le pasaba todos los años. No eran fáciles de ver, tenías que acercarte mucho. En ese momento, deseé tener lápiz y papel para dibujarlo. Quería replicar cada facción de su rostro y cada una de las diminutas manchitas que personalizaban su cara. También las formas que creaban sobre su piel los rayos de sol que se colaban entre las hojas.

—¿Cómo lo haces, Joel? —preguntó sin abrir los ojos.

—¿El qué? —respondí a mi vez con otra pregunta, confuso.

—Lo de sentir tan fuerte… ¿Cómo lo soportas? —Se llevó una mano al pecho y apretó los dedos con fuerza—. A veces me gustaría arrancarme el corazón.

—Eso tiene que doler más —bromeé.

—En serio, Joel, ¿cómo lo haces?

—No sé. —Me encogí de hombros y me giré a mirarlo, aunque él seguía con los ojos cerrados—. Ni sé ni puedo sentir de otro modo…

Volvió la cara hacia mí y abrió los ojos.

—Pues qué putada —murmuró serio, pero al momento sonrió.

Y puede que esa fuera la primera vez que sentí ganas de besarlo. Que fantaseé durante un instante con juntar mis labios y los suyos. Que deseé que él sintiera lo mismo que yo en ese momento y su corazón latiera al ritmo del mío. O el mío al ritmo del suyo, lo mismo daba.



No dijimos mucho más durante el resto de la tarde. Cuando volvimos al *camping*, sus padres y sus hermanos ya nos estaban esperando. No habíamos calculado bien la distancia y la hora y, cuando llegamos, ya era casi de noche.

—Hombre, si Manuel el dramático se ha dignado por fin a honrarnos con su presencia —dijo Dani, y su padre le dio una colleja que le impulsó la cabeza ligeramente hacia delante.

—Guille, siento lo que te he dicho antes, no iba en serio —dijo Manu, y luego se dirigió a Dani—: Lo tuyo no lo siento, eres gilipollas.

—Manu… —murmuró su madre.

Dani hizo una mueca que dejaba claro lo que opinaba del comentario de su hermano pequeño y se llevó otra colleja de su padre.

—Bueno, ya vale de broncas, ¿vemos una peli esta noche? —propuso Nico.

—Vale —aceptó Dani—, pero tú no la eliges. Paso de ver un rollo de esos intensos en los que un tío se pasa cuarenta minutos mirando a través de una ventana con cara de no poder cagar…

—*Mi soledad en el cristal* es una obra maestra del cine —aseguró Nico—. Lo dicen los críticos más importantes. Si no fueras un paleto, a lo mejor podrías apreciarlo.

—Y a lo mejor, si nos fuesen los rabos, podríamos apreciar al pavo ese que te mola tanto que sale siempre en esas pelis, ¿no? —soltó Guille y esa vez fue él el que se llevó una colleja de su padre.

—Mira, tete, te lo digo desde el cariño —siguió Dani—: Las pelis de Oriol Tusquets son un coñazo con mayúsculas. Y a ti solo te

gustan por el protagonista. Y está bien, no pasa nada, pero no nos vendas que las historias molan porque son infumables.

—Ni caso, cielo, a mí también me gustan —le dijo a Nico su madre—. Tráete la *tablet* y la vemos nosotros.

—Vale, pues vamos nosotros al cine de verano que hay en la plaza del pueblo, ¿no? —propuso Samu—. Ponen una de un pulpo gigante, tamaño Godzilla por lo menos, que sube del fondo del mar y ataca una flota de submarinos.

—Hostia, qué guapo —se entusiasmó uno de los gemelos.

—Pffff… Que prefiráis ver eso… —Nico negó con la cabeza justo antes de entrar en la tienda de su madre con ella.

—¿Vamos? —Samu nos miró a Manu y a mí.

Yo no tenía ningún interés en ver un pulpo gigante, pero la que había propuesto Nico tampoco me parecía mejor plan. Miré a Manu y él se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras —me dijo—. Yo paso de peli. Me voy a dormir.

—Vale, yo también.

Se metió en la tienda y lo seguí. Escuchamos el jaleo que montaban los gemelos y su padre al marcharse. Después agudicé el oído y, con mi supersensibilidad auditiva, adiviné el momento en el que Estrella y Nico empezaban su sesión de cine.

—No hace falta que te quedes conmigo, no me voy a enfadar ni nada por que te vayas a ver una peli —dijo Manu—. Aún los alcanzas si corres. De verdad que a mí no me apetecía.

—¿Un pulpo gigante que ataca submarinos? No, gracias. ¿Un intenso que mira a través de una ventana? Tampoco es mi rollo…

—Ya. —Manu se rio a medio gas y comenzó a desnudarse para ponerse el pijama. Yo hice lo mismo—. Vaya familia, ¿eh? No creas que sé muy bien dónde encajo yo…

—Yo creo que, según el día, puedes encajar con cualquiera de ellos.

—Yo qué sé. —Suspiró y se metió dentro del saco.

Yo lo hice justo después.

—¿Quieres que pongamos una peli nosotros en mi móvil?

—No. —Negó con la cabeza y se giró hacia mí bastante serio.

—Vale. ¿Quieres dormir?

—No.

—Vale.

—¿Puedo contarte algo que no le he contado a nadie?

—Claro, tío —aseguré.

—Me da mucha vergüenza.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

Sí, en ese momento, mi imaginación me jugó una mala pasada y me imaginé por un instante que me contaba que había sentido lo mismo que yo esa tarde. Y esa fue mi segunda señal de que algo estaba cambiando para mí. Y solo para mí, porque lo que me dijo fue algo muy diferente…

—Me da vergüenza en general, es algo un poco ridículo.

—¿Ridículo? No será para tanto… Cuéntamelo.

—Verás, yo… —Respiró hondo antes de seguir—: Yo no me empalmo.

De todas las cosas que me podía haber imaginado, esa no estaba en la lista. No estaba ni cerca, vaya. Esa opción y mi lista mental eran completas desconocidas.

—¿Cómo que no te empalmas? —pregunté en un susurro—. ¿Qué quieres decir?

—Pues eso justo: que no se me pone dura, nunca. Que todos los demás de la clase, incluso mis hermanos en casa, vais salidos todo el día y os empalmáis a la mínima. Y yo no. Pero ni de coña.

—Bueno, casi mejor, más de una situación incómoda te ahorras —bromeé.

—No es coña, Joel. Algo me pasa…

—Ya, perdona… Es que no sé, igual es pronto para ti, ¿no? Igual estás en pleno desarrollo…

—No. —Negó con la cabeza—. Porque cuando estoy dormido sí me pasa, y me he despertado varias mañanas… ya sabes… «pringado»…

Aguanté la risa y asentí.

—No te rías, cabrón. —Se rio él también—. Físicamente yo creo que todo está bien, porque ya te digo que dormido sí me pasa, así que debe de ser algo de la cabeza… Estoy roto, tío.

—¿Y por qué no hablas con tu madre? Es sexóloga, seguro que ella podría ayudarte…

—Sí, claro, le voy a contar esto a mi madre… ¿Se lo contarías tú a la tuya?

—No. —Me reí—. Pero porque me diría que no sea cerdo y que mejor así, que no hay necesidad de ir con el mástil en alto todo el día.

—Y yo no quiero todo el día, pero, no sé, de vez en cuando… Yo qué sé, no me ha gustado todavía ninguna chica, pero sí me gustaría en algún momento tener novia y tal. No quiero que llegue ese momento y que no me funcione el tema. Qué vergüenza, tío.

—Pero no te gusta nadie, ¿no?

—No. ¿Y a ti?

—Tampoco —aseguré con menos convicción que si me lo hubiera preguntado esa misma mañana.

—Pero sí que te empalmas…

—Claro, a la mínima. —Me reí.

—Es que lo mío no es normal. —Bufó y se tumbó bocarriba.

—¿No te apetece probar a besar a alguien? Aunque no sea a nadie en concreto, como concepto…

Hizo una mueca con la boca y negó con la cabeza.

—Qué va. Ni me imagino a las chicas desnudas, como les he oído decir a los gemelos que hacen, ni tengo ganas de tocar una teta ni nada… Yo qué sé, también he mirado las fotos de tíos buenos que tiene Nico, por si soy gay y no lo sé, y tampoco. Estoy roto, tío. Voy a cumplir quince en un par de meses… No es normal.

—Igual eres asexual —sugerí en un murmullo—. ¿No podría ser eso?

—Pues puede ser. —Resopló—. Vaya gracia.

Seguimos hablando durante un rato hasta que se abrió la cremallera de la tienda y apareció Nico.

—Os habéis perdido un peliculón —dijo al meterse en su saco junto al de Manu.

—Seguro que sí —dijo su hermano justo antes de fingir que empezaba a roncar.

A Nico se le escapó una carcajada.

—Pues no era aburrida —se defendió.

—Seguro que no…

De nuevo se abrió la cremallera, pero esta vez entraron los gemelos y no se molestaron en volver a cerrar. Menos mal, porque ya éramos cinco allí dentro.

—Maaaaaaaaaanu —dijo Dani y agachó la cabeza de un modo teatral—, acepta esta pequeña ofrenda en son de paz.

Le tendió una chocolatina y Manu intentó no sonreír.

—Dani —respondió.

—¿Qué? —preguntó su hermano.

—¡Cuidado con el pulpo! —soltó Manu y le estampó la mano abierta en la cara, más como si lo atrapara que como una bofetada.

—¡Cabrón! —Dani se empezó a reír y el resto de hermanos con él.

Al momento estaban los cuatro enzarzados en una falsa pelea que era más un juego que un conflicto. No sé quién me incluyó en eso, pero cuando me quise dar cuenta era uno de ellos. Y era algo grande sentirse parte de los Andújar.



El resto del viaje fue igual de bueno. Estar en el *camping* era como vivir en un mundo aparte. El olor de los pinos que abarrotaban el lugar se mezclaba con el de la crema solar y el de las barbacoas de las parcelas vecinas. Era un popurrí de puro verano.

Uno de los días, hicimos una excursión por una senda que Samu aseguraba conocer bien. Él cargaba con las botellas de todos, supongo que por no oír a sus hijos quejarse. No obstante, lo hacían cada vez que se equivocaba de camino. Al parecer, y pese a lo que él creyera, su orientación en el monte era del mismo calibre que en el coche, por lo que también andando nos pasábamos la mañana «recalculando». Pese a eso, o quizá precisamente por esos pequeños detalles, los días eran divertidísimos.

Las noches eran otro rollo. No porque pasara nada, ni mucho menos. Quizá más porque no pasaba. Con los tres en la tienda, Nico

soltaba tonterías y contaba chistes hasta que se quedaba dormido. Yo solía fingir que también caía rápido. No sé muy bien por qué lo hacía, quizá porque mi momento preferido del día se había vuelto escuchar la respiración de Manu tan cerca de mí. Me provocaba una mezcla de calma y nervios a la que me estaba empezando a enganchar. A veces, nuestras manos, brazos o piernas se rozaban sin querer al buscar sitio en el diminuto espacio que compartíamos. Un roce de lo más inocente a través de la tela del pijama o incluso del saco de dormir. Nada más. Pero a los quince, ese «nada más» ya era mucho.

En ningún momento pensé «estoy enamorado», ni mucho menos. Eso habría sido de película sensiblera mala. Lo que sí pensé fue que eso no me pasaba con nadie más. Me aplastó esa certeza y no supe bien qué hacer con ella, por lo que la guardé muy hondo, donde nadie pudiera encontrarla, porque estaba seguro de que nadie iba a entenderlo.



CAPÍTULO 15

NO TE HAGAS ILUSIONES



JOEL

El ruido de la calle se aleja conforme subo las escaleras de casa de mi madre. Pese a que llevo los auriculares con cancelación de ruido, todavía escucho el tráfico y las voces del exterior. Siempre me pasa cuando estoy especialmente nervioso o vulnerable, que los sentidos se me acentúan al extremo. Y Manu. Manu también me acentúa los sentidos al extremo solo con estar en la misma ciudad que yo. O en el mismo país. ¿Continente? ¿Planeta? Todo me vale. Solo con pensar en él es suficiente. Da igual los años que pasen o lo superado que creía que lo tenía. Volver a él ha sido como retroceder en el tiempo, y me siento igual que cuando era adolescente.

Quizá por eso estoy arrastrando mi maleta escaleras arriba. Para huir de él una vez más. Porque estaba acostumbrándome demasiado a formar parte de su vida, y eso es peligroso. Porque podría quedarme atrapado otra vez en lo mismo de siempre y no querría ni volver a París. Y porque en algún momento tengo que conseguir quedarme en casa de mi madre y empezar a asumir la nueva realidad.

He quedado con Gemma y llego un poco tarde con toda la intención. No me apetecía estar solo aquí de momento. Me quito los

auriculares, y con ellos la bendita insonorización que tan feliz me hace, antes de meter la llave en la cerradura. Me llegan voces a través de la puerta. Mierda, está Óscar con ella. Me apetece entre poco y nada pasar hoy un rato con mi cuñado.

Abro la puerta y escucho los gritos, parece que están en la cocina. No me ha dado tiempo a pasar del recibidor cuando veo a mi cuñado enfilar el pasillo en mi dirección y dar cabezadas al aire como si fuese un animal encabritado.

—¡Está loca, tío! —dice a mitad de camino, antes de llegar hasta donde estoy—. ¡¿Me has oído, Gemma?! ¡¡Estás como una puta cabra!! ¡¡Me largo!!

—¡Pues lárgate! —Oigo el grito, pero a ella no la veo.

—Suerte con tu hermana, chaval. Hoy está que no hay quien la aguante.

En dos zancadas alcanza la puerta y se marcha por donde acabo de llegar yo.

No me entusiasmaba la idea de estar aquí con él, pero tampoco me hace gracia que hayan tenido movida y Gemma esté ahora disgustada… De verdad que no sé cómo lo aguanta, aunque supongo que mi hermana también tiene lo suyo.

La encuentro llorando de pie, apoyada en la encimera. Le doy un beso al entrar.

—¿Qué ha pasado?

—Nada nuevo. —Solloza—. Lo normal del día a día.

—¿Esto es vuestro día a día? —Alzo las cejas con sorpresa real, porque mi cuñado es imbécil, pero nunca los había visto hablarse de ese modo.

—Últimamente sí. —Suspira.

—¿Y te parece normal?

—Yo qué sé, tete. Estamos muy tensos, las cosas no van bien…

—¿Desde cuándo?

—¿Meses? ¿Años? No te sabría decir. —Resopla y se sienta a la mesa.

Saca un cigarro y lo enciende.

—¿Has vuelto a fumar?

—Sí. —Deja escapar el humo—. Hace poco.

Me siento frente a ella y la observo juguetear con el cigarro en el cenicero, algo que recuerdo que hacía hace años, cada vez que le daba vueltas a una idea. No digo nada, solo la dejo pensar, hasta que apaga el cigarrillo resuelta y se pone en pie.

—¿Por dónde empezamos? —me pregunta.

—No lo sé, Gemma. —De nuevo ese pinchazo en el corazón—. En realidad, no quiero hacer esto.

—¡No te jode! Ni yo, pero hay que hacerlo… Venga, vamos a montar esas cajas. Podemos separar las cosas entre las que te quedes tú, las que me quede yo, las que donamos a algún sitio donde puedan ser útiles y también podemos preguntarles a sus amigas si quieren algún recuerdo o algo…

—Vale —asiento—. ¿Qué vamos a hacer con el piso?

—Yo lo vaciaría y, en un momento dado, lo alquilamos —sugiere —. No nos vendría mal el dinero extra… A no ser que quieras venirte tú a vivir aquí. ¿Estás pensando volverte de París?

—No. —Acompaño mi negativa de un movimiento enérgico de cabeza—. Qué va, solo era curiosidad.

Ella coge la primera de las cajas vacías y se encamina hacia el salón. Yo cojo otras dos y la sigo.

—¿Y cuándo piensas volver? Llevas aquí más de un mes… —deja caer mientras comienza a rotular las cajas con el destino de cada una de ellas—. Que no es que quiera que te vayas, ni mucho menos, es curiosidad, no sé si te puedes permitir estar sin trabajar…

Me lanza las que ha rotulado como «Basura» y «Joel».

—¿«Basura» y «Joel»? ¿Intentas decirme algo?

A ella se le escapa una risa que me alegro de haber conseguido.

—Si quieres te cambio la de «Basura» por la de «Donaciones», pero he pensado que te gustaría tener la de las cosas que se pueden destruir.

—A veces destruir es constructivo… —confirmo—. Quizá hoy a ti también te venga bien.

A ella se le vuelve escapar una risa amarga y me mira a los ojos.

—Déjala en el medio —sugiere—. Creo que a los dos nos vendrá bien un poco de destrucción.

—Buena idea.

—No me has dicho cuándo piensas volver —insiste. Luego abre el primer cajón y emite un suspiro ante la magnitud de trabajo que tenemos por delante.

—No me lo he planteado. Tengo dinero para aguantar tres meses sin trabajar, aunque no más porque solo el alquiler de París es un pastón… Pero no quiero apurar tanto, y en un mes es mi exposición, tengo que volver sí o sí.

—Ay, sí, tu primera exposición individual en una galería de renombre.

—Sí —asiento.

—Mamá estaba tan orgullosa.

—Lo sé.

—¿Quieres que vaya? ¿O te cortará mucho el rollo tener allí a tu hermana?

—Prefiero que no —confieso—. Estaré en modo artista pedante intentando que la gente compre mi obra y prefiero no tener testigos. —Me río.

—Y, de paso, si te puedes ligar a algún novato impresionado por tu talento, mejor, ¿no? —Me mira de reojo.

—No tiene por qué… Un modelo también me vale —bromeo.

Ella se ríe y me mira con tristeza.

—¿Qué tal estas semanas con Manu? —Abre un cajón y empieza a sacar aparatos electrónicos antiguos—. ¿Quieres alguno?

—No, eso no vale para nada. Con Manu bien. Muy bien, la verdad. —Abro otro cajón y comienzo a sacar papeles—. ¿Qué hago con esto?

—Déjalos ahí, me los llevaré y los revisaré con calma en casa. Entonces, ¿podemos decir que has superado lo de Manu?

—Podemos decirlo —asiento—. Igual que podemos decir que la Tierra es plana. No es que sea cierto, pero, como poder, podemos decirlo. —Me río.

—Ay, tete. —Para lo que está haciendo y me mira con ese gesto suyo de hermana mayor que sufre por mí—. ¿Sigues igual?

—O peor. —Me río con amargura—. Porque estos diez años solo lo han mejorado, si es que era posible. Es un padrazo, está más guapo que nunca y es la mejor persona que conozco, que me ha

abierto las puertas de su casa y de su vida sin rencores y sin pedir explicaciones.

—No te lo mereces.

—Lo sé, supongo que es una de las razones por las que no puedo tenerlo. —Me encojo de hombros.

—Pero es que casi no te lo mereces ni como amigo…

—También lo sé. —Suspiro—. Pero a partir de ahora quiero ser el amigo que él sí se merece y compensarle estos años en los que he sido basura humana.

—Bueno, tampoco digas eso… ¿Y a él qué tal le va? ¿Sale con alguien?

—No. Me ha contado un poco… —Me lo pienso un momento antes de hablarle de esto, pero decido que necesito comentarlo con alguien—. Bueno, me ha contado que está trabajando con su psicóloga el tema de las relaciones. Y que ella baraja la idea de que sea demisexual…

—¿Qué es eso? —me pregunta mi hermana y luego desvía la vista a la estantería del salón—. Yo los libros los dejaría para lo último.

—Me parece bien —acepto y ella se pone a recoger las figuritas de porcelana que decoran los estantes—. Pues la demisexualidad está dentro del espectro asexual —explico—, que ya de entrada no mola que el tío que te gusta esté ahí, pero, el rayito de esperanza, si quieres verlo así, es que una persona demisexual puede desarrollar una atracción sexual normal y experimentar deseo por alguien con quien haya establecido previamente una fuerte relación afectiva. Y, lo más importante, da igual el género de la otra persona, lo importante es el vínculo…

—Ay, tete, no. —Se gira hacia mí muy seria—. No te aferres a algo así y te hagas ilusiones con eso…

—No son ilusiones —me defiendo—. Te estoy explicando lo que es la demisexualidad sobre el papel.

—Pero si a Manu le gustan las chicas y nunca ha dado ni la más mínima pista de que le gustara un chico, no es gay, y no tienes nada que hacer ahí.

—No lo estás entendiendo. —Trato de mantener la paciencia ante su tono condescendiente de hermana mayor—. A Manu no le gustan las chicas, en general, le gustaba Paola. Y ya. Y no estoy diciendo que sea gay, porque es evidente que gay no es. Te estoy diciendo que el colectivo LGBT+ es mucho más amplio que las dos primeras letras, que son con las que os quedáis los modernos tolerantes. Y que hay muchas más opciones que, solo porque tú no las compartas, o ni siquiera las entiendas, no dejan de estar ahí y de ser una realidad para muchísimas personas. La sexualidad de cada uno es un mundo, y la de Manu tiene toda la pinta de que es esa…

Mi hermana me mira un momento casi sin pestañear.

—Vale, Joel, perdona. Vamos a dejar el tema. Tú sabrás dónde te metes… Yo lo que no quiero es verte sufrir como te vi tantas veces de jovencito. Se nos partía el alma a mamá y a mí…

—Lo sé. —Suspiro—. Pero eso ya está claro. Ahora soy adulto y sé gestionar los sentimientos de otra manera —miento más para convencerme a mí mismo que a ella.

—Pero ¿crees que tienes alguna posibilidad con Manu?

—Sí… No… No lo sé. —Suelto lo que tengo en la mano sobre la mesa y me dejo caer en el sofá. Gemma viene a sentarse a mi lado.

—No quiero que te hagas ilusiones y luego sufras más —murmura—. Que tú sufres más que nadie, Joel.

Se me escapan un par de lágrimas y me cubro la cara con el brazo.

—No ha funcionado, Gemma. —Sollozo—. Lo de alejarme de él solo sirvió para hacerle daño y para demostrarme ahora que es la mejor persona que conozco, que es infinitamente mejor que yo, que soy un mierda, cobarde y mal amigo. Pero ni siquiera me sirvió para superar lo que siento por él.

—Pensé que funcionaría —susurra Gemma y me atrae hacia ella —. Pensé que empezarías una nueva vida, conocerías a alguien y serías feliz… Pero sigues igual.

—Igual. —Asiento con la cabeza entre sollozos—. O peor.

—Ay, cariño… Qué mala idea ha sido volver a verlo.

—No, no ha sido mala idea. Lo necesitaba… Lo necesito en mi vida. Tengo que aprender a vivir con esto, porque no puedo

alejarme de él otra vez…

—Tú sabrás. —Suspira.

—Y ¿tú qué tal? —Cambio de tema con descaro, pero realmente quiero saber.

—Pues las cosas con Óscar no van bien. —Respira hondo—. Nada bien. Y no hablo de broncas como la de hoy, eso es lo de menos… Cuando no es una cosa, es otra; son todo gilipolleces, pero saltamos a la mínima.

—¿Y eso por qué? —pregunto por educación y por no decir que me parece una santa por el tiempo que ha aguantado a semejante gilipollas. Que no es que sea mal tipo, lo que es es un imbécil.

—Ya sabes que llevo casi diez años intentando quedarme embarazada, está siendo un proceso muy duro lleno de inseguridades y decepciones, y eso desgasta a cualquier persona, y mucho más a una pareja.

—¿Él también lo lleva mal?

—Sí, y me culpa a mí, y yo a él. Somos irracionales los dos, pero ha llegado un punto en el que nos pasamos todo el día atacándonos.

—Gemma…

—Lo más triste de todo es que ya ni siquiera estoy segura de querer tener un hijo con él. Bueno, sí que lo tengo claro: si volviese atrás en el tiempo, no lo elegiría como padre de mis hijos. Ahora mismo no me gustaría compartir un hijo con él para el resto de mi vida, pero no tengo más opciones…

—¿Cómo que no tienes más opciones? ¿Qué dices?

—A ver, Joel, seamos realistas. Tengo treinta y ocho años. No conseguí quedarme embarazada en mis años buenos, y ahora cada vez es más difícil. No puedo permitirme dejarlo, conocer a otra persona, plantearme con él la maternidad y empezar a intentarlo… ¡Es que me planto en la menopausia! Si quiero ser madre, mi única opción es Óscar…

—A ver, no. —Niego enérgicamente con la cabeza—. Si no quieres estar con él, ni de coña se te ocurra tener un hijo con esa persona.

—¿Y qué hago? Tampoco quiero pasar mi vida sola, y encontrar pareja a mi edad empieza a ser complicado.

—No, no, Gemma. —Me incorporo para mirarla a la cara y que vea que hablo en serio—. Tienes más opciones. Estar con alguien por no estar sola no es un motivo.

—Supongo —dice con la boca pequeña.

—Puedes ser madre soltera, así cumplirías tu deseo de ser madre y no estarías sola…

—Eso es muy triste.

—Para nada. —Niego enérgicamente con la cabeza—. Mira a Manu, por ejemplo, tiene una hija él solo y es un padrazo. Es feliz y la niña también. Tú serías una gran madre. ¿Has visto *Las chicas Gilmore*?

—Sí. —Se ríe—. La pregunta es: ¿has visto tú *Las chicas Gilmore*?

—La he estado viendo con Manu estas semanas que me he quedado en su casa. Podrías tener algo así, ser madre soltera puede estar muy bien.

—Bueno, pero las de la serie se llevan dieciséis años, yo me llevaría con mi hijo mínimo treinta y nueve.

—Eso es solo un número, y tendría a su joven y excéntrico tío Joel que le ayudaría con su madre cuando las cosas se pusieran feas y el salto generacional fuera muy evidente.

Ella se ríe y me da una palmada.

—Y ¿cómo sugieres que sea madre soltera? ¿A través de un banco de semen?

—Es una opción. —Me encojo de hombros.

—No me gusta nada la idea de no saber de quién es el material genético con el que voy a concebir…

—Ya, entiendo… Entonces igual podrías pedírselo a un amigo. Preferiblemente soltero y/o gay.

—¿A un amigo? —Suelta una carcajada—. Pero ¿a quién se le puede pedir eso? ¿Quién haría algo así?

—Pues… Nunca te lo he contado, pero… yo lo hice.

—¡¿Qué dices?! —Ahora es ella la que se incorpora para mirarme a la cara—. ¿Cómo que lo hiciste? ¿Qué hiciste?

—Mmm… Ayudar a una amiga.

—¡¿Tienes un hijo?!

—Pues la verdad es que no lo sé. Ella no quería que me implicara en nada; y yo tenía veinticuatro años y no podía estar más de acuerdo con eso. No quería ser padre. El caso es que no volví a hablar con ella y procuro no pensar demasiado en aquello. Es un capítulo de mi vida que tengo muy cerrado y al que no me permito volver para no rayarme la cabeza. —Me rasco el cuello con un gesto nervioso.

—Pero ¿se quedó embarazada? ¿Hay por el mundo un mini Joel suelto?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Le dije que si no funcionaba, no volviera a recurrir a mí, que probara con otro… No quería saber si había tenido éxito o no. Es la primera vez que se lo cuento a alguien.

—Pero ¡¿no tienes curiosidad?! ¿De verdad no te importa si hay por el mundo un niño que es hijo tuyo?

—No es que no me importe, es que prefiero no saberlo. Ella me dejó claro que quería que solo fuera suyo y yo lo respeto. Prefiero no saber siquiera si existe, vivo más tranquilo.

—De verdad que no lo entiendo. No entiendo que te dé igual, pero aún entiendo menos cómo te dejaste convencer de algo así a los veinticuatro años.

—Bueno, ya sabes lo rápido que empatizo yo por mi «condición especial de persona altamente sensible» —bromeo y luego suspiro —. Ella tenía un motivo de lo más convincente y yo solo quería ayudarla.

CAPÍTULO 16

¿QUÉ ACABA DE PASAR?



JOEL

—¿Seguro que te quieres quedar aquí solo esta noche? —me pregunta Gemma desde la puerta, ya a punto de marcharse.

—Sí, tranquila.

—Vale, llámame si necesitas lo que sea.

—Descuida. —Asiento, le doy un beso en la mejilla y cierro la puerta.

Paso por el salón y me quedo mirando un momento las cajas medio llenas y los muebles medio vacíos… O quizá sea al revés. Es un poco como yo mismo, que no sé muy bien si me siento vacío desde que me he ido de su casa para estar aquí solo o si por el contrario estoy lleno de todo lo que me callo y no digo. No le dije a mi madre cuánto la quería, no le he dicho a Gemma que su marido es gilipollas y que creo que estaría mejor si lo dejara y no le he dicho a Manu… Hay tantas cosas que no le he dicho a Manu que no sé ni por dónde empezar.

Tras darme una ducha que me quita el peso de un día largo y difícil, abro el armario de mi antigua habitación en busca de un pijama. Llevo un mes durmiendo con los de Manu, no lo pensé bien cuando hice la maleta como si solo fuera a quedarme un fin de

semana. Aunque, en mi defensa, no estaba en mi momento más lúcido. Encuentro en uno de mis antiguos cajones un pijama de Manu. Uno que lleva aquí más de diez años y que nunca le devolví pese a la insistencia de mi madre. Él se lo dejó un día y yo lo guardaba como un tesoro, como si fuera una garantía de que iba a volver. Los que encuentro míos son todos pequeños, así que me decanto por este que, aunque es de la misma época, es más grande, como lo ha sido siempre él. Me lo pongo y me miro al espejo. Me viene bien de talla, pero me río por los colores chillones y el 4 que lleva bordado en el bolsillo del pecho. Siempre me resultó gracioso que tuvieran tantas prendas numeradas los Andújar.

Cojo mi móvil y me saco una foto en el espejo. Se ve claramente el pijama con el 4 y de fondo mi habitación de adolescente. Es como un viaje atrás en el tiempo. Se la envío a Manu con un mensaje.

JOEL

Si pensabas que por irme de tu casa iba a dejar de usar tus pijamas, lamento decirte que estabas muy equivocado

Se conecta en cuanto le llega.

MANU

Qué fuerte ese pijama

Hacía siglos que no lo veía

¿Lo tenías tú? Maldito ladrón, la de broncas que me llevé de mi madre…

JOEL

Ya será menos

MANU

Ya, es coña

Ni me acordaba de él

Qué vértigo ver tu habitación tal cual

¿Estás solo?

JOEL

Sí

No me da tiempo a preguntar por qué, directamente me entra una videollamada suya. Respondo enseguida. Su cara llena casi la totalidad de la pantalla, pero puedo ver que está tirado en el sofá.

—Hola —digo porque no se me ocurre otra cosa.

—Hazme un *tour* por tu antigua habitación —me pide con una sonrisa.

—Vale. —Me río.

Cambio a la cámara trasera y voy enfocando cada rincón, que está exactamente como estaba cuando me marché a los dieciocho.

—Oh, qué fuerte, el póster de God of War… No sé cómo no me di cuenta de que eras gay con el maromo ese *descamisao* en la pared.

—No era por eso, imbécil. —Me río.

—Qué malo eras en ese juego, por cierto.

—Y tú. —Me vuelvo a reír—. En ese tipo de juegos solo eran buenos los gemelos.

—Cierto. —Sonríe con toda la cara—. Pero yo era mejor que tú…

—Lo que tú digas, Andújar.

—No me vaciles, Briz…

—Oye, voy a tener que colgar, que no he pillado nada de comida y me va a tocar pedir algo de cena por teléfono.

A él se le escapa una carcajada.

—No has abierto la maleta —adivina.

—No. ¿Cómo lo sabes?

—Porque sí que tienes cena.

Voy hasta donde la he dejado, sin detener la llamada, y la abro. Hay una bolsa de plástico que no he metido yo y, al echar un vistazo dentro, encuentro varios tápers llenos de comida casera.

—¿Cuándo has hecho esto?

—Secretos de mago —susurra.

—¿Ahora eres mago?

—Pues parece que sí. Igual venía con los bienes gananciales cuando me casé. Mi mujer era la reina de la desaparición y yo hago aparecer cosas… —Se queda callado un momento—. Vale, es la primera vez que hago una coña sobre esto. Igual estoy pasando a la siguiente fase.

—¿Qué fase?

—Ni idea. —Respira hondo—. Pero hasta ahora no había hecho ni media broma, así que esto debe de ser un avance de algo, ¿no? ¿Qué piensas?

—No lo sé.

—Ya, yo tampoco. —Suspira.

—Gracias por la comida, Manu.

—Es el instinto de padre, que se apodera de mí, ya sabes. —Sonríe, pero su gesto es triste desde que ha nombrado a Paola.

—¿La peque ya está dormida? —Cambio a un tema que suele ponerlo de buen humor.

—Pues ni idea, se ha querido quedar a dormir con mi madre.

—Oh, te hemos dejado solo… Disfruta de una noche para ti.

—No necesito «una noche para mí», tío. No podía haceros chantaje emocional para que os quedarais, no habría sido justo, pero no me apetece estar solo. A ver, que soy adulto y puedo estarlo, pero no me hace especial ilusión.

—Pero así tienes tiempo para ti, y tu espacio…

—¿Espacio? —Se ríe y se rasca la frente con la mano con la que no aguanta el teléfono—. Se me cae la casa encima… Supongo que tú sí que necesitabas espacio, ¿no? Por eso te has ido.

—Yo necesitaba enfrentarme a esto. —Suspiro y hago un gesto con la mano que abarca todo lo que puedo—. Y tenía que dejar de invadir tu casa. Pero si no quieres estar solo y te apetece venir a ver una peli o algo…

Se lo piensa durante los dos segundos en los que me arrepiento de haberle lanzado la propuesta, pero se me pasa en cuanto sonríe y asiente.

—¿Sí? A ver, da un poco de pereza, pero me apetece. Me estoy agobiando aquí solo.

—Vale, pues vente. ¿Te espero para cenar?

—No, yo ya he cenado. Vale, voy para allá. Lo que tarde en llegar.

Cuelgo la llamada y me empiezo a poner nervioso no tengo muy claro por qué, porque no vamos a hacer nada que no llevemos haciendo un mes en su casa. Quizá es por la idea de volver a verlo aquí, como tantas otras veces… Barajo la posibilidad de quitarme el pijama y vestirme normal, pero ya me ha visto con él puesto y sería muy raro que llegara aquí y me viera con ropa de calle. Concluyo, por tanto, quedarme como estoy y comerme lo que hay en uno de los tápers que me había escondido en la maleta. Se me calienta el pecho una vez más al imaginarlo metiendo comida a escondidas en mi equipaje con la certeza de que la iba a necesitar.



Voy hasta la puerta en cuanto suena el timbre. Al abrir, me encuentro con esa sonrisa que me gusta tanto.

—Te atreves a llevar la prueba del delito en mi presencia. —Sonríe y señala mi (su) pijama con la cabeza.

—Pues claro, no te tengo miedo, Andújar. —Lo cojo de la camisa y tiro de él para que entre.

—Qué fuerte, está todo igual que siempre —dice mientras avanza por el pasillo en dirección al salón. Yo voy detrás de él—. Es como una cápsula del tiempo. —Se detiene un momento y respira hondo. Luego me rodea el cuello con un brazo y frota los nudillos de su otra mano en mi cabeza—. Qué gilipollas eres, Joel. Debería darte de hostias por desaparecer así. —Me atrae hacia él en algo a medio camino entre un ahogamiento y un abrazo.

Me da lo que intuyo que es un beso en la cabeza y luego me suelta y se ríe. Yo no soy capaz de decir nada porque sé que, aunque lo diga en broma, tiene razón. Se mete en la cocina y saca un paquete de palomitas del bolsillo de su cazadora. Lo mete en el micro, ajusta el tiempo y, cuando empieza a dar vueltas, él se gira hacia mí y se frota las manos.

—Entonces, ¿peli? ¿O seguimos con *Las chicas Gilmore*? Nos toca empezar la temporada tres.

—Esta tele no tiene internet, no se puede ver ninguna plataforma, va a tener que ser peli.

—Vale, pues peli.

—Podemos ver alguna de las de mi madre —sugiero.

—Oh, sí, un *remember*, me encanta.

Se empieza a escuchar el «pop» de las palomitas y Manu busca un bol donde colocarlas. Lo encuentra justo cuando el microondas pita y lo prepara todo con esa eficacia suya de padre. Yo cojo un par de refrescos, que de eso sí había en el frigorífico de mi madre, y nos lo llevamos todo al salón. Manu deja lo que lleva sobre la mesa de centro y se acerca a las estanterías que guardan la enorme colección de cine clásico de mamá.

—Me encanta esta parte. —Manu abre los brazos y abarca toda una sección—. Todas las películas de Ágata Belmonte… Cómo le molaba a tu madre esta mujer.

—Sí. —Sonrío con algo de nostalgia—. ¿Vemos una de esas? —sugiero, pero no haría falta, porque él ya está mirando las carátulas y leyendo las sinopsis.

—¡Esta es perfecta! *La vida en una canción*. Va de una mujer que deja atrás su vida humilde para convertirse en una gran estrella de la canción. Como tú, pero en plan artista de micrófono y no de pincel.

—Yo sigo teniendo una vida humilde —matizo sus palabras.

—¡Pero si vives en París!

—Bueno, bohemio si quieres, pero lo de gran estrella vamos a dejarlo.

Se acerca a la tele y pone el disco en el reproductor.

—Por cierto… ¿Cómo te ganas la vida en París? Tengo mucha curiosidad. —Coge el mando, va hasta el sofá y se deja caer en la cheslón—. Llevas aquí un mes, ¿no se mosquea tu jefe? O tu *sugar daddy*, no sé, ya me espero cualquier cosa. Eres una caja de sorpresas, Joel. —Sonríe y sé que está de coña.

—No tengo ningún *sugar daddy*. —Me río—. Vendo algún cuadro de vez en cuando, en exposiciones colectivas y alguna individual en

galerías pequeñitas. —Me siento a su lado—. Pero mi principal fuente de ingresos es hacer retratos a turistas. —Suspiro.

—¿Artista callejero? ¿Rollo indigente tirado en la calle haciendo dibujos a cambio de unas monedas? —Se sorprende.

—No. —Me río—. En París no funciona así. Está regulado. Tengo mi parcela en la calle por la que pago un alquiler y mis impuestos por todo lo que gano. Y cobro bien los retratos. No vivo mal. —Me encojo de hombros—. No me quejo.

—¿Hay un trozo de una calle de París que es tuyo?

—No. —Me río—. Hay una parcela en la Place du Tertre por la que pago un «alquiler», por así decirlo, donde no se puede poner a pintar nadie más.

—Joder, cómo suena eso, vaya acento que tienes. Suena francés total.

Se inclina hacia la mesa de centro y coge el bol de palomitas. Yo abro uno de los refrescos.

—Bueno, llevo allí diez años.

—Lo sé. —Suspira—. ¿Y tienes a alguien especial en París? ¿Un marido? ¿Un novio? ¿Un harén de jóvenes albinos a tu disposición?

—Ni novio ni marido. —Niego con la cabeza y me da la risa—. El harén lo tuve un tiempo, pero era caro de mantener —bromeo.

—Entiendo, te has vuelto un tacaño… O lo de pintar en la calle no te da para tanto como dices…

Pulsa el mando a distancia y comienza a reproducirse la película. Luego levanta un brazo y hace un gesto para que me apoye en él, como de costumbre. Y yo lo hago, porque en ningún sitio estoy mejor que ahí.

—Olvídate de París —le digo—. Vamos a ver la película.

—No puedo olvidarme de París cuando sé que en cualquier momento te vas a volver a ir —murmura ya sin tono de broma y aprieta su brazo sobre mis hombros.

Una hora después, las palomitas y los refrescos se han terminado, pero nosotros seguimos en la misma posición. En la pantalla, la gran Ágata Belmonte entona una canción como si cada nota pesara una

tonelada y media. Es una película antigua. Muy antigua. Y lenta. Muuuuuuuuuuy lenta.

—Si canta un poco más despacio, lo mismo le da tiempo a jubilarse antes de que termine la canción —sugiero y a Manu le da la risa.

Aprieta su brazo sobre mis hombros y yo entierro la cabeza en su costado para ahogar la carcajada que me sobreviene. Noto el latigazo de su cuerpo al tensarse, no sé si por el efecto de la risa o por otra cosa, pero da la sensación de que hasta el aire de la habitación ha cambiado. Sus latidos me llegan acelerados a través de la camiseta y su respiración se vuelve más sonora. Me aprieta con fuerza durante un rato más largo de lo que sería razonable en cualquier situación y yo no entiendo bien qué es lo que pasa, pero prefiero fingir que todo es normal, como si cada pequeño gesto por su parte no me provocara un sinfín de preguntas y de teorías. Pero eso ha sido así toda la vida. Él no dice nada y yo tampoco vuelvo a abrir la boca en lo que queda de película.

En cuanto termina la peli, se levanta del sofá.

—Me marcho —dice—. Ha estado bien. Gracias por salvarme la noche.

—Cuando quieras —ofrezco sincero—. Puedes quedarte a dormir si te apetece, hay camas de sobra…

—No, me voy a casa.

—Te acompaño a la puerta.

Recorremos el pasillo en silencio y se gira hacia mí cuando ya tiene un pie en el rellano.

—Buenas noches, Joel.

—Buenas noches, Manu.

Me da un beso en la mejilla y se marcha. Yo me quedo con cara de tonto sin saber muy bien qué acaba de pasar.

Me voy directo a la cama y me quedo dando vueltas sin poder dormir. Cuando me entra un mensaje al móvil, lo abro al momento, pero no es quien espero.

GEMMA

Dime el nombre de la amiga esa que te pidió “el favor”

JOEL

Gemma, olvídalo

GEMMA

Solo un nombre, no pido tanto

JOEL

He dicho que no

Respeta mi decisión

GEMMA

No me voy a rendir tan fácil

JOEL

Buenas noches

GEMMA

😞

Lo pienso un momento antes de entrar a Instagram y darle a la lupa. Tecleo «Ruth M», y mi dedo se queda congelado. No me atrevo a escribir «Mistral» con todas las letras. Todo es cosa de Gemma, siempre presionando para que haga lo que ella quiere. Le prometí a Ruth que no la buscaría y lo quiero cumplir. Además, que ya tengo bastante lío en la cabeza como para añadir un extra así.

Salgo de Instagram sin buscarla y pongo el teléfono en modo «no molestar» para no volver a tener noticias de mi hermana hasta mañana.

CAPÍTULO 17

SENTIMIENTOS NEGATIVOS



MANU

—Dime, ¿qué tal estas semanas? ¿Alguna novedad que quieras contarme? —me pregunta Carolina, mi terapeuta, en cuanto me siento frente a ella.

Me acomodo en la silla y decido ir al grano, porque solo tenemos una hora y veo innecesario andarme con rodeos.

—Pues… —Me rasco la nuca con fuerza como si ahí fuese a encontrar las palabras que estoy buscando—. A ver, el otro día tuve una semierección espontánea.

Su gesto no muestra la más mínima sorpresa ante mi noticia. Se toma unos segundos antes de responder.

—¿Quieres hablar de ello? ¿Quieres contarme las circunstancias en las que se produjo o prefieres que hablemos de cómo te hizo sentir?

—¿Qué crees que es más importante?

—Lo que a ti te lo parezca.

—Pues no sé muy bien cómo sentirme al respecto. Para una vez que me pasa… y va y es en un momento de lo más inapropiado. Que supongo que es lo normal para el resto de los tíos, pero como nunca había sido mi caso… No sé, por un lado me hizo sentir normal, como

si algo dentro de mí se estuviera «arreglando», por decirlo de algún modo. Pero, por otro, yo qué sé, estaba viendo una película antigua que no era especialmente sugerente. Algo así en ese momento como que no tocaba…

—¿Estabas solo?

Respiro hondo ante la pregunta que más temía.

—No, estaba con Joel.

—Joel es el amigo que ha vuelto a aparecer después de tantos años, ¿verdad? Del que ya habíamos hablado en sesiones anteriores…

—Así es —asiento.

—¿Qué estabais haciendo cuando tuviste la erección?

—«Semi» erección —matizo y ella asiente con la cabeza, pero sin alterar el gesto—. Pues estábamos en el sofá, viendo la tele, sin más. Él estaba apoyado en mí y yo tenía el brazo sobre sus hombros.

—Es una posición algo íntima, ¿es habitual entre vosotros?

—Pues… sí. —Me rasco la frente—. Tengo la costumbre de cogerlo así. Siento que es mi modo de «protegerlo». Dicho así, en voz alta, suena un poco ridículo.

—¿Necesitas protegerlo? ¿De qué? ¿O es él el que necesita que lo protejas? —inquiere.

—No sé, es algo que he sentido siempre. Joel es un chico muy sensible, lo que los psicólogos llamáis «altamente sensible», ¿sabes? Y, no sé, él de pequeño sufría mucho y yo solo quería ayudarlo, como que siempre he sentido la necesidad de protegerlo, como si fuera mi «misión» hacia él. Además, desde niños, siempre he sido más grande que él, era lo que tocaba, ¿no?

—¿Todavía sientes que tienes que protegerlo?

—Sí, supongo… Es que justo ahora está pasando un mal momento. Acaba de morir su madre y eso.

—Ya me hablaste de él en la sesión anterior, por lo que hace más de un mes que falleció su madre, ¿no?

—Sí, más o menos un mes.

—¿Os habéis estado viendo mucho?

—Sí, se ha quedado en mi casa estas semanas. Pero ya se ha ido, hace dos noches que se fue.

—¿Y cómo te hace sentir eso? ¿Lo echas de menos o sientes alivio por haber recuperado tu intimidad?

—Tengo una hija de tres años, no tengo intimidad. —Me río, pero ella no, así que me obligo a ponerme serio otra vez—. Creo que lo echo de menos. Y me preocupo por él de pensar que está ahí solo en la que era la casa de su madre… Lo estará pasando fatal.

—No es responsabilidad tuya que lo esté pasando mal.

—Lo sé, pero es mi amigo, no quiero que sufra.

—¿Por eso lo volviste a aceptar en tu vida como si nada? ¿Porque sentías que tenías que protegerlo? ¿Todavía lo sientes?

—No lo sé. —Me rasco la frente y me revuelvo un poco en el asiento—. No quiero estar enfadado con él. Creo que no es el momento y que me necesita. Además, ¿a quién beneficiaría que yo le guardara rencor? A nadie. Ha vuelto, está aquí, eso es lo importante.

—A veces es bueno dejar salir también lo negativo. Es legítimo tener ese tipo de sentimientos hacia quien nos ha hecho daño. Es bueno reconocerlos y hacer algo al respecto. Ayuda hablar con esa persona y explicarle cómo te ha hecho sentir, como base para reformular la relación de cara al futuro.

—Pero es que yo no tengo que reformular nada, lo he perdonado. Ya está. Me debe una explicación, sí, pero me la dará cuando él lo considere.

—¿Y si no te la da nunca?

—Pues que no me la dé, tendrá sus motivos. ¿Qué voy a hacer? ¿Apartarlo de mi vida? ¿Guardarle rencor eternamente? ¿Para qué?

—¿Tienes miedo de que si le muestras sentimientos negativos hacia el modo en que te trató estos años vuelva a desaparecer? ¿Crees que puede ser eso lo que te pasa? ¿Que sientas que la gente a la que quieres te abandona y quieras evitarlo a toda costa?

Echo la cabeza hacia atrás y me tapo la cara con el brazo para controlar… no sé muy bien el qué, las ganas de llorar, supongo.

—Paola nos abandonó a Ali y a mí, vale, pero creo que solo fuimos un daño colateral. Su objetivo no era tanto librarse de

nosotros como salvar su culo. Me llegó a proponer que nos fuésemos con ella…

—Entiendo.

—Y Joel… Lo de Joel sigo sin entenderlo, la verdad. —Vuelvo a incorporarme y la miro de frente—. Joel sí me abandonó. Pensaba que nos había abandonado a todos por seguir su sueño, pero ahora sé que mantuvo contacto con compañeros con los que no tenía tanta relación como conmigo, así que estoy empezando a pensar que sí fue algo personal.

—¿Le has preguntado a él?

—Sí, y se hace el loco, nunca me contesta.

—Háblame del momento de la erección. —Abro la boca para matizar, pero se corrige ella misma enseguida—: «Semi» erección. ¿Qué pasó justo antes de que ocurriera?

—Dijo una tontería durante la película y a los dos nos dio la risa. Él apoyó la cara aquí para reírse —me toco el punto exacto sobre mis costillas, para que le quede claro— y a mí me sobrevino una sensación muy cálida y… pasó. Así de sencillo. No sé si igual ha cambiado mi actitud hacia él desde que me contó el otro día que es gay o qué. Lo mismo no tiene nada que ver…

—¿Ha sido la primera erección espontánea de tu vida?

—¡No! Bueno, a ver, no sé por qué lo digo en ese tono si me ha pasado pocas veces, la verdad.

—Cuando tuviste pareja, entiendo.

—Sí, con Paola casi todas.

—¿Casi?

—Una vez con Joel, a los dieciséis, casi diecisiete.

—¿Quieres que hablemos de lo que pasó esa vez?

—No —respondo muy tajante.

—¿Por qué no?

—Porque fue solo una gamberrada entre colegas. —Abre la boca para hablar, pero no le dejo—. Y aunque no fuera así, no quiero verbalizar ni analizar esa noche. Es algo entre Joel y yo, es un recuerdo muy especial para mí. Lo he guardado durante años y no me apetece diseccionarlo en terapia.

—Entiendo. ¿Has hablado de ese recuerdo alguna vez con él?

—No. Hace doce años de eso y nunca hemos sacado el tema.

—¿Te da miedo que para él fuera algo sin importancia? ¿Que lo viviera diferente? ¿Que cambiara algo entre vosotros? ¿O quizá que ni siquiera lo recuerde?

—No sé. Puede.

—¿Qué hiciste la otra noche, tras ese momento quizá más íntimo de lo normal?

—Nada. Terminamos de ver la película y me marché.

—¿No te sentiste tentado de hacer algo más?

—No.

—¿Crees que tu cerebro intenta rechazar la idea de que te puedas sentir atraído por un hombre?

—No. No tendría problema con eso.

—Entonces, ¿a qué crees que puede deberse que no quisieras hacer nada más?

—No soy una persona de impulsos.

—¿Has fantaseado con la idea de intimar más con Joel?

—Sí. —Me rasco la mandíbula algo incómodo.

—¿Qué te impide intentarlo?

—¿La posibilidad de que él no se sienta atraído por mí? El hecho de que sea gay no quiere decir que le gusten todos los tíos. Por otra parte, ni siquiera tengo claro lo que siento. Con Joel no podría jugar o experimentar. Lo último que quiero es poner en peligro nuestra amistad. Miento. Lo último que quiero es enamorarme de alguien que ya me abandonó una vez y que vive a mil quinientos kilómetros de aquí.

CAPÍTULO 18

MALA MADRE



MANU

Lo que más le apetece a uno tras salir de una sesión de terapia especialmente dura es un cumpleaños infantil en un parque de bolas, claro que sí. Espero que se aprecie el sarcasmo, porque ahora mismo no doy para más.

Llego al estudio de fotografía de mi tío Loui, que es el que se ha encargado de recoger a Ali del cole, y los encuentro allí a ambos. Es una sala diáfana gigante, con varios fondos de colores. Él está trabajando en un ordenador, mientras mi hija está en uno de los sets, tirada en el suelo como si fuera un fotógrafo de guerra, y con una cámara casi más grande que ella retratando lo que desde aquí parecen muñequitos de Pocoyo.

—¡Papi! —grita al verme entrar, pero no se mueve de donde está —. Ahora voy, no me molestes, que estoy trabajando.

Loui intenta contener la risa por el comentario de Ali y yo me dirijo a él.

—¿Te parece bonito tener a la niña trabajando? Te voy a denunciar a la oficina del menor… —digo bastante alto para que lo oiga mi hija, que está a unos tres metros de nosotros.

—Ha sido ella. —Mi tío levanta las manos para quitarse culpa y sonríe.

—Sí, papi, he sido yo. No riñas al tío. Estoy creando arte…

—¿Arte? —Me río.

—Es buena —asegura Loui—. Hace unas fotos estupendas…

—Supongo que cualquiera con tremenda cámara hace fotones, ¿no?

—¡Papi! —Mi hija se indigna—. La foto está en el ojo, no en la cámara.

Y ahí sí se me escapa una carcajada, porque es la frase más mítica de mi tío Loui cuando le decimos que el merito de sus fotografías, que la verdad es que son impresionantes, es del equipo que tiene.

—Venga, artista, que tienes un cumple —le digo a la peque.

—¡Síííííííí! ¿Me da tiempo a unas pocas fotos más, porfi?

Miro mi reloj y asiento.

—¡Diez minutos!

—Gracias, eres el mejor papaíto del mundo.

Me siento al lado de mi tío, que está editando una foto de su marido.

—Qué pereza un cumpleaños infantil ahora. —Suspiro—. Los gritos de los críos le van a venir fenomenal a mi dolor de cabeza.

—¿Quieres que la lleve yo? —se ofrece porque este hombre es tan buena persona que a veces pienso que molaría que tuviese un botón de «no ayudar» para hacernos sentir mejor al resto.

—No, no te preocupes, si he quedado con una amiga.

—¿Una amiga especial? —Me mira de reojo con una sonrisilla.

—Sí, pero no especial en el sentido que estás pensando. —Me río —. Es una de las madres de la clase de Ali. Pero no hay nada entre nosotros más que un vínculo de padres solteros y demasiado jóvenes comparados con el resto.

—A mí eso me parece el comienzo de una comedia romántica —sugiere con una sonrisa.

—Pues esta iba a ser un fracaso de taquilla, ya te lo digo. —Sonrío yo también.

—Eso nunca se sabe… Las pelis con los *plot twist* más imprevisibles son las que mejor funcionan al final.

—Hasta tú has pensado en eso, no sería *plot twist*, sería de lo más previsible. Un *plot twist* de verdad sería algo que no me he visto venir ni yo…

Deja lo que está haciendo y hace girar su silla hasta que queda de frente a mí.

—¿Seguimos divagando o estás hablando de algo concreto? ¿Hay algo que quieras contarle a tu tío?

—No es nada concreto —miento—. O sí, o más o menos. No sé, tío, la vida, que me supera…

—La vida nos supera a todos en algún momento…

—A unos más que a otros, supongo.

—Imagino que sí —acepta—. No hay dos personas iguales… ¿Te pasa algo, Manu? Te noto… raro.

—No sé, tío. —Me reclino en el asiento y me paso una mano por la cara—. Si te hago una pregunta personal…, ¿me prometes que no me preguntarás por qué te la hago ni querrás hablar del tema?

—Querré hablar del tema, eso no lo dudes. —Deja escapar la risa —. Pero respetaré que no quieras hacerlo. Pregunta lo que quieras, te responderé sin preguntar nada a cambio.

—Gracias.

—Dispara. —Hace un gesto con la mano para invitarme a hablar.

—Pues, a ver, como hombre gay que eres… —Él arruga las cejas en una expresión divertida y me da la risa—. Pues eso, que si, dada tu situación, alguna vez te has sentido atraído por un amigo.

Suelta una carcajada que es incapaz de esconder.

—¡No! —asegura—. ¿Por quién me iba a sentir atraído? ¿Por tu padre? —Abre los ojos como si fuera una locura—. ¿Por tu tío Marc? —Pone los ojos en blanco como si esa idea fuera lo más absurdo, y es que aunque se llevan fenomenal, siempre están con piques de lo más divertidos—. Para nada, por ninguno.

—¿No crees que es posible confundir la amistad con atracción?

—No —acompaña su negativa con la cabeza—, al menos no en mi caso. La amistad es una cosa, pero cuando te sientes atraído

hacia una persona, eso sale de un lugar diferente. Es mi opinión y mi experiencia, vaya. ¿Es que tú…?

Levanto un dedo y lo corto.

—Hemos quedado en que no me ibas a preguntar nada.

Se ríe y asiente.

—Cierto, perdona. —Me regala una sonrisa cariñosa—. Pero si en algún momento necesitas hablar con alguien, ya sabes dónde estoy.

—Gracias, tío. Lo tendré en cuenta. Y que sepas que me has ayudado más de lo que crees. —Suspiro y me pongo de pie—. ¡Ali, nos vamos! ¡Planazo a la vista!

—¡Planazo! —grita mi hija y, ahora sí, viene hasta mí para que nos vayamos.



Llegamos de los primeros al cumpleaños. Me suele pasar. En todo lo que respecta a Ali, desarrollo una sobrerresponsabilidad que a veces parece incluso que roce lo enfermizo. Pero es que todo depende de mí, supongo que es inevitable… Apenas están la madre del cumpleaños y un par más cuando accedemos a la ludoteca. Todas me sonríen con esa mirada que aúna lástima, admiración y condescendencia que siempre despierto en ellas. Todas son unos diez o doce años mayores que yo. Supongo que es la edad media actual para tener hijos, y no los veinticinco como fue mi caso. Por eso tengo más afinidad con la única madre de mi edad. Fuimos juntos al colegio, al mismo al que ahora llevamos a nuestras hijas, así retomamos el contacto después de tantos años, y somos los dos únicos descerebrados de nuestra promoción que ya somos padres.

Suspiro sin sorpresa al comprobar que ella no ha llegado todavía y le escribo un mensaje.

MANU

Ya estoy aquí. Dime que vas a venir

RUTH

Tío, qué manía tienes de llegar siempre el primero

Si llegas un poco tarde, la agonía será más breve…

MANU

Soy incapaz de llegar tarde adrede, ya lo sabes

Dime que vas a venir

RUTH

Voy a ir

Estamos ya en el autobús

MANU

Vale, te cojo sitio

RUTH

Sí, porfa, que no me vuelva a tocar entre dos señoras ejecutivas, que no tengo el día

MANU

Hecho

Me río solo y dejo el teléfono en la mesa que han preparado para los padres. Ocupo una de las sillas y dejo mi chaqueta en la de al lado, para asegurarme de que sea Ruth la que se siente ahí. Antes de que llegue, observo con horror que a uno de los niños lo trae su padre. Un padre es casi peor que cualquiera de las madres, porque simplemente por afinidad de género va a querer darme conversación. Y con este ya he coincidido alguna vez y, aparte de que tiene unos catorce años más que yo, solo sabe hablar de fútbol y de tecnología, dos temas que me interesan entre nada y menos tres.

Antes de que se siente a mi lado, mi salvadora entra por la puerta con su niña y yo respiro aliviado. La entretienen en la entrada con todos los trámites típicos de estos sitios y al padre futbolero le da tiempo a venir a sentarse a mi lado.

—¿Qué tal, tío? Manuel, ¿verdad? —Me tiende la mano—. Goyo.

—Manu —lo corrijo y se la estrecho—. Hola, Goyo.

—Eso, Manu. Se me ha abierto el cielo cuando te he visto, tío. No podría soportar una tarde entera rodeado de madres y hablando de los críos.

Sonrío con educación, pero no digo nada, porque prefiero mil veces hablar con las madres sobre los críos antes que con él de algo que no me interesa y de lo que no tengo ni idea. No sé bien qué contestarle, pero no hace falta, porque Ruth aparece en ese momento para salvarme.

—Manu, te necesito. Tengo un problema tremendo, ¿me acompañas fuera a fumar y te lo cuento?

—Claro, Ruth. —Me pongo de pie y cojo mi chaqueta—. Hasta ahora —le digo al padre que mira aterrorizado cómo me marcho.

Salimos a la calle y nos sentamos en el bordillo de una de las cristaleras de la ludoteca. Desde aquí podemos hablar tranquilos y también ver lo que pasa en el interior. Y estar sentados así, en la calle, nos hace sentir un poco como los adolescentes que fuimos hace años, antes de que la paternidad nos cambiara la vida demasiado pronto.

En mi caso, fue por accidente. No planeaba casarme y ser padre a los veinticinco, pero las cosas llegaron así. Primero el embarazo por imprudencia, luego la boda y luego la paternidad. Después el abandono, pero ese ya es otro tema. En el caso de Ruth, por el contrario, fue de lo más premeditado. Varias mujeres de su familia (incluidas su madre y su abuela) habían fallecido de cáncer de útero, por lo que los médicos le recomendaron someterse a una operación preventiva. Antes de que le extirparan el útero, quiso tener un hijo, ya que no iba a tener otra oportunidad. Y así fue como nos encontramos unos siete años después de dejar el colegio, de vuelta en el mismo lugar y los dos en una situación similar. Ella también es madre soltera, aunque creo que lo suyo fue por inseminación.

Saca un cigarro del paquete que suele llevar encima y lo sostiene entre los dedos. Siempre lo hace, aunque nunca lo enciende. Pero se puede tirar así toda la tarde. Lo utiliza de excusa para estar en la calle durante este tipo de eventos.

—¿Tienes algo que contarme o era una excusa?

—Era tu coartada, por supuesto. El Goyo ese es un coñazo de primera. —Se ríe—. ¿Has coincidido alguna vez con él?

—Sí, hace un mes o así. Prefiero ni acordarme.

—Normal. Cómo odio estas cosas.

—Y yo —asiento.

—Entonces, ¿por qué las hacemos?

—Por las niñas. —Me río—. ¿Acaso hay algo de lo que haces ahora en tu vida que no sea por ella?

—No, tío. —Se ríe también—. Me encanta mi hija, y me encanta mi vida con ella, pero a veces me gustaría, no sé, ser un poco menos madre y un poco más persona. ¿No te da la impresión a veces de que no tienes identidad? ¿De que solo eres madre? Bueno, padre, en tu caso. ¿No necesitas unos días de mandarlo todo a la mierda y huir lejos para luego volver con más ganas?

—Mi caso no es igual que el tuyo —digo intentando no sonar condescendiente—. Yo tengo un montón de familia, y mi hija los adora. Puedo dejarla con mis padres o mis tíos cuando lo necesito… Incluso podría con mis hermanos, pero me fío regular. —Me río—. Pero vaya, que entiendo que a ti te supere un poco a veces la situación.

Resopla y apoya la cabeza contra la pared.

—Mucho, tío, y me hace sentir muy mala madre.

—Pues no te sientas así, yo creo que ese sentimiento es normal. Y a mí me puedes dejar a Luna cuando quieras, ya sabes que Ali y ella son las mejores amigas del mundo mundial. Ellas encantadas.

—Ya lo sé, Manu, demasiado haces por mí.

—Cuando quieras, como si quieres que me la quede unos días las próximas vacaciones y te haces una escapada.

—No me tientes. —Se ríe y me da una patadita en el pie—. Que lo mismo te tomo la palabra y no vuelvo.

—Bueno, también tengo experiencia en eso, lo de «te dejo a la niña y desaparezco» no me pillaría de nuevas —bromeo y me sorprendo a mí mismo haciendo una segunda broma en pocos días sobre Paola.

—Ay, Manu. —Ella se ha puesto seria de repente.

—Nah, no te preocupes, es la segunda vez que hago una broma sobre esto, eso es que lo estoy superando, ¿no?

—No sé, ¿cuál fue la otra?

—No me acuerdo, fue con… un amigo.

Decido en el último momento evitar nombrar a Joel. En parte porque pienso que solo con mencionarlo se me va a notar todo lo que me está trastornando la cabeza desde hace unos días, y en parte porque sé que ellos tenían buena relación, al fin y al cabo, eran los dos únicos raritos que hicieron el bachillerato artístico. El caso es que no me apetece hablar con Ruth de él y enterarme de si con ella también mantuvo relación en estos años. No quiero saber si realmente fui el único del que pasó por completo, como me temo que ocurrió.

No quiero pensar en ello. He decidido perdonarlo y no darle más vueltas. Aunque la certeza de que su vida está en París y que en cualquier momento se va a volver a marchar me acompaña todo el tiempo.

CAPÍTULO 19

UN TERRENO PELIGROSO



JOEL

Supongo que no es algo que me pase solo a mí. Imagino que vaciar la casa de la infancia de cualquiera es como caminar por un campo de minas. Cada cajón esconde una bomba emocional en potencia y no tengo muy claro si la versión adulta de Manu con intención de ayudarme a pasar por esto lo amortigua o lo empeora.

Le abro la puerta y lo invito a entrar. Sonríe, como siempre, pero hay algo raro en él que no sé identificar. No me parece algo malo, solo es… diferente.

—¿Qué llevas ahí? —pregunto señalando con la cabeza la bolsa que trae—. Aquí la idea es deshacerse de trastos, no añadir más.

Lo sigo por el pasillo hasta que llega al salón y se detiene.

—Pues mira, te he traido unas cosas de la farmacia —dice.

—¿A mí? —Me sorprendo—. No necesito nada. Tengo de todo.

—Tienes pasta de dientes de supermercado. —Pone los ojos en blanco—. Eso es fatal para el esmalte y para las encías. Y no me hagas hablar de ese cepillo que a saber dónde lo has comprado y cuántos años tiene.

—Eso no te lo puedo decir porque no me acuerdo. —Me río.

—Madre mía, Joel. Bueno, también te he traído enjuague y alguna cosa más…

Me acerco a él y lo miro a los ojos.

—Toda la vida cuidando de mí. —Suspiro.

—Si lo hicieras tú mismo, no tendría que hacerlo yo… —protesta.

—Lo harías igual. —Se ríe—. Lo sabes.

—Yo soy así, no sé de qué te sorprendes. —Le sube color a la cara y me resulta entrañable a la par que terriblemente atractivo, como siempre.

—Has venido más pronto que otros días, ¿no?

—Sí, es que me iré antes, tengo cena con mis hermanos, por fin hemos conseguido cuadrar un día.

—Qué bien, cuánto tiempo sin verlos.

—Te podrías venir, si quieres…

—Creo que no pinto nada.

—¿Qué dices? Seguro que se alegrarán de verte. Además, vienen Laza y Cora.

—Pero ellos son las parejas de dos de tus hermanos, es diferente.

Le sube el color a la cara de nuevo y se queda mudo un momento.

—Claro, sí, tienes razón, es diferente —dice en un murmullo y al momento sonríe—. Bueno, ¿cuál es el plan para hoy?

—Lo que te apetezca. —Me encojo de hombros.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Yo había pensado ponerme con mi habitación. No me apetece hacerlo cuando esté aquí Gemma y que se ponga a cotillear mis cosas de adolescente. —Sonrío—. Paso de que se meta conmigo.

—¿Yo sí que puedo?

—¿Meterte conmigo?

—Cotillear tus cosas de adolescente.

—Dudo que haya algo que no hayas visto.

—Pues no sé qué decirte, Joel, últimamente eres una caja de sorpresas… ¿Apago la tele?

—No, déjala, es el canal de noticias, está bien enterarse aunque sea de refilón de lo que pasa por el mundo.

—Vale. —Pasa hacia mi dormitorio y lo sigo—. Igual encuentro el típico diario de candadito al que le contabas las cosas que no me contabas a mí.

—En mi puñetera vida he escrito un diario. —Me río—. Yo dibujaba.

—¿Dibujabas tus secretos? —pregunta con esa sonrisa suya que se eleva ligeramente más de un lado que de otro.

—A veces —respondo con voz interesante.

—Pues a ver si tengo suerte y me encuentro alguno de esos dibujos con secretos. —Hace un movimiento de cejas y yo me río.

—Lo dudo muchísimo. Me los llevé todos a París.

—Ah, maldito. —Achina los ojos como si me desafiara—. Bueno, pues me pondré con tu armario a ver si encuentro algo más que me robaras.

—No hay nada más tuyo, que yo recuerde, pero tú mismo.

—Eso ya lo veremos.

Un rato después, yo estoy revisando cuadernos y enredos del escritorio mientras él, con esa meticulosidad tan suya, va separando lo que encuentra en varias cajas clasificadas según su destino.

—Va, ¡por favor! ¡Tu jersey emo!

—No era emo, solo era negro —me defiendo—. ¿No se puede tener un jersey negro?

—Pero era tan ajustado, te quedaba rarísimo, dabas hasta yuyu. —Se ríe.

—Qué cabrón. —Sonrío solo de verlo—. Y me gustaba por las cremalleras, le daba un rollito chulo, como de Eduardo Manostijeras.

—A ver, Joel —se ríe tan fuerte que casi no le salen ni las palabras—, no puedes utilizar el plural cuando el suéter tiene UNA cremallera, ¿entiendes? Mira, te lo puede explicar Coco. —Se pone de pie y coge un peluche de Supercoco de mi estantería y empieza a hablar con voz de teleñeco—: Hola, Joel, hoy aprenderemos la diferencia entre singular y plural. Tu jersey tiene UNA cremallera. «Una» es singular. El disfraz de Eduardo Manostijeras tiene MUCHAS cremalleras. «Muchas» es plural.

Me da la risa al escuchar todo su monólogo con esa voz y voy hasta allí y se lo quito de las manos.

—No puedes entenderlo, nunca tuviste nada tan chulo.

—¿Cómo que no? ¿Y cuando me regalaron una camiseta con el logo del Aldi? —Se ha puesto de pie, pero se ríe tanto que creo que se va a caer.

—Qué cabrón. —Me contagia un poco—. No compares esta maravilla con una camiseta cutre de propaganda. Porque ya no me cabe, que si no lo seguiría llevando. No puedes apreciarlo porque nunca te has puesto nada tan molón.

—Puede que tengas razón. A ver… —Me da un tirón y me lo quita de las manos.

Se lo pone como puede porque si a mí me está pequeño, a él le está ridículo. Se le ha quedado casi a un palmo de la cintura y ni siquiera puede bajar los brazos. El cuello es tan cerrado que hasta se está poniendo rojo.

—Tenías razón, una maravilla. —Hace un gesto absurdo con los brazos para demostrar que no puede bajarlos y a mí se me empiezan a saltar las lágrimas.

—Vale ya, Manu, quítatelo, que te va a cortar la circulación.

—Abre la cremallera, que me ahogo —dramatiza de un modo exagerado.

—Sabes que la cremallera es solo de adorno. —Suspiro porque está haciendo todo esto para picarme.

—Claro, porque sin la cremallera el jersey sería muy feo. —Le vuelve a dar un ataque de risa, pero como no puede casi moverse, se convulsiona de un modo extraño y consigue provocarme aún más risa a mí.

—Vale, ya, quítatelo.

Hace un gesto como de gorila y se vuelve a reír.

—No sé cómo, no me alcanzo.

—Venga, trae. —Voy hasta él y empiezo a tirar del suéter, pero no es tarea fácil.

Se le atasca el cuello en la cabeza con la prenda a medio quitar y los brazos en alto. Me tengo que poner de pie en la cama para poder tirar de él en condiciones. Lo hago por fin y su camiseta se

engancha también y va detrás. Del tirón, él pierde el equilibrio y cae encima de mí, por lo que terminamos los dos en mi cama. Yo tumbado sobre el colchón y él sobre mí, y sin camiseta. No es que no haya fantaseado con esto muchas veces, pero no así, la verdad.

En lugar de levantarse, se limita a sacar como puede las manos del jersey. No parece que tenga intención de moverse, y no seré yo quien le pida que lo haga. Me mira a los ojos y se hace un silencio entre nosotros que se traga los últimos ramalazos de las risas.

Nuestras respiraciones se acompasan y noto su pecho arder a través de mi camiseta.

Llevo la mano a un colgante que cuelga de su cuello, en una excusa torpe para rozar su piel.

—¿Quién lleva el otro medio corazón?

—Mi hija. —Sonríe.

Obvio, pero yo he cumplido lo que quería y, por algún motivo, todavía no lo he soltado. El dorso de mi mano le roza el pecho cada vez que respira.

—Pero ella lo lleva en una pulsera, me da mal rollo la idea de que mi hija lleve algo en el cuello.

—Normal —murmuro y no sé qué más decir ni qué excusa inventar para no soltar el colgante todavía y alargar este momento un poco más.

Su respiración se vuelve más profunda y la mía se acompasa una vez más.

—¿Me lo vas a robar? —pregunta con esa media sonrisa que nunca había visto tan de cerca.

—No, porque tendría que robaros los dos, con medio no hago nada —bromeo y me río—. Y a tu hija paso de robarle nada, que es un amor…

Suelto por fin el colgante y lo miro un momento a los ojos.

—Joel —murmura ya mucho más serio.

—Dime —respondo con un quejido ahogado por la presión del momento.

—¿Alguna vez vuelves a aquella noche?

—¿A cuál? —tanteo. Solo puedo pensar en una, pero no quiero aventurarme por si habla de otra cosa.

—No te hagas el tonto conmigo, Joel, sabes perfectamente a qué me refiero.

—De verdad que no lo sé. Ilumíname.

—¿Crees que fuimos unos inmaduros?

—Teníamos dieciséis años, ser inmaduros era lo que tocaba.

—¿Ves como sí sabes de qué noche te hablo?

—Tuvimos dieciséis durante 365 noches. Puedes estar hablando de cualquiera.

—Pero en 364 de ellas estábamos vestidos.

—Creo que a ese dato le falta rigor. —Me río, pero él, tras una brevísima sonrisa, se pone serio.

—Vale, pues digamos que solo en una de esas noches las manos hablaron por nosotros y las bocas se quedaron con las ganas.

Se me corta la sonrisa de golpe y trago saliva de un modo más sonoro de lo que me habría gustado. La conversación está girando hacia un terreno sobre el que no sé cómo pisar.

—¿Las ganas de qué? —Mis ojos me traicionan y se desvían por un momento a sus labios. Y él se da cuenta lo justo para permitir que una de sus comisuras se eleve más que la otra. Si fuera cualquier otra persona, con el rato que lleva encima de mí y ese gesto, ya le habría mordido la boca.

—Quiero hablar esto como adultos, Joel, y no estás ayudando nada. —La voz le sale ahogada, casi un jadeo.

Se revuelve un poco sobre mí para cogerme las manos y entrelazar mis dedos con los suyos. Su cuerpo se acopla un poco más al mío y juraría que está empalmado.

—¿De qué quieres hablar? —consigo preguntar.

—De la noche de la piscina. De lo que hicimos, Joel. Y de lo que no hicimos.

CAPÍTULO 20

LA NOCHE DE LA PISCINA



JOEL (17 AÑOS)

Yo acababa de cumplir los diecisiete (y Manu estaba a punto) cuando mi madre alquiló un chalé para pasar el mes de julio, y él se vino con nosotros. Los gemelos acababan de cumplir los dieciocho y estaban haciendo el primero de esos viajes que pronto se convertirían en su modo de vida y Nico ya había empezado a currar como modelo y tenía mucho trabajo para esas vacaciones, así que Manu se iba a quedar solo con sus padres. Mi madre habló con ellos y entre los tres concluyeron que sería mucho mejor para todos si Manu se unía a nuestro plan. Y a mí no pudo parecerme mejor idea, la verdad.

El chalé era diminuto, apenas tenía dos habitaciones, un salón enano y una cocina más simbólica que funcional. Mi dormitorio contaba con dos camitas separadas por una mesilla que ocupaba lo justo para poder colocar encima una lámpara. Era como una casa para pitufos y, con el casi metro noventa que ya medía Manu, aún parecían reducirse más todos los espacios. Ni siquiera importaba, porque nos pasábamos el día en el jardín, cuya extensión era aproximadamente el doble que la de la vivienda.

Sin duda, lo mejor de la parcela era la piscina. No era muy grande, pero era solo nuestra. Contaba con unos sensores que activaban las luces que había dentro del agua. En cuanto oscurecía, se encendían y le daban un aspecto mágico a todo el jardín. No hacía falta ni encender nada más. Para nosotros era un pequeño paraíso y mi madre iba de aquí para allá todo el día y nos dejaba a nuestro rollo. Yo no podía pedirle absolutamente nada más a un verano.

Los primeros días los dedicamos a crear nuestra propia rutina: nos levantábamos a media mañana y alargábamos los desayunos hasta casi la hora de comer. Comíamos con mamá y dejábamos transcurrir las tardes entre las tumbonas y la piscina, entrando y saliendo del agua solo regidos por el calor y la pereza. Nos pasábamos el día en bañador y, en cuanto nuestros pies se acostumbraron al grueso césped que cubría la mayor parte de la parcela, también descalzos.

Una mañana, mamá recibió la llamada de una amiga y dijo que tenía que irse unos días por una emergencia. No nos dio más datos ni nos explicó nada, pero tampoco lo necesitábamos. A esa edad, que te dejen solo sin adultos es lo mejor que te puede pasar y tiendes a aceptar esos pequeños regalos del destino con los brazos abiertos y sin hacer preguntas. No es que mi madre nos molestara, ni mucho menos, pero, de repente, estar en esa casa solos se convertía en algo emocionante.

Hizo una pequeña maleta y nos dejó la nevera llena y algo de dinero «por si os hace falta». También una nota pegada al frigorífico que decía «cosas que no debéis hacer», que no nos molestamos ni en abrir.

El aire tanto de la casa como del jardín pareció cambiar en cuanto ella se marchó. Olía a libertad y a aventura, a posibilidades. En principio, creo que ninguno de los dos tenía intención de hacer nada diferente a lo que llevábamos días haciendo, pero la simple sensación de saber que no teníamos supervisión ni límites hacía que nos sintiéramos más libres, más adultos.

Pese a eso, en principio no hicimos nada especial. Pasamos esa primera tarde en las tumbonas, igual que cualquier otra. La luz del

atardecer comenzaba a cambiar de color el ambiente cuando Manu rompió el silencio.

—Estamos solos, tu madre se ha ido, y estamos aquí tirados como cualquier día, como si ella estuviera dentro de la casa. Deberíamos hacer…

—¿Qué?

—No sé… Algo divertido, o loco, o inconsciente… No puede ser que nos dejen solos en una casa varios días y no hagamos nada.

—Igual tú y yo no somos de hacer tonterías. —Me encogí de hombros.

—Si estuvieran aquí mis hermanos… O solo uno de ellos, cualquiera, ya se les habría ocurrido algo.

—Seguro que sí. —Me reí.

—No los necesitamos. Somos perfectamente capaces de hacer algo que no podríamos hacer con tu madre por aquí.

—¿Como qué? —Me volví a reír, porque la solemnidad con la que pretendía planear una gamberrada no me dejaba otra opción.

—No sé… ¿Ideas?

—No se me ocurre nada. Es que no podemos ni emborracharnos, porque aquí no hay ni una pizca de alcohol, y en la tienda tampoco nos lo van a vender…

—No quiero emborracharme. ¿Esa es tu mejor idea?

—Si no somos capaces de pensar en nada que nos apetezca, igual es que romper las normas no es lo nuestro. —Sonreí ante el gesto de frustración de mi amigo.

—¿Miramos la lista que nos ha dejado tu madre? Seguro que nos da ideas… —propuso con un atisbo de ilusión en la mirada.

Yo dejé escapar una carcajada.

—Me juego una mano a que son cosas aburridísimas, tipo «no cocinéis con gas» y otras por el estilo…

—Voy a comprobarlo. —Se puso de pie de un salto, pero se quedó clavado en el sitio, como dándole vueltas a algo en la cabeza —. Se me acaba de ocurrir… ¿Sabes algo que no he hecho nunca?

—Sorpréndeme. —Me reí. Los últimos rayos del atardecer dejaban reflejos anaranjados en su pelo, que por aquel entonces llevaba casi hasta los hombros.

—Nunca me he paseado en pelotas por mi casa, siempre está llena de gente o puede aparecer alguien en cualquier momento. —Se me escapó una carcajada ronca ante su idea—. ¿Y tú? —preguntó con curiosidad.

—Tampoco. —Me volví a reír.

—Pues ya está —aseguró al tiempo que comenzaba a desatar el cordón de su bañador—. Primer acto de rebeldía: voy a entrar a por la lista de las cosas prohibidas en bolas.

Me reí más fuerte.

—Cuidado, lo mismo viene la poli y te llevan a un reformatorio…

—No tiene que ser ilegal para ser algo que no se puede hacer si hay padres en casa —se defendió y, a continuación, se quitó el bañador.

El acto no me impresionó en el sentido de que lo había visto desnudo muchas veces. Aun así, siempre era agradable verlo, aunque fuera de refilón y, en ese caso, tenía pinta de que pretendía quedarse con esa no-indumentaria durante un buen rato. Era mi mejor amigo por encima de mi *crush*, por lo que la situación me resultó más cómica que excitante.

—Qué sensación más rara lo de estar desnudo al aire libre. —Levantó los brazos y dio una vuelta sobre sí mismo—. ¿Lo has probado alguna vez?

—No. —Me reí.

—¿Y no quieres probar? ¿Ni siquiera esto? ¿Eres así de aburrido?

Me reí con ganas y me puse de pie con pereza.

—Si te hace ilusión… —Me deshice del bañador y él sonrió con entusiasmo.

—Venga, voy a por la lista. Espérame aquí.

—Genial. —Me dejé caer de nuevo en la tumbona, ya desnudo, cuando él emprendió con toda su calma, y sin nada de ropa, el camino hacia la casa. Bajo mi atenta mirada, por supuesto. Una vez superado el momento cómico, nada me impedía disfrutar de la situación.

Cuando desapareció en el interior, puse las manos detrás de la cabeza y cerré los ojos. No tardé en escuchar sus pasos de vuelta, amortiguados por el césped. Abrí un ojo y él, que ya había llegado

hasta mí, me tendió un refresco. En cuanto lo cogí, se dejó caer en la tumbona junto a la mía y abrió el que se había traído para él. Yo hice lo mismo. Tras un primer trago, lo dejó en el reposavasos y desplegó el papel que traía.

—A ver, Begoña, qué sugieres… —murmuró y comenzó a leer—: «No usar la plancha de ropa sin supervisión», vale, deseo concedido, no pienso ponerme a planchar… «No mover los muebles de sitio», ¿en serio? ¿Por qué íbamos a mover muebles? Qué coñazo…. «No dejar la puerta principal abierta por la noche», vale, esto tiene pinta de que va a ser un tremendo coñazo. Creo que tu madre tiene menos ideas que nosotros… «No poner la música demasiado alta después de las once», «No comer en el sofá», «No dejar las luces del jardín encendidas toda la noche»… En serio, menuda puta mierda, no me apetece hacer nada de esto…

Yo dejé escapar una carcajada al ver al rebelde desnudo tan frustrado.

—Bueno —sonreí y volví a entrelazar las manos tras la cabeza—, igual nuestro mayor acto de insumisión es que nos dé el aire en las pelotas… —Me acomodé más en mi tumbona y abrí las piernas todo lo que pude sin tener que bajar los pies de la hamaca—. Es agradable.

Él me imitó, pero se limitó a torcer el gesto.

—Meh, no está mal.

Me reí de nuevo por su frustración.

—Venga, voy a intentar pensar en algo, que te veo muy amargado.

En ese momento, le llegó un mensaje al móvil y lo miró con poco interés. Sonrió apenas un segundo y tecleó algo en respuesta.

—¿Alguno de tus hermanos? —pregunté.

—Paola. —Negó con la cabeza.

Sentí un leve pinchazo en el corazón, como siempre que la nombraba, pero me obligué a sonreír.

—¿Qué tal con ella? ¿Ya os habéis liado?

La había conocido hacía unos meses, en la fiesta de cumpleaños de los gemelos, y se habían hecho muy amigos, aunque, hasta donde yo sabía, la cosa no había ido a más.

—Qué va, tío, algún beso que otro, pero ya. Yo lo intento, tío, te lo juro que sí, pero no me la pone dura… —Se rio con frustación—. Bueno, ni ella ni nadie, ya lo sabes, he salido defectuoso…

Paola era una chica extremadamente atractiva, o eso decían todos. Que era muy guapa era algo indiscutible, pero como a mí de entrada nunca me cayó demasiado bien, no terminaba de entender qué interés podía tener Manu en ella. Yo por aquel entonces ya tenía claro que las chicas no eran lo mío, pero no había querido confesárselo a Manu para que no cambiara la relación que teníamos, para que no se pusiera raro conmigo, para que no adivinara que, aparte de los chicos en general, era él el que me gustaba en particular.

—No creo que estés defectuoso. —Me reí—. Ya te lo he dicho otras veces, creo que simplemente vas a tu ritmo… Pero, si te preocupa, sigo pensando que deberías comentárselo a tu madre.

—Paso, tío, qué palo… Sería la vergüenza de los Andújar, no hay nadie más sexual que mis hermanos y mis padres… Además, ¿qué le iba a decir? «Mira, mamá, es que no voy todo el día cachondo y empalmado como mis colegas… ¿Qué puedo hacer?».

—Visto así… —Me reí—. La verdad es que yo lo preferiría, porque lo de empalmarte a la mínima tampoco mola nada.

—Pues a mí me da mucha envidia que os podáis pajear cuando os salga del rabo, nunca mejor dicho… Yo solo puedo hacerlo las mañanas que amanezco empalmado, que no son todas, y coincide que encuentro el baño libre. A eso se reducen mis orgasmos… Soy la vergüenza del adolescente pajillero clásico. —Se rio con cierta amargura. Él era muy de tomárselo todo a broma, pero yo sabía que ese tema le preocupaba bastante.

—No sé, tío, igual eres de maduración lenta… o extremadamente rápida y tienes ya polla de viejo —bromeé.

—¡Qué cabrón! —Soltó una carcajada, arrancó un puñado de césped y me lo tiró. Ni una brizna llegó hasta mí, por supuesto—. Y luego está el cerdo de Pardo, que viene con vaciladas de… —cogió su móvil y buscó en el chat de los tíos de clase, ese en el que no había chicas— ¡doce! Dice que ayer se hizo doce pajas… ¿Tú eso te lo crees?

—Pues, a ver, si es durante todo el día… Un perturbado como Pardo, de vacaciones y sin mayores aspiraciones que el onanismo… Podría ser…

—¡Venga ya! Me estás vacilando… ¡¿Doce?! Eso no hay quien se lo crea.

Me encogí de hombros.

—O sí, cada uno es un mundo…

—¿Cuál es tu récord?

—Venga, no te hagas mala sangre. —Me reí.

—Va, no seas así, cuéntamelo. No te voy a juzgar, ya lo sabes.

—Bueno, a ver, seguidas seguidas, una detrás de otra, solo tres. Ese fue mi récord.

—¡¿Tres?! ¿¡«Solo»! tres? A mí tres me parecen una barbaridad hasta para una semana.

Me volví a reír.

—Normalmente me hago dos, la verdad —confesé—, una solo me suele saber a poco.

—Joder, tío, qué envidia.

—Y así de récord total como el que dijo Pardo ayer, el mío sería siete, y solo pasó una vez, pero es que estaba muy muy cachondo ese día. Y fue a lo largo de muchas horas, no fueron siete seguidas…

Resopló con frustración y luego se miró la polla y le habló directamente.

—¿Has oído eso? ¡Siete! ¿A ti qué te pasa?

Yo me descojoné de nuevo.

—No te atormentes, tío. Lo mismo eres asexual. Y ahora ya no te lo digo de coña —intenté ponerme todo lo serio que pude—, podría ser. En cualquier caso, ni siquiera has cumplido los diecisiete, aún estás por definir, ¿no? Digo yo…

—Pues igual soy asexual, yo qué sé, pero cuando lo hago me mola, no es que no sienta nada… O sea, que hacerme pajas me mola aunque no siempre pueda. Por lo que entiendo que el sexo, si se diera el caso, también me gustaría. No sé, es raro. ¿Cómo voy a llegar a hacerlo si nadie me pone? Me imagino mi futuro: seré un anciano solitario, virgen y amargado…

—Ya será menos. —Me reí por su ocurrencia.

—¿Me invitarás a cenar de vez en cuando con tu mujer y tus hijos, para sentir que no estoy tan solo?

Dejé escapar la risa entre los dientes y omití decir que yo no veía ninguna mujer en mi futuro, que en mis fantasías de futuro estaba él. Y en mi futuro más oscuro y probable era yo el que estaba solo.

—Ya veremos, que lo mismo a mi mujer le caes mal —bromeé y él abrió la boca para protestar, pero justo en ese momento se encendieron las luces de la piscina y nos sobresaltaron un poco.

Miró un momento hacia el agua y, a continuación, de nuevo a mí.

—¿Nos bañamos? —sugirió con una sonrisa.

—¿De noche?

—Claro.

—¿En bolas?

—Obvio. No nos vamos a vestir para bañarnos… ¿Cuándo te has bañado en pelotas en una piscina?

—Nunca.

—Pues en un rato ya no podrás decir lo mismo…

—Venga, vale.

Esperé a que él se levantara antes de hacerlo yo. No estábamos muy lejos y en apenas tres zancadas alcanzó la piscina y se lanzó al agua. Yo lo hice un par de segundos después. Estaba más fría de lo que esperaba, pero era soportable, y comprensible si tenías en cuenta que, por su posición, solo le daba el sol por la mañana. Ya nada más caer lo había sentido diferente a otras veces. Y no solo por el frío. El agua acariciaba cada rincón de mi cuerpo de un modo distinto a cuando me sumergía con bañador. Solo la idea de estar desnudo en una piscina al aire libre me resultó excitante, pese a que la temperatura había erizado toda mi piel al momento.

Saqué la cabeza del agua y encontré la sonrisa de Manu a apenas tres palmos de mí.

—¿Qué tal? —quiso saber.

—Está bien. Es agradable… Aunque hace frío.

—Vale —siguió—, pero no pienses ni por un momento que por el hecho de estar desnudos te vas a librar.

Cogió aire en un segundo y dio un leve saltito antes de sumergir la cabeza y mostrarme brevemente su culo y, a continuación, sus

pies. Por supuesto, adiviné sus intenciones y traté de escapar, pero no tardé en sentir un tirón en mi tobillo y me sumergió con él. A partir de ahí, se sucedieron aguadillas, tirones y forcejeos como los de todos los días, con la particularidad de que no llevábamos bañador y cada roce parecía convertirse en una caricia, en una posibilidad inimaginable hasta ese momento. Las manos resbalaban sobre la piel bajo el agua de un modo diferente, cada terminación nerviosa parecía alerta para captar todas y cada una de las sensaciones. Manu me abrazaba con todo el cuerpo para tratar de hundirme y yo me intentaba zafar con unos movimientos que no sé si pretendían liberarme o aumentar la fricción. No tardé en entrar en calor, más que ninguna otra vez. Notar sus manos y todo su cuerpo sobre mi piel me despertó por dentro y me hizo hervir la sangre. Por un momento, creí tener hasta calor.

Ambos teníamos la respiración acelerada, por culpa del forcejeo y puede que de algo más, cuando se separó de mí y se quedó flotando a menos de un metro.

—Tío, me he empalmado —dijo con una de las sonrisas más bonitas que le he visto nunca.

—Bueno, yo también —confesé sin querer darle más importancia —. Será una respuesta física del cuerpo por tanto roce.

—Por lo que sea, pero me he empalmado. —Su sonrisa solo se amplió—. Esto lo tengo que aprovechar.

Se alejó de mí y nadó hasta el borde contrario. Salió del agua con esa calma suya que, de tan natural que resultaba en él, casi parecía estudiada. Apoyó las manos en el bordillo e impulsó todo su cuerpo fuera del agua. Las luces de la piscina y el resplandor de la luna dejaban reflejos azulados en las gotas que descendían de su espalda y resbalaban por todo su cuerpo.

El agua a mi alrededor estaba fría, pero no lo suficiente como para cortar el calor que me trepaba por el pecho. Él se sentó en el bordillo, con los pies dentro del agua y moviéndolos lo justo para romper el reflejo de las luces sobre la superficie. Apoyó los brazos tras él y elevó el rostro hacia el cielo. La luz era tan especial que quise memorizar cada reflejo para poder recrearlo en algún momento con un pincel. El agua se desprendía de su pelo y dejaba

regueros brillantes por su pecho, rodeaba esa erección de la que estaba tan orgulloso y desaparecía entre sus muslos.

Dejó escapar una exhalación que se perdió en el aire que nos rodeaba.

Mantuvo una mano apoyada, pero la otra acarició su pecho un instante antes de bajar por su vientre y cerrarse finalmente sobre su polla. Empezó a moverse despacio, con un ritmo que parecía apretar en la subida y aflojar cuando bajaba. Tenía los ojos cerrados y el pecho se le agitaba al ritmo de sus breves jadeos. Era la primera vez que lo veía así. Casi todos los compañeros de clase habían participado en pajas colectivas en los vestuarios, pero nosotros nunca. Manu no podía, y yo simplemente pasaba de formar parte de algo así sin él.

Me quedé hipnotizado mirándolo, en mis diecisiete años de vida no había visto nada mejor. Sin darme cuenta, mi propia mano tomó iniciativa y lo imitó bajo la superficie. La fricción amortiguada por el agua era más suave, pero igual de precisa y efectiva. El calor crecía dentro de mí de un modo descontrolado a pesar del frío que me envolvía.

Él abrió los ojos y me miró con esa media sonrisa suya y una chispa especial en la mirada.

—Ven aquí, tío —me pidió—. Esto es lo puto mejor que hay.

Yo me reí un momento, pero nadé hasta donde estaba él. Salí del agua y me senté a su lado, quizá más cerca de lo normal, pero no se quejó al notar mi muslo pegado al suyo. Tampoco paró lo que estaba haciendo. Al menos, no de entrada. Lo hizo en cuanto vio mi intención de imitarlo.

—Espera —farfulló—. Tiene que molar más con la mano de otro, ¿no?

Estaba tan excitado que me costó un poco entender a qué se refería, pero cuando soltó su erección para coger la mía lo tuve claro.

—Oh, joder —gruñí ante la mejor sensación del mundo. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás un momento.

—Eh, y tú a mí, no seas egoísta… —bromeó, pero yo abrí los ojos y obedecí enseguida.

Moví la mano como acostumbraba a hacérmelo a mí mismo. Él comenzó a respirar tan fuerte que casi parecía que gritaba.

—Hostia puta…, Joel…, eres un profesional —logró decir a duras penas.

Debo decir, en honor a la verdad, que el movimiento de su mano era algo torpe y errático, pero no me importó lo más mínimo, mi nivel de excitación era tal solo de pensar que era él quien me estaba masturbando que mi cabeza añadía la destreza que le faltaba a mi amigo.

Nuestras respiraciones se acompasaron. Se mezclaban con el sonido húmedo de las manos y con el chapoteo de los pies cada vez que uno de los dos los movía. Su piel, tersa y caliente, palpitaba bajo mis dedos. Su perfil recortado contra la noche era la viva representación del erotismo. El calor se me acumuló en el vientre ante esa imagen que tenía la certeza de que nunca iba a olvidar. Él cambiaba el ritmo de repente y sin avisar. Yo intentaba seguirlo, pero era incapaz de adivinar su siguiente movimiento. Bajó la velocidad, pero apretó más fuerte y todo mi cuerpo se tensó. Luego aceleró de pronto y se giró hacia mí. Entreabrió los labios y tensó el cuello. Me miró a los ojos y sonrió un momento antes de levantar la cabeza y dejar escapar un sonido a medio camino entre un grito y un gruñido.

—Vale, para —pidió y yo obedecí enseguida, aunque algo confuso.

—¿Qué pasa?

—Que estoy a punto de correrme, y no quiero que acabe ya. Déjame alargar un poco el momento.

—Claro. —Sonreí.

Se dejó caer hacia atrás y se tumbó bocarriba en la hierba. Yo hice lo mismo. Estaba deseando seguir, pero no quería meterle prisa, podía adaptarme a sus tiempos. Estábamos tan cerca que ambos teníamos un brazo y una pierna totalmente pegados al del otro. Entonces se giró hacia mí y fue todo su cuerpo el que entró en contacto con mi costado.

—Vale, ¿seguimos? ¿Quieres?

—Claro.

—Pues gírate un poco, que no soy zurdo.

Lo hice y su mano ya me estaba esperando. Y a él la mía. Estábamos muy cerca, respirábamos el aliento del otro y nuestros cuerpos se tocaban en un montón de puntos en cada movimiento. Se había vuelto algo mucho más íntimo que lo de hacía un momento, pero ninguno de los dos se quejó o dijo algo al respecto. Su mano se movía cada vez con más destreza, creo que tratando de imitar los movimientos de la mía. No le hacía falta mucha habilidad, me tenía donde quería. Llegó un punto en el que nos sincronizamos. El ritmo se volvió rápido y fuerte, casi furioso. Cada uno impulsaba las caderas a la mano del otro buscando una inmediatez que ya era inevitable. Nuestras manos chocaban y nuestras erecciones se rozaban como por accidente, aunque creo que ambos lo propiciábamos con mayor o menor intención. Su pecho también rozaba el mío en cada respiración. El único punto que parecía ajeno al roce eran nuestros labios. Y yo no podía tener más ganas de besarlos o morderlos, pero no me atreví, porque eso sí hubiera supuesto una declaración evidente.

Acabamos casi a la vez. Al tiempo, al ritmo. Se corrió en mi mano, en su vientre y en su pecho. Y yo hice lo mismo apenas unos segundos después, con la cara de su orgasmo grabada en mi retina para siempre.

Manu se rio cuando consiguió recuperar el aliento.

—Una coordinación perfecta. Nos podríamos hacer profesionales.

Me reí con él, pero sabía que estaba de coña y omití decir que nada me gustaría más que repetir eso a diario y convertir sus orgasmos en mi profesión.

—Yo casi lo soy —bromeé a mi vez.

—Ya te digo, tío, qué técnica —dijo con admiración real y a mí se me escapó una carcajada.

Se pasó las manos por el pringue del pecho y arrugó la nariz. Luego se incorporó y se volvió a quedar sentado. Metió de nuevo los pies en el agua. Yo hice lo mismo y volví a sentarme a su lado.

—Vamos a limpiarnos.

—¿Dentro? ¿Al baño? —pregunté.

—Pfff, qué pereza… Si aquí tenemos mogollón de agua.

Me pilló a traición con sus manos pringosas y me abrazó con fuerza antes de impulsarnos a los dos dentro del agua. Me raspé parte del muslo con el bordillo, pero me dio igual. Ese nuevo abrazo piel con piel lo había compensado con creces.

El frío me envolvió de nuevo en cuanto nos sumergimos, pero no tanto como antes, ya que esa vez habíamos caído juntos y su calor se imponía por encima de la baja temperatura del agua. Salimos a la superficie, pero, aunque nos separamos, no se quedó muy lejos. Estábamos en una zona donde no tocábamos el fondo y nuestros pies se rozaban mientras tratábamos de mantenernos a flote. También otras partes del cuerpo chocaban de modo accidental cada pocos segundos y era como una descarga eléctrica repentina cuando ocurría. Él se pasó las manos por el pecho para limpiarse los restos de su orgasmo. Yo debería haber hecho lo mismo, pero estaba atontado mirándolo a él.

—¿No te vas a limpiar, guarro? —me preguntó de pronto.

—Ya lo limpiará el agua… O hazlo tú, si quieres. —No sé de dónde salió esa propuesta, pero lejos de pensar nada extraño por mis palabras, Manu extendió un brazo y comenzó a frotarme el pecho y el abdomen para limpiar las pruebas de uno de los mejores momentos de mi vida.

—Impecable —dijo al terminar, pero no retiró la mano—. Supongo, porque bajo el agua no lo veo. —Se rio.

Me miró durante un momento extrañamente largo y luego me pareció que se ponía rojo, pero enseguida se rio y se alejó de mí nadando.

Cuando salimos de la piscina, no me molesté en coger la toalla. No quería secarme. Tenía la certeza de que, a partir de esa noche, iba a asociar el olor a cloro con él y con lo que acababa de pasar. Y quería sentirlo durante el máximo tiempo posible sobre mi piel.

—No voy ni a cenar —dijo—. Me voy a dormir.

—Yo también.

Llegamos a la habitación y nos dejamos caer cada uno en su cama. Manu se rio un poco antes de ponerse de pie de nuevo.

—Voy a darme una ducha y a quitarme el olor a cloro —dijo y a mí se me cayó el alma a los pies al pensar que quería eliminar justo lo que yo deseaba atesorar.

Mientras escuchaba el agua caer, lo imaginé bajo la ducha y fantaseé con la idea de entrar con él y repetir lo que acababa de pasar, o incluso ir más allá. Me excitó tanto la idea que no tuve más remedio que irme al baño de la habitación de mi madre y encontrar yo mismo ese segundo alivio que mi cuerpo reclamaba.

Pensé mucho en cómo afrontar mi relación con él después de aquello. Concluí que mi mejor opción era fingir que no había pasado nada, a menos que él hiciera o dijera algo al respecto.

No lo hizo.

Nunca volvimos a hablar del tema.

Los dos fingimos que nada había pasado, que nada había cambiado. Pero para mí sí que cambió. Mis sentimientos hacia él solo se hicieron más fuertes y mi principal objetivo pasó a ser que él no lo notara. Por mi parte, me quedaba ese recuerdo al que sabía que volvería una y otra vez a lo largo de los años.

CAPÍTULO 21

LO QUE NO HICIMOS



JOEL

—¿Qué fue lo que no hicimos? —pregunto con la voz entrecortada . El recuerdo de aquello me ha acelerado el pulso y provocado un calor que empieza a ser insoportable—. ¿Qué nos faltó por hacer?

—Lo que diferencia una gamberrada adolescente entre colegas de una primera experiencia sexual.

—¿Qué es? —El sonido se quiebra casi antes de salir de mi garganta.

—El beso de después —asegura al inclinarse hacia mí.

Detiene su boca a apenas unos milímetros de la mía, pero sin llegar a tocarme. Se queda ahí, suspendido, como una promesa o una amenaza, no lo tengo muy claro.

—Manu —murmuro y, al hacerlo, mis labios rozan los suyos apenas un instante. Demasiado poco para lo que podría ser.

El calor se vuelve más intenso. La sangre bombea por todo mi cuerpo con fuerza, casi podría oírla si no fuera por los latidos de mi corazón, que se mezclan con el sonido lejano de la televisión en la habitación de al lado. Estoy sudando por cada poro y a la vez tengo la piel erizada. Creo que nunca antes había tenido todos los sentidos tan alerta al tiempo. Porque no he dicho nada de su olor, que lo

invade todo con ese perfume invisible que me tienta a hacer una estupidez. Hoy más que nunca huele a calor y a peligro, ese aroma suyo que me encantaría poder embotellar y que siempre me desarma. Si esto no termina bien, va a terminar muy mal, no veo opción a un término medio.

Mi respiración se acelera. Demasiado para una persona sana. Tengo que separar levemente los labios para dejar salir el aire por algún lado. Mi pecho sube y baja muy agitado y el resto de mi cuerpo parece querer seguirle el ritmo. Manu me aprieta las manos con fuerza.

—Pásame lo que no puedas soportar, ya lo sabes —susurra y, al hacerlo, sus labios rozan los míos como una caricia invisible y demasiado fugaz.

—No. —Cierro los ojos y levanto un poco la cabeza para no volver a rozar su boca. No pienso con claridad, tengo todos los sentidos peleando unos con otros para reclamar mi atención—. Es… mucho…, pero esto… lo quiero.

Y entonces sí. Posa su boca sobre la mía con una delicadeza casi dolorosa. Yo me quedo petrificado un momento, sin saber bien cómo reaccionar. No sé si él necesita ir así de despacio para asimilarlo o si me está tanteando, pero todo mi cuerpo se agita pidiendo más. Él atrapa mi labio con los suyos y pasa la lengua por él. Y yo no puedo más con el beso a cámara lenta, porque en cualquier momento se me va a salir el corazón por la boca. O voy a acabar vomitando por pura ansiedad.

Separo más los labios y saco dientes y lengua para devolverle el beso como todo mi ser me lo está pidiendo. Él gime por la sorpresa, pero, lejos de pararme, se adapta a mi velocidad en un momento. Me suelta las manos y apoya un codo en el colchón, y con la que le queda libre me coge el cuello. Yo gimo tan fuerte que creo que lo que sale de mi boca y se traga la suya se parece más a un grito. A él se le acelera la respiración por momentos y yo solo quiero más. Quiero no despertar nunca si lo estoy soñando.

Mis manos buscan su piel y le recorren la espalda, los costados, el pecho. Él para de besarme un momento para echar la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, y jadear bajo mis caricias. Luego

engancha mi camiseta con la mano y tira de mí. Rueda sobre su espalda, intuyo que para ponerme sobre él, pero no parece tener en cuenta que estamos sobre la diminuta cama de mi *yo* adolescente y no hay suficiente colchón para su giro, por lo que nos precipitamos por el borde. Manu cae de espaldas contra el suelo y yo lo hago sobre él.

—¡Qué hostia! —Se ríe, con esa risa suya tan grande como él mismo. Y yo quiero comérmelo a besos más que nunca.

—¿Te has hecho daño? —pregunto entre jadeos que no puedo controlar.

—No como para parar esto —asegura y se incorpora, conmigo sentado sobre él. Luego lleva las manos al bajo de mi camiseta para quitármela y yo se lo pongo muy fácil. Se deshace de ella en un único movimiento y me abraza con fuerza. Mi pecho contra el suyo solo aumenta el calor que siento, pero ha llegado un punto en que solo quiero más. Como si tengo que arder en llamas aquí mismo, moriré abrasado pero feliz.

Sus labios se desplazan por mi cara y mi cuello y me dan mordiscos sexis en la mandíbula. Yo echo la cabeza hacia atrás por pura inercia y se me escapan sonidos que ni me molesto en intentar contener. Se incorpora un poco y empuja mi cuerpo hasta que quedo tumbado sobre la alfombra, con él de nuevo sobre mí. Me acaricia la entrepierna con la mano, por encima del pantalón, y mi respiración se vuelve más rápida y errática. Tantea los botones y comienza a soltarlos uno por uno, como en una tortura insoportablemente pausada. Yo dejo escapar un jadeo mezclado con un gemido que él parece intentar imitar cuando llevo mis dedos a la piel que se esconde tras la cinturilla de sus vaqueros. Tiro del primer botón con fuerza y se desabrochan todos, uno detrás de otro. Él emite un sonoro suspiro de alivio y me mira con los ojos brillantes y la respiración agitada lo justo antes de volver a besarme como si eso fuera lo único que lo pudiera mantener cuerdo.

Entre sus jadeos, se cuelan sonidos de la calle, de la gente que pasa, de los pájaros que pían, de la televisión encendida en la habitación de al lado, en el canal de noticias veinticuatro horas. Y lo escucho. En el peor momento. Al principio me llegan palabras

sueltas. Palabras conocidas que llaman mi atención y mi mente las procesa por lo familiares que resultan. Mi subconsciente tiene más sentido común que yo y decide prestar atención a lo que están diciendo hasta que logra rescatar frases completas y darles un sentido.

—Manu, para —le pido contra mi voluntad, pero con la urgencia del momento.

Él se separa de mí lo justo para mirarme con la respiración descontrolada, los labios hinchados y el pelo revuelto. Nunca en la vida había estado más atractivo.

—¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño?

—No. —Trato de calmar mi respiración para poder decirle lo que acabo de oír.

—¿He hecho algo mal? —parece confuso y preocupado, y eso que no sabe todavía hasta qué punto lo va a estar—. ¿Qué pasa, Joel?

—Están hablando de Paola en la tele, creo que la han detenido…

A él se le vacía de golpe el aire de los pulmones y pierde toda la sangre de la cara. Me mira con los ojos idos mientras parece que procesa la información. Se levanta a trompicones y sale como puede de mi dormitorio. Al momento escucho que sube el volumen del televisor. Yo me pongo de pie también con movimientos torpes y recojo mi camiseta del suelo. Separo la suya del jersey infernal todo lo deprisa que puedo y voy al salón con él. Me pongo la mía cuando ya estoy frente a la pantalla.

—Así es, Ramón —dice una corresponsal en la tele, parece que dirigiéndose al presentador de las noticias—. Tal como habéis adelantado, nos encontramos en la costa brasileña, donde hace apenas unas horas la Policía Federal ha detenido al empresario español Vicente Vilanova y a su hija, Paola, ambos prófugos de la justicia española desde hace más de tres años. Según han confirmado fuentes oficiales, las autoridades españolas ya han iniciado los trámites para solicitar su extradición, un proceso que deberá ser aprobado por la justicia brasileña en los próximos días. Vicente y Paola Vilanova estaban siendo buscados por delitos de fraude fiscal, blanqueo de capitales y obstrucción a la justicia. La

investigación, abierta en la Audiencia Nacional, se reactivó recientemente tras una operación conjunta entre la Interpol y la Policía Federal de Brasil. De momento, padre e hija permanecerán bajo custodia en Río de Janeiro hasta que el Tribunal Supremo de este país resuelva su situación legal. Una vez se conceda la extradición, serán trasladados a Madrid, donde quedarán a disposición de la Audiencia Nacional. La detención —concluye la reportera— pone fin a una de las búsquedas internacionales más largas de los últimos años en España.

La imagen en la televisión cambia y el tal Ramón agradece a la corresponsal la información y pasa a la siguiente noticia, pero Manu parece haberse quedado congelado mirando la pantalla. Tiene la respiración igual de agitada que hace un momento, pero no creo que por el mismo motivo.

—¿Y mi teléfono? —dice por fin y se palpa el pantalón que lleva todavía abierto y el pecho, como si tuviera ahí algún bolsillo en el que guardarlo—. Lo he dejado cargando, me había quedado sin batería.

Se acerca a uno de los muebles del salón y lo localiza. Presiona el botón de encendido y levanta la cabeza para mirarme mientras el aparato arranca. Sigue respirando demasiado hondo. Abre la boca para decir algo, pero yo me adelanto y le tiendo su camiseta.

—Intenta tranquilizarte —le digo.

—No sé qué tengo que hacer —murmura—. No sé lo que se hace cuando detinen a la madre fugada de tu hija… Tengo que llamar a mi abogado, y a mi madre. —Mira su reloj—. Voy a pasarme por el bufete, que todavía estarán. Tengo que hacer esto, Joel, lo entiendes, ¿verdad?

Se pone la camiseta y vuelve a mirarme.

—Claro —aseguro—. ¿Quieres que te acompañe?

—No, ya te iré contando. —Su teléfono emite un pitido al terminar de arrancar y reclama su atención—. Vale, tengo siete llamadas de Tomás, el abogado. Lo llamaré de camino.

—Abróchate el pantalón —le recuerdo.

Él tarda un par de segundos en procesar mis palabras, pero al momento lo hace. Respira hondo y yo le hago un gesto para que

camine hacia la puerta. Lo sigo por el pasillo y, antes de salir del piso, se detiene un momento y se gira hacia mí.

—Hablamos, ¿vale? —Me coge la mano y la aprieta con fuerza—. Te voy contando.

—Claro. Si necesitas lo que sea, ya sabes dónde estoy.

Asiente, sonríe nervioso y se marcha.

Cierro la puerta y me quedo pensando en las palabras que ha dicho hace un rato, eso de que era casi más importante lo que no hicimos que lo que sí. Y en este momento las siento como la dolorosa certeza de que el beso que no me ha dado al despedirnos pesa más que todo lo que ha pasado antes.

CAPÍTULO 22

LA CENA DE HERMANOS



MANU

Llego tarde. Y yo nunca llego tarde. Pero mis hermanos lo van a entender. Respiro hondo antes de llamar al timbre de casa de Guille, que es donde hemos quedado, y es quien abre la puerta.

—¿Qué ha pasado? —pregunta nada más verme. Imagino que mi cara grita por mí que no estoy en mi mejor momento.

No soy capaz de decir nada. Entro en el piso y me dirijo al salón, donde me esperan los demás. Ya están todos allí. Puede que sea la primera vez en nuestras vidas que llego el último. Se giran hacia mí en cuanto me ven aparecer. Sus caras de preocupación me darían risa si no fuera porque estoy yo más agobiado que ellos.

—Han encontrado a Paola —digo por fin. Y contarlo, lejos de liberarme de la presión que siento, lo hace más real, más difícil…, más complicado.

Todos se quedan callados. Supongo que, si no hacen una coña, no saben cómo reaccionar a algo así. Y entiendo que hasta ellos saben que no es momento para bromas. El silencio nos envuelve de un modo tan tangible que parece cortar hasta el aliento. Dani ejerce de hermano mayor, con una seriedad inaudita hasta la fecha, y lo rompe por fin.

—¿Dónde?

—En Brasil. La policía la ha localizado y están organizando su extradición. —Respiro hondo y finalmente me dejo caer en una silla —. Parece que todo está bastante avanzado. En unos días estará de vuelta en España. Se supone.

Cora y Guille se miran entre ellos, y lo mismo hacen Nico y Laza. Supongo que en algún momento habrán hablado del tema, no sé. Imagino que es lo normal.

—¿Qué va a pasar con ella? ¿Y con Ali? —pregunta Guille.

—No lo sé. Es pequeña, no entiende nada de esto, claro. Mamá dice que lo mejor es no cambiar nada por ahora, tendremos que consultar con más abogados, no tengo ni idea. —Me paso una mano por el pelo y respiro con fuerza—. Pero me temo que va a ser complicado. Paola va a ir a la cárcel, eso está claro, pero es su madre y tiene derechos… No sé qué va a pasar ni cómo gestionarlo… Literal que no sé cómo gestionarlo, ni a nivel práctico ni a nivel emocional…

—Lógico. —Cora, la mujer de Guille, se levanta del sofá y viene a sentarse en la silla que hay junto a la mía. Luego me coge una mano —. ¿Cómo te sientes con todo esto?

Me quedo en silencio durante más tiempo de lo que sería razonable antes de responder.

—No lo sé. No esperaba que la encontraran, la verdad —confieso —. Después de todo este tiempo… Ya casi no pensaba en ella, ya lo tenía asumido y superado. Una parte de mí está aliviado, pero… otra parte no.

—Vamos a estar aquí, pase lo que pase —asegura Dani en su actitud de hermano mayor.

Asiento, pero todo lo que me atormenta por dentro desde hace días se tiene que reflejar en mi cara, porque Nico, que es el que más me conoce, arruga las cejas.

—¿Qué más hay, Manu? —pregunta.

—Nada —aseguro.

—Eso se lo dices a quien no forme parte de nuestra mente-colmena —dice Guille y Nico asiente para dar a entender que piensa lo mismo.

—Nada, de verdad. —Me froto la cara—. Que esto me llega en el peor momento —confieso y dejo escapar un bufido.

—¿Por qué? ¿Tienes problemas que no sepamos? —se interesa Laza.

—¿Necesitas dinero? —pregunta Nico, que como tiene más pasta de la que puede gastar parece creer que todo se puede solucionar a golpe de talonario. No lo digo con maldad, es un gesto que le honra, pero no siempre es todo tan fácil de arreglar.

—No, no, nada de eso, es solo… una crisis personal por la que estoy pasando, llevo muchos meses confundido, no sé, no me encuentro, pero me parece de lo más irrelevante ahora… Todo se me está viniendo encima…

—¿Nos lo quieres contar? —pregunta Nico en un murmullo y viene a sentarse a mi otro lado.

—No. —Acompaño mi negativa con un movimiento de cabeza—. Quizá en otro momento.

—Estamos aquí —me recuerda Guille—. Y lo estaremos cuando nos necesites y cuando quieras hablar de ello.

—Todo va a estar bien —asegura Dani con la certeza de hermano mayor que lo sabe todo, aunque en este caso ni siquiera sepa de qué va la cosa.

Y me mata no contarles todo lo que me pasa, pero no es el momento. No cuando ni yo mismo sé qué estoy sintiendo por Joel. No quiero que me digan que me lance y olvide que me abandonó durante diez años. Y tampoco quiero que me digan que no empiece nada con alguien que se puede volver a marchar. Que se va a volver a marchar con toda seguridad, porque su vida está muy lejos de aquí.

Miro a mis hermanos, y sé que Nico me diría que me va a ir mejor con Joel que con Paola, que un tío siempre es mejor opción que una mujer. Y miro a Guille y sé que su respuesta sería que enamorarte de tu mejor amigo es lo mejor que te puede pasar. En cuanto a Dani…, a saber, lo mismo en este momento solo tiene en la cabeza un mono tocando los platillos, con él es difícil adivinar.

—Pero entonces, ¿no tienes ni idea de lo que puede pasar con Paola? —insiste Laza, el novio de Nico—. ¿Has hablado con tu

abogado?

—Sí, he hablado con él y ha usado *palabros* de letrado, pero me ha venido a decir algo así como: «esta mierda me supera, chaval». —A todos se les escapa una risita nerviosa y yo sonrío de medio lado —. Por lo visto, necesito más abogados, especialistas en no sé qué, que él se va a encargar de buscarlos por mí. —Resoplo con fuerza y me dejo caer contra el respaldo de la silla—. Me ha dicho que tengo que esperar, pero es lo último que necesito ahora mismo.

—¿Esperar a qué? —pregunta Nico.

—No sé, a que traigan a Paola. La extradición pueden ser unos días, pero se puede alargar semanas. Y a mí esta incertidumbre me va a matar. Necesito verle la cara y hablar con ella. Saber dónde está y no poder ir a enfrentarme a esto me va a volver loco.

—Pues ve —suelta Nico sin pensarlo ni un momento.

—No te metas —murmura Laza entre dientes, pero lo escucho perfectamente. Nico bufa y pasa de él.

—¿A dónde? —pregunto.

—A Brasil —responde como si fuera lo más obvio.

—Claro, tío, buena idea —se suma Guille.

—Pero ¿cómo me voy a ir a Brasil? Además, ¿yo solo? Porque a Ali no me la voy a llevar a algo así. Es absurdo, Nico…

—Yo voy contigo —dice Dani—. Y en lo que se lo piensan si la deportan o no, puedes verla y hablar con ella.

—Es un buen plan —dice Guille—. Que mamá se quede con Ali, o incluso nos la quedamos Cora y yo si mamá no puede. Tú vete a Brasil con Dani.

—¿Dónde está? ¿En Río? —pregunta Nico.

Asiento confuso, porque es como me siento ante la vorágine que acaban de desatar mis hermanos. Nico saca su móvil y hace una llamada.

—¿Maya? —Parece que ha llamado nuestra prima, que es su asistente personal y se ocupa de todo por él—. Necesito dos billetes de avión a Río de Janeiro, cuanto más directos mejor. Sí, en primera, claro, es un vuelo transoceánico. No, para mis hermanos, Manu y Dani. Sí, ponlos a nombre de ellos y envíalos a sus teléfonos. Ya te

contaré. Sí, para cuanto antes. Sí, con la vuelta abierta. Vale, cuento con ello. Gracias. Un beso.

Y cuelga la llamada.

—Eso ya está. Solo tenéis que preocuparos de hacer la maleta, que Maya se ocupa de lo demás. No os olvidéis los pasaportes.

—Venga, tete. —Dani me da una palmada en la espalda—. Río de Janeiro nos espera. He oído que la praia do Diabo es perfecta para pillar olas. Podemos comprobarlo.

Me giro a mirarlo con los ojos muy abiertos.

—No vamos a Brasil a hacer surf. No sé si tienes claro de qué va esto, Dani. —Me pongo serio, porque tanto que se las da de ser el mayor y a veces parece que le falte un hervor.

—Lo sabe —se adelanta su gemelo por él y luego lo fulmina con la mirada—. Vete tranquilo, Manu, que Dani va a estar para lo que necesites. ¿Verdad?

—Claro, perdona —se apresura a aclarar mi inminente compañero de viaje—. Nada de surf. Solo papeleo y cárcel.

—Eso es, papeleo y cárcel —confirmo—. Para que luego digáis que soy el más aburrido de los cuatro y no sé montar buenos planes —bromeo para relajar un poco la tensión del momento y porque como no empiece a tomarme esto un poco más a la ligera, me voy a volver loco.

CAPÍTULO 23

RUMBO A RÍO



MANU

Mis hermanos se empeñaron en alargar la noche más de lo que me habría gustado. Querían —los gemelos, Nico no— que me bebiera unos chupitos con ellos, pero a eso no accedí. No quería ni tener la mente nublada por si pasaba algo importante ni que se me soltara la lengua y acabar contándoles algo de Joel hasta haber hablado con él. Pero lo cierto era que tampoco quería irme a casa, porque sabía que no iba a poder dormir.

Pasaba de la una y media de la madrugada y todos nos reíamos de la anécdota que estaba contando Nico de una sesión de fotos en la que le aplicaron mal un bronceador y, según él, parecía un Risketo, cuando nos llegó a Dani y a mí un mensaje con los billetes de avión. El vuelo de Valencia a Madrid salía a las seis de la mañana y no podíamos perderlo, porque el de Madrid a Río de Janeiro lo hacía un par de horas más tarde. No sabíamos que iba a ser tan rápido, así que todo nos pilló un poco por sorpresa. Los dos hermanos que no venían prometieron informar a nuestros padres por la mañana y Dani y yo salimos de allí.

—¿Pasas por tu piso y nos vemos en el aeropuerto? —le pregunto a Dani ya en el ascensor de casa de Guille.

—No, voy contigo. Seguro que tienes más ropa limpia que yo… Compartimos maleta, tete. —Me da una palmada en la espalda—. Me disfrazaré de Manu unos días.

—Tendrás que pasar por tu casa en cualquier caso, ¿no?

—¿Para qué? —pregunta cuando el ascensor llega a la planta baja.

—Aunque sea para coger el pasaporte. —Abre la puerta.

—Ah, lo llevo aquí. —Lo saca del bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué haces con el pasaporte encima? ¿Y si lo pierdes?

—Siempre lo llevo y jamás lo he perdido —asegura—. Es útil si hay una emergencia.

—¿En qué tipo de emergencia necesitas llevar el pasaporte encima? —Abro la puerta que da a la calle.

—En esta, por ejemplo. —Sonríe con esa suficiencia suya de hermano mayor y me deja sin argumentos—. Voy contigo a tu casa, así no te dejo solo, hermanito.

Sonrío lo más natural que puedo, porque en realidad sí me gustaría estar un rato solo. Para asimilar que me voy a otro país para poder ver a mi mujer, que está detenida y estará ahora mismo en una cárcel extranjera, a saber en qué condiciones…

Y quiero encontrar un momento para mandarle un mensaje a Joel, pero con Dani pegado al culo todo el rato no voy a poder. Lo he intentado varias veces, pero no puedo enviarle algo rápido tipo «esta vez no vamos a fingir que no ha pasado» porque, conociendo a Joel, se puede pasar dos días sobrepensando todo. Quiero ser sincero con él y explicarle lo confundido que estoy. Y quiero que me cuente lo que siente él y qué piensa de todo esto. Necesito un tiempo para hablar con él que ahora mismo no tengo y no sé cuándo voy a tener.



Tras la vorágine de dos taxis, una maleta para dos en tiempo récord, una empleada de aerolínea con pocas ganas de trabajar a las cuatro de la mañana, un guardia de seguridad que nos toma por nórdicos y

un despegue sin incidentes, por fin estamos sentados en el avión rumbo a Río.

Aún no me lo creo. Y no tengo muy claro cómo me he dejado liar por mis hermanos. No sé qué le voy a decir a Paola cuando la vea. Si es que me dejan verla, que tampoco sé cómo funcionan estas cosas en Brasil.

Ni en España, la verdad. ¿Quién puede estar preparado para algo así?

—Bueno, ¿qué? —Dani me da una palmada en la pierna—. ¿Nervioso?

—¿Tú qué crees? —Bufo—. Vaya pregunta.

Me mira serio un momento.

—¿Quieres contarme cómo te sientes?

Y ahí a mí me da la risa, porque esa pregunta en boca de mi hermano mayor queda tan antinatural como si se ofreciera a hacerme la declaración de la renta.

—¿Qué? —protesta—. Estoy trabajando mi comunicación y mi empatía. ¿Qué he hecho mal?

—Nada. —Me río—. Es solo que no pareces tú. Te pega más una broma o un comentario hiriente que uno tan… —No sé cómo continuar.

—¿Profundo? —aventura él.

—Puede ser. —Me vuelvo a reír.

—También estoy trabajando mi profundidad —explica con orgullo.

A mí se me escapa una carcajada.

—¿Cómo que trabajando tu profundidad? ¿Cómo se hace eso?

—Pues así —responde como si fuera lo más evidente—. Analizando mis propios sentimientos e interesándome por los de los demás. ¿Te das cuenta de que no te he preguntado qué piensas hacer cuando lleguemos ni qué le vas a decir a Paola? Te he preguntado cómo te hace sentir todo esto… ¿Lo ves? Profundidad.

Hago un esfuerzo tremendo por no reírme de nuevo al ver lo concentrado que está.

—¿Vas en serio? —tanteo, para ver si se le escapa la risa y lo delata.

—Totalmente —confiesa—. Quiero explorar otros niveles en mis relaciones…

—No sabía que tuvieras otros niveles —confieso y él se ríe y me da un puñetazo cariñoso en el brazo.

—Igual no soy tan transparente como piensas.

—Perdón, don misterioso —bromeo—. Háblame de tus otros niveles.

—No estamos aquí para hablar de mí. Hoy no. Cuéntame tú cómo te sientes —insiste.

Me río un momento, y otro poco más al verlo tan serio, pero finalmente me empiezo a creer que no es una broma y decido darle un poco de lo que me pide.

—No lo sé, tío —confieso por fin—. No sé qué sentir respecto a esto, no sé ni qué voy a decirle a Paola cuando la vea.

—¿Y para qué vas hasta Brasil a verla?

—Porque necesito hacerlo. Necesito tenerla delante y verle la cara… Necesito saber cómo me siento con respecto a todo lo que ha pasado… —«y necesito hablar con Joel para saber también cómo me siento con respecto a él», pero esto no se lo digo.

—Pues yo te digo cómo me sentiría si fueras tú: hasta los cojones. Yo la mandaba a la mierda directamente. Dejaría que se pudriera en la cárcel… —Y parece que ha vuelto el Dani de siempre.

—Según mi abogado, le pueden caer de tres a cinco años, no creo que más, no va a estar toda la vida en la cárcel…

—Bueno, pues lo que sea. No sé para qué tienes que hablar con ella. Que le den. ¿Qué pinta ya en tu vida?

—Pues a ver, Dani, es la madre de mi hija, no sé cómo decirte lo que pinta en mi vida.

—Ya. —Chasquea la lengua.

—Y técnicamente seguimos casados…

—Joder. —Bufa—. Nunca entendí qué le veías, la verdad, lo confieso —suelta Dani por sorpresa y me deja loco, porque lo cierto es que Paola despertaba el deseo y la admiración de todos los tíos y no me cuadra que alguien como él me pregunte qué le veía—. Estaba buenísima, eso sí, pero ya. Y no te veo a ti estando con una tía solo porque está que se rompe.

—¿De verdad que no entiendes por qué estaba con ella? Yo fui feliz con ella, estaba muy enamorado, era una tía genial…

—Era una estirada.

—¡No era una estirada! Si piensas eso, es porque no la llegaste a conocer.

—¿Tú sí?

—Igual no tanto como creía. —Suspiro y desvío la vista hacia la ventana.

—Ya te has puesto intenso, perdona —dice mi hermano y me da una palmada en la pierna—. Yo voy a intentar dormir un poco.

—Vale, yo también —miento, porque ahora mismo no puedo dejar de pensar en lo sencillo que era todo hace unos años y en cómo se me han complicado las cosas en tan poco tiempo.

CAPÍTULO 24

UNA CHICA PERFECTA



MANU (16 AÑOS)

Conocí a Paola del modo más forzado que uno se pueda imaginar. Ninguno de los dos estaba invitado formalmente a esa fiesta, pero ella había sido la condición para que dejaran ir a su hermana mayor y a mí Guille me había suplicado que entretuviera a la pequeña para que él pudiera centrarse en Martina, su fijación enfermiza del momento.

Yo estaba a seis meses de cumplir los diecisiete y seguía sin interesarme el sexo. Al contrario que yo, los gemelos no parecían pensar en otra cosa. Nico, en cambio, tenía novio. Había empezado a salir con Lucas y estaban muy enamorados. Aunque se encerraran de vez en cuando en la habitación y no me dejaran entrar, era evidente por qué, lo suyo era otra cosa. Algo así sí me daba envidia. Quería una novia, quería enamorarme. Pensé que si lograba esa parte, el resto vendría solo.

Cuando Guille me pidió que entretuviera a la hermana de Martina, por supuesto pensé que quizá esa sería mi oportunidad. Yo llegué con la actitud correcta a ese primer encuentro, aunque todavía no era consciente de que las cosas para mí no son tan rápidas como para el resto del mundo.

—Manu, ella es Paola —dijo Guille—. Paola, mi hermano pequeño, Manu. Venga, hasta luego.

Y eso fue todo. Tras esa interesante presentación, se largó con Martina y nos dejó solos. Los dos lo observamos un tanto flipados mientras se alejaba.

—Hola. —Suspiré un poco de modo involuntario.

—Hola, Manu —respondió ella y luego le dio la risa—. Qué encerrona, vaya par de imbéciles nuestros hermanos mayores. ¿El tuyo te hace mucho esto?

—Es la primera vez. —Negué con la cabeza.

—Oh, me siento especial. —Se llevó una mano al pecho y pestañeó un par de veces. No se le iba de la cara la sonrisa, que tenía un punto enigmático, de esas que sientes que tienen el poder de romper algo sin tocarlo y sin hacer ruido. O al menos en mi caso, a resquebrajarlo, porque así sentí esa primera noche, como si algo comenzara a desmoronarse en mi interior muy poco a poco.

Paola era una chica perfecta, de esas que si ves una foto suya en una revista piensas que la han editado con Photoshop. Pero era así al natural, o tras las horas de preparación que ella empleara, claro. El caso es que el resultado era el que era: la absoluta perfección.

—Me ha dicho Guille que tienes quince años —comenté.

—Pues te ha dicho mal, tengo dieciséis, ¿y tú?

—En octubre, diecisiete.

—Vale, pero estamos en abril. —Se rio y yo me puse algo colorado.

—Bueno, pero en octubre diecisiete. —Me reí yo también de lo ridículo que había sido mi comentario.

—Tienes ganas de cumplir años, por lo que veo.

—Supongo, soy el pequeño de cuatro, estoy un poco harto de que me traten como si fuera un crío, que no nos llevamos tanto…

—Bueno, yo soy la pequeña de dos, aunque a veces Martina parece mucho más cría. Mírala. —Señaló con la cabeza a su hermana, que estaba hablando con el mío, ambos muy acaramelados—. *Oh, sí, Guillermo, explícame la teoría de la relatividad como solo tú sabes hacerlo* —dijo con la voz muy aguda para hacer ver que era su hermana la que hablaba.

Yo me reí, pero le seguí el rollo al momento.

—*Verás, nena* —solté con la voz más grave que pude conseguir —, *la teoría de la relatividad dice que el tiempo se detiene justo antes del primer beso entre dos imbéciles*.

—*Oh* —Paola puso voz de tontísima—, *¿quiere eso decir que me vas a besar, Guillermo?*

—*Eso depende, Martina, ¿cuántas neuronas tienes? No me beso con chicas que tengan más de seis.*

—*Oh, pues entonces soy perfecta para ti, porque tengo ocho, pero la mitad no ejercen.*

Martina y Guille se movieron hacia la cristalera del balcón.

—*Te voy a hacer ver las estrellas, pequeña* —seguí.

—*Oh, sí, Guillermo, háblame de las estrellas y el universo en tu inmensa sabiduría…*

—*No sé si debería, porque te enamorarías de mí sin remedio y no me sentiría bien rompiendo más corazones esta semana.*

—*¿Esta semana? ¿Has roto muchos?*

—*Ciento cuarenta y siete, nena.*

—*Oh, por favor, ¿puedo ser la ciento cuarenta y ocho? Me haría sentir TAN especial…*

—¡Venga ya! —Me reí con mi voz normal—. No puede ser tan tonta.

—Ni creo que el tuyo sea tan cabrón.

—Claro que no, pero es divertido.

—Sí que lo es —asintió—. ¿Bailamos? Me aburro.

—Yo no sé bailar —me apresuré a aclarar.

—No importa, me sigues y ya.

Tomó mi mano y me obligó a levantarme. Y yo la seguí, porque no tenía motivo para no hacerlo. Era una canción lenta, así que colocó mis manos en su cintura y las suyas a mis hombros. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta muy tirante, salvo el flequillo, que enmarcaba su cara y le daba el aspecto natural que le restaba el peinado. Su vestido se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, como si se lo hubieran cosido una vez puesto. No recuerdo de qué color era, solo que combinaba a la perfección con su piel tan clara y

su pelo rubio. Era una chica muy llamativa, y me sorprendió mucho no haber reparado en ella antes.

—¿Por qué no te he visto nunca por el colegio? Tu hermana sí me sonaba, pero tú no…

—No voy a vuestro colegio.

—¿No? —Me sorprendí, porque era la primera vez que sabía de hermanos que iban a escuelas diferentes—. ¿A cuál vas? ¿A un instituto público?

—No.

—¿Entonces?

Ella emitió un sonoro suspiro.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿Por qué no me lo quieres decir? No soy un acosador que vaya a ir a esperarte a la salida para secuestrarte ni nada de eso…

—Ya lo sé. —Se rio—. ¿Prometes que no cambiará tu actitud hacia mí y no me juzgarás?

—Sí, ¿por qué? ¿Tan chungo es?

—No, es… el instituto Helios.

—¡Hostia! ¿Al que van las mentes que brillan más que el sol? —repetí el eslogan del anuncio que me había salido cientos de veces en internet. Era un colegio especial para jóvenes con altas capacidades y elevadísimo poder adquisitivo. Por lo visto, hacían muchas pruebas para entrar y solo aceptaban a los coeficientes intelectuales más altos (y a las cuentas corrientes con más ceros)—. Así que eres una listilla —dije cuando asimilé sus palabras—. Qué fuerte, ¿no? ¿Cómo es ser especial?

—No es tan especial, entre el dos y el cinco por ciento de la población lo es. Lo que pasa es que menos del uno por cien están identificados.

—¿Ves? Yo no sabía ese dato. Ya he aprendido algo. ¿Quiere eso decir que de los noventa que somos en mi curso…

—Es más que probable que tres o cuatro tengan altas capacidades, sí.

—Ya te digo yo que no, son todos unos zoquetes.

Ella se rio con ganas.

—¿«Zoquetes»? ¿De qué siglo has salido? Lo mismo eres tú el listillo de tu promoción… —aventuró.

—Qué va; ¿yo?, el más lerdo de todos.

—¡Eso no me lo creo! —Se rio.

Seguimos hablando durante el resto de la noche y, al despedirnos, nos dimos los teléfonos para mantener el contacto. Era una chica divertida y me apetecía conocerla más, aunque no me había removido por dentro lo que uno espera si se guía por las películas románticas en las que todo empieza con un fogonazo en el pecho. En mi caso, nada de fogonazo. En todo caso, una chispa débil y apenas perceptible que había que alimentar con muchas ganas si quería que fuera a más.



Las siguientes semanas, quedé con ella varias veces. Incluso, una de las veces, le presenté a Joel. Me dio la impresión de que no se cayeron demasiado bien, aunque ninguno de los dos lo dijo abiertamente. Ambos fueron correctos y educados, pero los noté raros. Después de aquello, no volví a forzar las cosas. Si coincidían, no tenía problema, pero ya no lo buscaba. Me lo pasaba mucho mejor con los dos por separado que cuando estábamos los tres juntos.

Una tarde, la acompañé, como siempre que quedábamos, hasta donde estaba aparcada su moto. Tenía una vespa nuevecita pero de estética retro en color verde menta y blanco. Y el casco a juego, por supuesto. Nunca había estado en su casa, solo sabía que vivía fuera de la ciudad y que ese era su principal medio de transporte.

Se quedó plantada delante de mí, con el casco en una mano y haciendo girar las llaves con la otra. Se instaló entre nosotros un silencio incómodo de esos que te incitan a decir una estupidez para romperlo. Así que abrí la boca sin saber muy bien lo que iba a decir, y fue el momento que ella eligió para ponerse de puntillas y

besarme. Mis manos fueron por inercia a su cintura y mi boca se acopló como pudo al movimiento de la suya. Pese a que fue mi primer beso, no lo recuerdo especialmente torpe o malo. Solo que no me hizo sentir nada. Al separarnos, apenas unos segundos después, ella me miró con las cejas muy juntas.

—Ha sido… raro, ¿no?

—Sí, no sé, supongo. —Dejé escapar una risita nerviosa—. No tengo con qué compararlo…

—¿Ha sido el primero? —Se llevó una mano a la boca sorprendida—. Lo siento, Manu, no quería robarte ese momento.

—No te preocupes. —Sonreí—. Me alegro de que haya sido contigo. Y tampoco ha estado mal, solo que… ni frío ni calor. Pero no te lo tomes como algo personal —me apresuré a aclarar—, solo es algo que creo que no va conmigo, o no de momento al menos.

—Para mí también ha sido un poco raro —confesó.

—Igual lo nuestro no va de besos —sugerí—. O no todavía, no sé.

—Sí, puede que estemos mejor como amigos, pero, si nos nace en otro momento, lo podemos volver a intentar.

—Claro, ¿por qué no?

Unas semanas después lo volvimos a intentar con el mismo resultado. Los dos nos lo tomamos con humor y Paola de nuevo sugirió que quizá más adelante. No entendí muy bien su insistencia, yo ya me habría rendido, pero ella parecía decidida a volverlo a intentar unos meses después, decía que las cosas podían cambiar. Como era la persona más inteligente que conocía, ¿quién era yo para dudar de sus ideas?



CAPÍTULO 25

NI UN MENSAJE



JOEL

Casi veinticuatro horas después de que Manu se marchara de mi casa, no he tenido noticias de él. Y yo, para hacer gala de mis inseguridades habituales y de la ansiedad que me provoca todo lo que tiene algo que ver con él, no he querido llamarlo ni escribirle. Casi veinticuatro horas escuchando el segundero del reloj del salón, con ese ritmo impertinente que me recuerda que el tiempo sigue pasando, y cada segundo de silencio difumina un poco más lo que pasó aquí ayer. El recuerdo sigue vivo, pero empiezo a preguntarme si realmente él sintió lo mismo. Cada minuto sin noticias suyas alimenta la sospecha de que para él solo fue un paréntesis lo que para mí fue el atisbo de lo que podría ser. Cada hora sin que me llame hace más difícil creer que en algún momento vaya a hacerlo.

Y no quiero ser injusto con él ni un crío egoísta que solo piensa en sí mismo, sé que a él le ha caído ahora encima un marrón enorme, pero a una parte de mí le resulta difícil creer que no haya podido ni escribirme un mensaje.

Una llamada. Un minuto. Treinta segundos. Un mísero pensamiento hacia mí en medio del caos que lo rodea.

Un mensaje. Una parte de mí sabe que siempre hay tiempo para un mensaje. El Joel más catastrofista —y más lúcido quizá también— sabe lo que significa este silencio.

Han sido muchas horas en las que he sobrepensado todas las opciones por encima de mis posibilidades. También me he hecho ilusiones, no voy a negarlo. Supongo que es inevitable cuando sientes que existe un mundo alternativo en el que lo que en este es utopía, allí es realidad. Lo que siempre pareció imposible ha abierto una grieta por la que asomarse a la esperanza. Y yo no me atrevo a hacerlo solo, no sin saber si él está al otro lado.

Había conseguido vivir anestesiado, calmar el dolor de no poder estar con él. Pero la ilusión es peligrosa, porque el golpe de la caída será peor que el de la ausencia. Porque la esperanza duele más cuando regresa después de que hayas aprendido a vivir sin ella.

Esta mañana ha venido Gemma a seguir vaciando el piso y se ha quedado a comer conmigo. Supongo que me ha visto más alterado de lo normal. Me deja claro que tengo razón cuando, ya con el café delante, entra a matar con esa actitud suya déspota pero cariñosa: la mezcla perfecta de hermana mayor y madre en funciones a tiempo parcial.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —pregunta al echarse el azúcar en la taza—. Dime que tiene que ver con lo que me contaste el otro día de tu donación altruista y que te estás replanteando hacer algo al respecto, por favor.

—No, Gemma, lamento decirte que no es eso. —Suspiro y miro el café—. Aunque sé que te encantaría que lo fuera.

—Me encantaría tener un hermano menos dramático. —Da un sorbo y me observa por encima del borde de la taza con mirada inquisitiva, como si me estuviera examinando de algo—. ¿Entonces qué es? ¿Manu?

—¿Todo lo que me pasa tiene que tener algo que ver con él? —respondo sin levantar la vista.

—No, pero desde que ha vuelto a tu vida, llevas su nombre escrito en la cara. —Deja la taza en el plato sin hacer ruido—. Así

que no me parece descabellado pensar que tiene algo que ver con tu cara de haber dormido poco y pensado mucho.

—Bueno, puede que esa parte sea cierta.

—¿Qué parte?

—Todas. —Me sale una risa amarga.

—Ay, mira que te dije que no te hicieras ilusiones…

—Pues igual deberías habérselo dicho a él también —murmuro.

—¿Por qué? ¡¿Qué ha pasado?!

—No ha pasado nada —miento.

—Vale. —Se enciende un cigarro—. Entiendo. No ha pasado nada que quieras contarme.

—Gemma… —Resoplo.

—Venga, Joel, que nos conocemos. —Sonríe y ladea la cabeza—. Tienes cara de estar a punto de vomitar de puros nervios… ¿Qué ha pasado?

Suspiro. Resoplo. Cojo aire. Lo suelto. Pero las palabras no me salen, solo dos lágrimas que amenazan con delatarme.

—¡Tete! —Se pone seria de repente—. ¿Qué ha pasado, cariño? ¿Le has dicho lo que sientes y te ha rechazado?

—No. —La voz se atasca en mi garganta.

—¿Te ha pillado comiéndotelo con los ojos? Si es que lo miras de un modo tan evidente…

—Con los ojos, con la boca y con todo lo que pillamos. —Las palabras salen solas sin darme tiempo a pensarlas primero.

—¡Venga ya! —Abre mucho los ojos—. ¿Os habéis besado?

—Sí. —Sollozo porque no puedo aguantar más los nervios y el dolor.

—Pero ¿por qué lloras entonces? ¿No fue bien?

—Fue perfecto —murmuro.

—¿Y cuál es el problema?

Le resumo lo que pasó en el peor momento y lo que no ha pasado después.

—¿Y por qué no lo llamas o le escribes tú?

—Porque si no lo ha hecho él es o porque está ocupado, en cuyo caso no quiero molestar, o porque no quiere, y en ese caso no quiero ser el patético que no pilla la indirecta…

—No se me ocurre ninguna situación en la que Manu no quiera hablar contigo.

—Esto es nuevo… Igual está arrepentido de lo que pasó y no sabe cómo decírmelo —confieso mi peor temor.

—No creo, no le pega nada. Yo creo que, si ha dado ese paso, es porque lo había pensado mucho antes.

—Ojalá tengas razón. —Suspiro.

Nos envuelve un breve silencio, que ella se encarga de rellenar al instante.

—Y mientras tanto sigues sin querer saber si tienes un hijo.

—Gemma, por favor, no mezcles las cosas. Eso ya está hablado y no tiene nada que ver con esto.

—¿Y por qué no? Si lo piensas, es lo mismo de siempre: te pasas la vida huyendo de lo que te da miedo.

—No es miedo. Es respeto. Hice la promesa de no involucrarme y la quiero cumplir.

—No, cariño, lo que tú llamas «promesa» es miedo con un disfraz de «respeto». —Cruza los brazos—. Te aterra la idea de enfrentarte a lo que no puedes controlar, así que finges que no existe o que no va contigo.

—Gemma, basta.

—No, no basta. Porque si ese niño existe, también forma parte de ti, te guste o no. Y tiene derecho a saber quién es su padre, por encima de lo que opines tú o incluso lo que opine su madre… Y si Manu ha vuelto a removerte todo, igual es el momento de empezar a mirar las cosas de frente. Ya huiste una vez, Joel, huiste durante diez años, pero eres adulto y es el momento de que te enfrentes a todo lo que te da miedo.

—¿Y qué quieres que haga, Gemma? —Me estoy empezando a alterar—. ¿Que llame a Ruth y le diga «hola, ¿te acuerdas de mí? Ya sé que te prometí que no te buscaría, pero me está matando la curiosidad»? —Termino con un bufido seco.

—¿Ruth? ¿Ruth qué más?

—Mierda, olvídalo.

—¡No lo puedo olvidar, Joel! Y de verdad que no entiendo que tú sí que puedas…

—¿Qué quieres, Gemma? ¿Qué coño quieres que haga?

—Quiero que dejes de esconderte y empieces a vivir. Llevas toda la vida a la sombra de tus propios sentimientos. A la sombra de Manu. Y también de esa chica y de una promesa que le hiciste cuando eras demasiado joven y no sabías el alcance de lo que estabas haciendo.

—Se me da bien vivir en las sombras —murmuro—. Duele menos.

—Eso es, sigue autoengañándote, cariño. ¿De verdad te lo crees? ¿De verdad piensas que te duele menos? Porque yo no te he visto dejar de sufrir en todos estos años…

La miro a los ojos y respiro hondo por la nariz.

Ella suspira, pero no dice nada. Se levanta, recoge las tazas y las lleva al fregadero.

Yo me levanto también y voy hasta ella. Apoyo la cadera en el borde de la encimera antes de hablar:

—Por cierto, ¿cómo está Óscar?

El gesto de ella se tensa un momento, pero se recompone enseguida y me dedica una sonrisa de suficiencia.

—No intentes cambiar de tema.

—No estoy cambiando de tema, solo pregunto. Aquí todos tenemos nuestro propio… drama.

—Ya. Supongo. —Suspira.

—¿Novedades? —pregunto.

—No —confiesa—. Todo sigue igual.

—¿Sigues sin saber qué hacer?

—No es tan sencillo, Joel.

—Por supuesto que no. —Cruzo los brazos y la miro a los ojos—. Pero a veces quedarte donde no quieres estar también es una forma de huir.

Ella me fulmina con la mirada.

—Precisamente tú no tienes derecho a hablarme de huidas.

—Precisamente yo tengo más derecho que nadie. —Sonrío—. Tengo un máster.

Ella deja escapar una risa que se parece más a un bufido y se apoya en la encimera junto a mí. Yo le paso un brazo sobre los

hombros y le beso la cabeza.

—Mamá sabría qué hacer —susurra—. Qué difícil es todo sin ella, Joel.

—Sí —suspiro y la aprieto un poco más contra mí—. Pero quiero que sepas que, si algún día te da por hacer algo irracional, tipo mandarlo todo a la mierda, tendrás todo mi apoyo.

—Y tú, si algún día haces algo racional, como enfrentarte a tus sentimientos, tendrás el mío —replica, y, por primera vez en toda la tarde, nos reímos los dos.

CAPÍTULO 26

EL MÁS PIJO DE RÍO



MANU

—Bueno, ¿qué? —pregunta Dani en cuanto salimos del aeropuerto de Río de Janeiro—. ¿Dónde se supone que vamos?

—Ni puta idea. —Me rasco la cabeza y saco mi teléfono—. ¿Al consulado? ¿A la embajada? No sé ni qué diferencia hay…

Entro en el navegador del móvil, pero no funciona, claro. Me toca pillarme una sim local en el mismo aeropuerto porque no concibo la idea de estar en un país extranjero y no tener internet a mano. Dani lo hace también, pero para postear subnormalidades en redes mientras yo trato de encontrar el teléfono o la ubicación del consulado. Cuando lo consigo, tomamos un taxi y pido como puedo que nos lleve hasta allí.

Llegamos a la delegación y me sorprende hallarme ante un edificio cutre donde parece más probable encontrar cuatro policías nacionales al límite de su jubilación expediendo DNI que a un elenco de funcionarios competentes. Uno espera que el consulado de su país en el extranjero lo haga sentirse en casa, pero eso no ocurre. La funcionaria que nos atiende no parece muy interesada en mi historia ni en nada que implique ser mínimamente productiva, por lo

que se ve. Nos pasa con una superior que sí está más motivada con el tema, o finge mejor, y dice haber recibido información al respecto.

—Se ha pedido la extradición, pero todavía no se ha resuelto —nos explica—. Os tendré al corriente.¿En qué hotel os hospedáis?

—Ni idea —confieso sin pensar.

—Yo sí, espera, que Maya nos ha mandado la reserva —dice mi hermano y se pone a consultar en su móvil—. Palacio Copacabana —lee.

La funcionaria silba y se le escapa una sonrisilla.

—¿Qué pasa? —pregunta Dani—. ¿Qué es, el más pijo de Río? Puto Nico. No nos lo ha pagado mi cuñada la ladrona, ¿eh? —Le doy una patada en la espinilla que le tiene que haber dolido—. Ha sido nuestro otro hermano, que ya no sabe qué hacer con la pasta, pero es todo legal, te lo juro.

—Vale, Dani, menos trabajar la profundidad y más el silencio —le digo entre dientes.

—Bueno, id al hotel a descansar. —Desvía la atención la buena mujer—. Os avisaré con lo que sea. Me quedo vuestros datos y le diré al abogado de los detenidos que estáis ahí. Os llamará.

—Perfecto, gracias. Vamos, Dani.



El hotel es una puñetera maravilla, totalmente innecesario en un viaje como este, pero le agradezco mentalmente a Nico el detalle y, en cuanto pueda, lo haré también con palabras, no sé si escritas o habladas, eso ya como surja. Tenemos una habitación para los dos, lógico, pero, por esta vez, habría querido un poco de intimidad. Supongo que mis hermanos no querrán dejarme solo, siempre han sido muy protectores conmigo, por eso de ser el pequeño, supongo. Pero lo cierto es que en este momento querría algo de tiempo para mí mismo, para lamerme las heridas tranquilo y pensar un poco en todo lo que tengo encima. Y llamar a Joel quizá también, pero para eso primero tengo que saber qué voy a decirle…

Un grupo de chicas reconoce a Dani de las redes y se vuelven locas. Le piden fotos y él se las concede todas. Me toman por Guille en un primer momento, pero cuando les explicamos que no, que soy otro hermano, no parece importarles y quieren incluirme en sus fotografías también. A lo que me niego, por supuesto.

Aprovecho el momento para adelantarme a la habitación con intención de disfrutar de un ratito de paz, pero Dani me alcanza antes de que llegue. En serio que se está tomando su misión de hermano mayor demasiado al pie de la letra. Ojalá se hubiera ligado a una de ellas, o a dos, y me hubiera dejado un rato tranquilo.

Ya en la habitación, que no es tan grande como cabría esperar, pongo la televisión por si en algún canal de noticias dicen algo al respecto. Y lo hacen. La imagen de Paola y su padre esposados y custodiados por la policía federal de Brasil se repite en varios canales. Es siempre lo mismo. En ningún sitio dicen nada diferente ni muestran otro momento.

—Mira la cara de diva que tiene… Qué jefa. —Dani se ríe—. Y tu suegro, qué cabrón, debería bajar un poco los humos, que seguro que fue él el que lio a la hija para ese marrón… Yo si fuera él me metería la cabeza en el culo y no miraría a nadie por encima del hombro…

—Vale, Dani, ya —le pido.

—No lo defiendas, que es un mierda. ¿O no?

—No soy su mayor fan ahora mismo, la verdad. —Suspiro.

—Y ella… ¿No la notas rara? —pregunta—. No sé, yo la veo distinta…

—Yo la veo como siempre —contesto—. Un poco más rubia, un poco más bronceada y puede que un poco más delgada, pero es ella. —Dejo salir el aire en un suspiro—. Es ella.

Y está guapa. Hasta detenida y escoltada por la policía es una chica espectacular.

No parece una delincuente. Aunque, en honor a la verdad, tampoco parece una madre de familia.

CAPÍTULO 27

SER NORMAL



MANU (17 AÑOS)

Supongo que, para entender el comienzo de mi relación con Paola, es inevitable hablar de todo lo que ocurrió aquellos meses. Si hubo algo que marcó un antes y un después en mi adolescencia, fue la noche que pasé con Joel en aquella piscina. Ya no solo por lo que pasó en sí, que también, porque fue la hostia; sino por lo que supuso para mí después. Aquella noche me concedió un superpoder: el superpoder de ser normal. Dicho así puede parecer paradógico, y supongo que lo es. Pero, para alguien como yo, que había sido hasta ese momento totalmente ajeno al sexo, adquirir la capacidad de excitarme cuando quisiera era poco menos que un hito para añadir a los «grandes acontecimientos de mi vida». Así fue. Desde aquello, me bastaba recordar cualquier momento de esa noche para excitarme. Las aguadillas del principio, con todo mi cuerpo rozando el suyo, su mano aferrándose a mí después y regalándome el mejor orgasmo —con diferencia— hasta la fecha… Pero, por encima de todo, si había algo que me excitaba al recordar aquella noche, eran las ganas de besarlo. Durante esas horas, y los días posteriores, casi lo llegué a sentir como una necesidad física. No obstante, hasta yo, que de esos temas no sabía nada de nada, tenía claro que intentar

besar a tu mejor amigo era la peor de las ideas. Y no había escenario posible en el que yo quisiera poner en riesgo mi amistad con Joel.

Él parecía el mismo de siempre, como si con él no hubiera pasado nada. Quizá para alguien con una sexualidad adolescente normal era un incidente sin importancia, pero para mí había significado demasiado. Nunca volvimos a repetirlo ni a hablar del tema, aunque yo me moría por hacerlo. Ambas cosas: repetirlo y hablar del tema. Pero no lo hice, porque me daba miedo que él pudiera pensar que lo hacía porque estaba colgado de él. Y ¿lo estaba? Era algo a lo que le daba vueltas y que no me atrevía a confirmar ni descartar. Porque recordaba vívidamente y con excitación lo que Joel me había hecho sentir, pero casi tanto o más lo que yo le había hecho sentir a él. Me ponía igual de malo el recuerdo de su cuerpo tensándose, ese «joder, Manu» que dejó escapar en un gruñido justo antes de correrse… Y su orgasmo. Lo evocaba una y otra vez, fantaseaba con repetirlo, y con terminarlo con un beso. Me encantaba rendirme a esas fantasías y a la vez me hacían sentir terriblemente culpable.

Tras esa noche, todavía pasé una semana más con él en ese chalet. Dos días solos y el resto con su madre de nuevo. Una semana de agonía en la que yo sentía que algo había cambiado, y me moría por tocarlo y por probar a besarlo; pero él parecía no ser consciente de todo lo que había desencadenado en mí. Es más, me daba la impresión de que quizá estaba un poco más distante que de costumbre. Aunque era probable que eso fuera solo sugestión mía.

Quería quedarme con él, pero también quería poner distancia, volver a casa y aclarar mis ideas. Y rebajar un poco el nivel de excitación general, porque me resultaba abrumador ir todo el día con semejante calentón en el cuerpo… ¿Así se sentían todos los chicos de mi edad? Casi echaba de menos mi asexualidad previa a esas vacaciones.

Casi.



Los gemelos estaban de viaje y Nico en uno de sus primeros trabajos fuera de Valencia, o puede que de España, no lo recuerdo. Mamá se había ido con él, lógico, todavía era menor y aún no estaba claro de qué iba todo eso. El caso es que durante unas semanas estuvimos papá y yo solos. Él, pese a estar de vacaciones, abría la farmacia por las mañanas, supongo que más por aburrimiento que por verdadera necesidad. Se marchaba de casa temprano y me dejaba durmiendo. Algunos días me iba con él y le echaba una mano, pero muchos otros me quedaba solo en casa para explorar mi nueva situación.

Y con «explorar» no me estoy refiriendo a masturbarme. O no solo a eso, porque también hubo mucho de eso, por supuesto. Parecía un puñetero mono, la verdad, pero por fin comenzaba a experimentar lo mismo que el resto de chicos de mi edad, supongo. No sabía cuánto me iba a durar esa nueva realidad y quería aprovecharla.

El caso era que necesitaba una explicación para lo que sentía. Pensé en los besos con Paola que me habían dejado un poco igual y los comparaba con las ganas de besar a Joel que me consumían, por lo que no me pareció descabellado pensar que quizá fuera gay.

Con intención de salir de dudas, aproveché una de las mañanas en las que papá no estaba para entrar en el ordenador de Nico. Busqué en su historial de navegación y no me sorprendí lo más mínimo al encontrar lo que buscaba: un montón de páginas de porno gay.

Me causó repulsión. Exactamente el mismo rechazo que me había causado el porno hetero cada vez que lo había intentado. Me forcé a ver escenas completas de algunas de esas películas —tanto gay como hetero— y concluí, sin un atisbo de duda, que el porno no era para mí.

El mismo día que Joel volvió de sus vacaciones, fui a su casa a verlo. Lo noté raro, más frío aún que los días posteriores a la piscina. O quizá solo eran las ganas que yo tenía de notarlo especialmente cercano. El caso es que sentí que no solo no se sentía como yo, sino que quizá las cosas entre nosotros no iban a volver a ser como antes. Le di espacio y estuve unos días sin quedar con él para ver si

todo se normalizaba. Aproveché para quedar con Paola, que también había vuelto de vacaciones y tenía muchas ganas de pasar un rato con ella. Era una tía muy divertida y lo cierto era que la había echado de menos. No sabía cuánto hasta que la vi entrar por la puerta de casa.

Era una de esas mañanas en las que papá abría la farmacia, por lo que estábamos solos. Fuimos a mi habitación y ella se sentó sobre la cama y se apoyó en la pared. Yo hice lo mismo a su lado.

—¿Qué tal el verano? —le pregunté.

—Te he echado de menos.

—Yo a ti también —confesé—. ¿Qué has hecho? ¿Algo que contar?

—Me enrollé con un chico —dijo con un suspiro y me miró a los ojos.

—Ah. —Tragué saliva algo confundido por cómo me sentía respecto a eso. Aunque no teníamos nada y en teoría ella no me gustaba, esa noticia no me hizo ninguna ilusión—. ¿Y qué tal?

Se me aceleró el pulso y empecé a sudar. De repente, sentí pánico ante la idea de que pudiera tener novio y nuestra «amistad», o como quieras llamarlo, terminara ahí. Me vi de pronto sin ella y con Joel medio raro y no podía imaginar un escenario más chungo para el nuevo curso que estaba a punto de empezar.

—Mal, fue una tontería —dijo con un hilo de voz—. No me gustó besarlo. Y encima me dio todo el bajón porque entendí que eso es lo que sentiste tú las dos veces que nos besamos. Es horrible. —Dejó escapar una risa triste—. Ya no voy a volver a besarte, Manu, no quiero que nadie sienta eso conmigo. Si alguna vez quieres, pues me besas tú.

—A ver, que no es que no me gustara, es que, no sé, como que no sentí lo que se supone que hay que sentir, digo yo —aclaré—. Y por eso no termino de entender tu insistencia. ¿Por qué, si no ha funcionado lo de los besos, sigues queriendo intentarlo?

—Jolín, Manu, que no eres tonto… No me hagas decirlo… Lo sabes de sobra.

Me puse serio y la miré a los ojos. Fui totalmente sincero al decirle:

—Te juro que no lo sé.

Ella respiró hondo, me devolvió la mirada y se puso rojísima antes de decir en un murmullo atragantado:

—Porque tú a mí sí que me gustas. Mucho. ¿Contento? Ya me has hecho decirlo. —Le tembló el labio, como si fuese a empezar a llorar.

Y en ese momento, la vi. La vi de un modo nuevo. Oír que yo le gustaba fue lo más sexi que nadie me había dicho nunca, y ella era una tía preciosa y divertidísima, todo lo que se puede desear. Y por primera vez sentí el impulso de besarla. Y lo hice. La besé yo. Y esa vez fue muy diferente. Igual influyó que yo llevara varias semanas «calentito» en general, es posible, pero el caso es que aquel beso fue muy distinto.

Nuestras bocas se acoplaron con facilidad y ambos aceleramos la respiración. Su lengua buscó la mía y le respondí con un gemido. Me excité mucho, y más ante la idea de poder besarla y tocarla. Me sentí libre de hacerlo, porque yo a ella le gustaba, me lo había dicho. Y ella a mí también me gustaba. ¿Cómo no iba a gustarme? Era maravillosa.

Nos separamos un momento y ella sonrió, con un punto tímido que no le conocía.

—¿Tú también lo has notado diferente? —preguntó en apenas un murmullo.

—Joder, sí —aseguré y la volví a besar.

No fue una explosión, tampoco un tsunami, pero hubo algo que me encendió por dentro. Su forma de acariciar mis labios con la lengua parecía diseñada expresamente para derretirme. Su respiración mezclada con la mía, sus manos aferradas a mi cuello… Me invadió una sensación cálida, suave, distinta a todo lo anterior, pero asombrosamente familiar. No era menos intensa que lo que había sentido con Joel, solo diferente. Igual de real, pero quizá contraria en cierto modo.

Corrí a contárselo a Joel en cuanto Paola se marchó. Pero corrí literal, porque mis pies apenas rozaron el suelo en el trayecto de mi casa a la suya.

—Hola, Manu, está en su habitación —dijo su madre al abrirme la puerta.

Yo estaba sudando y sin aliento, y supongo que fue mi aspecto lo que la hizo reír antes de apartarse para dejarme pasar.

Joel estaba tumbado en la cama leyendo un libro que dejó caer sobre su pecho al verme entrar. Yo me tiré encima de él, como había hecho mil veces en el pasado al encontrarlo en esa posición, pero esa vez se tensó. Definitivamente, no eran imaginaciones mías, había algo raro entre nosotros. Hice como que no me había dado cuenta y que todo estaba como siempre. Rodé hasta quedarme tumbado a su lado y lo miré con una sonrisa.

—La he besado, tío, esta vez sí.

—¿A quién? ¿A Paola? ¿Esta vez sí qué? Ya la habías besado otras veces…

—No, otras veces me había besado ella —maticé levantando un dedo para más énfasis—, esta vez he sido yo.

—Ah, guay. —Sonrió—. ¿Y qué tal?

—Genial. No te lo puedes ni imaginar. —Lo cogí por los hombros y lo zarandeé un poco—. Me he puesto cachondísimo, tío. ¡Yo!

Él se rio como respuesta.

—Me alegro mucho por ti.

—Esta es la mejor sensación del mundo, te lo juro. —Le cogí la cara y tensé las manos de pura emoción—. Estoy enamorado, joder —exageré para ver su reacción.

Y si en ese momento a él se le hubiera ocurrido preguntar «¿de quién?», creo que no habría sabido qué contestarle. Porque lo que sentía hacia ambos se parecía demasiado. Pero no lo hizo, por supuesto que no. Se limitó a mirarme, quizá durante un poco más de la cuenta. Me dio la impresión de que iba a decir algo y casi deseé que me lo preguntara, o que se decepcionara, pero se limitó a sonreír.

—Entonces, ¿ya es tu novia?

—Sí, supongo. —Le solté la cara—. No lo hemos dicho así tal cual, pero me ha confesado que le gusto. Ha sido ella, tío, ha tenido que ser ella la que me dijera que le gusto, porque yo no tenía huevos. —Lo miré a los ojos intentando darles a mis palabras una doble intención que no estaba seguro de que él fuera a pillar—. Hay que ser muy valiente para decirle algo así a otra persona…

—Pues, tío, me alegro muchísimo por ti. —Se levantó de la cama y se quedó medio apoyado en el escritorio. Luego cogió un folleto que había sobre su mesa y lo agitó un poco en el aire—. ¿Sabes? Yo estoy pensando en pedir plaza en una universidad de arte de París.

—¡No, tío! —Me levanté y le quité el papel—. Bueno, sí, claro, si será de puta madre para ti… Pero me jode infinito que te vayas…

—Primero me tienen que dar la plaza, y serán solo los cuatro años de la carrera —mintió, ahora sé que mentía—. París no está tan lejos, vendré un montón. Y tú también podrás venir a verme a mí.

—Te cogen seguro, nadie tiene más arte que tú.

—Eso no es cierto. —Se rio—. Pero espero tener suerte, la verdad.

Sentí frío. Frío ante la idea de que se marchara. Si ya estaban las cosas raras, ¿cómo iban a estar a mil quinientos kilómetros de distancia? Quería alegrarme por él y por esa gran oportunidad, de verdad que sí, pero sentía que se alejaba de mí y que no podía hacer nada para cambiar eso. En un intento desesperado de autoengaño, me convencí de que quizá lo que hacía falta era un poco de distancia para volver a ser los de siempre.

Mis hormonas y yo decidimos no darle más vueltas a lo de Joel y centrarnos en Paola. Si bien con él había tenido un orgasmo y un montón de fantasías posteriores, con ella fue más bien al contrario. El orgasmo tardó en llegar. Más por falta de medios y experiencia que por falta de ganas. Hubo muchos besos y mucho sobeteo por encima de la ropa. Se convirtió en nuestra principal ocupación durante lo que quedaba de esas vacaciones. Podíamos tirarnos horas así, con besos y manoseos ininterrumpidos.

Una mañana, lo sentí muy cerca. Estábamos en mi cama, como casi siempre. Paola se acostó sobre el colchón y tiró de mí para que me tumbara encima de ella. Lo hice, por supuesto. Comenzamos a

besarnos, como cada día, cada vez más fuerte, cada vez con más ganas. Rodeó mi cintura con sus piernas y se le subió la falda que llevaba. Y yo empecé a moverme rítmicamente por inercia. El roce de mi erección contra ella, aún separados por mi pantalón y sus bragas, me tenía al borde del orgasmo. Mis movimientos se aceleraron y la respiración de ella era como una melodía que me indicaba que quería lo mismo que yo. Comenzamos a jadear a la vez, el sonido de nuestros gemidos acompasados era una puñetera tortura y lo mejor del mundo al mismo tiempo. Por los movimientos y los sonidos, era como si estuviéramos follando, pero con la ropa puesta. Para mí el efecto era casi el mismo y solo quería correrme. Y en ese momento me dio igual si me manchaba la ropa o si quedaba como un cerdo, tenía una necesidad vital urgente.

—Manu, he cerrado antes, ¿quieres q…? Oh, joder, perdón. —Mi padre acababa de abrir la puerta de mi habitación y yo ni siquiera lo había oído entrar en casa. Me separé de Paola tan rápido y con un susto tan grande en el cuerpo que me caí de la cama. Ella se bajó la falda y escondió la cara en un cojín—. Bueno, me voy arriba. Ya sabes dónde les dejo a tus hermanos los condones, no hagáis nada sin protección. Paola, ¿verdad? Me alegro de verte. Lo dicho, estaré arriba.

Y cerró la puerta. A nosotros nos dio la risa tonta, pero teníamos la cara demasiado roja como para fingir que solo nos había hecho gracia.

—Qué vergüenza —dijo ella por fin.

—Vergüenza robar —contesté y extendí la mano hacia ella, que bajó de la cama y se sentó a mi lado en el suelo. Entrelazó sus dedos con los míos—. Nosotros nos queremos.

—¿Nos queremos? —preguntó con una especie de gorjeo.

—Bueno, yo sí —confesé.

—Yo también. —Me besó—. Ojalá pudiéramos estar solos del todo. Quiero hacer muchas más cosas contigo.

—¿Qué cosas? —Sonreí.

—Eso que ha dicho tu padre de los condones —susurró como si alguien pudiera oírnos.

—Los condones no son un problema —aseguré—. El problema es dónde.

—Eso es más difícil, sí.



Mi casa volvió a estar llena de gente y cada vez era más complicado estar a solas. Más de dos meses tardamos en tener esa oportunidad que esperábamos. Más de dos meses de calentones *in crescendo* que nos hicieron llegar a ese fin de semana de primeros de noviembre bastante desesperados. Sus padres se fueron de viaje durante diez días, y ese finde su hermana se iba fuera también, por lo que teníamos la casa solo para nosotros.

Tuve que pedirle a mi padre que me llevara, porque Paola vivía en una urbanización tan exclusiva que no llegaba el transporte público.

—¿Cuándo vengo a por ti? —preguntó cuando ya estábamos llegando al final del trayecto.

—Me puede llevar ella con la moto —contesté—. No hace falta que vengas.

—Me quedo más tranquilo viniendo yo, pero como quieras… —Detuvo el coche ante la entrada a la enorme casa de mi chica—. Joder —murmuró—. Que no te intimide la gente con tanto dinero, ¿eh? El dinero solo es dinero, nadie es superior por tenerlo.

Que nosotros nunca fuimos mal de pasta, la verdad, la farmacia daba para vivir muy bien. En general, yo sentía que éramos unos privilegiados, aunque comparado con la familia de Paola, no había color.

—Vale, papá. —Me reí—. No me intimida. Es mi novia.

—¿Llevas condones? —soltó a bocajarro.

—Sí. —Me puse rojo.

—¿Lo habéis hecho ya?

—No. —Sentí la cara a punto de explotar.

—¿Te has puesto algún condón para practicar?

—Sí. —Casi no me salió ni la voz. Notaba la cara tan hinchada que puede que hasta se me hubiese cerrado la garganta.

Y eso que con mi padre siempre se ha podido hablar de cualquier cosa, pero ciertos temas a mí toda la vida me han dado palo.

—Muy bien, hijo —asintió—. ¿Tienes alguna pregunta?

Negué con la cabeza en lugar de hablar.

—¿Algún miedo?

Me quedé callado sin saber qué decir.

—¿Temes terminar demasiado pronto y dejarla a ella a medias?

Creía que ya no podía ponerme más colorado, pero, por lo visto, me equivocaba.

Mi padre se rio, me rodeó con un brazo y me dio un beso en la cabeza.

—Nos ha pasado a todos —susurró—. Mi consejo es que la escuches, pero no solo lo que diga, también lo que haga e incluso cómo respira. Préstale mucha atención y entiende sus ritmos y lo que le gusta más y lo que menos. No tiene por qué preferir lo mismo que tú, así que no priorices tu placer por encima del de ella, ¿está claro?

Sus palabras me pusieron más nervioso de lo que ya estaba, sentí cada vez más presión por ese momento.

—Lo harás bien, hijo. Incluso aunque las primeras veces vaya mal, que a veces pasa… Mi primer polvo con tu madre fue algo lamentable, por mi culpa, claro.

—¡Papá! —Recuperé la voz por fin para que no siguiera hablando.

Me solté de su brazo y abrí la puerta del coche.

—Que vaya bien, Manu. Y si ella en algún momento se arrepiente…

Bufé y salí del coche.

—Se para al momento, aunque no apetezca —repetí con hastío lo que nos había dicho a mis hermanos y a mí un trillón de veces—. Adiós, papá, gracias por traerme.

Y cerré la puerta escuchando su risa.

La verja se abrió tras decir mi nombre en el telefonillo y avancé por un camino flanqueado de rosales hasta la puerta principal. Paola me recibió con el pelo recogido en un moño medio deshecho y la ropa de deporte todavía puesta. Tenía la piel húmeda y la cara hinchada, y aun así estaba guapísima. Cansada, acelerada…, pero preciosa.

—Dame diez minutos, ¿vale? —Se rio—. Se acaba de ir mi entrenadora y estoy que doy asco. Me ducho en un momento, no tardo nada.

—Vale. —Intenté que mi voz no sonara nerviosa, pero no sé si lo conseguí.

Subí las escaleras tras ella y la seguí hasta su habitación. Era enorme, como dos veces el salón de mi casa. Todo allí parecía estar colocado estratégicamente, como por un decorador muy cotizado, como probablemente había sido. Me senté en el borde de la gigantesca cama, me quité las zapatillas y me puse cómodo. Ella entró al baño y cerró la puerta.

Pasaron unos minutos. No sé cuántos, pero a mí se me hicieron muchos. El sonido de la ducha llegaba hasta mí a pesar de la puerta cerrada y el corazón me golpeaba el pecho como si fuera yo el que acababa de estar una hora entrenando.

Después de un rato sin noticias suyas y cuando ya no se oía el agua, empecé a impacientarme. Le mandé una foto con el móvil en la que fingía estar dormido y la acompañé de un mensaje:

MANU

Joven muere de aburrimiento esperando a su amada.

Oí la risa que llegó desde el baño.

PAOLA

Ya he salido de la ducha, pero tengo que ponerme la crema hidratante.

Acompañó el mensaje de una fotografía de esas de ver una sola vez. Era una imagen de ella en el espejo. Solo llevaba una toalla en la cabeza. Un bote de crema hidratante, colocado sobre la encimera del baño, tapaba estratégicamente el punto clave entre sus piernas. Una mano descansaba sobre la botella y tapaba con ese mismo brazo una de sus tetas. El móvil con el que hacía la foto tapaba la otra. Estaba claramente desnuda, pero no se le veía nada. Todo parecía tan cuidadosamente colocado que casi resultaba casual. Yo sentí un latigazo en la entrepierna solo de verlo. Era lo más excitante y divertido a la vez que había visto nunca.

MANU

Tienes demasiados trastos en el baño, yo que tú haría limpieza ahora mismo y lo tiraría todo. Y suelta el móvil, que no te favorece.

Me llegó su risa a través de la puerta.

PAOLA

Primero tengo que secarme el pelo.

Este perfume dice que te quiero.

De nuevo una foto de solo ver una vez. Ya echaba de menos la anterior y me dolía en el alma que se hubiera perdido para siempre y ya no pudiera verla nunca más. En la nueva había dejado el teléfono sobre la encimera, porque tenía las dos manos ocupadas, sosteniendo el secador como si fuera una pistola y estuviera apuntando a la cámara, con lo que le tapaba todo el pecho, y había sustituido la botella de crema por un frasco de colonia muchísimo más pequeño y en forma de corazón. Tuve que llevarme una mano a la bragueta para aliviarme un poco, porque me estaba poniendo tan malo que era casi doloroso.

—¡Pero si no se te ve nada, déjame que las guarde! —grité para que me oyera a través de la puerta cerrada y solo recibí una risa por

respuesta.

Aún me mandó un par de fotos más, cada vez con objetos más pequeños y más absurdos, que me provocaban excitación y risa a partes iguales. Para cuando salió del baño, con un kimono de seda de color rosa, yo estaba ya más que desatado. Me acerqué al borde de la cama y tiré de ella. Se subió encima de mí y la besé con fuerza. Le desaté el kimono y lo dejé caer al suelo. Deslicé las manos por su espalda, esperando encontrar el sujetador, pero no había nada. Seguí bajando y lo mismo, solo encontré piel. Abrí los ojos y vi su reflejo en el espejo que tenía delante.

—Joder —farfullé—. Estás desnuda.

—No —aseguró.

—¿Cómo que no? —Me reí—. Te estoy viendo.

—No estás mirando bien. —Se rio y se puso de pie.

Había utilizado tiritas de las de curar heridas, con dibujitos de unicornios, para hacer tres equis en los tres puntos clave que había ido tapando en todas las fotos. A mí me dio un ataque de risa que acompañó perfectamente al suyo. La cogí y la levanté a pulso. Luego nos hice caer de nuevo a los dos sobre la cama y la besé.

—Me voy a casar contigo —aseguré al separarme un momento de sus labios—. Espero que lo tengas claro.

—Me parece bien —concedió con una sonrisa.



Después de ese fin de semana, las cosas con Paola no pudieron ir mejor. Teníamos una relación perfecta con muchas risas y mucho sexo. Me sentía feliz.

Joel consiguió su plaza, y dedicó casi todo el curso a prepararse. El verano siguiente ya no lo pasamos juntos. Él tenía mucho que hacer antes de irse y yo pasé casi todo el tiempo con Paola.

Y llegó septiembre.

Joel se marchó un jueves. Lo acompañé al aeropuerto con su madre y me despedí de él con una sonrisa y un abrazo.

—Llámame —le pedí—. Y escríbeme. Mucho.

—Claro. —Sonrió.

—Quiero saberlo todo, cuéntame cada cosa que te pase.

Él asintió antes de marcharse.

Pero ya no lo volví a ver hasta que se presentó por sorpresa aquel día en la farmacia, diez años después.

CAPÍTULO 28

NO TENÍA INTENCIÓN DE PARARLO



JOEL

Han pasado dos noches y sigo sin noticias de Manu. Y esta incertidumbre me va a volver loco. Porque imagino lo liadísimo que va, pero de verdad creo que no cuesta tanto enviar un mensaje. Yo me armé de valor y, aun a riesgo de agobiar más que de ayudar, le escribí. Entro en nuestra conversación a ver esa combinación de letras sin respuesta y no tengo muy claro si me arrepiento de haberlo mandado.

JOEL

Imagino que irás muy liado y que tendrás ahora mismo mil movidas, pero si necesitas hablar o lo que sea, ya sabes dónde estoy

No te agobies

O no por mí, al menos

Lo he releído como un trillón de veces, y cada vez me parece más lamentable. Yo diciéndole que no se agobie por mí, como si, con el

marrón que él tiene ahora mismo, fuese a ser yo su principal preocupación.

Antes de que me dé tiempo a bloquear el teléfono de nuevo, me llega un mensaje de mi hermana.

GEMMA

¿Ruth qué?

JOEL

De verdad que eres muy pesada

Haces que me arrepienta de contarte las cosas

GEMMA

Es que me las cuentas a medias

Si me lo hubieses contado del todo, no sería tan pesada

JOEL

Como me vuelvas a preguntar, te juro que te bloqueo

Pero el caso es que es tan pesada que ha conseguido sembrar una semillita de curiosidad dentro de mí, así que no me lo pienso demasiado antes de entrar en el buscador de Instagram y escribir: «Ruth Mistral». La encuentro enseguida, pero tiene la cuenta privada. Dejé de seguirla cuando me pidió el «favor», era la mejor manera de que no fuera raro. Y ahora no puedo cotillear, lógico.

Quizá sea mejor así, es como tiene que ser. No obstante, se me ha instalado algo pesado en el pecho, algo parecido a una ligera decepción mezclada con curiosidad. Y todo es culpa de Gemma, es la última vez que le cuento algo. En fin, no me lo creo ni yo. Siempre me arrepiento de contarle las cosas, pero no aprendo y vuelvo a hacerlo a la menor oportunidad.



Decido salir a dar un paseo por el barrio, porque como siga encerrado en casa de mi madre me voy a volver loco y voy a terminar escribiéndole de nuevo a Manu, rollo patético desesperado. Y no es plan.

Camino sin prisa por las calles que recorríamos de niños, que me traen recuerdos de todos esos momentos que quedan ya tan lejos. Y en todos ellos está Manu. Están todos los Andújar, en realidad, pero Manu siempre de un modo más especial.

Los críos juegan en el patio de nuestro antiguo colegio. Está cambiado, han reformado cosas y pintado otras. Y parece mucho más pequeño, supongo que eso es cosa de la edad, pero la esencia sigue ahí. Todos esos ratos siguen ahí. Ese edificio fue mi segundo hogar (tercero, si cuento la casa de los Andújar) de los seis a los dieciocho años. Para Manu fue todavía más, porque él estuvo aquí desde los tres.

—¡Joel! —Un grito infantil me saca de mis pensamientos. Me giro hacia la voz y veo a Ali y a otra niña agarradas a la valla del colegio —. ¡Hola!

Me sorprendo de verla, pero tiene todo el sentido del mundo que, viviendo en el mismo barrio, Manu haya elegido para su hija su mismo colegio.

—Hola, Ali, ¿qué tal? En el recreo, ¿eh? Qué morro.

—¿Eres secuestrador? —pregunta la otra cría.

—No. Te lo prometo. —Me hago una equis en el pecho, que no sé si a esta generación le vale como juramento.

—No es secuestrador —aclara Ali—. Es amigo de mi papá. A veces se queda en casa y hace *crecs*. Joel, ¿le haces un día *crecs* a Luna para que los pruebe?

—Claro, cuando queráis. Cuando le venga bien a tu padre… ¿Qué tal está? —tanteo como el miserable que soy, ese que quiere sacarle algo de información a una cría de cuatro años.

—No sé, de viaje. Duermo en casa de los yayos.

—¿De viaje? —Un sudor frío me recorre la espalda, aunque cabe la posibilidad de que ella no se haya enterado bien o que le hayan dicho una trola por lo que sea—. ¿Sabes dónde se ha ido de viaje?

¿Y con quién? —Ese soy yo, el más patético interrogando a una niña.

—Se ha ido con el tío Dani a Brisal.

—Brisal no es un país —dice la otra.

—Porque tú lo digas.

—Porque lo dice la bola del mundo: Brisal no es un país.

—¿Te sabes todos los países del mundo mundial, lista?

La otra niña pone los ojos en blanco y se dirige a mí:

—A que Brisal no es un país.

Recuerdo entonces las noticias de la detención de Paola y parece que resuelvo el misterio.

—¿Brasil, Ali? ¿Se ha ido a Brasil?

—¡Eso!

—¡Disculpe, no puede hablar con las niñas! —Una profesora llega hasta nosotros y coge a las crías para que se suelten de la valla. Debe de rondar los cincuenta años. La reconozco, es Rosa, fue profesora mía en Primaria.

—Soy Joel Briz, fui alumno tuyo. Ella es la hija de Manu Andújar, ¿te acuerdas?

Mi exprofesora se queda seria un momento, como haciendo memoria, y luego me sonríe.

—Me acuerdo de vosotros, pero las normas son las normas.

—Lo entiendo. Ya me marcho.

Me despido de Ali y su amiga con la mano y continúo con mi deambular por el barrio. Se ha ido a Brasil. Se ha ido a buscar a Paola. No sé muy bien para qué, si ella va a ir directa a la cárcel… Pero ese es Manu, corriendo detrás de Paola desde que la conoció. Y ella a su puta bola, con la tranquilidad de saber que lo tiene donde quiere.



Las horas del resto del día pasan lentas. Muy lentas. Y las de la noche más todavía. Cuento cada minuto en un desvelo insoportable que va a acabar con mi salud. Caigo rendido de madrugada porque

era físicamente imposible que mi cuerpo aguantara más tiempo sin descansar.

Al despertar, consulto mi móvil, como cada segundo cuando estoy despierto, y esta vez sí, tengo un mensaje de audio de Manu de casi tres minutos. Se me acelera el corazón y por un momento tengo miedo de lo que me pueda decir, porque igual no es lo que yo quiero escuchar.

Respiro hondo antes de reproducirlo. Su voz es apenas un murmullo, tengo que ponerlo al máximo de volumen y acercármelo al oído para entender lo que dice.

—Hola, Joel, perdona que no te haya dicho nada antes. He tenido a mi hermano Dani pegado al culo todo el rato. Ahora parece que se ha dormido y he aprovechado para encerrarme en el baño y mandarte esto. Podría haberte enviado un mensaje rápido de «todo bien, hablamos cuando vuelva» o algo así, pero pensé que quizá te agobiarías más, no sé. Prefería mandarte algo cuando pudiera hablar un poco más. Quizá no estás agobiado y a lo que pasó tú no le das más importancia, pero yo sí. Nos besamos, Joel —se le quiebra la voz un poco—, pero eso ya lo sabes, estabas ahí. Y si no hubiera sido por la interrupción, no sé hasta dónde habríamos llegado, porque yo no tenía intención de pararlo… Pero eso ya lo hablaremos. En fin, a lo que voy… A ver, te cuento un poco: estoy en Brasil, no sé cómo me dejé convencer por mis hermanos, pero el caso es que aquí estoy, y me parece que para nada, porque esto es mucho más complicado de lo que pensaba y creo que no nos van a dejar verla. Pero bueno, que tampoco quiero que sea ella la protagonista de este mensaje. Paola es mi movida, no la tuya. Tengo mucho que decirte, Joel. Hay mucho que quiero hablar contigo, pero no quiero hacerlo por teléfono ni por mensaje, creo que tenemos que tener esa conversación en persona, a la cara. No voy a hacer como que lo del otro día no pasó. Y tú tampoco. Ya hicimos eso hace unos once años y nos salió fatal. No podría soportar que algo así nos volviera a separar. No voy a consentir que vuelvas a salir de mi vida, ¿lo tienes claro? O no a menos que me lo pidas claramente. —Hace una pausa —. Joel —se le quiebra la voz de nuevo y solloza—, ojalá estuvieras aquí. Necesito hablar contigo, porque me voy a volver loco con todo

lo que tengo ahora mismo en la cabeza… Pero necesito hacer esto. Tengo que ver a Paola y hablar con ella. Te juro que, en cuanto pueda, nos vemos y hablamos de todo. De nosotros. —Se escuchan unos golpes, seguidos de un «Manu, ¿estás ahí?» amortiguado—. Mierda, Dani.

Y así termina el audio.

Lo reproduzco en bucle una y otra vez para tratar de descifrar sus palabras, para captar cada matiz, para que su voz me acompañe cuando él no puede hacerlo. A veces me da la impresión de que lo que me va a decir es que quiere intentarlo, que entre nosotros hay algo, pero otras pienso que me estoy haciendo demasiadas ilusiones y que lo que me dirá es que fue un calentón y que estamos mejor como amigos. En cualquier caso, eso no me disuade de seguir reproduciendo su voz una y otra vez, y disfrutar de cómo se me eriza el vello de todo el cuerpo cada vuelta que lo escucho decir: «nos besamos, Joel… No sé hasta dónde habríamos llegado, porque yo no tenía intención de pararlo».

«No sé hasta dónde habríamos llegado, porque yo no tenía intención de pararlo».

«Yo no tenía intención de pararlo».

«Yo no tenía intención de pararlo».

«Yo no tenía intención de pararlo»…

CAPÍTULO 29

TE LO PROMETO



MANU

El teléfono no suena. Llevo más de veinticuatro horas en esta habitación sin salir y todavía no ha llamado nadie. Ni a mi móvil improvisado tampoco. Dani mira por la ventana que da a la playa y suspira cada poco rato.

—Vete a hacer surf —le pido—. O a ligar. O a lo que quieras hacer. No hace falta que te quedes de canguro, soy mayorcito…

—No, no, me quedo contigo.

—En serio que no hace falta, Dani.

Ignora mi comentario y devuelve su atención a ese punto en el exterior que lleva mirando ya un buen rato. Abro la boca para decir algo más, pero, por fin, el teléfono de la habitación comienza a sonar y olvido cualquier otra cosa.

—¿Hola? —digo al descolgar.

Me hablan en un portugués muy cerrado del que no identifico ni una sola palabra.

—Más despacio, por favor, no le entiendo. *Do you speak english?* —pruebo en el único idioma que he estudiado en toda mi vida—. Mierda —farfullo cuando no consigo una respuesta diferente.

Dani viene hasta mí y me quita el auricular. Comienza a hablar en portugués con un acento y una soltura que le desconocía. Me quedo tonto escuchándolo hablar hasta que termina y cuelga.

—Era el abogado de Paola, que está haciendo lo que puede, pero que no le han autorizado visitas de momento. Que lo va a seguir intentando y que te tendrá informado. No le han dicho nada de la extradición, puede ser cuestión de horas o de días.

—Guay, gracias. —Resoplo por la frustración de no haber conseguido nada—. ¿Desde cuándo sabes portugués? ¿Dónde lo has aprendido?

—Pasamos un mes en Cabo Verde y dos en Mozambique… Para que luego digáis que nuestro trabajo no vale para nada.

—Bueno, «trabajo». —Hago el gesto de las comillas en el aire y me río.

—Eh, aprendo idiomas —se defiende.

—Para ligar, supongo.

—Lo importante no es la meta, es el camino…

Dejo escapar una carcajada.

—Pero ¿a ti qué te pasa? Estás rarísimo, Dani.

—Igual estoy madurando. —Parece que se ha ofendido o molestado un poco—. Si fuera Nico el que hubiera dicho eso, no te habrías reído de él.

—Tienes razón, perdona.

Decido no decirle nada más, porque lo cierto es que lo veo bastante perdido desde que Guille se casó y perdió a su otra mitad. No está bien. No sé exactamente lo que le pasa, pero no es el Dani de siempre.

—Bueno, ahora que ya no hay que esperar junto al teléfono, ¿bajamos a la playa? El abogado no va a volver a llamar en un buen rato seguro. Igual hasta mañana o pasado no vuelves a saber de él.

—Baja tú, yo me quedo por si acaso.

—Pero que no va a llamar, estoy seguro. Además, que no entenderás nada, no puedo dejarte solo.

—Es más por si llama la de la embajada, y a ella sí la entiendo, vete tranquilo.

—A ver, Manu, ¿una funcionaria española? Estará almorzando, tampoco va a llamar.

Me río y niego con la cabeza.

—En serio, Dani, vete a la playa a que te dé el aire, te sentará bien. Yo me salgo al balcón y con eso tengo bastante —aseguro, porque me llegó un mensaje de audio de Joel hace horas y estoy deseando escucharlo.

—Vale, bajo un ratillo pequeño. Enseguida subo, te lo juro.

Sale por la puerta a la velocidad del rayo y yo me río en silencio, porque hay cosas que no cambian.

Me asomo al balcón y, cuando ya lo veo caminar por la arena directo a un grupo de chicas en bikini, le doy a reproducir el audio de Joel.

—Hola, Manu, gracias por el audio, la verdad es que sí estaba un poco agobiado, más que nada por no saber de ti. Pasé el otro día por el colegio y vi a Ali de casualidad. Me dijo que estabas en Brasil y flipé un poco. Pero lo entiendo. —Suspira—. Mira, por mí no te agobies, ya hablaremos cuando te venga bien. He decidido que me voy a casa, me vuelvo a París. Solo quedan un par de semanas para mi exposición y tengo mucho que preparar. Así yo me centro en lo mío y tú en lo tuyo y no nos agobiamos si no tenemos noticias del otro. Pero sí, hablaremos cuando puedas. Me llamas y vuelvo cuando tú ya estés más tranquilo y haya pasado mi expo y tal. ¿Te parece? O puedes venir tú a París si lo prefieres… Como quieras. ¿Vale? Venga, pues vamos hablando.

El corazón empieza a golpearme fuerte en el pecho al escuchar sus palabras. Hago el cálculo horario y deben de ser sobre las seis de la mañana en España, así que no lo voy a llamar, pero sí le mando un audio de vuelta.

—Hola, Joel. Debo decir que tu audio, lejos de tranquilizarme, me ha puesto un poco de los nervios… ¿Hace falta que te recuerde tus antecedentes con los «ya volveré de París» o los «puedes venir tú a verme»? Perdona si no me fío nada, pero supongo que lo entiendes. —Creo que mi voz suena molesta, pero no puedo evitarlo—. Iba muy en serio cuando te dije que esta vez no te iba a dejar huir de esta conversación, y me da toda la sensación de que ya lo estás

haciendo. No quería llegar a esto, pero me lo debes, Joel. Y si no quieres volver a verme por lo que sea, me lo vas a tener que decir claramente, porque no merezco menos.

Envío el audio y al momento recibo varios mensajes.

JOEL

Mi apartamento:

7, rue Lepic, apt. 4º — 75018 (Montmartre)

Mi parcela de esta temporada:

Place du Tertre, 75018

Mi exposición:

Atelier Lumière Noire

Dirección: 3, rue Véron — 75018 Paris (cerca del Moulin Rouge)

Y acompaña estos mensajes con una imagen del cartel de la exposición en la que se ve claramente que tanto el nombre de la galería como la dirección son ciertos.

JOEL

Te quiero, Manu

MANU

Perdona por haberme puesto así

JOEL

Tenías todo tu derecho a desconfiar

MANU

Vuelve a dormirte, que es muy temprano allí

Yo voy a volver a llamar al consulado, a ver si me hacen caso aunque sea por cansino

JOEL

Vale

Hablamos, Manu

Te lo prometo

Vuelvo a llamar al consulado y, tras un cuarto de hora esperando, me dicen que la funcionaria no puede ponerse. Al final va a ser verdad que se pasan media mañana almorzando. Apenas acabo de colgar cuando vuelve Dani.

—Qué rápido has vuelt… —Me callo cuando veo que no viene solo. Lo acompaña una chica espectacular—. Vale, igual debería decir «qué rápido» y punto.

Él se ríe de mi comentario y le dice algo a ella en portugués. La chica entra en el dormitorio y él se dirige a mí.

—No tardaré, que hace ya casi una semana que no ligo. —Se ríe entre dientes—. Si me necesitas, dame un grito, que yo salgo enseguida, lo primero es lo primero.

No puedo más que asentir un poco flipado. Y me siento de otro planeta porque de mi última vez hace unos cuatro años y lo único que he tenido desde entonces ha sido el magreo del otro día con Joel. Paola y Joel. Las dos personas —que no llevan mi sangre— a las que más he querido. Los dos que más daño me han hecho. Los dos que me abandonaron. Y aquí estoy, como un imbécil, tantos años después, cruzando medio mundo por ella y pidiéndole explicaciones a él.

Me llegan las risas de Dani y de la chica desde el dormitorio y sonrío con tristeza.

Salgo al balcón para darles un poco de intimidad, pero también para escuchar el sonido de las olas. El mar suena igual en todas partes, aunque hoy aquí el murmullo de la gente es diferente. Ese acento que me es tan ajeno me recuerda que estoy aquí por alguien a quien quizá ya no conozco.

Vuelvo a mirar el último mensaje de Joel y me parece escuchar ese «te lo prometo» con la misma voz que usaba para romper sus promesas.

Suena en ese momento el teléfono y es la funcionaria del consulado, que me devuelve la llamada.

—Hola, Manuel, disculpa, justo estaba pidiendo información sobre tu caso —me dice y yo me siento muy culpable por haber dudado de su profesionalidad.

—¿Novedades?

La oigo suspirar al otro lado.

—Me temo que sí, Manuel. El juez ha ordenado la extradición. No han avisado a nadie. El vuelo despegó hace una hora. Vas a tener que verla ya en España.

—Joder —mascullo con frustración y al momento me arrepiento —. Perdón, no quería ser grosero.

—Te entiendo. Lamento no haber podido ayudarte. Si necesitas lo que sea, no dudes en contactar conmigo. Mucha suerte.

—Gracias.

Me dejo caer derrotado en la butaca y miro el teléfono fijamente, como si así pudiera deshacer la llamada.

Estoy agotado de correr detrás de Paola y de Joel.

Quizá debería darme cuenta de que nunca nadie corre detrás de mí.

CAPÍTULO 30

EMPEZAR DE CERO



MANU (18-25 AÑOS)

El abandono de Joel no fue evidente. Aunque lo cierto es, ahora me doy cuenta, que nunca me llamó o escribió por iniciativa propia. Desde que se marchó, siempre era yo el que iniciaba el contacto. Cada vez las conversaciones duraban menos y los mensajes se espaciaban más, pero sus excusas de estar muy ocupado eran convincentes. Tampoco pensé que estuviera evitando verme. De verdad parecía que no tenía tiempo y cada vez que me decía: «voy muy de culo, te juro que la próxima vez que pase por Valencia te aviso», yo le creía.

Me sentí triste, tampoco lo voy a negar. Sí sentía que no tenía ganas de verme, pero pensé que era algo generalizado, no que fuera yo al único que estaba evitando deliberadamente. Pensé que su nueva vida en París era mucho más emocionante que lo que había dejado en Valencia.

Por mi parte, empecé la carrera de Farmacia y me iba bastante bien. Paola había empezado un grado de Empresariales y Económicas, o dos, no sé, una de esas carreras exclusivas y carísimas de las que hay en algunas universidades privadas.

Nuestra relación avanzaba a toda velocidad. Ya sin Joel, me volqué en ella casi por completo y nuestro vínculo se fue volviendo cada vez más sólido. Todavía estábamos en primero de carrera cuando llegó un día emocionada a contarme su gran noticia. Debía de ser enero o febrero, porque estábamos en un parque y recuerdo sus mejillas sonrosadas por el frío y su boca tropezando con la bufanda al hablar. Cuando se emocionaba, la cabeza le iba más deprisa que las palabras y se aturullaba un poco.

—No te lo vas a creer, Manu. He fundado una empresa… ¡Soy empresaria!

—¿Qué? —Me reí—. ¿Qué dices? ¿De qué hablas?

—Pues, verás, tuve una idea de negocio y la comenté en casa una noche durante la cena como si tal cosa. Pues el caso es que a mi padre le pareció muy buena idea y me dijo que preparara un proyecto de negocio, un plan de empresa y tal. Y bueno, pues con lo poco que he visto en clase y lo que he investigado por mi cuenta no me pareció muy complicado, así que lo hice. Total, que papá me consiguió socios inversores y ayer firmamos la sociedad a mi nombre. ¡Soy oficialmente empresaria!

Dejé escapar la risa.

—¿De qué es la empresa? ¿Por qué no me lo habías contado? ¿Es eso que me decías que tenías que hacer para tu padre?

—Sí, eso es, pero no le di más importancia porque pensé que era una tontería que no iba a ir a ningún lado.

—Pues ya ves… Si es que eres brillante. —Sonreí y tiré de su mano para que nos sentáramos en un banco—. Cuéntame de qué va tu empresa, ¿me darás trabajo?

—No, imposible. Verás, ya sabes que Martina no tiene moto porque le dan miedo, ¿verdad?

—Ajá —asentí con cara de tonto porque su entusiasmo era contagioso.

—El caso es que siempre que sale tiene que coger un Uber o un Cabify o un taxi o lo que sea… Y, bueno, pues también le da miedo porque de vez en cuando se escuchan noticias de conductores que, en fin, ya tú sabes…

—Sí. —Me puse serio—. También he leído noticias de esas.

—Pues eso, que Martina dijo que se sentiría mucho más segura si la conductora fuera una mujer, y claro, yo pensé que las conductoras tampoco trabajarán a esas horas por si les toca recoger a un tío o, peor, a varios, porque también les dará miedo. Total, que vamos a crear una empresa como esas pero solo con conductoras mujeres y solo con pasajeras mujeres. Una especie de «UberGirls», si quieres verlo así. Es una mierda que haga falta llegar a ese extremo, pero es un vacío de negocio que hemos aprovechado. ¿Qué te parece la idea?

—Me parece que eres la persona más inteligente que conozco. —La besé—. Y menos mal que solo usas tu poder para el bien.

Ella se rio y volvimos a besarnos.



Un par de años después, su empresa era un éxito. Nunca le pregunté cuánto dinero ganaba, pero era mucho. Que con toda la pasta que tenía su familia, ni siquiera le hubiera hecho falta, pero ella había reinvertido sus ganancias en varias empresas más. Un par le salieron regular, pero, en general, por lo visto, el balance era más que positivo.

Para cuando terminamos la carrera, ella ya era una empresaria consolidada. Tenía un buen número de empresas a su nombre y era directiva en una de las de su padre. Era una mente absolutamente brillante y yo no podía estar más orgulloso de ella. Por mi parte, empecé a trabajar con mi padre en la farmacia y, bueno, era divertido, estar con papá siempre lo es. Él estaba contento de tenerme allí y me pagaba un sueldo justo, con lo que podía ir ahorrando.

Teníamos veinticuatro años cuando fuimos de viaje a Amsterdam. Nuestra primera opción era París, como excusa para ver a Joel, con el que todavía hablaba de vez en cuando, pero al que hacía ya seis años que no veía. Una vez más, me puso una excusa para que no fuéramos y cambiamos el destino, porque ir a París y no poder verlo me entristecía. Ya hacía un par de años que cada rechazo lo sentía

como una puñalada. Ya era evidente que le importaba más bien poco.

El caso es que la negativa de Joel nos hizo cambiar de destino a última hora y optar por Amsterdam. Y ese fue el viaje que me cambió la vida, porque por culpa de un pastelito de esos especiales que solo son legales allí y un condón divertido del barrio rojo, nos encontramos con un embarazo no buscado ni deseado. Si lo pienso, es gracioso el hecho de que si Joel no hubiera rechazado mi visita, Paola no se habría quedado embarazada y no nos habríamos casado… En fin, la vida, que a veces se ríe de nosotros en la cara.

Sentí que mi vida se paraba. No estaba preparado para algo así. Y ella tampoco. Dudamos durante semanas si seguir adelante con el embarazo o no, pero al final decidimos que era lo que queríamos, que simplemente se había acelerado todo un poco. Nuestras familias se sorprendieron bastante, pero lo encajaron muy bien. Llevábamos seis años juntos y nos veían a los dos muy centrados. Ni siquiera iban a tener que ayudarnos económicamente porque yo tenía mi sueldo y ella, bueno, ella manejaba más dinero del que podía gastar.

Fijamos la boda para un par de meses después, porque Paola quería que nos casáramos cuanto antes para estar divina ese día. Se lo concedí, porque me hizo gracia y porque a mí en realidad me daba igual. Yo sentía que la vida me atropellaba, que todo iba demasiado deprisa y que no podía hacer nada para frenarlo. No me sentía preparado para ser padre y no tenía más remedio que hacerme a la idea porque los días pasaban a más velocidad de la que yo tardaba en asimilarlo.

Alguien de mi curso se enteró y soltó la noticia en el chat de antiguos alumnos del colegio, en el que, por supuesto, también estaba Joel. Aunque la mayoría de los mensajes eran de apoyo y enhorabuena, un grupo de giilipollas empezó a hacer coñas y a mandar gifs de suicidios, bebés, mierdas y tal. Al final me salí del grupo porque no tenía ganas de aguantar tonterías y porque ya no tenía nada que ver con esos imbéciles, iba a ser padre. Joel no había comentado nada, por lo que le escribí un mensaje directo.

MANU

Hola

Supongo que has visto el grupo del insti y ya te has enterado de todo

JOEL

Sí

Enhorabuena

MANU

Enhorabuena? Estás de coña?

JOEL

No sé, Manu, te vas a casar y a tener un hijo, es lo que se dice, no?

MANU

Y cuándo hemos sido tú y yo de decirnos “lo que se dice”?

JOEL

No sé

MANU

Vendrás a la boda?

JOEL

No voy a poder

MANU

Todavía no te he dicho cuándo es. Aún no tenemos fecha

JOEL

Pero no tengo intención de pasar por Valencia en el próximo año. Tengo mucho lío aquí. No me viene bien

MANU

Ya

Qué triste que no me sorprenda

Yo podría escaparme unos días a París. Podríamos hacer algo

Necesito salir de aquí, estoy muy agobiado

No puedo con tanto

JOEL

Lo siento, Manu

Tampoco me viene bien

Me sabría fatal que vinieras, porque lo mismo no tengo tiempo ni de tomarme un café contigo

MANU

Vale, Joel, lo pillo

No lo entiendo, pero lo pillo

A ese último mensaje ya no me contestó. Esa tarde lloré. Mucho. Decidí no volver a escribirle nunca más y asumí que mi relación con Joel había terminado en aquel aeropuerto seis años antes, aunque yo me había empeñado en que no fuera así. Pero cuando alguien no quiere formar parte de tu vida, no hay nada que puedas hacer para cambiar eso.

Pasé unas semanas malas, no voy a mentir, porque sentía que todo se me venía encima. Pero, al final, me sobrepuse y decidí enfrentar el nuevo reto que me lanzaba la vida con entereza y sensatez. Iba a casarme con Paola y eso me hacía feliz, aunque el momento y las circunstancias no fuesen los que yo habría elegido de haber podido hacerlo.

Mi suegro me citó un día para hablar conmigo. Acudí, por supuesto, y me pidió que firmara un acuerdo prematrimonial que mantenía nuestras economías previas independientes y en el que renunciaba a todo en caso de separación. Lo firmé sin cuestionar nada. Nunca he entendido a la gente que se ofende por algo así. Yo no quería su dinero, yo quería a Paola.

Nos casamos y nos mudamos a una casa enorme que ella había comprado por su cuenta. Yo hubiera preferido algo más pequeño que pudiéramos pagar a medias, pero ella se empeñó en vivir allí y

se lo concedí. Me pareció justo que si ella ganaba tanto pudiera vivir donde quisiera, y yo no me sentía menos por eso.

Y nació Ali.

Y nos cambió la vida.

Esos primeros meses fueron tan mágicos como agotadores. Pasamos las primeras semanas los tres en casa, adaptándonos a los nuevos ritmos, acostumbrándonos a ser tres. Conociéndonos. A los dos meses, Paola quiso volver a trabajar, y yo no tuve problema en alargar un poco más ese tiempo con Ali. Mi padre me lo puso muy fácil y me apoyó como el mejor de los jefes (y de los abuelos). Él sabía bien lo que era ser padre de un bebé… Bueno, es su caso, de cuatro, y casi a la vez.

Ali acababa de cumplir los cuatro meses cuando todo se torció. Paola mandó un mensaje para decir que no vendría a comer, que tenía mucho lío. Decidí pasarme por la oficina para darle una sorpresa y llevarla a comer a algún sitio cerca de su trabajo.

Llegué a su edificio con Ali en la mochila y subí hasta la planta donde estaba su despacho, pero lo que vi me dejó totalmente descolocado. Todo el mundo iba como loco de aquí para allá, dando gritos, destruyendo papeles en las trituradoras… Se palpaba el pánico en cada rincón. Incluso había gente liándose a martillazos con los discos duros.

—¿Qué pasa aquí? —le pregunté a Paola desde la puerta de la sala de reuniones donde la encontré.

—Tenemos un marrón muy gordo, Manu, no es un buen momento. —Tenía la cara desencajada, nunca la había visto tan seria y asustada.

—Me estoy acojonando y no sé por qué, Paola, ¿qué pasa?

—Vete a casa, cariño, por favor. Luego te lo cuento todo.

Pero ese «luego» no llegó, porque yo me fui a casa, sí, pero a ella la detuvo la policía esa misma tarde. Me llamó desde la comisaría para decírmelo, y me dijo también que no me preocupara, que sería un malentendido y en cuanto se aclarara estaría fuera.

Yo estaba tan confuso que no me vi capaz de estar solo, así que me fui a casa de mis padres. Pasé unos días allí, unos días de los

que apenas recuerdo nada. Paola y su padre salían en las noticias y yo no entendía una mierda.

Recuerdo a mi madre insistiendo en que comiera algo y a mi padre buscando por todo tipo de medios nueva información. Yo no comprendía qué había pasado ni por qué hablaban de irregularidades, de documentación falsa, de investigación abierta, de prevaricación, corrupción, malversación… Eran palabras que me resultaban tan ajenas como la jerga de los astronautas.

A los cuatro días, me llamó mi suegra para contarme que el abogado la había informado de que ya los habían llevado ante el juez y se había fijado una fianza de un millón de euros por cada uno. Que ella se había hecho cargo y que saldrían en cualquier momento.

Esa misma noche, Paola se presentó en casa de mis padres. Fuimos a mi antigua habitación, donde tantos ratos especiales habíamos pasado años atrás, para dormir a la niña y poder hablar tranquilos.

—Vente conmigo, Manu —me pidió—. Vámonos lejos, con la niña, los tres, empezaremos de cero en otro sitio.

—¿Qué dices? —Me reí porque de verdad pensaba que estaba bromeando—. No tiene gracia.

—No estoy de broma, Manu, no quiero ir a la cárcel.

—¡No vas a ir a la cárcel! Os podéis permitir los mejores abogados, seguro que pueden aclarar este malentendido.

Ella me miró seria, a punto de echarse a llorar.

—No es un malentendido, cariño. No hay manera de arreglar esto. Me van a caer, como mínimo y con mucha suerte, cinco años.

—No es verdad —murmuré, porque juro que no creía que estuviera hablando en serio—. ¿Has hecho todo eso que dicen?

—Sí. —Su voz fue apenas un gorjeo.

—¿Qué dices? Pero ¿estás loca? ¿Por qué? ¿Qué necesidad tenías?

—¿Te acuerdas de aquella primera empresa que monté? ¿Aquellos socios inversores? Pues eran una tapadera, se dedicaban a desviar fondos públicos. Y lo hicieron también con varios de los negocios que monté después. Cuando me enteré de todo eso,

estaba ya enmarronadísima, y era tan fácil hacerlo y tan difícil que nos pillaran… No sé, me pudo la ambición.

—No. —Negué con la cabeza—. Eso no es ambición, es puñetera avaricia. Solo es dinero, Paola. ¡¿Has arruinado tu vida, nuestra vida, por puto dinero?! Cuando, además, el dinero es algo que siempre te ha sobrado…

—Lo siento, Manu, yo no sabía…

—¡Ni de coña! No me vengas con que no sabías nada, no te hagas la tonta porque eres la persona más inteligente que conozco… ¡Eras consciente de lo que hacías y de lo que te jugabas! —grité más enfadado de lo que había estado en toda mi vida, y hasta Ali se despertó.

Ella la cogió y empezó a acunarla.

—Vámonos lejos, Manu, los tres. Empecemos lejos de todo esto. Nosotros solos.

—Estás de broma. —Bufé y le quité a la niña—. No me conoces nada si piensas que haría algo así.

—Manu, por favor…

—Te quiero, Paola, te quiero muchísimo, pero no eres todo mi mundo. Y menos ahora que siento que no te conozco. No voy a abandonar a mis padres y a mis hermanos para vivir como un prófugo a saber dónde. Yo no he hecho nada malo y no quiero vivir así. Y, desde luego, no quiero eso para mi hija.

—Lo entiendo —murmuró y nos dio un beso, primero a la niña y luego a mí—. Adiós, Manu.

Y se marchó.

No pensé que llegara a hacerlo, pensé que era solo un arrebato provocado por el miedo, que recapacitaría y se daría cuenta de lo absurdo y peligroso de su idea. Pero sí lo hizo. Unos días después, ya se hablaba de que tanto ella como su padre estaban en paradero desconocido.

Algo tengo que agradecerle a mi suegro, y es que, cuando me llamaron a declarar unas semanas después, gracias a ese acuerdo prematrimonial tan abusivo que me había hecho firmar, quedó claro que yo no tenía ningún tipo de vinculación económica con esa familia.

Con los ahorros que tenía y un poco de ayuda de mis padres, di la entrada para un piso pequeñito de dos habitaciones muy cerca de su casa. Y ahí Ali y yo formamos nuestra familia y nuestro hogar.

Y no nos ha ido mal desde entonces.

CAPÍTULO 31

TARDE PARA ARREPENTIRSE



MANU

La reja se abre con un chasquido metálico y me siento como si estuviera dentro de una película. Nunca había entrado en una cárcel, y la verdad es que nunca pensé que fuera a hacerlo. Los funcionarios de la prisión nos conducen a mi abogado y a mí a través de los detectores de metales y los controles de seguridad.

Cuando ya parece que está todo claro, un agente nos guía por varios corredores hasta la sala definitiva. Mi abogado me entrega el sobre con los papeles y me dice que esperará fuera. El guardia me abre la puerta de la sala y me pide que entre, dice que enseguida la traen.

Me sudan las manos y me pica todo. El sitio es cutre como pocos en los que he estado. Hay una cama doble con una colcha que tiene pinta de que ya tenía pulgas hace cuarenta años, una butaca y una mesa auxiliar. Nada más. Me quedo de pie porque, por un lado, estoy tan nervioso que prefiero permanecer así, y segundo, porque no quiero ni imaginar lo que ha llegado a hacer la gente en esta sala de vis a vis y con qué nivel de higiene.

La puerta se vuelve a abrir y un policía que no parece tener ganas de estar aquí —no voy a culparlo, yo tampoco las tengo—

gruñe un «tienen una hora» antes de apartarse para que entre ella y volver a cerrar la puerta ya desde fuera. A Paola se le ilumina la cara al verme y se lanza sobre mí.

—¡Manu! —casi grita de entusiasmo y me abraza fuerte—. Has venido. Qué alegría, cariño…

La rodeo con mis brazos y suspiro por todos los recuerdos que me trae esto. Ella me besa la cara sin parar y sus labios buscan los míos. En ese momento, la cojo por los hombros y la separo de mí.

—Para, Paola.

—¿Qué pasa? —Pone las manos en mi cara y me mira a los ojos —. Te he echado tanto de menos…

—Yo a ti también —confieso.

Ella vuelve a lanzarse a mi boca y de nuevo la aparto de mí.

—¿Qué pasa, Manu? ¿Por qué has pedido un vis a vis?

Resoplo y trato de mantener la serenidad.

—He pedido un vis a vis para tener un poco de intimidad y no verte a través de un cristal. Tenemos que hablar de cosas nuestras, delicadas, y necesito también que me firmes el divorcio. Firmar un divorcio me parece algo lo suficientemente íntimo como para solicitar un espacio privado.

—¿Divorcio? —Se le atragantan las palabras en la garganta—. ¿Has venido para firmar el divorcio?

—Sí, lo pedí cuando te marchaste, pero estas cosas van tan lentas que aún no se ha resuelto. Me facilitarías mucho la vida si lo firmaras y yo pudiera pasar página.

Cojo el sobre que he dejado sobre la mesita y se lo doy. A ella se le empañan los ojos.

—¿Así? ¿Nada más llegar? Ni un «hola, Paola, ¿qué tal?».

—¿Qué tal? ¡¿Qué tal?! —Me llevo un puño a la frente y trato de mantener la calma—. ¿Tienes idea del marrón que ha sido que te largaras así?

—Lo siento mucho, Manu, no tenía otra opción…

—¿Que no tenías otra opción? ¿De verdad piensas eso? Tan inteligente para unas cosas y para otras tan gilipollas… Si hubieses asumido la culpa y la condena, te habrían caído de cinco a diez años de cárcel y, con buen comportamiento, se te habría quedado en

menos… ¡Han pasado cuatro años! ¡Estarías a punto de salir! ¡Podrías estar con tu hija y ella no tendría recuerdos sin su madre!

—No me digas eso, Manu. —Solloza—. Ya me siento bastante mal.

Se deja caer sobre la cama, cuyos muelles parecen quejarse por el peso. Yo tomo asiento a su lado y conmigo protestan más todavía.

—Ahora tienes una nueva oportunidad para hacer las cosas bien —murmuro—. Si firmas los papeles, se los daré a mi abogado y podrá tramitarlos cuanto antes.

Le tiendo un bolígrafo.

—Claro. —Ella solloza de nuevo y lo coge.

Saca el acuerdo del sobre y le echa un vistazo por encima. Lo firma sin hacer preguntas. Yo de repente me siento ligero, pero con un peso enorme dentro. Es confuso, es contradictorio, pero es así.

—Gracias. Ahora, por favor, firma el otro documento que hay en el sobre. Es un consentimiento para que, mientras estés aquí, pueda ejercer yo la patria potestad de Ali sin necesidad de tu firma.

—¿No puedo ni opinar sobre lo que concierne a mi hija?

—No has opinado en los últimos cuatro años y no te ha supuesto problema —mascullo, pero luego respiro hondo y me obligo a no ser borde con ella.

—¿Me estás borrando de su vida?

—Venga ya, Paola, parece que no me conozcas. No te estoy quitando nada. Solo quiero evitar tener que pasar por el juzgado cada vez que haya una urgencia o un trámite. Sabes que siempre voy a hacer lo que sea mejor para Ali.

—Lo sé —murmura—. ¿Dónde firmo?

—Ahí —señalo.

Y lo hace. Luego el silencio ocupa cada rincón durante unos segundos que se me hacen eternos.

—¿Cómo está Ali? ¿Me has traído una foto?

—Claro. —Cojo el sobre que llevo en el bolsillo interior de la cazadora y se lo doy—. Quédatelas si te dejan tenerlas.

—Ahora lo preguntaré. —Saca las fotografías y solloza—. Qué mayor está.

—Casi cuatro años.

—¿Qué le has contado de mí?

—Que la quieres mucho, pero que estás en un sitio muy difícil y no puedes volver. Que la echas mucho de menos y que piensas en ella todo el rato. Y que la verás en cuanto puedas.

—Gracias.

—Eres su madre.

—Soy una mierda de madre.

—En eso tengo que darte la razón.

Se ríe sin ganas y me mira con los ojos a punto de desbordarse.

—Qué mal lo hice, Manu. No sabes cómo me arrepiento.

A mí se me empaña la mirada y la desvío al techo para no venirme abajo.

—Es tarde para arrepentirse.

—Éramos felices y lo jodí todo. —Solloza.

—Sí. —Se me quiebra la voz, pero hago todo lo posible para no romperme.

—¿Me vas a dejar verla? —pregunta con un hilo de voz.

—Pues claro, ¿por quién me tomas? —respondo no sin un deje de indignación—. De verdad que parece que no me conozcas. En estos años, he quedado con tu madre cada vez que me ha pedido ver a su nieta. Si he tardado una semana en venir a verte es porque he estado de papeleos para que te dejen verla fuera de la cárcel. —Se me atraganta la última palabra en la boca porque todavía no concibo que forme parte de nuestras vidas.

—¿Y lo has conseguido?

—Estamos en ello, pero pinta bien. Hay pisos tutelados para estas cosas, a los que te llevarían escoltada, pero la niña no tendría que entrar en una prisión, con lo que eso conlleva. El hecho de que te fugaras lo complica todo bastante, pero creo que me lo van a conceder.

—Ojalá. —Me coge la mano—. ¿Me reconocerá?

—Claro que sí. Tiene un millón de fotos tuyas en su habitación.

—Gracias, Manu. —Me aprieta la mano con la que tiene cogida la mía y me mira a los ojos—. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien —murmuro.

—¿Me odias?

Respiro hondo y me recuerdo el mantra que me repito últimamente de que el rencor no lleva a ningún lado, no aporta nada y no beneficia a nadie.

—No. —Suspiro.

—¿Qué tal tu vida?

—Más o menos igual, pero con obligaciones de padre.

—¿Has pasado página de lo nuestro? Porque yo no.

Suelto un bufido de incredulidad.

—Tú pasaste página cuando cambiaste estar conmigo por dinero.

—Yo no he dejado de quererte. —Me pone una mano en la pierna.

—Cuando quieres a alguien, no lo abandonas.

—Me vi acorralada y necesitaba escapar, pero eso no significa que no te quisiera…

—Lo que tú digas, Paola. —Suspiro.

—¿Estás con alguien? ¿Es eso?

—Ni es asunto tuyo ya —levanto el sobre con el divorcio que me acaba de firmar— ni me apetece hablar del tema.

—O sea, que sí.

—No inventes, Paola, yo no he dicho eso.

—Creo que, si hay alguien ocupando mi lugar en la vida de mi hija, tengo derecho a saberlo.

—Nadie está ocupando tu lugar, te lo aseguro. —Me pongo de pie —. Y nadie lo hará nunca. Eres su madre y eso no va a cambiar. Y aunque yo estuviera con alguien, que no lo estoy —una sombra de duda cruza mi mente durante un momento mientras lo digo—, Ali no iba a dejar de ser tu hija.

—Sí que hay alguien —asegura—. Esa cara que has puesto… Te conozco, Manu, hay alguien. ¿Por qué me mientes? ¿Por qué no me lo cuentas?

—Porque no me parece oportuno, y porque no hay nada todavía… Creo que… —Me vuelvo a sentar a su lado y me rasco la frente—. Creo que me estoy enamorando.

Ella cierra los ojos y se le escapan dos lágrimas.

—Era de esperar. —Solloza.

—Ni siquiera sé por qué te lo he contado…

—Porque yo te lo he pedido.

Unos golpes en la puerta nos sobresaltan.

—¡Cinco minutos! —escucho gritar al agente al otro lado.

Me dejo caer hacia atrás sobre el colchón, ya me da igual hasta coger pulgas. Ella se tumba sobre mi hombro y yo la rodeo con mis brazos y le beso la cabeza.

—Espero que seas feliz, Manu, de verdad. —Solloza—. Y espero que encuentres la forma de perdonarme todo el daño que te hice.

La abrazo más fuerte y me quedo así un momento.

—Tengo que irme —digo por fin y ella se incorpora sin rechistar. Yo lo hago a continuación y me pongo de pie—. En cuanto me lo autoricen, vendré con Ali. Yo creo que si venimos en AVE no será mucha paliza para ella y podemos hacer la ida y la vuelta Valencia-Madrid en un día. Según la frecuencia que dictamine el juez, iremos viniendo. No voy a dejarte fuera, Paola. Ya no podemos llevar la vida que planeamos, pero podemos darle a Ali lo mejor de cada uno y podemos intentar también que ella sea todo lo feliz que esté en nuestra mano.

—Gracias, Manu.

—Adiós, Paola, volveré pronto con Ali.

CAPÍTULO 32

UNA PRINCESA EN UN CUCHITRIL



MANU

—Voy a ver a mi mamá —le explica Ali a la desconocida que va sentada detrás de ella en el avión. A mi hija le he dejado la ventanilla, es la primera vez que vuela.

Encontré una oferta de vuelos Valencia-Madrid que me ha salido más barato que el tren, y son apenas veinte minutos. Así, a la emoción de ir a conocer a su madre, puede sumarle su primer viaje en avión.

—Qué bien —responde la chica.

—Ali, no marees. Y siéntate bien.

—No me molesta —asegura ella.

—¿Ves, papi? No molesto.

—Toma. —Saco de mi mochila la cámara que le regaló Loui—. Haz fotos de las nubes para enseñárselas luego a mamá y a los yayos.

—Vale. Y al tío Loui, para que vea qué bien me salen.

—Claro, a él también —asiento.

Ella sonríe y luego se dirige a la chica de nuevo:

—Lo siento, tengo trabajo.

Tanto a la desconocida como a mí nos da la risa, pero Ali se limita a volver a sentarse bien en su butaca y se concentra en la ventanilla. He intentado que se pusiera un pantalón y un suéter, pero ella se ha empeñado en lucir el vestido que llevó en la boda de Sienna y Amaia, las cuñadas de Guille, porque quería enseñárselo a su madre. No he tenido corazón para negarle eso, así que ahí está mi hija, toda ella tul y tafetán, en blanco y violeta, con un lazo enorme en el pelo y haciendo un reportaje fotográfico. Y creo que es imposible querer más a alguien.

Cruzamos ligeros el aeropuerto. El pequeño pastel de nata y moras que camina de mi mano va captando todas las miradas. La gente le sonríe y muchas chicas le dicen lo guapa que está. Ella sonríe de vuelta y saluda a todo el mundo con la mano como si fuera una princesa en pleno desfile.

—¿Ves, papi? Voy muy guapa.

—Lo sé, no he dicho que no lo fueras. Lo que yo te dije fue que irías mucho más cómoda con un chándal, por ejemplo.

—Y más cómoda aún en pijama, no te digo… ¡Pero no voy a ir en pijama en un día especial! Hoy era día de ir guapísima, papá, ¿lo entiendes?

—Sí lo entiendo, Ali, claro que lo entiendo.

Se me escapa un suspiro al comprobar que, en algunas cosas, aunque no se conozcan, es igual que su madre.



El piso tutelado es triste y desolador, pero infinitamente mejor que una cárcel. Nos hacen pasar a una habitación tan deprimente como el resto del apartamento. Paola está dentro esperando, junto con un policía. Ali se queda como bloqueada un momento. Creo que es la primera vez desde que la conozco que no sabe cómo reaccionar.

—Ali, cariño, qué mayor estás. —Se agacha a su altura y abre los brazos—. ¿Me das un abrazo?

Y ahí mi hija no se resiste y abraza a esa madre que no conoce, pero que he intentado que, en la medida de lo posible, estuviera presente de algún modo.

Ambas se sientan en una alfombra que hay con juguetes y cuentos y comienzan a hablar. Mi hija está eufórica; y su madre, emocionada.

—Qué vestido más bonito llevas, pareces una princesa.

Mi hija me mira con gesto de suficiencia tras el comentario de su madre y a mí se me escapa una risa. Echo un vistazo a la habitación y trato de no estar muy pendiente de ellas. Las paredes están desconchadas y los murales que alguien pintó ahí son un leve recuerdo de lo que fueron. Los juguetes están viejos y los cuentos seguro que se compraron en pesetas. Mi hija brilla como lo haría una princesa en un cuchitril. La veo con su madre, hablando animadas aunque se acaban de conocer. Amplío la visión y las enmarco en este horrible lugar y me invade una sensación espantosa al pensar en lo diferente que es todo a cómo lo planeamos. Cuando decidí formar una familia con ella, esto no estaba ni en el peor de los escenarios más funestos que me llegué a imaginar. Nadie está preparado para que la vida le dé un giro de este tipo. No al menos alguien que jamás ha delinquido. Supongo que la gente que se mete en líos al nivel de los de Paola tiene que contemplar por fuerza esta posibilidad…

Siento opresión en el pecho y un cosquilleo en los ojos, pero me fuerzo a sonreírle a mi hija, que me mira de vez en cuando.

—Estaré fuera, así habláis de cosas de chicas. Si me necesitáis, no tenéis más que llamarme.

El pasillo no es menos cutre. Me apoyo contra la pared y dejo caer un par de lágrimas que consiguen aliviarme un poco. Un agente que pasa por mi lado me da una palmada en la espalda.

—Al principio es duro, amigo. Pero luego te acostumbrarás, como todos.

Sigue su camino y yo respiro hondo. Quiero darles crédito a sus palabras, pero ahora mismo me cuesta creer que esto vaya a llegar a ser mi nueva normalidad.

Me vibra el teléfono en el bolsillo y lo saco con la esperanza de que sea una buena noticia, o algo que me distraiga un poco. O Joel. Sí, Joel sería mi mejor opción. Desde que volvió a París, me escribe constantemente, parece que quiera compensar los diez años en los que no lo hizo. Al principio me hizo asegurarle que no me molestaba y que si era mal momento no miraría el móvil, así que creo que conseguí que se sienta libre de escribirme cuando le nace. A base de mensajes nos vamos contando el día a día el uno al otro. Y eso me ayuda a sentirlo un poco aquí y a llevar mejor algunos momentos. Llevo semanas enterrado en papeleos y trámites, y los mensajes de Joel son de las pocas cosas que me dan algo de luz. Aunque seguimos teniendo una conversación pendiente que ninguno de los dos toca, parece que hemos llegado a un acuerdo tácito para hablar de ello en persona, y casi agradezco que sea así, porque de este modo me puedo concentrar en todos los marrones que tengo abiertos y sus mensajes suponen un alivio a mis preocupaciones, en lugar de añadirme una más.

Sonrío al ver su nombre en la notificación y lo abro al momento. Me encanta que me escriba él primero, en cierto modo, es una forma de compensar ese horrible pasado en el que tanto me ignoró.

JOEL

Cuando puedas me cuentas cómo ha ido

Llevo pensando en ti todo el día

MANU

Muy bien

No ha sido raro, parece que las dos lo llevan fenomenal

Las he dejado hablando y me he salido al pasillo

Las oigo reírse desde aquí

JOEL

Y cómo estás tú?

MANU

Yo?

Esto es algo de ellas

No va conmigo

JOEL

Pero llevar a tu hija a que conozca a su madre convicta igual no es lo que más apetece

Ni una situación en la que nadie esperaba encontrarse

Sería comprensible que te sintieras raro, triste, enfadado…

MANU

Eso sí

Un poco de todo, supongo

JOEL

Ojalá estuviera allí para poder darte un abrazo

Te echo de menos

Suspiro y releo ese último mensaje varias veces.

MANU

Ojalá

Me vendría fenomenal, la verdad

Yo también te echo de menos

JOEL

En cuanto pase la expo, voy a verte

Si ya vas más relajado

MANU

Espero que sí

Yo creo que las cosas empezarán a normalizarse en breve

Lo necesito

Necesito olvidarme de papeleos y de marrones

Y retomar mi rutina

Y Ali lo necesita también

Aunque incorporemos las visitas a su madre en esta nueva etapa

JOEL

Ojalá pudiera ayudarte de algún modo

Me encantaría poder quitarte algo de agobio de encima

MANU

Con estos mensajes me ayudas más de lo que crees

JOEL

No sabes cómo me alegro

Te dejo, que parece que tengo clientes

Si necesitas hablar, ya sabes dónde estoy

Y se desconecta.

Y yo me quedo con cara de bobo imaginándolo dibujando a los guiris en una plaza de París. Y mi imaginación va por libre porque no tengo ni idea de cómo es el sitio donde se pone o qué pinta tendrá. La última imagen que tengo de él es en casa de su madre, con los labios hinchados, la cara colorada, despeinado y sin camiseta. Cómo me jodió la cortada de rollo. Por fin conseguí ese beso que me debía desde hacía más de diez años, pero me supo a poco. A poquísimo.

Guardo mi móvil en el bolsillo y apoyo la cabeza contra la pared de este pasillo en el que nadie querría estar. Cierro los ojos y respiro hondo. Me llega la risa de mi hija desde el otro lado de la puerta, como si estuviera en un parque de atracciones en lugar de en este horrible lugar. Y por un momento me permito pensar que quizá es posible construir algo bonito a partir de aquí. Aunque ni se parezca a lo que un día soñamos. Y aunque, de momento, no tengamos ni puta idea de cómo se hace.

CAPÍTULO 33

OÍR TU VOZ



JOEL

Me siento al borde de la extenuación. Llevo desde que volví a París currando más que nunca. No solo por el trabajo extra que supone preparar la exposición, también estoy más horas que nunca en mi puesto de la calle. En parte es porque me viene bien el dinero para compensar los dos meses largos que estuve en Valencia sin trabajar. Mantener una vida en esta ciudad sin ingresos se ha comido casi todos mis ahorros. Pero, por otra parte, me ayuda a estar ocupado y a no darle tantas vueltas a la cabeza pensando en Manu, en lo que pasó, en lo que pudo pasar y en lo que pasará cuando nos volvamos a ver.

He vuelto a la cómoda rutina de mi vida aquí, con un añadido reciente que se ha convertido desde el minuto uno en mi parte preferida del día: las llamadas de Manu en plena noche.

La primera fue hace un par de semanas. Llegué tardísimo y congelado a casa. Había cenado una porción de pizza por el camino para no tener ni que cocinar de las ganas que tenía de que acabara el día. Me di una ducha larga para entrar en calor y, tal como me sequé, me colé bajo el plumas con toda la intención de no salir hasta el día siguiente.

Pasaban unos minutos de la medianoche cuando mi teléfono empezó a vibrar en la mesilla. Me asusté un poco, porque una llamada en plena noche suelen ser malas noticias. Aunque la peor de todas las llamadas que yo había recibido fue de buena mañana.

El nombre de Manu parpadeaba en la pantalla y me dio un vuelco el corazón. Nos habíamos mandado muchos mensajes, pero no habíamos hecho ni una sola llamada desde la última vez que nos vimos. Por eso, contesté un poco asustado.

—¿Manu? —Mi voz sonó ronca porque llevaba muchas horas sin hablar.

—Joel —La suya fue suave, casi un jadeo—. ¿Te pillo mal?

—No, me pillas en la cama. ¿Va todo bien?

—¿Dormías?

—No. Manu, ¿va todo bien?

—Sí, perdona, no quería asustarte. No puedo dormir y necesitaba oír tu voz. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Sentí un gran alivio. Yo no tenía sueño. Tampoco ropa.

Apoyé el móvil sobre mi pecho, bajé la mano por el abdomen y la dejé caer ahí, donde ya se había empezado a mover algo, solo con escuchar su voz. La moví apenas, solo lo justo para aliviarme un poco, pero con toda la intención de ir más allá en cuanto terminara la llamada.

—Tú sabes que hay un método muy sencillo para que te entre sueño, ¿verdad? —bromeé, aunque me arrepentí al momento, porque, hasta donde yo sabía, en el pasado, Manu no podía masturbarse cuando quería. Y no tenía ni idea de si eso había cambiado.

—Lo sé. —Aunque no podía verla, noté la sonrisa—. ¿Por qué te crees que quería oír tu voz?

Y entonces lo entendí. Su voz baja, casi un jadeo, la respiración agitada, el sonido de las sábanas…

—Joder, Manu. —Casi gemí al apretar más fuerte mi mano, porque con sus palabras acababa de pasar directo al siguiente nivel —. No le des estos sustos a mi hipersensibilidad, que me puede dar un chungo…

Lo escuché reírse entre dientes sin bajar el ritmo de sus respiraciones.

—¿Te sigue pareciendo bien?

—Sí, joder. —Gemí—. Si yo estoy igual.

—Joel —jadeó y a mí algo me agitó por dentro.

—Si dices mi nombre en ese tono, esta llamada va a ser muy corta…

Me dio la impresión de que quería reírse, pero, en cambio, su respiración se aceleró. La mía también. Las exhalaciones de ambos eran lo único que rompía ese silencio cómodo y sucio que nos envolvía. Ninguno de los dos dijo abiertamente lo que estábamos haciendo, pero ni siquiera hizo falta. No necesitaba preguntarle si seguía ahí, porque podía escucharlo, como si estuviera a mi lado, aunque no lo estaba. Cerré los ojos y recordé la última vez que lo vi. Y casi podía sentir sus labios de nuevo, sus manos por mi piel, su pecho contra el mío.

—Joel. —Volvió a jadear, esta vez acompañado de un gemido agónico que me dejó claro que era su clímax—. Joel —repitió y, solo con escucharlo, todo para mí se aceleró, se precipitó, y me dejé ir con el sonido de mi nombre en sus labios todavía retumbando dentro de mí.

No dijimos nada durante un rato, nos limitamos a escuchar cómo se calmaban nuestras respiraciones y se iban acompasando.

—Gracias, Joel —dijo por fin—. Me ha venido muy bien la charla, estaba muy agobiado.

Yo sonreí como imaginé que estaba haciendo él.

—Ha sido un placer. Literal. Llámame siempre que quieras —le pedí mientras me limpiaba rápidamente el pequeño caos que había desatado hacía un momento.

Él soltó una risa breve y suspiró.

—Buenas noches, Joel.

—Buenas noches, Manu.

Pero ninguno de los dos colgó. Nos quedamos en silencio escuchando nuestras respiraciones cada vez más débiles. No tardé en quedarme dormido. Me desperté al día siguiente con el teléfono sin batería y enredado entre las sábanas.

El caso es que esa llamada fue la primera, pero después vinieron muchas más. Me llama casi todas las noches y lo cierto es que apenas hablamos. No decimos lo que hacemos, ni lo que haríamos. No nos decimos guarradas ni palabras bonitas. Simplemente compartimos un momento y nos escuchamos. Y eso es todo. Las conversaciones transcendentales y las livianas las tenemos durante el día por mensaje, pero por las noches le robamos un ratito a la realidad y a la distancia; y estamos juntos, sentimos juntos y respiramos juntos. A la espera de que llegue por fin el momento de volver a vernos.

A veces me quedo tumbado mirando al techo después de colgar. Con el cuerpo en calma y la cálida sensación de haber estado con él, aunque en realidad esté solo. Fuera de estas paredes, la ciudad duerme. Pero quiero creer que, a mil quinientos kilómetros, Manu está en su cama pensando en mí, tal como estoy haciendo yo. Llevo toda la vida colgado de él, pero me da la sensación de que cada noche que me llama me engancho un poco más a esta versión de Manu que no sé si existe fuera del teléfono.

CAPÍTULO 34

UNA CONVERSACIÓN PENDIENTE



MANU

Los últimos metros antes de llegar al colegio son los más difíciles. Hace semanas que tengo la sensación de que todo el mundo nos observa. Puede que sea cierto. Las miradas que le dirigen a Ali van cargadas de una lástima que me parte el corazón. Ella parece ajena a todo, pero ¿por cuánto tiempo?

A punto de enfilar ya la calle de la escuela, me bloqueo. Mis pies no avanzan. Hoy no. Hoy no tengo fuerzas para afrontar esto. No quiero conversación banal. Tampoco seria. No quiero miradas de pena, ni de condescendencia, ni mucho menos de desconfianza. Hoy no quiero pensar. Al menos no en Paola y en todo esto. Quiero un rato para mí. Quiero pensar en Joel. Quiero hablar con él de una puñetera vez y aclarar las cosas. Tener la conversación que nos debemos desde hace semanas. Me encantan los mensajes y las llamadas, pero necesito más. Mañana es la inauguración de su exposición y nada me gustaría más que estar allí con él. Quiero acompañarlo en su día especial, ese que lleva tanto tiempo esperando. Me niego a que mi vida siga en pausa, a que todo gire en torno a Paola. No puedo más.

—Papi, ¿no vamos? —me pregunta Ali cuando llevo quizá un rato de más parado en medio de la acera.

—¿Y si hoy no vas al cole?

—¿Y a dónde vamos? —Me mira a través de las pestañas, con suspicacia, porque las veces que no va a clase en día lectivo suele ser para ir al pediatra.

—A cualquier parte. —Suspiro.

Aviso en la aplicación del cole que no irá en toda la semana, total, hasta los seis años la escolarización no es obligatoria, no habrá problema. Y aviso también a Rubén, el empleado que tengo en la farmacia —que ya lo era de mi padre, lleva allí más años que yo— de que estará solo durante unos días. Por último, compro un billete de avión a París para esta misma tarde y guardo el teléfono.

Y nos alejamos del colegio.

No hay mucho para hacer con una niña de cuatro años entresemana por las mañanas, pero pasamos un buen rato en el parque y luego nos comemos un gofre que nos dan pinchado en un palo como si fuera un helado, aunque está caliente. Nos manchamos de chocolate la cara y la ropa, pero no nos preocupa, nos da más risa que otra cosa. Y durante un rato me siento libre de preocupaciones, de responsabilidades y de marrones. Durante un rato, la vida es sencilla, somos Ali y yo. Como llevábamos siendo los últimos años. Necesitaba este ratito con ella. Necesitaba volver a sentir que podemos con esto, que podemos con todo, que nada va a romper esto que tenemos.

Antes de que se haga la hora de comer, acudimos a casa de mis padres.

Entro con mis llaves, como hago siempre, aunque toco el timbre un par de veces antes porque no me esperan, y aventurarse en su casa sin llamar es peligroso. Encontramos a mamá con su portátil en el sofá y se le ilumina la cara al vernos.

—¡Pero bueno! ¿Y esta sorpresa? —Deja rápidamente el ordenador a un lado y abre los brazos a tiempo de recibir a mi hija, que ya se ha lanzado a por ella.

—¡Yaya!

Mi padre sale en ese momento de la cocina y le dedica a mi hija una enorme sonrisa.

—¿Coméis aquí? —me pregunta sin dedicarme siquiera una mirada a mí.

—Ella sí, yo no. ¿Os quedáis con ella unos días? —Me dirijo a mi madre, que es la que manda en realidad.

—Eso ni se pregunta, cielo, ya lo sabes.

—¿Y eso? —Papá arruga las cejas—. ¿Va todo bien?

—Sí, pero necesito escaparme. —Me rasco la frente—. Me voy a ver a Joel unos días.

—Haces bien, cariño, te va a sentar fenomenal, así desconectas.

—Yo no tengo nada esta semana, vamos a hacer un montón de cosas, ¿qué te parece, Ali? —dice mi padre.

—¡Me parece genial! —Ella levanta los brazos.

—Bueno, pues me marcho. Ali, pórtate bien, en unos días estoy de vuelta.

—Claro, papi. —Me agacho a darle un abrazo y un beso y ella me habla al oído—: Dile a Joel que vuelva y que nos haga *crecs.*

Sonrío y asiento.

—Se lo diré.



No son ni las siete de la tarde cuando el taxi me deja en la esquina de la place du Tertre, donde me contó Joel que estaba su parcela. No he querido avisarlo por si pasaba lo que fuera y al final no podía venir. No he querido marearlo más. Respiro hondo antes de acceder a la plaza, porque ahora sé dónde está, o dónde me dijo que trabajaba, al menos. Me vienen a la memoria todas las veces que quise venir a verlo y que me puso excusas absurdas. Pero destierro esos pensamientos que se me enredan en el pecho y me quitan el aire porque debo seguir adelante y olvidar el pasado. Es casi de noche y hace bastante más frío que en Valencia, por lo que me abrocho el abrigo y, tras recolocarme la mochila de emergencia que he cogido, meto las manos en los bolsillos.

Paseo por la plaza sin perderme detalle de todos los artistas que están cerca de terminar su jornada laboral. Los turistas pasean de aquí para allá y yo solo soy uno más. Hay un sinfín de dibujantes, cada uno con su estilo, y los viandantes revisan los trabajos que hay expuestos en cada ubicación para decantarse por uno u otro.

Finalmente lo veo. Su puesto queda bajo una farola que lo ilumina desde arriba. Me ha costado reconocerlo porque lleva una boina de pintor y unos guantes de lana sin dedos, totalmente metido en su papel de artista parisino. Parece muy concentrado mientras retrata a una pareja que hay sentada frente a él. Me quedo mirándolo durante un tiempo tan extenso que creo que rozaría el límite del acoso. Pero siempre me ha gustado verlo dibujar, y hoy más que nunca. Por fin me decido a acercame y lo hago por su espalda y en silencio. Suerte que nadie me presta atención. Está terminando el dibujo, por lo que debo darme prisa si quiero moverme antes de que levante la cabeza y me vea. El trajín de la plaza me ayuda a pasar desapercibido. Me agacho con sigilo cuando estoy justo detrás de él y le susurro al oído:

—Quiero que me dibujes como a una de tus chicas francesas.

Él da un respingo y se lleva una mano al corazón. Luego se gira hacia mí y sonríe en cuanto me ve.

—¿Qué haces aquí?

—Te lo acabo de decir. Quiero que me dibujes como a tus chicas francesas…

Él pone los ojos en blanco y vuelve a sonreír, aunque parece que quiere aparentar que no.

—¿Te parece original? ¿Tú sabes la de veces que me han dicho eso?

—¿Quienes?

—Graciosillos poco originales, como tú.

—¿No soy especial? —Me llevo una mano al pecho en un gesto teatral y él se ríe.

Me río yo también.

—Sabes que sí —murmura.

—Acaba. —Hago un gesto con la cabeza hacia la pareja que nos mira flipando porque él parece haberse olvidado de ellos.

Joel les habla en francés, retoca unos detalles del dibujo y les cobra con un aparato muy gracioso y muy pequeño. Cuando los turistas se marchan, lo miro y me vuelvo a reír.

—No sabía que los artistas callejeros teníais datáfonos. Eso no es muy de indigentes… Y menos uno tan cuqui.

—¿Por qué has venido? —Se ha puesto medio serio de repente.

—Porque necesitaba escapar. Y porque tenemos una conversación pendiente. —Me quedo callado un momento—. Y porque te echaba de menos.

Deja escapar el aire que estaba reteniendo y yo doy un paso hacia él y lo abrazo fuerte.

—¿Me explicas lo de la boina? —le pregunto al oído—. Te faltan las cabras.

Él deja escapar una carcajada sin soltarme.

—Es boina de pintor —se defiende y soltamos el abrazo—, es parte del *atrezzo* de trabajo. Si vas vestido como imaginan ellos a un pintor francés, es más probable que te elijan para el retrato.

—Estás guapo —murmuro—. Te sienta bien. Aunque te falta el bigotillo ese para cogértelo con dos dedos mientras piensas…

—Eso me lo reservo para cuando sea pizzero en Italia.

—¿Italia? —Lo cojo de las solapas de la chaqueta y lo zarandeo un poco—. ¿Me vas a hacer ir a buscarte por todo el mundo? —Me río—. Tengo una hija, ¿sabes? No puedo ir corriendo detrás de ti. Y esta vez me da igual dónde intentes esconderte, no vas a escapar de esa conversación.

Lleva sus manos medio enguantadas a mis muñecas y noto la calidez de su piel incluso en las zonas que está cubierta por la lana.

—Manu… —murmura y yo me aferro más a su cazadora.

Pego mi frente a la suya y respiro hondo.

—Shhhh, calla. No digas nada hasta que podamos hablar tranquilos —le pido.

Él asiente y se separa de mí.

—Recojo en un momento y nos vamos. Tengo que pasar un minuto por la galería para comprobar que esté todo listo para mañana, ¿vale?

—Claro, vamos.

Todo el tinglado que parecía tener aquí montado se reduce en realidad a tres banquetas plegables, un caballete y una carpeta con dibujos y tableros. Lo coloca todo en un carrito con un orden claramente estudiado con anterioridad y nos ponemos en marcha. Caminamos durante un rato en silencio, pero no puedo soportarlo y lo rompo, porque lo noto raro.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal el día? ¿Nervioso por lo de mañana?

—Estaba nervioso por lo de mañana hasta que has aparecido tú, la verdad —confiesa.

—¿Te he traído tranquilidad? —Sonrío.

Respira hondo antes de contestar.

—No, me has puesto más nervioso por otros motivos.

—Vale, shhh, Joel. —Me planto delante de él y lo abrazo—. Eso nunca, ¿vale? No quiero que haya nada de lo que no podamos hablar, no quiero que huyas de mí por miedo a una conversación incómoda. Ahora somos adultos, los dos, y podemos hablar de lo que sea, ¿me oyes? Y si a uno de los dos le duele lo que escucha o no es lo que esperaba oír, que lo acepte y lo supere, ¿está claro? Somos amigos por encima de todo.

—Sí —asiente y creo que solloza un poco.

—Venga, vamos —lo insto y comienzo a caminar, pero no se mueve.

—Manu.

—Dime.

—¿Por qué has venido sin avisar? ¿Qué era tan urgente? ¿Es bueno o malo que estés aquí?

Vuelvo hasta donde está y lo miro a los ojos. Me muerdo el labio y suspiro.

—Porque ya no podía más. Necesitaba verte y cerrar esto que tenemos pendiente.

—Cerrar —repite—. Lo de «cerrar» no suena nada bien…

—¿Podemos hablar en otro sitio? ¿En un restaurante íntimo? Yo invito. ¿En tu casa? Lo que prefieras…

—Mi casa está bien, que voy cargado y no voy vestido para salir a cenar… La galería está ahí delante, hablo un momento con Maurice

y nos vamos.

—Claro.

Llegamos a la galería y él deja el carrito en el *hall* y se pone a hablar en francés con el hombre que sale a recibirnos. Me lo presenta como Maurice, el dueño de la galería, y vuelve a esa conversación que no entiendo. Yo decido adentrarme en la sala donde están los cuadros, porque me parece más interesante que la charla en otro idioma.

Son unos cuadros enormes, algunos llegan del suelo al techo. Otros se componen de varios lienzos pequeños que colocados juntos forman una imagen mayor. Y son partes de un rostro. Es algo espectacular ver unos ojos del tamaño de una pared, con todas las vetas del iris, con cada pelo de las pestañas. Me impresiona el talento de Joel, las pinturas son tremendas, y ahora no estoy hablando solo del tamaño. Otro lienzo lo llenan unos labios, también gigantes. No es hasta que llego a uno en el que se ve la cara entera que me reconozco. Algo me sobrecoge por dentro al encontrarme con el que claramente es mi *yo* adolescente, con los ojos cerrados y la boca abierta en una sonrisa, intentando coger agua de lluvia. Y lo más fuerte de todo es que recuerdo aquel día. Ocurrió. En otro estoy tumbado al sol sobre la hierba, con un ojo abierto y otro cerrado y la mano como visera. Se suceden unos cuantos más que muestran solo mi cara, nunca abarca nada más allá de los hombros. Ahora me reconozco también en los que son solo partes sueltas. Son mis ojos, aunque nunca les haya prestado tanta atención como parece que ha hecho él. Y mis labios. Hay un retrato gigante de mis manos, ahora ya sé que son las mías. La exposición al completo parece una enorme declaración de amor, o quizá son las ganas que tengo de verlo así. Ardo por dentro al pensar en todo lo que esto implica y los sentimientos tan contradictorios que se arremolinan en mi interior. No tengo muy claro si reír, llorar, chillar, besarlo, enfadarme o quemar la galería con toda su obra dentro. Pese a no haber sabido nada de él en todos estos años, me ha tenido presente. Y eso me reconforta y me frustra a partes iguales, porque me borró de su vida, pero se dedicó a dibujarme. No quería saber nada de mí, pero

se esforzó en recordar todos los detalles. Respiro hondo porque sentir que alguien ha hecho algo así con tu imagen es abrumador y no sé muy bien cómo gestionarlo. Decido decantarme por todo lo positivo que esto me provoca, porque ante la duda yo soy de los que se quedan con lo bueno.

Luego hay unos de cuerpo entero en una habitación que no identifico. Estoy desnudo y de espaldas, y ya tengo aspecto de adulto. El pelo me llega hasta casi los hombros, como lo llevaba hasta hace no tanto. Vuelvo a las del principio y cojo un folleto que hay en un expositor. «*Fantaisie*», de Joel Briz, se llama la exposición. Siento una punzada de orgullo al leer su nombre en un tríptico. Y me alegro muchísimo de que esto lo haya conseguido, de algún modo, un poco gracias a mí. Que está claro que el trabajo lo ha hecho él, pero hay algo mío en esto, aunque sea mi cara.

El ruido de Joel entrando en la sala me hace levantar la cabeza.

—¿Ya la has visto? —quiere saber.

—¿Soy todos yo? —pregunto lo evidente.

Él asiente despacio y en silencio como respuesta.

—¿Qué te parece eso?

—Bien, supongo. —Me encojo de hombros porque hay tanto que quiero decirle que no sé ni por dónde empezar—. Soy el pequeño de cuatro hermanos, nadie me había prestado nunca tanta atención. —Señalo uno de los cuadros, que está pintado en tonos azules y negros—. ¿La noche de la piscina?

Él solo asiente con la cabeza.

—No lo superas, ¿eh? —bromeo.

—Ni lo he intentado.

Me limito a sonreír y me guardo el «yo tampoco» que me quema en la punta de la lengua. Pero, por algún motivo, me da palo reconocerlo en voz alta.

—¿Dónde se supone que estoy ahí? —Señalo uno de los cuadros en los que se me ve desnudo y de espaldas.

Se pone más rojo de lo que lo he visto nunca.

—En mi piso —confiesa—. Aquí, en París.

—A ver si lo entiendo, Joel. —Me acerco a él, que da un paso atrás como por instinto—. Me ofrezco a venir a verte durante años y

me rechazas siempre con excusas ridículas, y a la vez fantaseas con la idea de tenerme en tu piso. ¿Te das cuenta de lo absurdo que suena?

—Supongo —murmura y noto cómo le tiembla todo el cuerpo, casi no le sale ni la voz.

—Vale, Joel, tranquilízate, que soy yo. —Le cojo la mano y enredo mis dedos con los suyos—. Que aunque estuvieras enamorado de mí y yo de ti no, y no estoy diciendo con esto que ninguna de esas dos afirmaciones sea cierta, no tendría por qué cambiar nada entre nosotros.

Él se limita a asentir y respira hondo.

Yo le aprieto más fuerte la mano y murmuro:

—Vamos a tu casa.

CAPÍTULO 35

VIVIR SIN ESTAR ENAMORADO



JOEL

Llegamos a mi apartamento y creo que nunca me había parecido tan pequeño. Dejo el carrito en su sitio junto a la entrada y cuelgo mi chaqueta tras la puerta. Luego le pido a él la suya y hago lo mismo. Cuando vives en una caja de cerillas, cada centímetro cuenta.

Manu da un par de pasos y se gira a mirarme.

—¿Vives aquí?

—Sí, este es mi piso.

—Pero ¿esto es el estudio o es toda tu casa? —Veo la confusión en su mirada y me hace gracia.

—Esto es todo. Bueno, en el altillo están la cama y el baño, pero sí, esto es lo que hay…

Levanta la cabeza en la dirección que le indico y luego vuelve a mirarme.

—¿En ese altillo cabes de pie?

—Sí. —Me río—. Te juro que sí.

—¿No tienes sofá? ¿Ni mesa?

—No. Esto es París, Manu. Te aseguro que poder vivir solo en esta ciudad ya es un lujazo. Y yo tengo todo esto, sé de zonas donde han habilitado trasteros con baños comunitarios y les piden

mil o mil quinientos euros al mes por la habitación. Incluso vi alguno que tenía el váter al lado de la cama, sin pared ni puerta ni nada… Yo tengo cuarto de baño independiente, que no es poco.

—No te voy a preguntar cuánto pagas por esto porque seguro que me pongo malo… Que mi casa es pequeña, pero es que la tuya cabe entera en mi comedor… puede que dos veces.

—Eso, mejor no preguntes. —No me río, pero no puedo evitar que me haga gracia su indignación—. Tú tienes una hija, pero esto es para mí solo, Manu, yo estoy bien aquí.

—A ver, no quiero ser faltón o maleducado, pero, entonces, ¿no podemos sentarnos a hablar en ningún sitio? No contemplaba esta opción, la verdad. —Se rasca la cabeza.

—No sé, podemos sentarnos en el suelo, o en la escalera. —La señalo.

—Ahí no nos podemos sentar, es casi una escalera de mano —dice sin pestañear y moviendo mucho los brazos.

—Y arriba está la cama y, bueno, hay un par de sillas en el balcón, por llamarlo de alguna manera, pero hace frío y no son demasiado cómodas. Si quieres, me arreglo un poco y salimos a cenar por ahí. Podremos hablar tranquilos, si tampoco nos va a entender nadie.

—No, paso de salir. No quiero posponer esto más, Joel.

Respiro hondo y asiento.

—Vamos arriba entonces.

Manu acepta y sube al altillo. Yo lo hago tras él. Abre el balcón, supongo que con intención de que nos sentemos en las sillas que le he dicho, pero, tal como lo abre, lo vuelve a cerrar.

—Su puta madre, qué frío hace en tu pueblo —exclama y a mí me da risa. Luego se apoya contra la puerta cerrada del balcón y se cruza de brazos—. Pues aquí de pie.

Imito su gesto y me cruzo de brazos yo también. Estamos cerca, pero es que en este piso no hay opción de estar muy separados.

—Vale, tú dirás —contesto.

—No, «yo diré» no, Joel. Yo te escribí y te llamé mil veces en estos diez años, yo te besé el otro día en casa de tu madre, yo he hecho todas las llamadas nocturnas de estas semanas y yo he

cogido un avión para venir a hablar contigo. Creo que mi posición está clara y que te toca hablar a ti.

—¿Qué quieres saber? —Me tiembla la voz, pero así va a juego con el resto de mi cuerpo, que parece que ahora mismo no me pertenece.

—Empieza por el principio: ¿por qué me evitaste durante diez años?

—Ya sabes por qué…

—No lo puedo saber si no me lo dices, Joel.

—¿Qué quieres que te diga, Manu? ¿Que estaba enamorado de ti? ¿Que llevo toda la vida así y que no podía soportar verte con Paola? —Se me quiebra la voz y se me escapa una lágrima, pero ya he decidido que lo voy a soltar todo—. ¿Que necesitaba alejarme de ti para superarlo? ¿Que me sentía una mierda porque no podía alegrarme por ti? ¿Que tu felicidad me causaba dolor? ¿Que era y he sido el peor amigo del mundo?

—A ver, con sinceridad, el premio al mejor amigo de la última década no te lo daría nadie… —Sonríe y yo dejo escapar una risa nerviosa, aunque lo cierto es que la broma y su gesto me tranquilizan un poco.

Lleva una mano a mi cuello y con el pulgar recoge la lágrima que baja por mi mejilla. Lo deja ahí, acariciándome suavemente la cara. Y a mí se me eriza la piel que está cerca de su contacto.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —pregunta en un murmullo.

—Porque no quería estropear lo que teníamos. Y era totalmente imposible que tú sintieras lo mismo.

—¿Por qué? ¿Por qué te parecía imposible? Incluso después de la noche de la piscina… —Su voz es apenas un susurro.

Lleva el pulgar hasta mi boca y me acaricia el labio inferior.

—No sé —jadeo por el contacto de su piel. Una corriente eléctrica trasmite calor desde mi boca al resto del cuerpo y el corazón me late tan fuerte que creo que podría salirme a través del pecho en cualquier momento—. Tú tampoco dijiste nada.

—Yo no sabía nada de nada, Joel, era prácticamente asexual —protesta con un hilo de voz.

—¿«Eras»? —me atrevo a preguntar—. ¿Ya no?

—Contigo hace mucho que no —confiesa sin quitar la vista de mis labios—. Pero empiezo a estar cansado de ser yo el que da cada paso.

Su comentario me envalentona y cierro un segundo los labios, atrapando su dedo ahí durante un instante y él gime y cierra los ojos un momento.

—Joder, Joel —murmura—. Me estoy enamorando de ti, y no sé si es un sentimiento nuevo o si es algo que ya sentía y ha revivido renovado o algo… Pero ni siquiera me importa. Lo que de verdad me importa es saber lo que sientes tú.

—Manu. —Casi no escucho ni mi voz, eclipsada como está por los latidos de mi corazón, que retumban por toda la casa—. No sé lo que es vivir sin estar enamorado de ti. Nunca me ha pasado.

Él se pone serio, aleja su mano de mí y vuelve a cruzarse de brazos.

—Pues te va a tocar hacer algo al respecto. —Un amago de sonrisa brota de sus labios y juro que mi corazón late tan fuerte que parece que quiera irse con él.

CAPÍTULO 36

HASTA DONDE QUIERAS



MANU

Me acabo de marcar un órdago y no tengo claro que haya sido buena idea, porque Joel tiene pinta de ir a desmayarse en cualquier momento. Casi puedo escuchar los latidos de su corazón… ¿O son los del mío? Coge aire, pero no se mueve, y justo cuando estoy a punto de recular y decirle que no se agobie, vuelve a respirar hondo, tira de mi jersey y me atrae hacia él. No puedo evitar una sonrisilla ante su gesto. Sí, joder, Joel, reacciona.

Una mano se aferra a mi cintura y puedo notarlo temblar solo con ese gesto. Qué nervioso está.

—Joel —susurro con intención de tranquilizarlo, pero me mira como si viera a través de mí, como si se fuera a desplomar en cualquier momento—. No estés nervioso, que te voy a decir que sí a todo.

Mi comentario parece traerlo de vuelta, porque de repente me mira y parece que ya me ve.

—¿A todo? —Se le escapa una sonrisilla.

—No, a todo no —concedo con tono más serio de lo esperado—. Si vas a aprovechar para pedirme que invierta en tu arte o en este

cuchitril… No sé, para algo así vas a tener que emplear todas tus dotes de persuasión.

—No quiero tu dinero, Andújar. —Sonríe, aunque lo sigo notando nervioso.

—¿Qué quieres entonces? ¿Mi cuerpo? —bromeo, pero en el fondo no es broma cuando añado—: Lo tienes desde la noche de la piscina.

—Tu corazón. —Se le quiebra la voz al decirlo, pero enseguida suelta una risilla nerviosa—. ¿Ha sonado muy cursi?

—Pero no rompas la atmósfera —protesto—, que me tienes que seducir.

—No me pongas más nervioso. —Le tiembla la risa en la garganta.

—A ver, Joel, si tú, que eres el experto, estás así, esto puede salir muy mal.

—¿El experto? —Me mira a los ojos con las cejas alzadas y una mueca de confusión.

—Sí, tú eres el que tiene experiencia, yo… Bueno, ya lo sabes, yo nunca he estado con un tío.

—Entonces somos igual de inexpertos, porque yo nunca he estado contigo.

Sus palabras me provocan un cosquilleo justo en el centro del pecho que se expande hacia todos lados.

—Eso ha sido romántico —susurro, pero él no dice nada; solo se pone un poco colorado y continúa temblando, así que levanto una mano—. ¿Quieres pasarme los nervios?

—No, Manu —casi jadea—, lo que quiero es besarte.

Y lo hace al tiempo que coge la mano que yo había levantado para él.

El beso empieza torpe, por supuesto, porque aún le bailan los nervios en los labios. Pero mis dedos se enredan con los suyos cuando apenas entreabro la boca para invitarlo a ir más allá. Suave, lento, sin prisa, sin presión. Al ritmo que necesite, que necesitemos, porque este momento es solo nuestro. Se aferra fuerte a mi cintura y yo me acerco todavía más a él. Es como si ambos necesitáramos comprobar si esto es real, si finalmente está ocurriendo de verdad. Y

no parece serlo porque se convierte en uno de esos besos que te hacen sentir que flotas, que todo a tu alrededor desaparece y solo queda la burbuja en la que estamos los dos. No hay altillo, no hay paredes, ni siquiera un suelo que nos sostenga o un balcón al que asomarnos. Ni siquiera hay París. Durante un momento, solo estamos Joel y yo, en este pequeño mundo nuestro que acabamos de descubrir y en el que me quiero quedar a vivir.

Lo beso de nuevo, con menos nervios y más verdad. Con este calor que me sale de dentro y que necesito que él entienda sin que haga falta explicarlo. Y él responde distinto esta vez, como si de algún modo algo se hubiera desbloqueado en su interior. Me coge la cara con las manos y me besa con una entrega nueva, como si llevara días deseándolo, puede que semanas… Quizá incluso años.

Lo abrazo con tanta fuerza que hasta lo levanto un poco del suelo. Suelto un gruñido cuando me doy cuenta. En cuanto lo vuelvo a bajar, tira con fuerza de mí y caemos los dos sobre esa cama sin hacer. Él debajo y yo encima. Mete sus manos bajo mi jersey y me saca la camiseta que llevo por dentro del pantalón. Luego se cuela hasta mi cintura y me acaricia desde ahí hacia la espalda con movimientos suaves mientras pega su pelvis a la mía. Se me escapa un gemido al que responde con uno igual y creo que lo toma como una invitación para empezar a tirar de mi suéter. Lo engancha a la camiseta y me quita ambos a la vez. Se me eriza toda la piel del pecho y de los brazos al momento.

—En serio, ¿cómo puedes vivir con este frío? —murmuro.

—Intento no poner la calefacción si no es necesario.

—Pues ya te digo que ES necesario —protesto con una risita.

Él me sonríe y tira del edredón de plumas y nos cubre a los dos con él.

—Ya verás qué rápido entras en calor…

—Eso es algo pretencioso por tu parte, Briz.

—No me vaciles, Andújar —susurra y, con un movimiento rápido y una fuerza que le desconocía, nos gira de modo que mi espalda rebota contra el colchón y él queda sobre mí. Luego se quita su propio jersey y pega su pecho al mío—. Y no me subestimes.

Gimo ante el contacto y me incorporo lo justo para besarlo. Su respuesta es mucho más firme, más segura. Parece que ya ha superado la parte de los nervios. Joder, sí. Su boca y su cuerpo son pura necesidad. Me muerde el labio con fuerza y sus jadeos se mezclan con los míos de un modo tan desacompasado que parece que ninguno de los dos tenga control sobre lo que hace. El calor me brota de dentro al contacto con su cuerpo y me siento arder. No le pienso decir que tenía razón, porque no hace falta, él ya lo sabe.

Saco la cabeza del edredón lo justo para respirar y coger algo de aire frío y Joel lo baja un poco más de lo necesario y se incorpora para quedar a mi altura.

—¿Qué pasa? —Me mira algo confuso—. Podemos parar cuando quieras, Manu. Podemos llegar hasta donde te apetezca, y no pasa nada. Podemos esperar lo que necesites.

—No, quiero hacerlo, de verdad… Pero sabes que yo no soy de ligues, y hace cuatro años de mi última vez… Y era una mujer… Y no he estado con nadie más… Vas a necesitar paciencia conmigo.

—Para ti tengo toda la del mundo.

De nuevo nos besamos, ya sin dudas, sin frenos, sin retorno…

La piel me arde bajo sus dedos y noto cómo se tensa la suya a mi paso. Se tensa y se rinde a la vez, y eso me desarma. De nuevo tiembla, pero es un temblor distinto, y eso no lo detiene.

Su mano no parece dudar cuando se enfrenta a los botones de mi pantalón y, con movimientos seguros, los suelta uno a uno. Dejo escapar una exhalación al sentirme liberado y él me regala una sonrisa. Y yo la atrapo de un mordisco, porque no soy capaz de no hacerlo.

Se separa de mí y duda un momento antes de incorporarse y comenzar a bajar mi pantalón junto con mi ropa interior. Se lo pongo fácil, porque estoy tumbado sobre la cama y sin mi ayuda no iba a poder. Cuando termina de desnudarme, me observa desde arriba y respira hondo. No es la primera vez que me ve desnudo, pero han pasado más de diez años y las circunstancias son muy diferentes.

El momento dura algo más de lo necesario, lo que me obliga a incorporarme sobre los codos y devolverle la mirada.

—¿Te vas a quedar ahí mirando o vas a hacer algo?

Él se ríe y termina de desnudarse a sí mismo rápidamente. Antes de que me dé cuenta, todo su cuerpo ya sin ropa está cubriendo al mío y me quema en cada punto en el que nos tocamos.

El intenso beso que me dedica dura apenas un par de segundos, porque no tarda en bajar por mi mandíbula hacia mi cuello. Se recrea ahí, besa y muerde esa zona que me eriza la piel de todo el cuerpo para luego seguir bajando por mi clavícula y mi pecho. Sus besos y mordiscos van dejando un camino de fuego por mi piel. El calor es tan grande que ya no sé cómo aliviarlo. Sus yemas me acarician lento los costados y su boca sigue el ritmo por el centro. Su cara sin afeitar raspa mi piel, eso es nuevo para mí. Pero, lejos de ser raro o incómodo, me resulta natural y muy sexi.

—Joel —gimo con un gruñido entrecortado cuando me da un mordisquito junto al ombligo—. Joel —casi grito cuando sigue bajando y me pasa la lengua por el glande—. Joder.

Sus manos se aferran a mis caderas y mis dedos se mueven por voluntad propia para agarrar su pelo cuando me entierra en su boca y comienza a moverse. Y ahí pierdo el sentido de todo. En este momento, podría hacer de mí lo que quisiera, porque ahora mismo le daría hasta mi alma si la pidiese. Y no puedo más que abandonarme a la sensación que me está regalando. Exhalo el aire como puedo y mi respiración se vuelve pesada, sonora, densa. Ahora mismo no recuerdo nada mejor en toda mi vida… y ni siquiera lo intento.

Le dejo seguir un poco, porque uno es débil y es fácil rendirse a lo bueno, pero no tardo en tirar de él hacia arriba. Hay demasiadas cosas que quiero hacer y todo a la vez no se puede. Me abraza y me besa al llegar hasta mí y nuestros cuerpos desnudos se convierten en un enredo de brazos y piernas del que no quiero salir. Él me deja hacer, me deja mirar y explorar, me deja tocarlo y besarlo con el ritmo y la intensidad que necesito. Y me doy cuenta de que se va adaptando a mí y a mis cambios de velocidad, a mis movimientos improvisados y a mis ganas de más. De algún modo, siento que me lo está entregando todo sin palabras.

Llegados a este punto, quizá podría haber convertido esto en algo rápido y pasional, pero el cuerpo me pide disfrutar de cada

nueva sensación, de cada primera vez con él. Por eso lo acaricio lento, con las puntas de los dedos, con la boca, incluso con ese algo que crece en mi interior desde hace semanas que solo quiere quedarse a vivir en esto, en él. Joel suelta un gemido muy pequeño, solo para nosotros, cuando mis dedos recorren su vientre; un gemido que crece en intensidad cuando me aventuro más abajo. Se muerde el labio y arquea la espalda mientras deja salir el aire en una exhalación larga y lenta.

Yo no puedo soportarlo y me tumbo sobre él de manera que nuestros cuerpos se toquen todo lo posible, en cada rincón. Y me muevo, porque lo necesito: movimiento, velocidad, fricción. Jadeamos a la vez, alto, fuerte, sin vergüenza ni disfraz. Porque somos nosotros y esto resulta tan natural que de verdad no entiendo que no lo hiciéramos antes.

—Quiero más, Joel, necesito más.

—Hasta donde quieras llegar, Manu —susurra.

Paro de moverme para ver si así consigo que llegue algo de riego a mi cabeza, pero no parece que ocurra.

—¿Cómo…? A ver, que yo… ¿Cómo…? —Definitivamente, la actividad neuronal va a tardar un rato en volver. Suerte que Joel hace años que me entiende aun diciendo incoherencias.

Él se ríe, me coge la cara con ambas manos y me besa. Se separa de mí con una sonrisa.

—Vale, no te agobies. —Se estira y alcanza el cajón de la mesilla, del que saca un condón y un bote de lubricante. Luego lo deja a nuestro alcance y vuelve a mirarme—. Creo que lo mejor será que me folles tú a mí… —Sus palabras me provocan un latigazo en todo el cuerpo y cierro los ojos un momento—. No es día hoy para experimentos. —Sonríe y se muerde el labio. Se pone un poco rojo y yo le muerdo en el mismo sitio, porque de repente tengo celos de sus propios dientes.

Me separo lo justo para alcanzar el bote que ha dejado preparado junto a nosotros. La mano me tiembla un poco cuando lo cojo y le echo un vistazo, como si de verdad fuera algo mucho más complejo de lo que es.

—Vale… —digo en voz muy baja y creo que me atraganto con mi propia saliva—. Me parece que me vas a tener que dar pistas, porque nunca he usado esto, no sé ni por dónde empezar…

Joel no se burla ni hace comentario alguno al respecto, se limita a asentir y a incorporarse un poco, lo justo para quedar a mi altura. Sus manos buscan las mías y, supongo que al ver mi cara de confusión, sonríe y me besa. Vierte un poco de lubricante en mis dedos y me guía con calma, con la paciencia que requiere este momento. Coloca mis dedos donde los necesita y aprieta conmigo, me enseña sin palabras cuánto es suficiente y cuál es el límite. Apenas habla, y ni siquiera hace falta, sus gestos lo hacen en su lugar. Cada respiración, cada mirada, cada gemido ahogado cuando lo toco de la manera que parece ser la correcta, aunque no tengo muy claro cómo lo he hecho.

Lo noto temblar con todo el cuerpo, pero tengo claro que no es por nervios, como hace un momento. Ahora lo que lo agita es la tensión, la emoción contenida, la expectativa, la promesa muda de lo que va a ocurrir por fin. O eso imagino, porque es lo que me hace temblar a mí también.

—¿Voy bien así? —le pregunto en un susurro junto a su oído y él asiente.

Cierra los ojos y se le escapa un sonido a medio camino entre un «sí» y un «por favor», o así lo siento yo, y para mí es suficiente para saber que estamos en el mismo punto, que no lo estoy haciendo del todo mal. Lo noto relajarse más y siento que su cuerpo ya está listo, ahora falta que lo esté mi mente.

Lo beso en el cuello, en la mandíbula y en la boca. Y él se deja hacer y me lo devuelve todo, con los labios, las manos y también con su pecho, que sube y baja al ritmo de mi propia respiración.

Cuando por fin entro, lo hago despacio. Muy muy despacio.

Y no siento que me esté dejando entrar en su cuerpo, me está dejando entrar en él, y no hay nada más íntimo y cercano que esto. Lo siento abrirse a mí y, por un instante, tengo que parar y cerrar los ojos para no perderme por completo. No es solo calor lo que siento, es mucho más. Es el vértigo que provoca estar cruzando un límite del que sabes que no puedes volver.

Su aliento roza mi cuello, entrecortado por el ritmo de su respiración errática. Sus dedos se clavan en mi espalda como si él también quisiera retenerme de todas las maneras posibles, como si no supiera que ya me tiene.

Me muevo despacio, con la torpeza que siempre me ha caracterizado en estos temas y un cuidado que mis inseguridades me obligan a tener. Y no hay nada entre su piel y la mía, porque ahora, en este momento, somos lo mismo. Él tiembla de nuevo, pero no se aparta, solo se arquea y se deja hacer.

—Manu… —murmura con una voz tan grave que casi ni parece suya—. No tengas miedo, que no me voy a romper.

Y quiero creerlo. Estoy casi convencido de que no va a romperse, pero puede que yo sí.

—Joel —se me escapa en un jadeo y él gime al escucharlo.

Me gusta tanto que repito su nombre. Dos veces. Tres. Cuatro… Hasta que todo su cuerpo comienza a vibrar debajo de mí. Como en sintonía con el suyo, el mío se acelera con movimientos que ya no mido, porque mi cuerpo se mueve sin pensar, como empujado por una inercia que va más allá de cualquier razonamiento. Como si supiera qué hacer sin siquiera pensarlo.

Y ahora mismo lo único que sé es que quiero quedarme aquí. No en esta cama de París, no. En Joel, en esta promesa que estamos sellando sin hablar. En lo que está surgiendo entre nosotros sin que podamos evitarlo. En esto que nuestros cuerpos tienen más claro que nosotros mismos. Como si hubieran estado esperando este momento desde siempre y solo necesitaran reconocerse.

Y joder si se reconocen.

Joel acompasa su ritmo al mío y sus caderas se adaptan a mis embestidas como si fuésemos un mismo pulso, como si latiéramos en sintonía. Porque lo hacemos. Su cuerpo se arquea bajo el mío y me envuelve, me lleva a un más allá que yo no sabía ni que fuera posible. No decimos nada, solo el sonido húmedo de mi piel contra la suya, el leve crujido de un colchón que ha conocido tiempos mejores y el retumbar de nuestros jadeos, que me hacen perder el poco control que estaba consiguiendo mantener.

Me aferro a él con todo lo que tengo a mi alcance: con los dedos, las manos, los dientes, los labios e incluso el alma si hay modo humano de entregarla así también. Porque quiero quedarme para siempre enredado en él, con su olor invadiendo todo mi espacio, su boca jadeando en mi oído y su pecho chocando contra el mío para marcar nuestro propio ritmo, ese que nos pertenece a nosotros y a nadie más.

Sin bajar la velocidad, me separo lo justo de él para mirarlo, porque necesito verlo y comprobar que es real, que está ocurriendo; que sus mejillas coloradas, su boca abierta y su gesto encendido no son más que un reflejo de mí mismo.

—Joel… —susurro de nuevo.

—Manu. —Se le quiebra un poco la voz y cierra los ojos—. Sigue…

Y yo sigo. Sigo hasta que su cuerpo se tensa y se arquea bajo el mío. Y luego sigo un poco más. Y él continúa diciendo mi nombre como si no supiera, o no pudiera, decir otra cosa.

Y ahí me dejo ir. No sé muy bien si ambos llegamos al orgasmo al mismo tiempo o si caemos juntos al mismo abismo, porque lo único que tengo claro es que esto no es solo físico y que, sea lo que sea, lo hacemos juntos. Caemos juntos o nos salvamos juntos. Y no puede ser de otro modo.

Es como si una sacudida desordenara algo dentro de mí, para ponerlo todo en orden por fin. Suena contradictorio, pero así me siento ahora mismo.

Luego llega la calma.

Me mantengo dentro de él un poco más. No puedo alejarme todavía. No estoy preparado para dejar de sentir su calor. Joel me envuelve con sus brazos y no dice nada. Se limita a acariciarme el pelo y enredar sus dedos en mis rizos. Yo apoyo la cabeza en su clavícula y disfruto de ese gesto mientras mi respiración se va calmando.

Ninguno de los dos dice nada.

Y ni siquiera hace falta.



CAPÍTULO 37

UNA MIERDA CARA



JOEL

No me atrevo a moverme por miedo a que algo se rompa. O a despertarme y que todo esto no sea más que un sueño. Tengo esa horrible sensación de cuando algo es tan perfecto que piensas que de algún modo se va a estropear, porque no es posible que tanto bueno te esté ocurriendo a ti.

Estoy recostado sobre su pecho y Manu me abraza por la espalda y me sostiene contra él. Sus dedos recorren mi piel de forma distraída y no se me ocurre nada mejor ahora mismo. No hay un solo lugar en este mundo en el que quiera estar que no sea aquí y ahora.

El cielo de París a través de la puerta acristalada del balcón comienza a cambiar de color con las primeras luces del amanecer. Apenas hemos dormido en toda la noche, es como si ambos compartiéramos el miedo a que esto no sea del todo real.

Ronroneo bajo sus caricias y me arrebujo más contra él. Que esto no termine nunca, por favor. Si estoy soñando, no quiero despertarme jamás.

—Joel —susurra.

—¿Qué? —murmuro tan bajito que lo mismo ni me ha oído.

—Igual es pronto para hablar de esto, pero… Ahora ¿qué?

—¿Qué de qué?

—Joder, Joel… De esto. De ti y de mí… De Valencia y de París… De mi hija y de tu arte… Que nuestras vidas no pueden ser más diferentes. Que no sé de qué manera podemos encajar cada uno en la vida del otro. —Me besa la cabeza—. Que yo no quiero que esto se quede aquí, pero solo soy un aburrido padre divorciado anclado a la farmacia familiar. Y tú eres un artista bohemio que vive en un cuchitril parisino.

—A ver, lo primero —me incorporo apenas, aunque eso suponga alejarme un poco de él, para poder mirarlo mientras hablo—, de aburrido no tienes nada. No lo has tenido nunca. —Abre la boca para decir algo, pero le hago un gesto para que me deje seguir hablando y la vuelve a cerrar—. Segundo, me encanta cómo ha sonado eso de «divorciado». —Me inclino hacia él y le doy un beso suave, porque si le doy un pelín más de intensidad, temo no ser capaz de dejarlo ahí —. Y tercero, como vuelvas a llamar «cuchitril» a mi palacete…

—¿Qué? —me vacila—. ¿Te rendirás a la evidencia?

—Eres cruel, Andújar —digo con la voz más «de ofendido» que soy capaz de poner, pero no tardo en inclinarme para besarlo de verdad, porque todavía no me creo que tenga posibilidad y permiso para hacerlo siempre que quiera.

Manu gruñe como respuesta y me empuja contra el colchón para ponerse sobre mí. Alarga el beso más de lo que yo tenía en mente, pero no me voy a quejar, porque no se me ocurre nada mejor que esto. Los dos desnudos, en mi cama y con libertad para mirar, besar, morder, lamer, tocar… O paramos esto y dejamos algo de aire entre nosotros o esta conversación se va a quedar a medias, y no es lo que quiero.

—¿Qué habías… pensado… tú? —pregunto entre jadeos, y no sé ni cómo lo consigo, porque su lengua y sus dientes en peregrinación por mi pecho me distraen.

—Pues a ver —levanta la cabeza para hablar, y mis pezones lo echan de menos al instante, pero su mano baja hasta mi cadera y me acaricia suavemente con las puntas de los dedos. Parece que pretende ser algo imperceptible, pero yo lo siento en cada

terminación nerviosa. Suelto un gemido antes de que siga hablando —: Me encantaría, pero no puedo venirme a París, tengo una hija que tiene toda su vida en Valencia. —Me da un beso suave y continúa—: Y tengo una farmacia que no puedo mover de sitio… Y una exmujer en la cárcel, en Madrid, a la que mi hija tiene que visitar de dos a cuatro veces al mes… Parece que mi vida no era lo bastante complicada y ahora, además, quiero tener un novio en París.

Y ese último comentario me excita más que el roce de sus dedos en mi piel, lo que ya es mucho decir. Él sigue hablando:

—Tampoco puedo pedirte que vuelvas a España y renuncies a este lujazo —me vacila haciendo un gesto que abarca mi diminuto piso y los dos nos reímos—, por eso, creo que lo mejor va a ser que, cuando pases por Valencia, te ate a mi cama y te retenga allí como mi prisionero por tiempo indefinido… Me ocuparé de tus necesidades básicas, no te preocupes.

Yo me río por la broma, pero no deja de resultarme excitante la visión, sobre todo mientras me siga tocando como lo está haciendo.

—Yo podría volver a Valencia. Podría vivir en casa de mi madre. Lo que no sé es de qué trabajaría… Aquí tengo todo muy organizado, pero allí, no sé, no valgo para nada más que para pintar. Y en España ser artista es misión suicida…

Y me aterra la idea de que lo nuestro no salga bien y perder todo lo que me ha costado tantos años conseguir, que aquí tengo una vida y una posición que, en caso de marcharme, difícilmente podría recuperar. Pero eso no se lo digo.

—Se me ocurre una solución… —empieza y su mano para lo que estaba haciendo para quedarse rodeando mi cintura. Que está bien, pero también echo de menos lo que estaba haciendo. Necesito que tenga muchas más manos—. Ya sabes que mi farmacia tiene una entrada amplia, entre los dos escaparates, antes de la puerta.

—Sí —confirmo algo extrañado porque no sé a dónde quiere ir a parar.

—Te puedes poner ahí a hacer tus cosas de indigente.

—Qué cabrón. —Se me escapa una carcajada y él, sin disimular del todo la sonrisa, pretende poner cara de indignación.

—¡¿Qué?! —protesta—. Estarías bajo techo, ya es más que lo que tienes en esa plaza tuya… Encima que me preocupo por ti y te doy soluciones…

—Que no soy un indigente, que tengo mi trabajo regulado y pago mis impuestos…

—Lo que tú digas, Briz —se burla—. Pero si vuelves a Valencia, nada de eso de vivir en casa de tu madre, quiero que vivas con nosotros. Nos podemos mudar si no te gusta mi piso o te parece demasiado pequeño, aunque, visto lo visto —vuelve a echar un vistazo a mi apartamento el muy cabrón—, tu listón está bajito.

—¿Puedes dejar de meterte con mi casa, por favor? —Quería parecer indignado, pero me da la risa—. Tú no sabes el lujazo que es esto en París.

—Sí, lujísimo —me vacila—. Como beber champán caliente en vasos de plástico.

—Podría ser Dom Perignon —me defiendo.

—Exacto, justo eso —sonríe—, Dom Perignon caliente y en vaso de plástico no sería más que una mierda cara… Como esto. Que algo se haya normalizado no quiere decir que sea bueno… Ni siquiera correcto. Por mucho que esté en pleno París, un cuchitril es un cuchitril…

—Mira, no se si reírme u ofenderme —confieso.

—Si yo fuera tú, lloraría —me dice el mamón y me da la risa.

Y me río, porque con él no puedo evitarlo. Pero también me da por mirarlo. Con más calma de lo normal, con un descaro y una intención nuevas, porque ahora puedo recrearme en esto sin sentirme un acosador. Fuera casi es de día y los primeros rayos de sol se cuelan por la ventana y le arrancan reflejos dorados a sus rizos. Su cuerpo recostado sobre el mío y bañado por la luz del amanecer me parece lo más lógico y normal del mundo. Y eso da miedo. Mucho.

—¿Sabes? Igual sí que lloro —murmuro y él se pone serio de repente.

—Era broma. A ver, con una base de verdad, porque este sitio es un antro y no me gusta nada la idea de que vivas aquí, pero, si te

molesta, no lo digo más… Aunque ya te digo que lo voy a pasar mal por la distancia y también al pensar que es aquí donde vives.

—No es por eso. Me da igual lo que opines de mi casa, eres un pijo —bromeo—. Es por esto. —Llevo una mano a su nuca y enredo los dedos en su pelo—. Que no termino de creerme que esté pasando, que sea real. —Se me rompe un poco la voz al final, pero creo que he salvado la dignidad bastante bien.

Él sonríe y me besa.

—Si es por eso, llora cuanto quieras, que esto puede que sea lo más de verdad que hemos hecho nunca.

—¿Qué hacemos, Manu? ¿Qué solución buena se te ocurre?

—Se me ocurre que apostemos por esto. —Enreda sus piernas con las mías—. Que lo demos todo. —Me abraza fuerte hasta que mi cuerpo se pega totalmente a él—. Y que tratemos de recuperar todo ese tiempo oscuro que perdimos. ¿Te parece buen plan?

Me besa y yo se lo devuelvo con ganas, casi con desesperación tras sus palabras.

—Vale, pero ¿cómo?

—No lo sé, Joel, vamos a dejar que pase cuando tenga que pasar. Podemos probar así durante un tiempo y, cuando ya no soportemos tanta distancia, buscamos una solución —propone—. Yo puedo venir algunos fines de semana y tú puedes volar a Valencia de vez en cuando también, ¿no? La farmacia da dinero. Mucho. Mucho más de lo que gasto, puedo ocuparme de los billetes de avión de los dos.

—Que no soy indigente —protesto.

—Lo sé. Y si en algún momento te entraran unas ganas locas de volver definitivamente, pero no tuvieras trabajo o dinero o lo que fuera, que sepas que no te haría falta. No tengo tanta pasta como mis hermanos, pero tengo más que de sobra para lo que necesito. Nos apañaríamos muy bien mientras decides qué hacer… —Lo he dicho con la boca pequeña, porque sé que me va a decir que no.

—No voy a ser un mantenido.

—Sabía que ibas a decir algo así. —Suspira—. Y lo entiendo. Solo quería que supieras que tienes esa opción.

—Vale, pues gracias por la oferta, pero me quedo con la anterior de ir viendo qué pasa, aunque ya te estoy echando de menos solo de pensarlo.

—Y yo a ti, joder.

Enreda una vez más su cuerpo al mío y yo me hago pequeño en ese abrazo. Y espero que encontremos una solución cuanto antes, porque ahora que sé lo que es tenerlo de este modo, no quiero volver a mi vida sin él. De pronto me atenazan los nervios al pensar en un tema que ninguno de los dos está sacando.

—Oye, estaba pensando… ¿Y Ali? ¿Será un problema?

—¿Qué pasa con ella? —Inclina un poco la cabeza al mirarme y sonríe—. ¿Te cae mal o algo?

—No, claro que no, ¿cómo dices eso?

—Era coña, no sé, ¿qué problema tienes con ella? Si se opone a lo nuestro, te defenderé con mi vida. Pero es pequeña, puedo con ella. —Se ríe.

—Eres tontísimo. —Me río con él y luego respiro hondo—. Pero no es coña que igual no le hace gracia compartir a su padre. Lo mismo me coge manía. ¿Se lo vas a contar?

—Claro que se lo voy a contar. ¡Si le encantas! Estuviste un par de meses en casa y le dio mucha pena cuando te fuiste… De hecho, escucha el mensaje que me mandó cuando estaba ya en el aeropuerto.

Coge su teléfono de la mesilla y trastea un poco en él hasta que encuentra lo que busca y reproduce un audio:

—Papi, acuérdate de decirle a Joel que tiene que venir un día a casa a hacerme *crecs* franceses, un día que esté Luna, ¿vale? Que quiero que los pruebe, porque le he dicho que son los mejores del mundo mundial. ¿Y se puede venir Luna también cuando vayamos a Disney? Poooooorfi. Te quiero mucho, papi. Buen viaje y convence a Joel de que vuelva, pero después de que vayamos a Disney, ¿eh? Me voy con los yayos a comprar castañas. ¡Te quiero, adiós!

Me río al escucharla y lo familiar que me resulta su voz me calienta el pecho.

—No está mal, mis *crepes* son su segunda prioridad después de Disney, es algo con lo que trabajar, quizá puedo conseguir que me

quiera tanto como a los *crepes*…

—Mmm… Lo tienes chungo si compites contra el azúcar, no te voy a engañar… Pero bueno, ya sabes que tienes faena cuando vengas, tienes que hacer *crepes* para ella y para Luna, que es un público más difícil, sobre todo con la comida…

—¿Quién es Luna?

—Su mejor amiga en todo el Universo… Aunque, en realidad, que sean tan amigas es culpa mía y de su madre, me imagino, ¿sabes de quién es hija? ¿Te acuerdas de Ruth Mistral, que hizo el bachillerato artístico contigo? Pues entre que nos conocíamos de cuando nosotros íbamos a ese mismo colegio y que éramos con diferencia los padres más jóvenes, hicimos piña desde el minuto uno. Y claro, pues las niñas se hicieron superamigas… ¿Joel? ¿Qué te pasa?

He debido de perder toda la sangre del cuerpo, porque no me siento capaz ni de reaccionar, y no quiero ni imaginarme la cara que tendré a juzgar por cómo me mira Manu.

—Joel, ¿estás bien? —Mueve una mano delante de mi cara y yo siento un vértigo tremendo desde que ha nombrado a Ruth y a su hija y no sé qué hacer—. Joel, me estoy asustando, ¿qué pasa?

—Voy un momento al baño, ahora vengo.

Salgo pitando de la cama y me encierro en el aseo. No puedo quedarme mucho aquí porque sigo desnudo y hace un frío polar, lo que me viene muy bien para intentar pensar con claridad. No sé si contárselo ni hasta dónde, pero si Ruth forma parte de su vida, va a salir el tema en algún momento y supongo que será peor si no se lo he dicho y se entera por ella… Puede incluso que yo coincida con Ruth y con la niña en más de una ocasión. Joder, joder, joder.

—¡Hostia, qué puto frío! —me llega el grito de Manu desde el otro lado y enseguida unos golpes en la puerta—. Joel, ¿va todo bien? Vuelve a la cama o ponte algo de ropa, que te vas a congelar. ¿Me oyes?

—Sí, ya voy, perdona.

Abro la puerta y él ya está metiéndose de nuevo bajo el edredón. Me hace un gesto para que lo imite y lo hago sin dudar porque estoy empezando a notar las extremidades entumecidas. Me abraza con

todo su cuerpo y comienza a frotarme los brazos y las piernas para ayudarme a entrar en calor.

—Tengo que contarte algo, Manu —digo por fin—. Algo importante.

Detiene lo que está haciendo y me mira ya más serio.

—¿Qué pasa?

—Verás, yo… —Me incorporo un poco en la cama y me quedo sentado—. Sí que me acuerdo de Ruth. La vi. Vino a verme hace unos años… A pasar un fin de semana aquí…

—Vale, ¿y? —La confusión de su gesto me indica que no puede ni imaginarse por dónde van los tiros. Se incorpora también para quedarse sentado a mi lado, pero sube el edredón para taparnos.

—Yo estaba hundido en la mierda, me acababa de enterar de que habías dejado embarazada a Paola y que te casabas. Fue ese fin de semana…, en el que nos enviamos los últimos mensajes y ya no volvimos a hablar. —Está tan serio y junta tanto las cejas que parece que solo tenga una—. El caso es que Ruth estaba jodida, porque le habían detectado un cáncer en estado muy avanzado a su madre…

—Conozco la historia: su madre, su tía, su abuela, cirugía preventiva… Al grano, Joel.

—Pues eso, que me dijo que la iban a operar en un año o así y que quería ser madre antes, que era su única oportunidad… Y que necesitaba un donante… ¿Te imaginas el resto o me vas a hacer decirlo?

—¡¿Te lo pidió a ti?! ¡¿Le dijiste que sí?!

Me rasco la cabeza y asiento.

—Lo cierto es que me pilló muy bajito de defensas, pero, en cualquier caso, ¿qué hubieras hecho tú?

—Yo qué sé…

—Sí lo sabes.

—Ya, también le habría dicho que sí, supongo. Estaba en una situación muy jodida y a contrarreloj. Entonces, ¡¿eres el padre de Luna?!

—No lo sé. Ella quería ocuparse sola, prefería que no me implicara en nada. Y a mí me pareció bien, pero le dije que, para no

rayarme, no quería saber si no funcionaba, que se lo pidiera a otro. Así que no sé si funcionó o no.

—Bueno, ahora sabes que sí…

—No, puede que no y que lo intentara por otro lado.

—Pues yo necesito saberlo.

Se estira y vuelve a coger su móvil de la mesilla y empieza a pasar fotos hasta que da con una en la que está su hija con la otra niña. Se queda mirándola.

—¿Se te parece? No lo sé, joder, ¿tú qué piensas?

Miro la pantalla y solo veo a la niña que estaba con Ali el otro día en el patio del colegio.

—Yo qué sé, tío. ¿El color de los ojos? ¿Podría ser el de mi madre? Es que ni idea, es una niña…

—Pues yo necesito saberlo, porque si estamos juntos vamos a coincidir con ellas más de una vez, y esto hay que aclararlo y ver lo que pasa.

—Joder, Manu. —Me rasco la frente.

Él se me acerca todo lo que puede, me rodea con un brazo y me besa el cuello. A mi me recorre un escalofrío. Luego me hace cosquillitas con la lengua y me río. En ese momento, escucho el sonido de foto de la cámara de su móvil.

—¿Me has hecho una foto?

—«Nos» he hecho una foto.

—¿Así? —pregunto algo confuso.

—Sí, quería una foto de hoy, de este momento, pero me va a servir también para conseguir respuestas.

Veo que entra en WhattsApp y abre su chat con Ruth.

—No, ¿qué haces?

—Shhh, déjame, que ella y yo tenemos muy buen rollo.

Adjunta la imagen y veo que escribe el texto: «Mira dónde estoy. Me gustaría saber qué probabilidades hay de que me acabe de acostar con el padre de tu hija».

—¡No!

—Y… ¡enviar!

—¡Noooooooo! ¡Manu, ¿por qué has hecho eso?! —Me tapo la cara con las manos.

—Porque si queremos que esto funcione, necesitamos saberlo. Y porque ahora que sabes que existe una posibilidad no ibas a estar tranquilo, te conozco.

—Pero una foto de nosotros en la cama… ¿Es esa forma de preguntárselo?

—Si le hubiera mandado un mensaje normal, me podría haber ignorado… Pero así me contesta seguro, le va demasiado el chisme.

Efectivamente, la respuesta de Ruth no se hace esperar.

RUTH

WTF!!!

MANU

Contesta a la pregunta, querida

RUTH

Tu mensaje abre muchas más preguntas de las que pretende contestar

MANU

Pues pregunta, que yo te contesto

No como tú, que te estás haciendo la loca

RUTH

¡¿Desde cuándo te van los tíos?!

MANU

No me van los tíos, me va Joel

Contesta tú ahora

RUTH

Cuando nos reencontramos te pregunté si tenías relación con Joel y me dijiste que no

MANU

Y era cierto, habíamos perdido el contacto, pero lo hemos recuperado

Mucho

Muchísimo

Está aquí a mi lado leyendo esto, por cierto

Saluda

RUTH

Hola, Joel

Bonita bocaza…

MANU

Eh, no le reproches que haya sido sincero conmigo

¿Qué base sería esa para nuestra relación?

Y su bocaza es preciosa, en efecto

Y sabe hacer cosas maravillosas

—¡Manu, joder! —Le doy una palmada en el brazo y después me dejo caer sobre la almohada y entierro la cabeza ahí.

Lo escucho seguir escribiendo y reírse entre dientes y me incorporo porque ahora mismo es más la curiosidad que la vergüenza.

RUTH

Supongo que lo entiendo y que no puedo enfadarme por algo así

Pero quiero todo el chisme

La parte romántica y la más sórdida también

Déjame vivir a través de ti

Que mi vida amorosa y mi vida sexual son totalmente inexistentes

MANU

Lo que pidas tendrás

Te cuento lo que quieras

Y te regalo un satisfyer si así lo deseas

Pero contesta a la pregunta de una puta vez

RUTH

¿Te parece una conversación para tener por WhatsApp?

MANU

Sí o no, Ruth

No es tan difícil

Luego ya hablas con él con toda la calma que quieras

O en persona cuando venga a Valencia

Pero sí o no

Y no hace falta ni que lo diga, porque si fuera un no ya lo habría dejado claro. Pero, por evidente que sea, no puedo evitar el vértigo cuando lo leo.

RUTH

Sí

MANU

Genial

Gracias por la confirmación, guapísima

Ahora te dejo, que voy a hacerle caso

Te paso su contacto y le paso a él el tuyo

Tenéis mucho de qué hablar, me parece

Un beso, te llamo esta semana

RUTH

Hablamos, Manu

Pásalo bien

Y dale un beso a Joel

Que me llame cuando quiera y quedamos

MANU

Será en unos días, que hoy inaugura una exposición muy importante

RUTH

Claro, sin problema

Manu bloquea su teléfono y lo lanza al otro extremo del colchón. Luego me rodea con sus brazos.

—La exposición más importante de tu carrera, un novio y una hija… Todo el mismo día. Tú sí que sabes condensar los eventos, Briz.

Yo respiro hondo antes de hablar.

—Calla, que me da ansiedad. —Me río.

—Qué fuerte, eres el padre de Luna… —murmura.

—No —aseguro—. Padre eres tú. Yo solo aporté material genético. Que no estoy diciendo que no quiera conocerla y quizá ser padre a partir de ahora, pero de momento no lo soy.

—Pues me parece que al final sí que vamos a tener que llevarlas a las dos juntas a Disney…

Se ríe y me contagia enseguida, porque, si es con él, ni siquiera algo como una paternidad repentina da miedo.

El mundo sigue girando, Manu se ríe, y yo no sé si reír o llorar… Porque, fuera de estas paredes, París amanece como si fuera un día normal. Como si la vida, mi vida, hoy no fuera tan diferente a la de ayer mismo. Como si todo mi mundo no acabara de tomar un rumbo totalmente inesperado. Pero él está aquí, conmigo, y, mientras eso sea así, creo que todo lo demás se puede aprender.

CAPÍTULO 38

LA INAUGURACIÓN



MANU

La inauguración es un completo éxito. La galería está a rebosar de gente y todos quieren saludar al gran artista y que les preste un poco de atención. Él está exultante, de guapo y de feliz. Sí, puede que nunca lo hubiera visto tan feliz como ahora. Hay incluso gente que me reconoce en los retratos y me pregunta si soy yo. Cuando lo confirmo, me piden hacerse fotos conmigo junto a los cuadros. La peña está fatal. Las pegatinas de color rojo junto a los lienzos que indican «vendido» se van multiplicando conforme pasa la tarde. Y yo no puedo alegrarme más por él y por lo bien que está yendo este día que tanto le preocupaba.

Deambulo de aquí para allá, y lo veo atender a la gente y mirarme de reojo cada pocos segundos. No sé si se está agobiando, si tiene miedo de que me largue o si simplemente no puede evitar poner sus ojos en mí todo el rato, como me pasa a mí con él.

En un momento dado, se despide de la gente con la que está hablando y viene hasta mí.

—Perdona, no te estoy haciendo ni caso.

Me río y lo beso.

—Ni te preocupes. Hoy tienes mucha gente a la que atender, ya me lo compensarás luego —sugiero.

—Me gusta cómo suena eso —murmura y me vuelve a besar.

Alguien dice algo en francés muy cerca de nosotros y Joel suspira junto a mis labios.

—Ve. —Me río—. Yo te espero por aquí, estaré en la sala de al lado, para no distraerte.

—En cuanto pueda, voy —susurra antes de girarse y atender a la pareja que reclamaba su atención.

Cumplo lo que le he dicho y me alejo un poco para que se centre en atender a los visitantes y no esté tan pendiente de mí. Voy hasta otra de las zonas de la galería y vuelvo a echar un vistazo a los cuadros que ya casi me sé de memoria.

Siento que se me para el corazón cuando unos brazos me rodean con fuerza por la espalda y me levantan casi un palmo del suelo. Todo ocurre en un par de segundos. No es Joel, es alguien más alto que yo. En cuanto habla, me tranquiliza.

—Pero bueno, ¿qué haces tú aquí, en París? ¡Qué sorpresa! —Me da la risa al reconocer la voz de mi hermano Nico.

Me vuelve a dejar en el suelo y me giro a mirarlo.

—Podría preguntarte lo mismo: ¿qué haces TÚ aquí?

—Pues vi en redes lo de la expo y París me pillaba medio de paso. —Sonríe con ese gesto que ponía de pequeño cuando hacía una gamberrada o cuando tenía algo que contarme que le emocionaba mucho—. Y pensé en pasar para darle algo a Joel… A ver, iba a convocar cena de hermanos para contároslo a los tres juntos en persona en un par de semanas, pero, ya que estás aquí… —Baja la voz y mira hacia los lados, al fin y al cabo, es una figura pública y siempre tiene que ir con cuidado de que nadie lo grabe y suba lo que sea a internet. Luego saca un sobre del bolsillo interior de su abrigo—. Me caso, tete. —Da unos saltitos emocionado, como cuando era un crío—. Laza me lo ha pedido por fin. Le traigo a Joel su invitación. Las vuestras os las daré a los tres juntos, guárdame el secreto.

—¡¿Qué dices?! ¡Enhorabuena! —Lo abrazo con fuerza y me río con él, como si volviéramos a ser adolescentes y me estuviera

contando de nuevo que le había salido trabajo de modelo. Llevaba años diciendo que se quería casar y soltándole indirectas a su novio, y por fin ha ocurrido.

Cuando nos separamos, Joel está a nuestro lado y su cara está más blanca que la pared. Casi tiene peor aspecto que anoche, cuando parecía que se iba a desmayar en cualquier momento.

—Nico, ¿qué haces aquí? —Le tiembla la voz, y el tono es un poco grosero para dirigirse a alguien que se ha desplazado hasta París para venir a su exposición.

—He venido a darte esto. —Le estampa el sobre en el pecho—. Me caso, tío, y tienes que venir… Sin rencores. —Sonríe.

¿Rencores? Estoy un poco descolocado en este momento.

—Gracias —dice Joel, pero está serio, y raro en general.

Y yo lo que estoy es muy perdido, porque no sé qué está pasando.

—No pongas esa cara, Joel, que ya he visto los cuadros. —Nico le da una palmada con fuerza en el hombro y suelta una carcajada—. Serás cabrón… De mi hermano pones la cara y de mí el culo. Debería darte vergüenza… —Se vuelve a reír—. Todo un fin de semana en pelotas, con el frío que hace en ese apartamento tuyo. ¿Has estado en su piso? —me pregunta a mí y yo asiento un poco flipado porque me está costando procesar lo que está diciendo mi hermano—. Pues eso, qué frío, joder. Luego me pones de espaldas, con la cara de mi hermano, que cualquiera que lo vea pensaría que es el mismo tío en todos… No tuviste bastante con romperme el corazón, ¿eh? Tenías que hacer sangre. —Nico bromea, pero yo me estoy mareando.

—¿Te rompió el corazón? —consigo preguntar.

—Sí. —Nico se ríe—. Te lo juro, le entregué mi corazón y él lo pisoteó como un desalmado. —Da un par de pisotones en el suelo por si no me ha quedado claro el concepto—. Suerte que encontré al hombre de mi vida, que sí ha sabido apreciarme en lo que valgo y como merezco… ¡y me caso!

Yo miro a Joel sin dar crédito, y él está tan blanco que parece que alguien le haya borrado el color deliberadamente.

—No fue así, Manu, no es lo que piensas… No pasó nada.

—Serás mamón. —Se vuelve a reír Nico—. ¡Encima me borras! Que no pasó nada, dice… Joel, irás al infierno por decir mentiras.

Miro a Joel y siento mi corazón sangrar dentro del pecho, porque su cara me dice que hay mucha verdad en lo que está diciendo mi hermano. Un grupo de gente se acerca a Nico en ese momento para pedirle que se haga fotos con ellos. Y yo aprovecho para huir.

—Ahora vengo —murmuro y apresuro el paso hacia la salida. Escucho que Joel me llama, y juraría que me está siguiendo, pero no me detengo.

Ya en la calle, aspiro el frío aire de París que me quema los pulmones. Casi no puedo ni respirar.

—Déjame que te explique, Manu —dice Joel al llegar a mi lado.

Consigo calmar mi respiración y cuadro los hombros.

—Vale, explícate. —Me cruzo de brazos y lo miro a la cara.

—No es como él lo ha contado… Ya sabes que Nico es un exagerado. Te juro que no pasó nada entre nosotros…

—¿Nada? —Alzo las cejas esperando que desarrolle esa afirmación que suena tan sumamente falsa en comparación con lo que acaba de decir mi hermano. Tan falsa como me parece ahora todo lo que me dijo anoche, todo lo que hicimos, todo lo que planeamos…

—Un beso. Nos besamos, pero no fue a más, le dije que no podía tener nada con él. Por eso dice que le partí el corazón, pero es una exageración, no llegamos a tener nada, Manu, te lo prometo… Yo estaba enamorado de ti, no podía tener nada con tu hermano…

—No puedo más, Joel —murmuro haciendo todo lo posible para no ponerme a llorar aquí mismo—. Te juro que no sé cómo lo haces… Cuando pienso que has llegado al límite y que ya no me puedes hacer más daño, que es materialmente imposible que hagas algo que me duela más todavía, siempre encuentras la manera. Y te juro que no puedo más. Llevo toda mi puta vida preocupado por ti, por que no lo pases mal, porque el pobre Joel es muy sensible y sufre mucho por todo… ¿Y yo qué? ¿Quién se preocupa por mí, Joel? ¿En algún momento te has parado a pensar en el daño que me has hecho? ¿Te paraste a pensar en el daño que me hacías? Lucas, Ruth, Nico… Y lo que no me habrás contado… Mantuviste relación con

todos menos conmigo. Yo sufriendo diez putos años, preguntándome qué había hecho mal y tú de buen rollito con todo el mundo… Y me da igual un beso, un polvo o una puta inseminación… ¡Es que me la suda! Conmigo no podías ni quedar para tomar un café, pero podías pasar todo un fin de semana con mi hermano, con mi puñetero hermano… o con Ruth… Incluso con Lucas, que ni siquiera erais amigos… Lo grave aquí es que todos ellos merecían una atención que yo no… Y precisamente soy yo el que no merezco esto. Hasta aquí, Joel. Incluso yo tengo un límite —quién lo hubiera pensado— y lo has sobrepasado con creces.

—Manu, lo hice mal, lo sé, y lo siento, pero yo te quiero.

—Vete a la mierda, Joel, eso solo son palabras… Cuando quieres a alguien, no lo tratas así. —Levanto una mano porque por algún lado necesito dejar salir la frustración. Al momento la cierro en un puño y la vuelvo a bajar, porque no hay nada que pueda calmar ahora mismo lo que siento—. No me quieres, Joel. Y, si me quieres, no lo haces del modo correcto. No se daña a quien se quiere. Te diría que no puedes hacerme más daño, pero estoy seguro de que encontrarías la manera. Puede que hasta te lo tomaras como un desafío. Pero no voy a quedarme a comprobarlo… No debiste volver. Ojalá nunca lo hubieras hecho. —Los ojos me pican tanto que me temo que se pueden desbordar en cualquier momento. Solo espero no estar ya frente a él cuando eso pase.

—Manu, no te vayas. Vamos a mi casa y hablamos tranquilamente.

—Yo ya no voy contigo a ningún lado. Voy a seguir con mi vida y a hacer como que nunca volviste.

—Manu, por favor.

—Borra mi número. No me llames, no me escribas… Tienes experiencia en eso, no te costará mucho.

—Manu. —Las lágrimas le resbalan por las mejillas y me coge la mano en un gesto desesperado del que me deshago de un modo brusco.

—No vuelvas a tocarme.

—Lo siento muchísimo, Manu, déjame compensarte.

—Es tarde para todo. Adiós, Joel. No me sigas, ahora soy yo el que no quiero ni verte.

Y no le doy ni opción a réplica. Acelero el paso y me subo al primer taxi que encuentro. Necesito perderlo de vista y dejar salir todo este dolor que me está desgarrando el pecho desde dentro.

CAPÍTULO 39

BUENO PARA MI EGO



JOEL

Veo cómo el taxi se marcha con Manu dentro y creo que parte de mi cordura se va con él, porque el mundo se desdibuja a mi alrededor y siento que caigo en un pozo oscuro. No escucho, no veo, creo que mis sentidos, tan potentes de normal, se desconectan. Todavía no me había hecho a la idea de que lo mío con Manu era real y ya ha dejado de serlo…

Algo me sacude, o sacude mi cuerpo, porque en realidad no me siento aquí. No sé muy bien dónde estoy. Con Manu, puede que mi alma se haya ido tras él y ahora esté vagando por ahí mientras mi cuerpo se ha quedado aquí, hueco y, puede que por primera vez, insensible.

—Joel, ¿me oyes? ¡Joel! —Una sacudida más fuerte y algo me obliga a girar la cabeza—. Joel, ¿qué te pasa? Me estás acojonando… ¿Y mi hermano? ¿Dónde está Manu?

El borrón se va perdiendo y da paso a una imagen cada vez más nítida. Pongo todo mi empeño en enfocar a Nico, hasta que veo con claridad su cara de preocupación.

—Nico —murmuro.

—¿Y Manu? ¿Qué haces aquí tirado solo y sin abrigo? Ha empezado a nevar, ¿no lo notas?

—No.

—¿Y Manu?

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? ¿A dónde se ha ido?

Su pelo está cada vez más blanco, va a ser verdad lo de que ha empezado a nevar, pero yo ni lo noto.

—Se ha ido para siempre —murmuro—. No va a volver.

—Vale, ahora me contarás qué ha pasado. ¿Entras conmigo? ¿Te ves con ánimo de hablar con la gente? ¿O nos vamos de aquí?

—No quiero volver a entrar ahí.

—Vale, pues espérate aquí y voy a por tu chaqueta. Salgo enseguida.

Unos minutos o unas horas después está de vuelta con mi abrigo.

—Ven, vamos a una cafetería muy tranquila que conozco. He pedido un coche, tiene que estar esperándonos ya.

Me lleva hasta un coche privado con chófer que está esperando junto a la plaza y le da unas indicaciones al conductor, que nos lleva hasta donde Nico le pide.

El local al que llegamos es puro lujo, pero acogedor a pesar de todo. No he estado aquí en la vida, no es el tipo de sitios que suele frecuentar un artista de la calle. Siento una punzada en el pecho al imaginarme a Manu diciéndome que es normal que no me suene el sitio, que no es lugar para indigentes. Escucho a Nico pedir, en francés, un salón privado y una chica muy amable nos acompaña hasta allí.

La salita no es muy grande, tiene un par de sofás, una mesa de centro y flores frescas. Hace calor pese a que la ventana está nevada. La chica que nos ha traído hasta aquí pregunta qué vamos a tomar y Nico pide una infusión.

—¿Qué quieres, Joel? ¿Un chocolate caliente? ¿Una tila?

—Vale, me da igual.

Él asiente y me pide el chocolate.

La chica se marcha y él se sienta en uno de los sofás y da una palmada a su lado para que me siente con él. Me quito el abrigo y lo hago.

—¿Y bien? ¿Me explicas qué cojones ha pasado?

Y entonces rompo a llorar y lo suelto todo de carrerilla. Le cuento cómo llevo toda la vida enamorado de su hermano. Cómo pensé que, por un momento, a los diecisiete años, lo nuestro era posible. Cómo tuve que hacerme a un lado cuando apareció Paola… Y cómo lo abandoné por puro egoísmo y por miedo a seguir sufriendo toda la vida. Lo mal que lo hice durante los diez años siguientes y cómo volví después cuando lo necesité. Y luego todo lo que pasó desde mi llegada y hasta esta mañana, cuando estábamos hablando de que éramos una pareja.

Justo cuando acabo, nos traen lo que ha pedido Nico y la chica se vuelve a marchar. Él le da un trago a la infusión y se queda un rato mirando al infinito.

—Me dejas flipado —dice por fin—. No tenía ni puta idea. A ver, que te molaba Manu sí que lo sospeché alguna vez de jovencillos, pero como por aquel entonces tampoco sabía seguro si eras gay, pensé que no lo sabías ni tú… Y a Manu… ¿desde cuándo le molan los tíos?

—Eso tendrás que hablarlo con él.

—Sí, tienes razón… Vale, a ver, entonces, ¿ha estallado todo por un comentario desafortunado mío?

—Sí. —Sollozo—. Aunque no le faltaba razón al decir que estos años he quedado con todo el mundo menos con él.

—Es que yo no sabía eso. No sabía que habíais perdido el contacto del todo. Lo hiciste de puta pena, tío.

—Lo sé. —Se me atragantan las palabras de las ganas de llorar que tengo.

—Bueno, no te fustigues. —Me pasa un brazo sobre los hombros —. Vale, yo la he cagado, yo lo voy a intentar arreglar. Vamos a darle unos días, ya sabes que mi hermano cuando se mosquea tiene un pronto muy bruto, pero luego se va desinflando… Mira que es

difícil cabrear a Manu o agotar su paciencia… Pero claro, es que ha sido mucho…

—Ya lo sé. —Y ahí ya rompo a llorar del todo y esto no hay quien lo pare.

—Vale, ya, lo arreglaremos. —Aprieta su brazo sobre mis hombros y me besa la cabeza—. Vendréis juntos a mi boda como pareja o no me caso… Nah, que os den, me casaría igual, pero si venís juntos me hará más ilusión.

Y no puedo evitar que se me escape una risa tras ese comentario tan Andújar.

—A ver, yo ahora tengo que irme a Londres un par de semanas. Intentaré hablar con Manu cuando vuelva a Valencia. Ya sabes que con él es mejor no tratar de arreglar las cosas en caliente, que se encabrona más. Vamos a dejar que se enfríe un poco por sí mismo y ya hablo con él a la vuelta. ¿Te parece?

Asiento y sollozo un poco.

—Venga, que no podemos permitir que el polvo que no llegamos a echar estropee lo que tienes con Manu. Sería el no-polvo más triste de la historia.

Nos quedamos un rato en silencio. Es fácil sentirse cómodo entre los brazos de Nico, es casi un abrazador profesional.

—¿Sabes? —murmura después de un rato—. A mi ego le viene bien saber que tu rechazo no fue por mí, sino porque estabas enamorado de mi hermano.

Se me escapa una risa sincera desde lo más hondo.

—Pero vamos a ver… Te nombraron «hombre más atractivo del mundo» durante no sé cuántos años seguidos, pusieron carteles tuyos, de doce pisos de altura, en calzoncillos en todas las principales capitales mundiales, eres uno de los *top models* más cotizados del planeta… Yo creo que tu ego no necesita ánimos, lo que necesita son un par de hostias para que se te bajen un poco los humos…

Él suelta una carcajada y me abraza más fuerte.

—Eso, méteme caña, joder, reacciona. Necesitamos esa chispa para que recuperes a mi hermano.

—No has visto cómo se ha puesto, no creo que quiera ni escucharme.

—Lo hará. Si lo conoceré yo… No es nada rencoroso, ya lo sabes.

—Pero es que esta vez…

—Sí, esta vez la cosa está jodida, pero dale tiempo.



El coche pijo que tiene contratado Nico me acerca a mi barrio antes de marcharse. Le he pedido que me trajera de nuevo a la exposición. Cuando entro, ya no queda casi nadie. Maurice sale a mi encuentro entusiasmado. Pensaba que me iba a echar la bronca por haber desaparecido durante un par de horas, pero, en lugar de eso, me da un abrazo y me felicita. Se ha vendido todo el primer día. Eso es la hostia, porque me revaloriza como artista y me hace más atractivo para otras galerías. No voy a decir que no me duela haber vendido mis cuadros favoritos, pero es mi trabajo. Alguien colgará la cara de mi Manu adolescente en su salón.

Ni siquiera es ya «mi» Manu. Lo fue durante unas horas. Estuve tan cerca… Cada rincón de la galería me recuerda a él y a los besos que hemos compartido esta misma tarde…

Necesito salir de aquí.

La nieve blanca y reluciente que ha caído hace un rato es ahora un manto sucio, aguado y resbaladizo. Me encanta un paisaje nevado como a cualquiera, pero me deprimen esas mismas calles cuando han perdido su encanto de postal. Camino con cuidado para no resbalarme, porque solo me faltaría hoy pegarme una hostia y abrirme la cabeza… Sería el cierre perfecto para el día más importante de mi vida.

Paso por la plaza donde trabajo y, entre las horas y la nevada, no queda nadie. El camino que hago me recuerda al que ayer hice con Manu, aunque hoy es más largo, más gris, más triste.

Pero lo peor llega al entrar en casa. Mi cuchitril parece enorme sin él ocupando todo el espacio. Me resulta deprimente sin su risa llenando cada rincón. Subo hasta el altillo y veo mi cama hecha. La

ha hecho él antes de irnos, «para darle un poco de dignidad al antro», ha dicho. Me dejo caer sobre ella y compruebo que el edredón huele a él. En el suelo, junto a la mesilla, está la mochila que traía con algo de ropa dentro. Porque pensaba volver. Y ahora no sé ni dónde está. Cierro los ojos y deseo con fuerza que se haya quedado en algún hotel de la ciudad y que mañana esté de humor para hablar conmigo, pero algo me dice que eso no va a pasar. Un pálpito me indica que no está aquí, mi corazón lo siente lejos.

Un rato después, me llega un mensaje y me saca de dudas.

NICO

Está en Valencia

Lo he llamado en plan “Eh, que te has ido sin avisar” y me ha soltado un rollo de que tenía el vuelo y lo perdía y nosequé

Estaba con Ali, así que es verdad

No le he dicho nada de lo que hemos hablado

Pero quería decírtelo por si estabas preocupado o algo

JOEL

Gracias, Nico

NICO

No te agobies, tío, que esto tiene arreglo

Yo no se lo veo, pero eso no se lo digo.

JOEL

Claro, gracias

Los días pasan despacio sin saber de él. Intenté mandarle un mensaje, pero no le llegan, imagino que me ha bloqueado. Podría intentarlo por Instagram o por email, pero si no quiere hablar conmigo, me parece absurdo.

Mi rutina es reconfortante para tenerme ocupado, pero mis días están cada vez más vacíos y tristes. Lo mejor de vivir en París era que aquí no tenía recuerdos con Manu, que esta parte de mi vida era totalmente ajena a él. Pero en apenas veinticuatro horas logró adueñarse del pequeño mundo que había construido aquí y ahora da igual donde vaya, no tengo dónde esconderme.

CAPÍTULO 40

SI NECESITAS HABLAR



MANU

Los mil quinientos kilómetros que me separan de Joel nunca me habían parecido tan pocos. A veces desearía que estuviera en la otra punta del mundo y separado de mí por un enorme océano para no tener la tentación de correr hasta París y decirle que lo echo de menos y lo podemos arreglar. Que, con mi forma física, corriendo no conseguiría ni salir de esta ciudad, pero es una forma de hablar, se entiende. El caso es que flaqueo como cualquiera y, aunque a veces tengo la tentación de olvidarlo todo, me duele demasiado. Cada cosa que hace Joel me afecta y me rompe por dentro. Creí que le había perdonado lo de todos estos años, pero, por lo visto, algo en mi interior no lo ve así. Estoy cansado de sufrir por él. Muy cansado. Ni por él ni por Paola. Ha llegado el momento de pensar en mí y cuidar un poco mi corazón, no merezco esto.

«Siempre hay que pensar en uno mismo para poder estar sano mentalmente para otras personas». Las palabras de mi terapeuta llegan a mí por enésima vez en estos días. Quizá tiene razón y ese ha sido siempre mi problema, que me preocupo por todo el mundo y me «desocupo» de mí, y así pasa, que no dejo de llevarme un palo tras otro.

Por suerte, tengo a Ali. Con ella es imposible sentirme solo. Nuestra rutina me reconforta y no hay nada que pueda cambiar eso. Llevamos una vida sencilla pero feliz, y no necesito una relación romántica para sentirme realizado. Mi mente me traiciona y me trae la fantasía de despertarme cada mañana con Joel y un pinchazo en el corazón me avisa de que es pronto para el autoengaño, pero si sigo practicando, conseguiré convertir esta mentira en verdad.

Hace una semana y media que volví de París y hasta ahora he conseguido aislarme del mundo, lo necesitaba. No estaba de humor para charlas o visitas y he esquivado con elegancia a todo el que ha intentado verme, incluida Ruth. Me he refugiado en Ali y eso ha supuesto un gran alivio. Pero los días pasan y la vida real me recuerda que mi hija no es la única persona del mundo con la que tengo que socializar. Esta tarde tiene un cumpleaños y la tengo que llevar por fuerza. Bueno, supongo que podría pedírselo a mi madre o a Loui, pero no les voy a hacer esa putada solo por evitar a Ruth. Además, lo mismo hasta me viene bien hablar con ella.

Llego a la ludoteca y, por primera vez desde que empezamos con esto de las fiestas infantiles, Ruth ha llegado antes que yo. Luna viene corriendo y le mete prisa a Ali para que se quite los zapatos y se ponga la pulsera identificativa cuanto antes. Mientras esperamos a que eso pase, porque depende más de los monitores que de nosotros, no puedo evitar mirar a Luna y buscar a Joel en ella. Y no sé si es sugestión, pero lo encuentro. Lo veo en la forma de arrugar las cejas molesta cuando la monitora le dice que espere. Lo veo en el gesto de disgusto que hace con los labios…

—Le has encontrado el parecido ahora que lo sabes, ¿verdad? —interrumpe Ruth mis pensamientos en voz baja para que no nos escuchen las niñas, pero están tan ansiosas por que las dejen entrar ya que no creo que nos escuchen siquiera.

—Se parece más a ti —aseguro.

—Sí, pero ahora también lo ves a él.

—Sí.

Los monitores les abren la puerta que da acceso a la locura y ellas corren hacia el interior.

—Acompáñame a fumar —me pide mi amiga y salimos donde siempre.

Empieza a hacer demasiado frío para estar en la calle, pero hoy más que nunca necesito estar solo con ella y sin tantos padres alrededor.

—Ya no estáis juntos —afirma cuando nos acomodamos en el bordillo helado que hay junto al ventanal.

—Eres muy intuitiva —bromeo.

—De intuitiva nada, me lo dijo él. —Saca el cigarro apagado de siempre y lo sostiene en la mano.

—¿Cuándo habéis hablado?

—La semana pasada. Me llamó el día después de su inauguración. Bueno, y varias veces desde entonces.

—¿Y?

—Quiere conocer a Luna.

—Normal. ¿Y a ti te parece bien?

—Sí, claro. Fui un poco flipada y un poco infantil al pensar en hacer esto yo sola, aunque podría si no hubiera más remedio, pero si él quiere conocerla y formar parte de su vida, no sería justo para ninguno de los dos que yo lo impidiera. Y creo que para Luna también será bueno tener un padre. Además, Joel es un buen tío.

Suelto un bufido, pero no hago ningún comentario. Ella deja escapar la risa.

—Es un buen tío, y lo sabes…

—Es tu opinión.

—Es la opinión de todo el que lo conoce. Viene este fin de semana, igual podrías aprovechar para hablar con él…

—No tengo nada que hablar con él —la corto, aunque lo cierto es que pienso en lo difícil que va a ser ese momento para él y me imagino acompañándolo y estando a su lado para hacerlo más llevadero. Destierro rápido ese pensamiento porque tengo que recordarme que debo pensar en mí mismo

—Venga ya, Manu. Bueno, sigue repitiéndotelo, que lo mismo hasta te lo crees.

—No tengo nada que hablar con él —insisto.

—Bueno. —Suspira—. ¿Tú cómo estás? ¿Te sientes genial después de romper eso que teníais casi antes de empezar? ¿Te compensa? ¿Eres superfeliz?

—Menos coñas. No sé qué te habrá contado, pero tengo mis motivos. Y sí, soy feliz en mi rutina cómoda. Mi vida puede que no sea apasionante, pero a mí me gusta. Es él quien ha decidido siempre entrar o salir de ella cuando le ha dado la gana. Es la primera vez que decido yo… Creo que tengo derecho a no querer que me haga más daño.

—Tienes derecho, sí —asiente—. Pero sería una pena que dejaras escapar algo muy especial por una cosa tan tonta como orgullo… o miedo.

—Es mi decisión.

—¿Quieres que te avise este finde cuando esté él? Podemos fingir que no te he dicho nada y que os encontráis por casualidad.

—No.

—Venga ya, Manu… ¿Hasta cuándo vas a alargar esto?

—Es mi decisión, Ruth, respétala.

Ella se limita a asentir y no vuelve a sacar el tema. Y casi me fastidia, porque hablar de él es el único modo de tenerlo presente ahora mismo y de compartir con alguien esto que siento. Lo echo tanto de menos que a veces me duele físicamente, pero supongo que es cuestión de tiempo. Ya he conseguido sacarlo de mi vida, ahora solo necesito hacerlo también de mi cabeza.



No voy a fingir que las palabras de Ruth no me dejan intranquilo durante días. Y que no me paso el fin de semana pensando que Joel está aquí, en Valencia, en el barrio, y que podría encontrármelo en cualquier momento. Que podría llamarlo y forzar ese encuentro. Que podría desbloquearlo y ver si lo hace él… Pero me limito a dejar pasar las horas con la incertidumbre de pensar cómo le habrá ido con Luna, cómo estará llevando algo así…

El domingo por la tarde tras el finde más tedioso de la historia, viene mi tío Loui a quedarse a dormir en casa porque esta noche tengo guardia en la farmacia y mis padres están fuera.

—Hola, gracias por venir —lo saludo al abrir la puerta.

—Siempre que lo necesites, ya lo sabes.

Lo cierto es que este hombre no puede ser más buena gente. No me ha fallado ni una vez. Ali sale corriendo de su habitación en cuanto nos escucha en el salón y se lanza a sus brazos.

—¡*Il mio amore Luigi*! —le grita mi hija lo que siempre dice su marido italiano y a los dos nos da la risa—. ¿No ha venido Piero?

—Está atendiendo un parto. Si acaba pronto, vendrá luego.

—Oh, un bebé —dice Ali con voz cuqui, como si ella misma no hubiera sido un bebé anteayer.

—Venga, Ali, recoge los juguetes, que vas a cenar.

—A la orden. —Mi hija me dedica un saludo militar y vuelve a desaparecer en su habitación a toda prisa.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto a Loui cuando entramos los dos en la cocina.

—¿Todo bien, Manu? —pregunta a su vez en lugar de responder a la mía.

—Sí, solo estoy cansado —aseguro.

—Hay días —dice mientras coge tres platos del armario donde los guardo— en los que uno no sabe si está agotado por algo que ha pasado o por lo que se está prohibiendo sentir…

Chasqueo la lengua tras sus palabras.

—Toda la vida igual —protesto y cojo yo los vasos—. ¿Puedes dejar de leerme la mente? Por favor y gracias.

Él se ríe y coloca los platos en la mesa.

—¿Es por la vuelta de Paola?

—No, eso es un poco raro, la verdad —confieso y hago lo mismo con los vasos que llevaba en la mano—, pero ya lo tenemos bastante normalizado, tanto Ali como yo… Hemos incorporado las visitas a nuestra rutina y la verdad es que todo fluye bastante más de lo que cabría esperar.

—¿Has tenido más citas entonces? ¿Te vuelve a pasar lo mismo que me contaste, que no conectas con nadie?

—No. —Suspiro y voy hasta el cajón de los cubiertos—. El problema esta vez ha sido… que conecté y… digamos que decidí desconectar por mi propio bien.

—¿Y eso? —Me quita los cubiertos y empieza a colocarlos él de un modo impecable—. ¿No le quisiste dar una oportunidad?

—Era… Bueno, alguien de mi pasado… Pero ya está fuera de mi vida, no quiero darle más vueltas…

—Vale, no me lo cuentes si no quieres, pero, si necesitas hablar, cuando sea, sabes dónde estoy.

—Gracias, Loui. —Me siento a la mesa y él hace lo mismo a mi lado.

—Para lo que necesites, ya lo sabes.

—No es que no le quiera —suelto sin más, y me sorprendo hasta yo—, es que necesito no hacerlo y no sé cómo…

—¿Por qué necesitas no quererla?

—Lo —corrijo sin más, porque, ya que estoy, se lo suelto todo.

—¿Qué?

—Querer-LO, no es una mujer.

Pestañea un par de veces confundido.

—Bueno, si estamos hablando de un hombre, ahí puedo empatizar más todavía. —Sonríe—. ¿Cuál es el problema?

—No sé, esto viene de largo… Yo sé que me quiere y que su intención no es hacerme daño, pero me debe de querer mal, porque me lo hace… Todo el tiempo, y no puedo más…

—¿Te enamoraste de un intensito? —pregunta arqueando una ceja—. En eso tengo experiencia también.

—Supongo que sí. —Acompaño mis palabras con un sonido entre una risa y un bufido.

—Hay personas que aman intensamente y muchas veces no saben o no pueden sostener lo que sienten, no miden, y eso puede ser muy bueno o muy malo. Les desbordan sus propios sentimientos y, si te pilla el tsunami, arrasan contigo.

—Por eso mejor salir de ahí cuanto antes, ¿no?

—Eso ya depende de cada uno. Yo decidí quedarme. —Se encoge de hombros.

—¿Y te alegras de haber tomado esa decisión?

—Cada día. —Sonríe con condescendencia y pone una mano sobre la mía—. Yo era un tipo muy prudente antes de Piero. Pero con él decidí arriesgar, porque pensé que la recompensa podría valer la pena. Y es cierto lo que dicen de que «quien no arriesga no gana».

—Supongo —murmuro y me encojo de hombros como si no supiera qué responder.

Loui no insiste. Solo asiente y se levanta para ir a buscar a Ali; y me deja con mis pensamientos, que ya son bastante compañía.

Por un momento, me quedo solo en la cocina. Los oigo hablar y reírse en la habitación de al lado, pero no los escucho. Apoyo los codos en la mesa y respiro hondo, como si pudiera vaciarme por dentro solo con eso. Como si todo lo que me atormenta pudiera salir de mi interior con ese sencillo gesto.

Saco el móvil del bolsillo y miro su nombre en la lista de bloqueados.

No lo desbloqueo. Tampoco lo borro.

Me limito a dejarlo ahí, como cuando guardas una carta de Hacienda sin abrir en un cajón, porque prefieres no saber lo que dice. Pero también sabes que, tarde o temprano, no te va a quedar más remedio que enfrentarte a eso.

Bloqueo la pantalla y dejo el móvil bocabajo, como si así pudiera apagar también todo lo que siento.

Luego me levanto a servir la cena, me espera una larga noche de guardia.

CAPÍTULO 41

NOCHE DE GUARDIA



MANU

Fuera de estas paredes, la ciudad duerme, pero yo no.

A través del escaparate y la reja solo se ve la luz verde de la cruz de neón reflejada sobre los charcos de la acera. En las noches de guardia, siento que la farmacia es lo único encendido en el mundo, un botón de luz cuando el resto del mundo se apaga. Y a veces yo mismo me siento así, o quizá mejor justo lo contrario, el único apagado en un mundo de color que se mueve demasiado deprisa.

El reloj de la pared marca las dos y media. Apenas se escucha el tictac ahogado por la lluvia torrencial que cae ahí fuera. El semáforo que hay justo delante vuelve a cambiar de color una vez más y me modifica de nuevo la iluminación de ambiente. Aquí dentro todo está en penumbra. Solo he dejado encendidas la luz de la ventanilla de las guardias y la del escritorio de la rebotica. Siempre he tenido la impresión de que encender más durante la noche me convertía a mí en el escaparate y el exterior en un misterio. Todavía huele al alcohol que se le ha derramado a Rubén antes de marcharse, nada nuevo.

Si cierro los ojos, casi puedo verme cuando estudiaba la carrera y venía a pasar las guardias con papá para que no estuviera solo. Lo

veía atender a los insomnes del barrio, y debo decir que eso no ha cambiado demasiado. Siempre aparece el típico que quiere que le des algo para dormir más fuerte de lo que estamos autorizados a dar sin receta. También el pesimista crónico que no confiaba en su suerte y viene buscando condones en plena madrugada. Y siempre sorprende algún desubicado que pretende que le abras la farmacia y le tomes la tensión.

Aquellas noches con papá tenían algo mágico. Él acostumbraba a pasarme una manta por encima de los hombros y decía que las mejores conversaciones y las historias más interesantes ocurren siempre de madrugada. Y, como en casi todo, tenía razón.

Cuando empecé a hacer las guardias solo, durante un tiempo me acompañaba Paola. Solía traer una bolsa de gominolas, o palomitas, y se quedaba a dormir conmigo. Se pasaba las madrugadas sentada sobre el mostrador, con las piernas colgando y esa risa suya que llenaba el local más que cualquier luz.

Cuando se largó, empezó a venir papá (si coincidía que no estaba fuera de la ciudad) otra vez, aunque no se quedaba a dormir. Se sentaba un rato conmigo, tomábamos café y hablábamos de todo y nada: de Ali, de mamá, de mis hermanos, del precio del paracetamol…

Hace tiempo que no viene por un motivo o por otro. Esta noche en concreto se ha ido fuera con mamá. Y está bien que se jubile de las guardias, pero, aun así, hay noches en que echo de menos oírlo entrar con ese entusiasmo contagioso que tiene. Algo que en una noche como hoy me vendría genial, la verdad. Las noches de tormenta como esta suelen ser de las guardias más tranquilas, pero más aburridas también. Tienes que necesitar mucho algo para salir de casa con este tiempo.

Vuelvo a mirar el móvil no sé muy bien para qué. No hay mensajes. No hay llamadas. No hay notificaciones de ningún tipo.

Me pregunto si Joel estará dormido o despierto y pensando en mí. Bueno, este fin de semana iba a conocer a Luna, por lo que probablemente no sea en mí en quien esté pensando. ¿Estará en el

barrio? ¿Se habrá ido ya? Es la madrugada del domingo al lunes, las dos opciones me parecen igual de plausibles.

Deslizo la lista de chats hasta que llego al suyo. Aguanto la respiración antes de desbloquearlo y cierro los ojos un momento. Llevo varias noches haciendo esta tontería. Lo desbloqueo con la esperanza de que, por algún misterio místico, él esté despierto como yo y lo vea y me escriba. Como no ocurre, lo vuelvo a bloquear por si a la mañana siguiente amanezco arrepentido.

Mi padre solía decir que las guardias ayudan a trabajar la paciencia, pero creo que a mí solo me han enseñado a estar solo sin hacer ruido.

Decido que esta vez lo dejo desbloqueado, a ver qué pasa.

Seguramente nada, y será peor, pero necesito comprobarlo.

La silueta de un hombre se recorta contra la reja de entrada y el corazón me da un vuelco al pensar que pueda ser Joel. Pero no lo es, es demasiado grande. «Papá». Se aferra a la reja y la agita para que le abra. Me freno en seco, porque mi padre no haría eso. Además, está de viaje.

—¡Manu, abre, que se me está mojando el culo! —pide a gritos para que lo oiga a pesar de la tormenta.

Es Nico.

Cojo las llaves y voy hasta allí todo lo deprisa que puedo. Una vez dentro, me va dejando perdido todo el suelo y lo obligo a quitarse las zapatillas antes de pasar a la trastienda.

—En el baño tienes toallas —le indico—. ¿Quieres un café?

—Ni de coña. Una infusión de lo que sea me va bien.

—Claro —me río entre dientes, porque hay cosas que no cambian por más años que pasen.

Enciendo el hervidor de agua y me preparo un café para mí.

—Cuántos años hacía que no venía, qué guay tienes esto montado…

—Sí, he cambiado algunas cosas para las guardias y porque Ali pasa aquí muchas tardes.

—Claro, tiene sentido.

—¿Me vas a contar qué haces aquí o vienes en plan «Nico el misterioso»?

—¿No puedo venir a ver a mi hermano o qué?

—Claro que sí, pero si ya es raro verte por Valencia, en la farmacia es directamente un suceso paranormal.

—¿Tienes algo de ropa aquí? Me he calado hasta los huesos.

—Sí, en esos cajones de ahí hay cosas… ¿Y bien? ¿Qué te trae por aquí?

—Pues verás… —comienza a desnudarse— mi avión ha llegado con retraso, me han perdido la maleta, cuando me han reconocido me han empezado a hacer la pelota como unos miserables y solo querían recompensarme ofreciéndome noches de hotel y mierdas. Y yo vengo con unas ganas de casita y familia que no me aguanto, hasta los cojones de hoteles, tete. —Se ha quedado en calzoncillos y parece que ya es el momento de ponerse a buscar ropa en mis cajones—. El caso es que iba a ir a casa de los papás, pero están de viaje. Laza está rodando en Portugal y no me apetecía ir hasta mi casa para estar solo. Total, que para estar solo en mi casa o en casa de los papás, he preferido venir aquí, que papá me había dicho que esta noche estabas de guardia. ¡Hostia, qué guapo esto!

Coge una de las batas blancas de la farmacia y se la pone.

—Oh, sí, qué pasada, una bata de farmacéutico, creo que nunca has llevado un modelito tan guay.

Coge un boli y un bloc de notas del escritorio y empieza a fingir que anota algo.

—Soy el doctor Andújar, dígame cuáles son sus síntomas.

—Doctor Andújar, solo con la bata parece usted un actor porno.

A él se le escapa una carcajada y vuelve al cajón a por un pantalón de chándal. Luego se quita la bata y la cambia por una camiseta y una sudadera y viene a sentarse a mi lado en el sofá-cama que tengo abierto, como todas las noches de guardia.

Coge su taza y sopla un poco antes de dar un primer trago.

—Aaaaaaah, maravilla, así sí que voy a entrar en calor.

—Entonces, ¿solo has venido a verme casi a las tres de la mañana sin un motivo detrás?

—Bueno, a ver, también quiero hablar contigo de algo —confiesa.

—¿De qué?

—Pues de la última vez que nos vimos, hace un par de semanas, de cómo desapareciste y, lo más importante: el porqué. —Da otro trago y me mira por encima del borde de su taza.

—Ya lo sabes. Me llamaste esa noche y te lo dije…

—Cierto, te llamé esa noche y me dijiste una mentira.

—¿De dónde te sacas que te dije una mentira?

—De Joel. —Suspira.

—Igual el mentiroso es él —me defiendo.

—No lo creo, su presunta mentira lo dejaba en bastante mal lugar…

—Ya, supongo. —Cierro los ojos y me rasco la frente—. ¿Qué te ha contado?

—Todo.

—¡¿Todo?! Bueno, supongo que es normal si sois tan amiguitos…

—¿Estás celoso? —Suelta una carcajada—. Eso es buena señal. No está todo perdido.

—No estoy celoso. Ya paso de Joel. —Se me atraganta la mentira en la garganta y me cuesta pronunciar su nombre con fluidez.

—Mira, tete, Joel no puede estar más loco por ti, de toda la vida. El hecho de que me rechazara… ¡a mí! —Se pone de pie y se señala a sí mismo con ambas manos de arriba abajo—. ¡A mí! —Se vuelve a sentar a mi lado—. Eso solo indica que lo que siente por ti es amor verdadero como poco, porque semejante sacrificio no tiene otra explicación.

—Fantasma. —Me río y le doy un golpecito con la pierna.

—Además, por aquel entonces teníamos unos veintitrés años o por ahí… Yo todavía ostentaba el título de «hombre más atractivo del mundo».

—Y no pierdes ocasión de recordarlo. —Pongo los ojos en blanco.

—Por supuesto que no. —Se ríe—. Pues eso, que Joel te quiere, está enamorado de ti, y lo ha estado todos estos años en los que ha estado haciendo el subnormal en París.

—Diez años ignorándome.

—Ahí fue un cretino, no te lo voy a negar. Y él lo sabe… Pero eso ya se lo habías perdonado. No puedes *desperdonarlo*, eso está feo…

—Nico, no puedo más, no para de hacerme daño.

—Pero ¿es daño nuevo? Si es el viejo, eso ya ha prescrito; es daño pasado y perdonado…

—No es tan fácil, Nico.

—¿No? Yo creo que sí. Por cierto, ¿desde cuándo te van los tíos?

—No me van los tíos. Me va Joel. Me «iba» Joel.

—Has dicho «me va» en presente. —Sonríe—. Pero, a ver, entonces, ¿eres bi, demi, pan…?

—Yo qué sé, soy Manu. —Suspiro—. No sé dónde encajo y ni siquiera lo necesito, porque eso no cambia nada, sigo siendo el mismo, me da igual cómo lo llames. Me enamoré de Paola y luego me enamoré de Joel. Y ya está. Bueno, no fue del todo así, creo que la secuencia correcta sería: me enamoré de Joel - me enamoré de Paola - me volví a enamorar de Joel.

—Yo creo que deberías darle una oportunidad, aunque sea un ignorante con muy mal gusto… —bromea y me saca una sonrisa.

—¿Qué pasó entre vosotros? —me atrevo a preguntar.

—¡Nada! La verdad es que si llego a saber lo vuestro y la que se iba a liar no me habría puesto en ese plan dramático desmedido el otro día en la expo… Ya me conoces, siempre dispuesto a una buena exageración.

—Algo de verdad habría…

—Mira, te cuento lo que pasó si quieres.

—Me da igual. —Tal como la mentira sale de mi boca, noto que empiezo a ponerme rojo—. Es cosa vuestra.

—Mira, tete. Yo estaba de paso por París y había visto que él tenía una expo colectiva con unos compañeros. Me acerqué a verlo y le pedí quedarme en su casa porque estaba hasta los cojones de hoteles… Como siempre, vaya.

—Ya.

—El caso es que me dijo que sí y, para compensar, yo me ofrecí a posar para algún cuadro. Total, que hizo mal tiempo y al final no hicimos más que estar en su piso todo el finde. Y posé para él casi todo el tiempo.

—¿En bolas?

—Sí, bueno, ya sabes que soy de despelote fácil… Él me dio unas telas y tal para usarlas como de túnicas o algo, pero a mí me daban por saco y casi todo el tiempo me quedaba tal cual, era más cómodo. La noche antes de irme, pensé que habíamos conectado, porque habíamos tenido momentos que a mí me habían parecido muy íntimos, y me lancé y lo besé.

Inspiro hondo y contengo el aliento.

—No te sofoques —sigue—, que me frenó en seco y me dijo que no podía tener nada conmigo porque estaba enamorado de otro tío y no sería justo para mí. Y entonces, yo, en una carencia absoluta de dignidad, le ofrecí echar un polvo y ya. Y me volvió a rechazar, cosa que no entendí, pero ahora ya entiendo.

—Ya —murmuro.

—Luego, esa noche, que era la última que iba a dormir allí, le estuve haciendo preguntas sobre ese chico, supongo que quería entenderlo para no sentirme tan rechazado. Y él se puso a llorar y me dijo que llevaba así varios años, que el chico era hetero y tenía novia. Ni en un siglo me hubiera imaginado que hablaba de ti, hacía ya mucho que vivía en París y pensé que sería alguien de allí. El caso es que era todo muy críptico, qué te voy a contar, ya lo conoces…

—Sí, lo conozco, o eso creía.

—Bueno, tete, que lo perdones. Que te quiere. Que lo hizo de pena viva, pero eso ya no puede arreglarlo. Lo que sí puede es hacerlo mejor en el futuro, pero para eso le tienes que dar una oportunidad. —Me da un abrazo y me hace caer sobre el colchón, lo que me saca una sonrisa—. Si tú, que eres la mejor persona que conozco, no lo puedes perdonar… ¿Qué futuro le espera a la humanidad? Nos vamos a la mierda.

Yo me río y a él se le relajan las facciones. Se queda dormido casi al instante, siempre ha tenido esa habilidad.

Me levanto con cuidado, apago la luz del escritorio y salgo a la zona del mostrador, donde solo queda encendida la cruz verde que parpadea al otro lado del cristal.

Ahora la farmacia huele a café y a lluvia. Me quedo de pie un rato sin más plan que ver las gotas resbalar por la reja. Pienso en todo lo que ya no tengo: las noches con papá, las de Paola sentada

sobre el mostrador, y también, aunque nunca me haya acompañado en una guardia, a Joel.

Miro el móvil. No hay mensajes nuevos, pero la punzada en el pecho parece que duele un poquito menos.

Lo dejo sobre el mostrador, bocabajo, y vuelvo hasta el sofá para dejarme caer junto a mi hermano. Le cojo la mano antes de cerrar los ojos junto a él.

Fuera sigue lloviendo, pero, aquí dentro, ahora se está bien.

CAPÍTULO 42

UNA NUEVA REALIDAD



MANU

Camino con sensación de resaca, siempre me pasa el día después de una guardia. Supongo que esta vez también influyó todo lo que me dijo Nico, que me tuvo pensando toda la noche y parte de la mañana. De hecho, apenas he dormido, pero mis obligaciones de padre me han traído a la puerta del colegio diez minutos antes de que salgan los niños, así soy.

Ruth no tarda en aparecer y se coloca a mi lado.

—¿Qué tal? No has venido esta mañana a traer a Ali…

—Tenía guardia anoche. —Bostezo solo de recordarlo.

—Casi mejor, te habrías cruzado con Joel —dice como si tal cosa y me mira de reojo. Mi corazón se acelera por su cuenta y miro a mi alrededor por inercia—. Ahora ya no está, su avión ha salido a mediodía.

—Claro, mejor —contesto—. ¿Qué tal ha ido?

—¿El qué? —pregunta con toda su mala idea.

—El finde —bufo porque ella ya sabe a qué me refiero, pero quiere hacérmelo decir—. Lo de Joel y Luna.

—Pues la verdad es que ha sido una pasada —me cuenta—. Fue raro como cinco minutos, porque él no tiene mucha mano con los

críos, se nota que no hay niños en su familia, pero Luna lo compensó y lo llevó con muchísima naturalidad desde el principio. Estuvieron jugando a un montón de cosas e incluso se plantaron los dos delante del espejo a buscar «parecidos y diferencias». Fue bonito. Te habría gustado verlos.

—Bueno, no era cosa mía.

—Pues no sabes lo que te perdiste. Llegó el viernes por la tarde y para el domingo ya parecía que hubiera estado en nuestras vidas desde siempre. Luna está feliz. Él ha dicho que va a intentar venir una o dos veces al mes…

—Eso está bien.

La puerta del colegio se abre y empiezan a salir niños en tropel. Yo busco entre ellos a mi hija mientras sigo escuchando a Ruth.

—Lo que te decía, que esta mañana ha querido acompañarnos al cole. Bueno, creo que se lo pidió Luna anoche, le quería enseñar el colegio, y cuando Joel le dijo que estudió aquí de pequeño con nosotros, ya te puedes imaginar la emoción.

—Me la imagino, sí. —Sonrío porque Luna es casi más intensa que Ali.

Mi pequeño torbellino rubio aparece corriendo como si la persiguiera un perro rabioso.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! —chilla absolutamente sobreexcitada, como si se hubiera comido dos kilos de gominolas, cuando llega hasta mí.

—¿Qué pasa? —Sonrío por verla así.

—¡¿Sabes que Luna ya tiene papá?! ¡Ha venido a traerla esta mañana! ¡¿Sabes quién es?! ¿¿Sabes quién es?! ¡¿Sabes quién es?!

Yo respiro hondo y me fuerzo a mantener la sonrisa en contra de cómo me siento ahora mismo. Asiento con un gesto de cabeza.

—¡Es Joel! ¡Es Joel! ¡Es Joel!

Me río porque ese entusiasmo es absolutamente contagioso.

—¿No te parece magia, papi? De repente, yo tengo mamá y Luna tiene papá. ¡Es magia! ¡Es magia!

—Qué guay, ¿no? ¿Estás contenta, Luna? —le pregunto a la niña porque, al margen de mi relación con él, a ella la quiero un montón

y solo le deseo lo mejor. Y estoy convencido de que Joel será un buen padre.

—¡Estoy muuuuuuuy contenta! Me va a enseñar a pintar tan bien como él…

—Y hace los mejores *crecs* del mundo mundial —añade mi hija.

—¡Y vive en París, al lado de Disney!

—Síííííííííí —se entusiasma Ali—. ¡Podemos ir todos juntos a Disney y quedarnos a dormir en casa de Joel!

—¡No cabemos! La casa de Joel es muuuuuuuuuy pequeña —les digo con un tono de voz exagerado para que se rían y lo consigo.

—¡Nosotras también somos pequeñas! —asegura Luna—. Cabemos en un sitio así. —Acerca las manos hasta casi juntarlas por si no he entendido el concepto.

—¿Iremos, papi? Porfa, porfa, porfaaaaaaaaa…

—Ya veremos. —Suspiro y miro a Ruth. Le ruego con la mirada que me eche un cable.

Ella sonríe con toda su maldad antes de hablar.

—Seguro que sí —dice—. Con lo superamigos que son tu padre y Joel, vais a ir un montón de veces.

La fulmino con la mirada y ella se descojona.

—¡Bieeeeeeeeeeeeeeen! —chillan las crías y en el fondo sé que por ellas haría lo que fuera.

—¿Vamos un rato al parque? —propone Ruth y les tiende las manos a las niñas. Luego me mira y yo me limito a asentir.

—¡Síííííííííííí! —entona al unísono el coro infantil y las dos se cuelgan de ella.

Camino detrás de las tres y observo esas diminutas mochilas, que por las tardes solo están rellenas de aire o, como mucho, de algún táper vacío, rebotar en cada saltito que dan. Y son la viva imagen de la felicidad.

Esas dos niñas, para las que hasta hace unas semanas Ruth y yo éramos todo su mundo, se han encontrado de pronto con una nueva realidad. Y desde luego lo han afrontado con más entereza y naturalidad que yo mismo.

Ruth echa a correr sin previo aviso, es algo que hace mucho cuando las lleva a las dos de la mano. Y, como cada vez, ellas se

mueren de risa al tratar de seguir su ritmo. Y las carcajadas infantiles me recuerdan que no hay nada que no haría por ellas. Que, si ellas pueden con esto, yo también voy a poder.

CAPÍTULO 43

UNA METÁFORA PERFECTA



JOEL

Del mismo modo que una ciudad se ve y se vive diferente como turista o como residente, también cambia tu percepción de ella cuando sabes que te vas a marchar. Las calles, la gente, la luz… Todo se tiñe con un deje de nostalgia preventiva de la que no puedo ni quiero escapar. París me dio todas las oportunidades y yo supe aprovecharlas. Pero también fue testigo de mi soledad. En esta ciudad he sido feliz, al menos hasta donde me permití serlo. Pero ha llegado el momento de seguir adelante y comenzar una nueva etapa. Lo hago con ilusión, aunque con el clásico temor a la incertidumbre. No sé lo que me espera tras esa puerta, pero estoy deseando cruzarla.

Hace un mes que conocí a mi hija y, desde entonces, me he escapado a Valencia cada fin de semana. Es un ritmo que no puedo sostener, pero el cuerpo me pide conocerla y pasar tiempo con ella. Es uno de los motivos por los que he tomado la decisión de volver, aunque no el único.

Firmo el último dibujo antes de entregárselo a una pareja, que lo reciben felices y sonrientes, ajenos al hecho de formar parte de un

momento clave en mi vida. Me felicitan por mi trabajo, me pagan y me dan una generosa propina. La última.

Camino hasta la galería para comprobar que han empaquetado bien los cuadros. Ayer se clausuró la exposición y quiero cerciorarme de que no ha habido ningún problema. Ya está casi montada la siguiente. Como si la mía nunca hubiera existido. Una metáfora perfecta de lo efímero que es todo: el arte, la producción, la vida…

Maurice está supervisando a los operarios que colocan los cuadros nuevos cuando repara en mi presencia.

—Ya los tienes empaquetados en el almacén —me dice—. Ve a echar un vistazo si quieres, que esta tarde se los llevan.

—Claro, gracias.

Voy hasta allí y compruebo que todos están perfectamente embalados. Me llama la atención la disposición de los paquetes. Hay algunos sueltos, pero la mayoría de ellos tiene la misma etiqueta identificativa. Eso solo puede significar que un solo comprador se ha hecho con más de la mitad de la colección. Compruebo que no hay nadie cerca y me hago con la carpeta donde sé que Maurice guarda este tipo de información. No sé si es muy ético mirar esto, pero quiero saber quién ha sido. En las últimas páginas están los nombres y direcciones de los compradores de todas mis obras, y hay uno que se repite en la mitad de ellas: «Nicolás Andújar». Me río porque me siento tonto de no haberlo supuesto. Vuelvo a dejar los papeles en el sitio y le envío un mensaje.

JOEL

Lo de comprar media exposición era para compensar la cagada de la inauguración?

Tarda un par de minutos en contestar.

NICO

No, me la pela lo que pase entre mi hermano y tú

No me podéis dar más igual los dos

Me río al leerlo, qué payaso es.

NICO

Era porque no quiero que mi culo acabe en manos de a saber quién

Y se pajee con mis intimidades

Me vuelvo a reír.

JOEL

Tu culo ha salido en más de una campaña publicitaria, me temo que ese miedo tuyo ya habrá ocurrido

Por no hablar de todas las de ropa interior que has hecho

NICO

La publicidad es efímera

La pintura es permanente

JOEL

Bonita excusa

Está bien que alguien se la crea

Pero también has comprado algunos de Manu

NICO

Claro, se los voy a regalar a mi madre

JOEL

¿Todos?

NICO

No creo, el más grande estoy pensando en colgarlo en la fachada de la farmacia, para que lo disfruten los clientes.

Me río al imaginarme que lleva a cabo la absurdez que acaba de decir.

JOEL

¿Qué vas a hacer con los tuyos?

NICO

Colgarlos en mi casa, por supuesto

Para que Laza no pueda librarse de mí vaya donde vaya

Se me escapa una carcajada.

JOEL

Qué paciencia tiene el pobre Laza

NICO

¿Tú crees?

Yo creo que es el hombre más afortunado del mundo

JOEL

Un día te tengo que presentar a mi amiga la modestia

NICO

Estará de vacaciones con las pelotas que te faltan, ¿no?

Porque, que yo sepa, todavía no has hablado con mi hermano…

Cierro los ojos un momento y respiro hondo.

JOEL

No, todavía no

NICO

Hace casi un mes que hablé yo con él

Estaba claro que había que dejar que se enfriara un poco, pero es que se te va a congelar, tío

Échale huevos y habla con él de una vez

JOEL

Sí, tengo que hacerlo

NICO

Venga, pues ya me cuentas

JOEL

Claro

Adiós, Nico

Y gracias por lo de los cuadros

NICO

Suerte, Joel

Me despido de Maurice, salgo de la galería y me encamino hacia mi piso por última vez.

Ahora que lo veo vacío, me pregunto cómo fui capaz de meter tantas cosas aquí dentro. Parece más pequeño de lo que ha parecido nunca. El casero lo inspecciona con minuciosidad y, al comprobar que está todo impecable, me devuelve la fianza y yo le entrego la llave.

Y ahora sí: adiós, París.



En el aeropuerto de Valencia me recibe Gemma con un abrazo. Y yo rompo a llorar de puros nervios ante la incertidumbre de lo que me depara el futuro.

—No llores, Joel —me dice mi hermana—. Que vamos a estar bien. Los hermanos Briz: la divorciada y el padre soltero por accidente. Yo iría a ver esa película —bromea y me hace reír.

—Gracias, Gemma.

—Venga, vamos. Tus cosas llegaron ayer a casa de mamá. Que igual deberíamos empezar a llamarla «nuestra casa» si vamos a vivir ahí los dos.

—Lo mío pretendo que sea temporal, pero sí, igual deberíamos.

CAPÍTULO 44

UNA CANCIÓN DESAFINADA



MANU

Un mes hace de la última guardia y creo que desde entonces veo la farmacia un poco diferente. Aunque sigue siendo mi refugio donde todo es como debe ser, ese lugar seguro donde nunca pasa nada.

El reloj da las ocho y es mi señal para bajar la persiana hasta la mitad.

—¡Ali, empieza a recoger! —grito hacia la trastienda.

—¡Vale, papi! —me llega de vuelta.

Comienzo a hacer caja, como cada día. La rutina me resulta tan reconfortante como asfixiante. No tengo claro si cada día que pasa es un día ganado o uno perdido. El murmullo que llega de la trastienda es tranquilizador, parece que me ha hecho caso y ha comenzado a guardar las cosas. Mi visión periférica me indica que alguien se ha colado por la persiana medio bajada. Al final tendré que acostumbrarme a cerrar del todo, porque nadie respeta este momento. Quizá es porque saben que soy un blando con los que se cuelan a estas horas.

—Hola.

Mi corazón reacciona con un pinchazo en el pecho antes siquiera de que levante la vista. Lo hago despacio y miro a Joel a los ojos. No

es la primera vez que aparece por aquí de este modo, pero no se me había ocurrido que pudiera ser él. Lleva una carpeta bastante grande que deja apoyada contra una pared.

—Hola —respondo.

Mi corazón comienza a marcarse una batucada por su cuenta, ajeno al hecho de que yo pretendo mantener mi entereza delante de él.

—Soy nuevo en el barrio —dice—. Me voy a quedar en casa de mi madre, con mi hermana, que vive ahí desde que se separó. Estoy buscando piso por la zona, no creo que aguante demasiado tanta fraternidad.

—¿En qué podemos ayudarte? Esto es una farmacia, no una inmobiliaria —comento en tono formal.

—Lo sé, lo sé, estoy aquí por otra cosa —se apresura a aclarar.

—¿Por qué?

—¿Tenéis algo para la diarrea? Necesito arreglar una gran cagada.

Y el muy cabrón consigue hacerme reír contra mi voluntad en un momento así.

—Lo siento, aquí solo vendemos química, no milagros —contesto ya más serio.

—Eso me temía. —Suspira—. De todas formas, me quedaré por el barrio, por si eso cambia en algún momento en el futuro.

—¿Y París?

—París seguirá donde está, pero sin mí.

—¿Y tu piso?

—Lo he dejado.

—No habrá sido fácil.

—No. No lo ha sido. Allí pasé la mejor noche de mi vida… —le tiembla la voz— y lo voy a echar de menos, pero no tanto como iba a echar de menos lo que dejé aquí.

—Una hija, ¿no?

—Y algo más. Mucho más.

—Creo que ha sido algo temerario por tu parte contar con ese «algo más», ¿no?

—No. Es aquí donde quiero estar. Estos últimos diez años he estado muy acompañado, tenías razón, pero he estado más solo que nunca…

—Ya… ¿Y qué vas a hacer? Aquí la indigencia no está bien vista…

—He conseguido trabajo. Por cuenta ajena. Tengo un contrato y tendré mis catorce pagas anuales y mis vacaciones como la gente normal…

Creo que alzo tanto las cejas que me tienen que haber desaparecido bajo el pelo.

—¿De qué? Si puedo preguntar.

—Puedes. —Se le escapa una risilla nerviosa—. En un taller fallero.

—¿En serio? —Pestañeo un par de veces porque no lo he visto venir—. No se me había ocurrido que pudieras trabajar de eso.

—¿Vas a reírte de mí también por esto? —Sonríe.

—No, no, me parece algo muy guay. Y una buena solución para ti… Además, un padre necesita una estabilidad…

—Te echo de menos, Manu —me corta.

Yo emito un ruido parecido a un gruñido porque me sale solo y la verdad es que no sé ni qué decirle. Él recoge la carpeta que ha dejado apoyada en la pared y se acerca con ella al mostrador.

—Déjame enseñarte algo. —La abre y saca varias hojas de papel de gran tamaño—. Intenté arreglar lo de la exposición y hacer lo que tenía que ser…

En todos los dibujos estoy yo, en su piso de París, entre sus sábanas, la única noche que pasé allí. En uno estoy tumbado de lado y sonrío. En otro, de perfil mirando al techo. En un tercero, dormido bocabajo. Pero en todos soy indiscutiblemente yo. Y tienen algo que traspasa el papel y me hace revivir ese momento, porque los dibujos de Joel tienen ese poder, al menos conmigo. Hay unos cuantos más de diferentes momentos de esa noche. La batucada de mi interior acelera el ritmo, parece empeñada en ver hasta dónde puede forzar la máquina.

—Pero me di cuenta de que estaban todos mal, incluso tus retratos de la exposición. —Hace un gesto con la mano y empuja

todos los papeles al suelo. Luego saca otros de la carpeta—. Faltaba yo, me había borrado a mí mismo —murmura.

En los dibujos que me muestra ahora estamos los dos. En todos nos estamos besando. Y recuerdo todos esos besos. Uno en el que estamos los dos tumbados en su cama, otro en el que yo estoy sentado y él está sobre mí. Uno en esa escalera imposible del apartamento. Otro delante de su balcón con la torre Eiffel de fondo…

—Esto es mentira —apunto—, desde tu piso no se veía la torre Eiffel.

—¿Me puedes dejar que fantasee con lo que me dé la gana? Gracias.

Me río y ya quiero emular todos esos dibujos y besarlo, pero me contengo.

—¿Qué intentas decirme, Joel?

—Que te idealicé, Manu —confiesa—. Y no fue justo para mí, ni para ti… Si no te hubiera adorado de ese modo, como si fueras inalcanzable, habría hecho o dicho algo después del día de la piscina. Y todo habría sido diferente. Pero no lo hice, bueno, eso ya lo sabes. Siempre me sentí un paso detrás de ti, cuando en realidad tú en todo momento me llevaste a tu lado. Para mi eras poco menos que un semidiós, y yo el afortunado mortal al que te dignabas a regalar tu amistad, pero en realidad nunca me diste motivos para pensar así, para ti siempre fuimos «nosotros». El miedo a que me rechazaras era tan grande que me rechacé yo mismo antes siquiera de intentarlo. —Respira hondo y solloza. Yo noto los ojos cargados y un pinchazo fuerte en el corazón. Me inclino sobre el mostrador y apoyo los codos en él.

—Acércate —le pido—, que tengo que decirte algo.

Él imita mi postura, pero noto todo su cuerpo temblar en el proceso.

—Dime —murmura.

Lo miro a los ojos al hablar:

—Eres imbécil profundo. —Sonrío apenas.

—Lo sé —asiente—. No me aguanto ni yo. Me caigo fatal.

Lo cojo fuerte por la nuca y aprieto un poco, con toda la tensión que siento en este momento.

—Ni siquiera sé por qué te quiero tanto —murmuro y lo beso antes de que se desmaye, porque da toda la impresión de que es lo que va a pasar.

Su boca se abre con un sonido entre el sollozo y el gemido que me hace sonreír, pero no por eso dejo de besarlo. Al contrario, profundizo el beso y el momento se vuelve más intenso, más real. Se separa un instante de mí para cruzar por encima del mostrador con torpeza y tirar al suelo, de paso, la mayoría de los dibujos y algún que otro expositor de cremas, protectores labiales y mierdas varias de los que tengo para la venta, cosa que no me puede dar más igual ahora mismo.

En cuanto está de pie a mi lado, volvemos a besarnos, esta vez con todo el cuerpo. Sus manos se aferran a mí con fuerza, casi con desesperación. Las atrapo con las mías y lo obligo a soltarme. Luego enredo mis dedos con los suyos.

—Para que esto funcione —murmuro—, vas a tener que ser mucho más espabilado.

—Lo sé —susurra—, estoy en ello.

Respiro hondo y lo abrazo. Nuestras respiraciones se acompasan y yo me siento en paz. Y noto cómo se va tranquilizando él también.

—¿Qué es esto? ¿Besos? —La voz de Ali recién llegada desde la trastienda nos sobresalta. Está recogiendo los dibujos del suelo—. Puaj, qué asco.

Joel y yo nos reímos.

—No da gracia, da asco —se queja—. ¿Sois tú… y tú? ¿Sois novios? —Sin esperar respuesta, comienza a canturrear—: Papá y Joel son nooooovios, papá y Joel son nooooooovios… Se besan, se quieren, son nooooooovios.

A los dos nos da más risa todavía y ella se viene arriba y sigue cantando la canción, que parece que se acaba de inventar, acompañada de un improvisado bailecito.

—Son nooooovios, son nooooovios… Se quieren, se besan, son noooovios…

—Venga, petarda. —Me río—. Vámonos a casa. —Me giro hacia Joel y repito—: Vámonos a casa. —Luego les digo a los dos—: Id saliendo para que pueda cerrar.

Ali se cuelga de su mano, con esa naturalidad de los niños, como si hubiera estado con él esta misma tarde, y a mí me calienta el pecho escuchar su conversación mientras se alejan:

—¿Vienes a casa?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Espero que para siempre.

—¿Ya no vives en París?

—Ya no.

—¡¿Ya no vamos a ir a Disney?! —pregunta aterrada ante el peor escenario que su mente puede crear.

—¡Sí que iremos! —casi grito porque ya están saliendo del local, pero no quería dejarle a Joel ese marrón.

—¿Cuándo? —Mi hija me mira a través de sus pestañas.

—Pronto —le prometo.

Bufa de puro escepticismo y yo intento que no me vea reírme. Pero al momento parece caer en algo y vuelve a sonreír.

—¡Ahora sí que iremos con Luna!

—Claro —asegura Joel antes de abrirle la puerta.

Ellos salen a la calle y yo comienzo a recoger los dibujos que hay desperdigados por el suelo. Me llega desde fuera la vocecilla de mi hija canturreando de nuevo la canción y la risa de Joel intentando hacerle coros e imitando el bailecito.

¿A esto se reduce todo? ¿A un puñado de dibujos pisoteados y una canción infantil desafinada? ¿Es esta mi historia de amor? Porque, si es así, me parece perfecta.

UN EPÍLOGO PARA NOSTÁLGICAS

LOUI

Si conoces mi historia, quizá pienses que mi boda fue un poco excéntrica, pero bueno, supongo que es normal, necesitaba algo acorde con mi marido. En cualquier caso, comparada con la de Nico, la mía te iba a parecer hasta convencional. Porque mi sobrino ha alquilado una isla entera.

A ver, en honor a la verdad, se trata de una isla muy pequeña ocupada casi en su totalidad por un complejo hotelero, pero no deja de ser abrumador pensar que, a excepción del personal que trabaja en el *resort*, somos los únicos habitantes aquí durante esta semana.

Ha optado por una boda «íntima», en la que solo estamos la familia y amigos más cercanos tanto de Nico como de Laza. Lo que podría haber sido un fiestón lleno de glamur y lujo que llenara todas las portadas de la prensa del corazón ha quedado reducido a algo de pocos invitados, pero muchísimo presupuesto.

Nunca me planteé tener hijos, esa parte está cubierta por todos los que tuvieron mis amigos. Me encanta ser el tío Loui, y ellos saben que pueden contar conmigo para lo que necesiten. Siempre intento ser magnánimo en ese aspecto y no tener favoritos.

Me quedo mirando un momento a los hermanos Andújar. Samu se detiene a mi lado y señala con la cabeza en dirección a sus hijos.

—Al final no me salieron tan mal… Quién hubiera dicho que de aquellos delincuentes saldrían hombres de provecho… más o menos. —Sonríe y me hace reír.

—Son geniales —aseguro—. Pero es todo mérito de Estrella, cero dudas.

—Qué mamón —murmura entre risas. Luego me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia él.

—Es bonito ver a Manu enamorado de nuevo… —digo al observarlo colocarle bien el cuello de la camisa a Joel.

—Sí, la verdad.

—Me preocupaba un poco —confieso.

—A mí también. —Suspira.

—Aunque el que se casa hoy es Nico —le recuerdo.

—Lo sé, pero ese no me preocupa. —Se ríe—. Me preocupa más que Laza tenga la paciencia que va a necesitar…

Me río, aunque pienso que no le falta razón.

—Guille también parece feliz.

—Sí. Quién hubiera dicho que uno de los gemelos sentaría la cabeza con una sola chica. —Se vuelve a reír.

—Bueno, Dani también ha venido acompañado, ¿no? ¿Quién es ella? ¿La conoces? —le pregunto.

—Pues ni idea, la verdad. Una tal Jazmín…

—¿Llevan mucho juntos?

—Eso es lo raro, nano, que me ha dicho que no es su pareja, que no tiene nada con ella… Que es su *coach*, y que la ha traído para que conozca a su familia y su ambiente y pueda ayudarlo más en su desarrollo personal.

—¡¿Qué?! —Me giro a mirarlo de golpe—. ¿Qué mierda es esa? —No acostumbro a decir palabras malsonantes, pero la sorpresa ha hecho que esta me salga sola.

—Es todo lo que sé. —Se encoge de hombros—. Mira, a mí estas moderneces me pillan muy mayor… Yo he hecho lo que he podido, solo me queda confiar en que tengan la cabeza lo suficientemente amueblada. Es otra generación, hacen las cosas de modo diferente…

—Pero una hostia a tiempo es igual ahora que hace treinta años —suelta Marc, que no sé en qué momento ha llegado hasta

nosotros.

—Hablas de la que sigues necesitando tú, ¿no? —bromeo y él me mira de reojo y se ríe.

—Tsss… Será que tú les has dado muchas hostias a tiempo a tus hijas —se queja Samu.

—A mí no me han hecho falta, mis hijas son muy responsables —asegura Marc.

—Sí, sobre todo la que se quedó embarazada a los veintiuno y te convirtió en *lo que no debe ser nombrado* a los cuarenta y dos.

—Eso no fue irresponsabilidad, fue más tradición familiar, igualita que su madre. —Se ríe. Ahora se ríe, pero todos recordamos el drama de aquel momento.

Como si le pitaran los oídos, la hija de su hija Gina pasa en ese momento cerca de nosotros.

—Zoe —la llama Samu—, no sigas la tradición familiar.

—¿Qué tradición familiar? —pregunta la adolescente con gesto confundido y los tres nos reímos.

—Nada, olvídalo, era broma —dice Samu.

Las dos amigas que han venido con ella nos miran como si fuéramos demasiado mayores para atrevernos a hacer bromas, o incluso para existir.

—Zoe —sigue Marc—, ¿qué dicen tus cartas sobre la boda de Nico? ¿Será para siempre? ¿Larga y feliz? —Se gira hacia Samu de golpe para añadir—: Y tú no hagas ningún comentario sobre lo de «larga y feliz».

Al rubio y a mí nos da la risa y a las adolescentes creo que les damos todo el *cringe*, como dirían ellas, que se puede dar en un momento así. No obstante, Zoe no puede resistirse a sacar una baraja de tarot tamaño mini que lleva en su bolso y cortarla por la mitad.

—El mundo —murmura—. Es la mejor carta, no les podría ir mejor.

Y aunque nadie cree que eso signifique nada, los tres respiramos aliviados.

—¿En serio tienes una baraja minúscula? ¿No ves que estás fatal? —pregunta una de sus amigas.

—Ay, a mí me parece monísima —dice la otra.

Zoe se ríe y la vuelve a guardar en su bolso.

—Vamos a la mesa de dulces —propone y las tres se marchan.

Nosotros nos quedamos embobados un momento mirando a los novios. Laza le dice algo a Nico que solo escuchan ellos y el tercero de los Andújar sonríe de pura felicidad.

Aparece en ese momento nuestro amigo Chus, el que faltaba para el pleno.

—Buah, nano —le dice a Samu—, la tronca que ha traído tu hijo Dani es una comepiñas…

—¿Por qué? —pregunta Marc, pero nos reímos los tres—. ¿Qué te ha dicho?

—Yo qué sé, tío. —Bufa—. Algo de la luz interior y mierdas de esas de espiritualidad de azucarillo.

—Dijo el filósofo —suelto yo, de broma, por supuesto, porque él realmente es profesor de Filosofía.

—En serio, nano, qué tía más brasas… Espero que Dani no la traiga a más eventos…

Los tres dejamos escapar una risa suave llena de cariño hacia este momento y toda la gente que hay aquí. Siempre hemos sido, en cierto modo, un grupo extraño y algo caótico, cargado de un puñado de historias que en otro contexto serían carne de terapeuta. Pero que nosotros siempre hemos solucionado en grupo y con las soluciones más absurdas.

—¿No notáis algo raro? —pregunto.

—¿Qué? —responden los tres a la vez.

—Que, por una vez, nadie está peleándose, ni llorando, ni huyendo de nada. Solo hay… ¿felicidad?

Marc se ríe entre dientes y Samu me pasa un brazo sobre los hombros.

—A veces pasa, Loui, ya lo sabes. Pero dura poco, así que no te pongas cómodo…

—Disfrutemos mientras dure, entonces.

—Sí, nano, porque como venga la chati de Dani otra vez a comerme la piña le voy a hacer que se trague su luz interior —protesta Chus de nuevo y nos vuelve a arrancar una carcajada.

Los cuatro vamos calmando la risa hasta que nos quedamos en silencio, como si quisiéramos hacer una foto mental de este momento.

—Venga, va —digo al final—. Vamos a disfrutarlo antes de que alguien la líe. Que aquí la calma seguramente tenga fecha de caducidad.

Ninguno dice nada, solo asienten y van a por sus mujeres.

Yo voy hasta mi marido y lo saco a bailar, porque sé que nada lo hace más feliz que verme tomar la iniciativa.

A nuestro alrededor, este extraño grupo que formamos parece bailar una coreografía estudiada: Nico se agarra a Laza como si fuera a ahogarse si lo suelta; Manu y Joel bailan con sus niñas, los cuatro juntos, ajenos a todo lo demás; los gemelos bromean mientras a Guille su chica le da una colleja; Zoe lo graba todo con el móvil y Marc se pone delante para trolearle cada toma. Y a Samu se le escapa una lágrima que, casi con total seguridad, negará mañana.

Mi marido me mira con ese gesto suyo con el que acostumbra a leerme el pensamiento.

—¿Estás en modo intenso? —pregunta con una sonrisa.

—No —aseguro—, eso es lo tuyo, no puedo quitártelo. —Me río —. Yo solo estoy bailando.

Él se limita a reírse y darme un beso suave antes de apretar más el abrazo.

Y bailamos hasta que el mundo a nuestro alrededor se vuelve ruido de fondo. Hasta que la música acaba, mis pies duelen y conseguimos olvidar que la paz, en esta gran familia, ya sabemos que dura poco.

Pero esa ya es otra historia.

EL EPÍLOGO DE JOEL

Termino de preparar la masa de las *crepes* y la guardo en la nevera, lista para hacerlos con las niñas en cuanto lleguen. El teléfono de Manu se ilumina sobre la encimera con una llamada entrante de un número largo, típico de centralita. Todavía oigo el agua de la ducha correr, por lo que va a tardar en salir, así que decido cogerlo por si es algo importante.

Estoy a punto de colgar al comprobar que es una locución, pero enseguida identifico lo que dice y la escucho al completo.

—Atención: va a recibir una llamada desde el centro penitenciario Madrid 5. Esta comunicación puede ser grabada. Si desea continuar, permanezca en línea.

Y lo hago, espero con el teléfono en la oreja, aunque atento a si Manu termina de ducharse. Pero no.

—Hola, Manu, ¿qué tal? —escucho la que intuyo es la voz de Paola, porque hace tanto tiempo que no la oigo que en realidad solo la identifico por contexto.

—Hola, Paola, soy Joel. Manu está en la ducha.

—Ah.

—¿Quieres esperar o prefieres llamar más tarde?

—No creo que me dé tiempo a esperar, me suelen cortar a los cinco minutos. Y hoy ya no voy poder llamar otra vez…

—Claro, entiendo.

—¿Y Ali?

—Está a punto de llegar, se las ha llevado mi hermana a ella y a Luna de planazo de chicas.

—Ya…

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—Siento ser tu única opción, ¿quieres que les diga algo?

—Manu me ha contado lo vuestro —dice de pronto, como si tuviera miedo de que le fuera a colgar.

—Lo daba por hecho.

—Bueno, me lo contó Ali, Manu solo lo confirmó.

Respiro con fuerza.

—No sé qué decirte, Paola —suelto por fin, porque no puede ser más cierto.

—Ya… Solo quería que supieras que lo sé y que me alegro por vosotros… ¿Están bien? ¿Los ves bien?

—Mmmm, sí.

—Yo también los veo felices, la verdad… —Deja escapar un suspiro que me hiela la sangre aun a través del teléfono. No puedo evitar empatizar con ella y entiendo perfectamente lo dura que tiene que ser su situación, salvo en lo de estar en prisión por haber robado, mi empatía no da para tanto—. Cuídalos mucho, ¿vale?

—Claro.

—Espero que nos podamos llevar bien cuando yo salga de aquí…

—A mí también me gustaría.

—Por ellos…

—Por ellos.

Escucho que cesa el sonido del agua y me acerco al baño.

—Espera, Paola, creo que Manu ha salido de la ducha.

—Vale, genial.

Abro la puerta y lo encuentro ya secándose. Le tiendo el teléfono y articulo un mudo «Paola». Él lo coge algo confuso y yo me marcho para dejarle intimidad, aunque me ha alterado tanto la breve conversación con ella —más por lo inesperado que otra cosa— que mis sentidos se han agudizado y casi escucho con total claridad la voz de Manu a través de la puerta.

—Sí, vale, lo miro… Si a mí me da igual un día que otro… Espera, le pregunto a Joel…

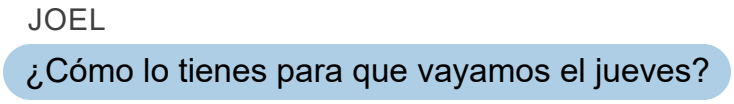
Se abre la puerta y la voz de Manu me llega mucho más clara.

—Joel, ¿Madrid el jueves cómo lo ves?

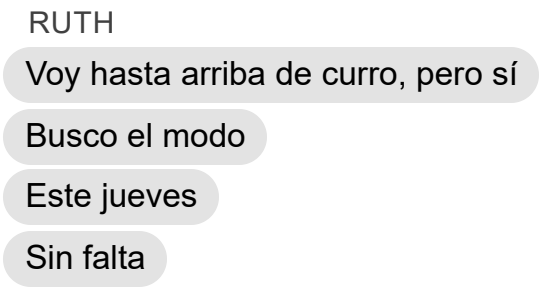
—Le pregunto a Ruth…

—Genial, espero.

Escribo un breve mensaje, por si la pillo currando.



Me responde casi inmediatamente.



—¡Por Ruth ok!

—¡Genial, gracias!

Y vuelve a cerrar la puerta.

Ruth está trabajando en Madrid en el rodaje de una película como ayudante de vestuario. Ahora que he asumido mi paternidad, ella tiene la oportunidad de dedicarse a lo que siempre ha querido. Nico nos echó una mano y le consiguió el trabajo. Y Luna lleva un par de meses con nosotros a tiempo completo, hasta que termine la filmación y Ruth regrese a Valencia. Mientras tanto, cada vez que Manu y Ali van a ver a Paola, los acompañamos Luna y yo para ver a Ruth. Las niñas son demasiado pequeñas para entender las diferentes situaciones de sus madres, solo saben que ambas están en Madrid y las ven una vez a la semana. Les parecen emocionantes los viajes y poder estar juntas la mayor parte del tiempo.

—Listo, pues el jueves, voy a mirar billetes —dice Manu al entrar en la cocina ya vestido y con el teléfono apagado en la mano.

—Guay.

—Pfff… Estoy de Madrid ya… —se queja—. Te lo juro, dos viajes más y planto un madroño en el balcón.

Me río, pero el sonido del timbre me reclama.

—Será Gemma con las niñas —le digo—. Voy a abrir, tú ve mirando los billetes.

—Claro. —Suspira.

Las crías me abrazan con fuerza nada más abrir y mi hermana me sonríe con gesto culpable. Va cargada con un montón de bolsas, supongo que esa es la clave, porque sabe que no me mola que las consienta tanto, pero tampoco se lo voy a impedir. Ya está oficialmente divorciada y ha asumido que no quiere ser madre soltera a los cuarenta, así que ha aceptado su nueva condición de tía con un entusiasmo y una dedicación desmedidos. De Luna y de Ali, porque debo decir que tanto ella como la familia de Manu las tratan a ambas por igual, como si realmente fueran hermanas. Y eso nos ha ayudado mucho a nosotros a sentirnos como una familia y a llevarlo todo con mucha naturalidad.

—¿Habéis dejado algo en las tiendas? —pregunto con una sonrisa, porque mi hermana ya me está poniendo cara de «no me juzgues» y las niñas me obligan a agacharme para colgarse de mi cuello como si hiciera días que no me ven, y no simplemente unas horas.

—Oh, no, ya están aquí las pesadas, con lo tranquilos que estábamos… —bromea Manu desde la puerta de la cocina y las niñas se parten de risa—. Gemma, ¿te quedas a cenar? Joel y las petardas nos van a hacer *crepes*…

—¡Síííííí! ¡*Creeeeeecs*! —chilla el coro infantil con ilusión desmedida.

—Vale, qué bien —acepta Gemma.

—Pues venga, pinches, vamos allá —propongo y ellas me siguen dando saltitos hasta la cocina.

Las niñas se suben a sus taburetes y Gemma se arremanga junto a ellas.

—Va, que yo quiero aprender —anuncia ante el entusiasmo de las pequeñas.

Yo saco la masa que había guardado en la nevera y Manu me da un beso rápido en la mejilla, casi automático, casi rutinario. Una rutina que me encanta y a la que no me acostumbro, porque parece algo nuevo cada vez.

—Venga, chicas, al lío —propongo.

Ali aplaude y da saltos sobre su banqueta y Manu se acerca para estar a su alcance, aunque no llega a cogerla. Luna comienza a canturrear algo que nadie entiende y Gemma da palmas como intentando marcarles el ritmo. Manu me regala ese gesto suyo que viene a decir «qué circo» sin hablar y yo me río porque pienso lo mismo.

Echo la primera cucharada de masa en la sartén y el aire pasa a oler a dulce. A casa. A nuestra disfuncional familia que cada día se nos da un poquito mejor.



EL EPÍLOGO DE MANU

—Buenos días, ¿cómo has dormido, princesa? —le susurro a Joel al oído para despertarlo.

—Que te jodan, Andújar —gruñe y yo me río.

—No se puede hablar así en el Reino Mágico, podría venir Mickey Mouse a echarte una mickeybronca…

Se ríe entre dientes y abre un ojo para mirarme.

—Por aquí no va a pasar Mickey —farfulla—. Aquí solo hay princesas… Lo de la cama con dosel no tiene nombre. —Se incorpora un poco y se rasca un ojo.

—Creo que te voy a hacer una foto para tus redes: Joel Briz, con ese aire bohemio y atormentado, durmiendo en la Suite de las Princesas en una cama con dosel —lo amenazo.

—Me hundes, Andújar. Me llevarías a la ruina. —Se ríe—. Aunque yo no voy de atormentado…

—A ver, dime una sola de las fotos de tus redes en la que sonrías.

—Requisitos de profesión. Los artistas felices trabajan decorando guarderías, los demás dejamos que cada lienzo nos desgarre un poco por dentro. —Se estira sobre el colchón y se despereza de un modo muy ruidoso.

—No hay lugar más feliz que el Reino Mágico.

—Oh, sí, ya lo creo. —Se incorpora de golpe y, con un gesto brusco, se tumba encima de mí y ahora es mi espalda la que rebota

contra el colchón y me hace reír—. Un polvo mágico lo convierte todo en un lugar más feliz.

—¿Un polvo mágico en el Reino Mágico? No sé si estamos preparados para algo así… La sobredosis de endorfinas nos podría llevar a un estado de enajenación muy peligrosa…

—Shhhh, cállese, boticario, que me corta todo el rollo.

Se inclina a besarme y yo le correspondo durante apenas unos segundos, porque uno es débil pero responsable.

—No podemos —susurro en su boca—. Y lo sabes. Las niñas estarán ya despiertas y van a aparecer en cualquier momento.

Le sale un gruñido involuntario de lo más hondo del pecho.

—Recuérdame las maravillas de la paternidad, por favor, que a veces, como ahora mismo, no se me ocurre ninguna…

—Pues a ver, por ejemplo… —me acerco a su oído para susurrar y noto cómo se le eriza la piel del cuello, siempre le pasa cuando hago esto—, que gracias a las niñas vas a ser un ciudadano respetable que no va a cometer una atrocidad en la Suite de las Princesas que escandalizaría al mismísimo Hércules.

—Tú sí que eres Hércules. —Sonríe y me vuelve a besar.

Se le escapa un gruñido ronco y yo no puedo evitar reírme.

—Pues como sigas gruñendo así, las niñas te van a pedir que hagas de la Bestia.

—De la Bestia quiero hacer, pero con la puerta cerrada…

Justo se escucha un golpe tímido y una vocecilla.

—Papi, ¿estáis despiertos? —La voz de Ali, aguda, eufórica y contenida a duras penas llega desde el umbral. Y Joel gruñe de nuevo y se deja caer a mi lado—. ¡Ha sonado la música! ¡Van a abrir! ¡Seguro!

Joel me mira con cara de cachorrillo, pero no da tiempo a decir nada antes de que las niñas vengan corriendo hasta nosotros.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! —Ali da botes a los pies de la cama—. ¡Quiero ser la primera! ¡Tenemos que ser los primerísimos!

—¡Y yo quiero subirme en todas las atracciones y gritar «AAAAAAAAAAH»! —se une Luna.

Joel entierra la cabeza en la almohada y deja escapar un quejido agónico que a las niñas les da igual, y solo consigue que Ali tire de

su brazo hasta hacerlo salir de la cama.

—Demasiada intensidad —se queja ya con los pies en el suelo.

Y lo que él no sabe es que esto ha sido solo el prólogo, porque, en cuanto pisamos el verdadero Reino Mágico, las niñas se vuelven completamente locas. No entramos los primeros, pero ni siquiera les importa.

Ali se empeña en hacerse fotos con todos los personajes con los que nos cruzamos. Utilizo la cámara que le regaló Loui, porque Joel y yo hemos dejado los teléfonos en la habitación con idea de que el día sea todo lo mágico posible, sin distracciones del mundo real.

Luna encuentra una montaña rusa infantil a la que la dejan subir y lo hace cinco veces seguidas para ver si cada vez puede gritar más que la anterior.

Luego las llevamos a una tienda y las dejamos elegir dos disfraces a cada una. Mientras las niñas deciden, Joel encuentra el de Hércules y me lo compra como broma para cuando volvamos a casa. En venganza, le compro a él el de Aladdin, pero luego veo el de Tarzán y me llevo los dos. Tengo suerte de que Disney apenas tenga príncipes rubios.

El día más largo de mi vida incluye visitar todos los países del mundo en una barca que va a la velocidad de una tortuga lesionada, sobrevolar Londres rumbo a Nunca Jamás, montar en un barco del siglo XIX, surcar el cielo en alfombra mágica, hacer una carrera de Cars y perdernos en el laberinto de Alicia, que, por supuesto, es uno de los disfraces que ha elegido mi hija, porque teniendo el nombre y el color de pelo, el vestido era lo único que le faltaba.

No salimos de allí hasta que terminan los fuegos artificiales y cierran. Hay tanta aglomeración de gente y las niñas están tan cansadas que decidimos cargarlas en brazos. A la habitación llegan ya dormidas y las dejamos en sus camas con mucho cuidado. Joel se deja caer en la nuestra y me dice entre risas que no quiere volver a ser padre hasta mañana.

Me siento a su lado y cojo el teléfono que he dejado sobre la mesilla, y casi se me para el corazón al ver 47 videollamadas perdidas de Guille. También hay un montón de mensajes en un

grupo nuevo cuyo nombre no llego a ver porque me entra la videollamada número 48.

Descuelgo de inmediato y la cara del pequeño de los gemelos invade la pantalla.

—Hostia, Manu, ¡por fin! ¡¿Dónde coño estabas?! Espera, que llamo a Nico.

—¿Qué pasa?

No me da tiempo a volver a preguntar, porque Nico se incorpora al momento.

—Vale, te cuento, que Nico ya lo sabe.

—¿Y Dani? ¿No lo esperamos a él?

—No. —Suspira—. Dani es el motivo de la llamada, tenemos un problema con él…

—¿Qué pasa? Me estoy empezando a asustar.

Joel abandona la posición horizontal y se incorpora, entiendo que movido por la misma inquietud que yo.

—Pues a ver, ¿no lo notas raro desde hace un tiempo?

—Sí, la verdad es que sí, pero, no sé, raro gracioso, como es él.

—Pues no tiene ni puta gracia, tete. Lleva un tiempo comportándose rarísimo conmigo, cada vez más distante y más extraño, pero lo último ha sido esta mañana, que me ha llamado el gestor para informarme de que Dani le ha donado su parte de la empresa que tenemos juntos a una tal Jazmín Montenegro.

—¿Esa quién es? —pregunto confuso—. ¿La chica esa con la que vino a la boda de Nico? ¿Su *coach*?

—Sí, creemos que sí, pero no pensamos que sea su *coach*… Tiene pinta de ser una estafadora…

—Pero… pero ¿cómo que le ha dado su parte de la empresa? ¿Eso es legal? ¿En qué estaba pensando?

—Pues a ver, el gestor me ha dicho que solo me puede informar de eso porque me concierne y soy parte de la empresa, pero me ha contado extraoficialmente que ha hecho otras cosas raras que no me puede contar por un tema de privacidad y protección de datos. —Resopla y se pasa una mano por la cara.

—Pero ¿quién es esa tía? —Joel me coge la mano y entiendo que quizá me estoy alterando demasiado—. ¿Es su pareja? Es que estoy

flipando.

—Pues… —Guille se rasca la frente—. Creo de verdad que alguien, supongo que la tal Jazmín, le ha comido el coco… Yo pienso sinceramente que lo ha captado una secta o algo y ella es la líder, porque esto no es ni medio normal…

—¡¿Qué dices?! ¡¿Una secta?!

—Tiene toda la pinta, Manu —dice esta vez Nico—. ¿A ti qué te parece? ¿Qué otra explicación se te ocurre?

—No sé, a ver, que a Dani no le van a dar un Nobel en física cuántica, pero tan tonto como para dejarse atrapar por una secta tampoco lo veo, la verdad…

—No hace falta ser tonto, solo necesitan pillarte en un momento vulnerable… Y parece que Dani lo está…

—Pero ¿él qué dice? ¿Lo habéis llamado?

—Su teléfono lleva un par de días apagado, y en su casa no está… Los papás tampoco saben nada de él, les dijo que se iba unas semanas a un retiro espiritual… Manu, esto va en serio.

—Joder —murmuro y me dejo caer contra el cabecero de la cama.

—Bueno, ¿qué hacemos? ¿Qué se os ocurre?

Y mi mente se queda en blanco absoluto, porque no sé ni por dónde empezar.

La pantalla parpadea un segundo.

La llamada se entrecorta. Las caras de mis hermanos se congelan.

Joel me mira y me acaricia la espalda de un modo que pretende ser reconfortante, pero que no termina de funcionar.

Yo miro el móvil todavía en mi mano sin dar crédito y solo puedo pensar:

«Dani…, ¿qué demonios has hecho?».

ACERCA DE LA AUTORA

Nací en analógico cuando jugar en los columpios era deporte de riesgo y crecer con las rodillas cubiertas de costra, el lujo de los intrépidos. Quizá por eso me gusta ambientar mis historias en esos años en los que todo era más sencillo, o quizá simplemente estaba menos documentado.



Filóloga por decisión, correctora de profesión y escritora por vocación, paso casi todo mi tiempo entre letras. También cumplo a rajatabla los principales topicazos valencianos gracias a mi amor por el arroz, la horchata y el mar.

Mis historias poseen la magia de lo cotidiano y mis personajes transitan por la delgada línea que separa lo estúpido de lo entrañable.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de mi web www.marisasefra.net

Desde ahí mismo también puedes suscribirte a mi *newsletter* para recibir contenido impreciso de frecuencia indeterminada, porque no me comprometo a nada.

OTRAS OBRAS DE MARISA SEFRA

CRÓNICAS DE AQUELLO

Si no conoces esta serie de libros y te han gustado los personajes de Loui y Samu, o has sentido curiosidad tras el epílogo para nostálgicas, déjame contarte un poco:

La serie *Crónicas de aquello* está compuesta por cinco novelas que narran las historias de una pandilla de cafres desde los últimos años de su adolescencia hasta bien entrada su edad adulta. Los dos primeros volúmenes, *El final que nos merecemos* y *El principio que nos debíamos,* forman una bilogía que recoge la historia de Marc y Greta. Las otras tres novelas, *El viaje de Loui*, *El drama que no vi venir* y *La crisis de nuestra puta vida*, son historias autoconclusivas que se centran cada una en un personaje diferente.

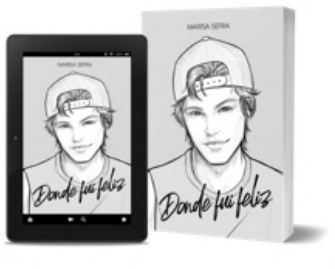


DONDE FUI FELIZ

Una historia muy especial, cargada de sentimiento, que te llevará de vuelta a esos primeros amores de verano de los años 90's

Sinopsis:

Podría decir que esta es la historia de un amor de verano, pero, dicho así, te puede parecer una más. Y no lo es.



Podría contarte que es el relato de un primer amor, de esos bonitos e intensos que llegan para arrasar con todo. De esos que se recuerdan por más años que pasen. Aunque tampoco es solo eso.

También podría vestirla como la crónica de un amor verdadero, de esos que realmente son eternos. Y aun así me faltaría algo.

Porque lo cierto es que esta es la historia de Vic y de cómo consiguió colarse en mis vacaciones, en mi cabeza y en el resto de mi vida… incluso cuando no estaba.
